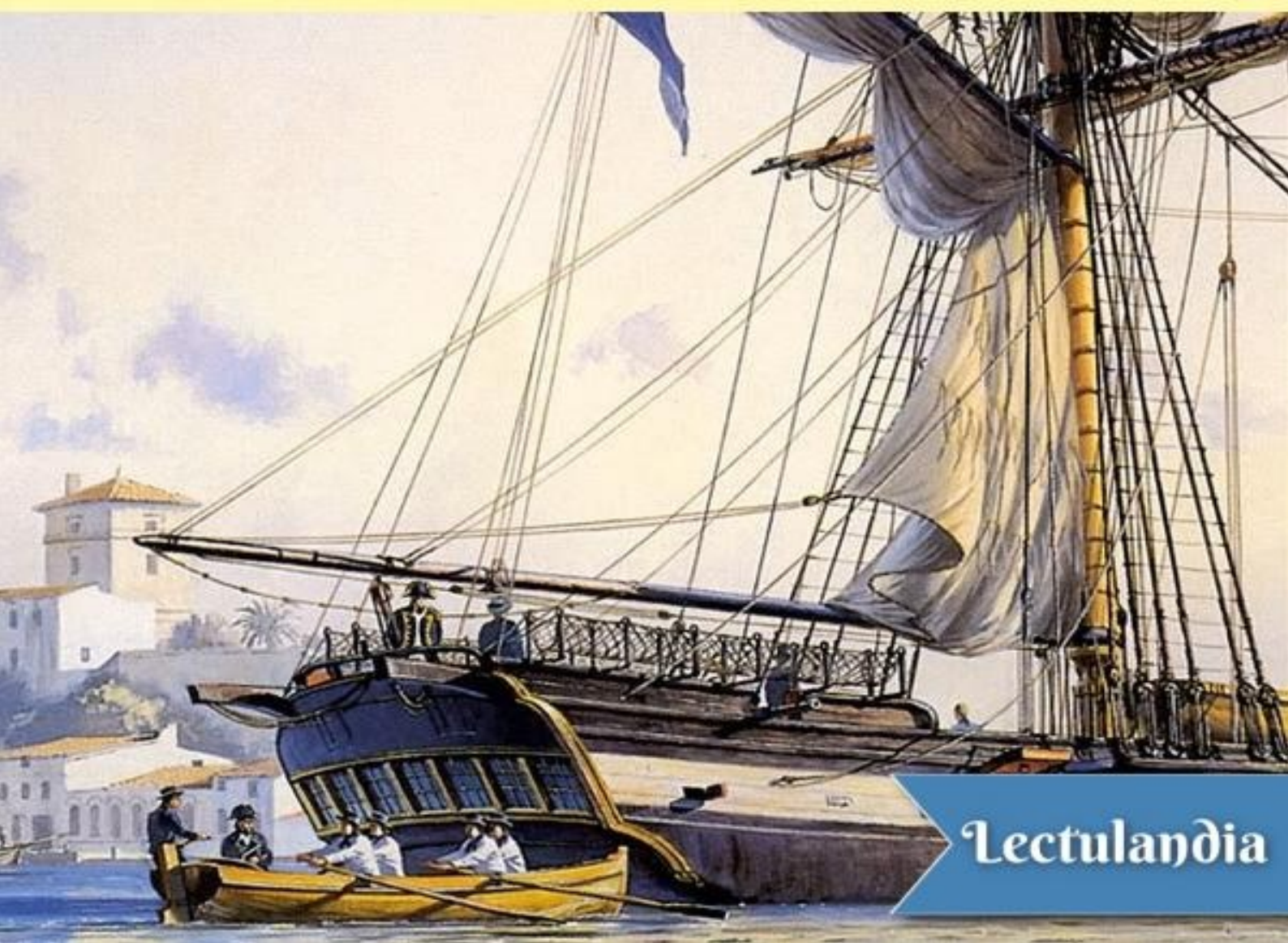


C. S. FORESTER

LORD HORNBLOWER

UN OFICIAL Y AVENTURERO EN TIEMPOS DE NELSON



Lectulandia

En el otoño de 1813, a la vista de su brillante historial, lord Saint Vincent ha decidido encomendar a Hornblower una delicada misión que conlleva la penetración en territorio francés a bordo del bergantín de dieciocho cañones *Porta Coeli*. Sin embargo, antes deberá lidiar con una situación no menos delicada, pues la tripulación del *Flame*, embarcación gemela del *Porta Coeli*, se ha hecho con el mando, se ha amotinado y amenaza con pasarse a las filas napoleónicas.

Hornblower es un veterano que puede dejar en manos del capitán Freeman, a quien conoce bien, las cuestiones de navegación, pues lo que se espera de él es que ponga en práctica de nuevo su audacia y su habilidad táctica para desembarazarse de una situación desesperada. Y empleando más el ingenio que la fuerza bruta, Hornblower pondrá en práctica una feliz idea para enfrentarse a ella desde una posición muy favorable. Lo que no puede ni imaginar es que acabará exponiéndose a una sentencia de muerte.

Lectulandia

C. S. Forester

Lord Hornblower

Hornblower - 10

ePub r1.0

Titivillus 23.05.15

Título original: *Lord Hornblower*

C. S. Forester, 1946

Traducción: Ana Herrera

Ilustración de cubierta: HM Brig Sophie in Port Mahon by Geoff Hunt

Editor digital: Titivillus

Digitalización: lugafe

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I



El sitial de roble tallado en que se encontraba sentado *sir* Horatio Hornblower era muy incómodo, y el sermón del deán de Westminster, mortalmente aburrido. Hornblower se agitaba como un niño, y como un niño miraba la capilla y la congregación para distraer la mente de su inquietud física. Por encima de su cabeza se cernía la exquisita tracería en abanico del que, según estimaba Hornblower serenamente, era el edificio más hermoso del mundo. Había una cierta satisfacción matemática en el modo de encontrarse una y otra vez los dibujos en progresivo desarrollo, una especie de lógica inspirada. Los artífices desconocidos que habían ejecutado aquellas tallas debían de ser hombres sagaces, creativos.

Continuaba el sermón, y Hornblower temía que al acabar habría más cánticos, esos ruidos agudos que emiten los niños de coro vestidos de sobrepelliz, y que le acongojarían de nuevo, más aún que el sermón o el sitial de roble. Aquél era el precio que pagaba por ostentar una cinta y una cruz, por ser caballero de la Muy Honorable Orden de Bath. Como todos sabían que estaba en Inglaterra con permiso por enfermedad, y en plena convalecencia, no había podido zafarse de este ceremonial, el más importante de la Orden. Sin duda alguna, la capilla tenía un aspecto magnífico, y la suave luz que se filtraba a través de los ventanales se reflejaba y multiplicaba en un resplandor que conmovía el alma al incidir en las capas carmesí de los caballeros y las insignias centelleantes. Al menos se podía decir que toda aquella pompa y vanidad eran ciertamente hermosas, de una forma algo extraña, pero cierta, aun sin tener en cuenta las consideraciones históricas. Quizás el sillón en el que estaba sentado hubiera causado en años pretéritos la misma incomodidad a Hawke o a Anson; tal vez Marlborough, de blanco y carmesí, lo mismo que él, hubiera estado inquieto e impaciente oyendo otro sermón tan fastidioso como aquél.

El individuo de imponente aspecto que lucía una corona plateada y un tabardo de terciopelo con las armas reales bordadas era simplemente el rey de armas de Bath, alguien bien relacionado que disfrutaba de aquella saneada sinecura y podía sin duda consolarse, mientras escuchaba el sermón, con la idea de que se ganaba la vida haciendo aquello una vez al año. Junto a él se hallaba el príncipe regente, soberano de la Orden, con el rostro muy rojo haciendo juego con el carmesí de su manto. Y había allí soldados, generales y coroneles, cuyos rostros le eran desconocidos. Pero en otros sitios de la capilla estaban hombres con quienes se sentía orgulloso de compartir la hermandad de la Orden: lord Saint Vincent, corpulento y ceñudo, el que introdujo su flota en el centro de una escuadra española el doble de fuerte; Duncan, que destruyó la armada holandesa en Gamperdown, y una docena más de almirantes y capitanes, algunos más modernos aún que él en el escalafón naval, como Lydiard, que capturó el *Pomona* a la altura de La Habana; Samuel Hood, comandante de la *Zealous* en el

Nilo, y Yeo, que asaltó el fuerte de El Muro. Había algo de placentero y alentador en ser miembro de la misma Orden caballerisca a la que pertenecían hombres como aquéllos: ridículo, pero cierto. Y había tres veces más héroes del mismo temple, caballeros hermanos también, navegando (pues allí sólo se encontraban presentes quienes tenían cargos en tierra o estaban de permiso), consagrados al desesperado esfuerzo final para derrocar el imperio napoleónico. Hornblower sintió una oleada de emoción patriótica en su interior; su espíritu se elevó, y al instante comenzó a analizar aquel impulso y a preguntarse si en parte no se debería a la belleza romántica de cuanto le rodeaba.

Un teniente de navío, de uniforme, había entrado en la capilla y se detuvo un momento antes de descubrir a lord Saint Vincent, a quien se dirigió, apresurado, y le entregó un abultado despacho (con los sellos ya rotos) que llevaba en la mano. Nadie prestaba ya atención a la plática: la flor y nata de la Armada Real volvía la cabeza, y no perdía de vista a lord Saint Vincent mientras éste leía el pliego, que ostensiblemente procedía del Almirantazgo, del otro extremo de Whitehall. La voz del deán flaqueó, y luego volvió a recuperarse valientemente y a desgranar su perorata ante unos oídos sordos, y que así permanecieron largo rato, pues Saint Vincent, después de haber leído el documento una vez sin el menor cambio de expresión en su áspera faz, inició de nuevo la lectura. Aquel hombre que con tanta intrepidez había arriesgado la suerte de Inglaterra en una simple y rápida decisión durante la batalla que le había valido el título no era capaz de aventurarse apresuradamente en la acción cuando se trataba de pensar.

Terminó la segunda lectura, dobló el despacho y luego paseó la mirada por toda la capilla.

Tres docenas de caballeros de Bath se irguieron excitados con la esperanza de ser ellos los requeridos. Lord Saint Vincent se levantó y ciñó la capa carmesí en torno a su cuerpo; dijo algo al teniente que aguardaba y, cogiendo su sombrero de plumas, se dirigió cojeando hacia la salida. La atención general se trasladó en el acto al teniente, y todos los ojos siguieron sus pasos a través del crucero, mientras Hornblower se agitaba desasosegado, sintiendo acelerarse los latidos de su corazón al advertir que el teniente se encaminaba directo hacia él.

—Su Señoría le saluda, señor —dijo el teniente—, y desea hablar con usted cuanto antes.

Ahora le tocó a Hornblower sujetarse la capa y recoger su sombrero de plumas. A toda costa quería parecer tranquilo, y no dar a los caballeros reunidos la menor oportunidad de sonreír al verle aturdido por la llamada del primer lord. Tenía que parecer que estaba acostumbrado a cosas semejantes todos los días. Abandonó su sitial despreocupadamente; la espada se le atravesó entre las piernas y sólo por un milagro de la Providencia no cayó cuan largo era. Se enderezó con un estrépito de espuelas y vaina y avanzó con reposada dignidad por la nave lateral. Todas las miradas se habían concentrado en él; los oficiales del Ejército allí presentes tal vez

experimentaran sólo una curiosidad indiferente; pero los de la Armada (Lydiard y los otros) tenían que estar preguntándose qué nuevo y fantástico giro habría tomado la guerra en el mar, y envidiándole por las aventuras y honores que le aguardaban. Al fondo de la capilla, en los asientos reservados al público importante, Hornblower vio a Bárbara que se levantaba apartándose de su banco para salirle al encuentro. Le dirigió una nerviosa sonrisa (no pudo decidirse a hablar mientras todos le miraban), y le ofreció el brazo. Sintió el contacto firme de su mano, y oyó su voz clara y penetrante. Desde luego, Bárbara no estaba en absoluto afectada por el hecho de ser objeto de la curiosidad general.

—Otra complicación, ¿verdad, querido? —dijo Bárbara.

—Eso parece —murmuró Hornblower.

Al otro lado de la puerta, Saint Vincent los esperaba, y, mientras, la brisa sacudía las plumas de avestruz de su sombrero y ahuecaba la roja capa de seda. Sus gruesas piernas llenaban los blancos calzones de seda; y paseaba arriba y abajo con sus pies hinchados y deformes por la gota, que torcían los blancos zapatos de seda. Pero su fantástico atavío en nada mermaba la hosca dignidad del hombre. Bárbara se soltó discretamente del brazo de Hornblower y se retiró para que los dos marinos pudiesen hablar a solas.

—¿Señor? —dijo Hornblower, y luego, al acordarse (pues no estaba muy hecho a tratar con la nobleza)—: ¿Milord?

—¿Dispuesto a prestar servicio, Hornblower?

—Sí, milord.

—Tiene que empezar esta misma noche.

—Sí, señor... milord.

—Cuando traigan el maldito coche le llevaré al Almirantazgo y le daré las órdenes. —Saint Vincent alzó la voz en un rugido que habría llegado al tope del palo mayor en medio de un huracán en las Indias Occidentales—. ¿No han preparado aún esos endiablados caballos, Johnson?

Por encima del hombro de Hornblower, Saint Vincent distinguió a Bárbara.

—A su servicio, señora —dijo.

Se quitó el sombrero y lo mantuvo cruzado bajo el pecho al inclinarse; la edad, la gota y toda una vida en el mar no le habían despojado de sus modales corteses, pero el interés del país reclamaba su atención, de modo que se volvió al punto a Hornblower.

—¿De qué servicio se trata, milord? —preguntó este último.

—De sofocar un motín —dijo Saint Vincent, frunciendo el ceño—. Un motín sangriento. Podría repetirse lo de 1794. ¿Conoce a un tal Chadwick, teniente Augustine Chadwick?

—Fue guardiamarina conmigo a las órdenes de Pellew, milord.

—Bien, pues él es... ¡Ah, aquí está por fin mi maldito coche! ¿Y lady Bárbara?

—Me llevaré nuestro coche a Bond Street —dijo Bárbara— y se lo enviaré luego

a Horatio al Almirantazgo. Ahí llega.

El carruaje, con Brown y el cochero en el pescante, se situó detrás del coche de Saint Vincent, y Brown saltó al suelo.

—Muy bien, pues. Venga, Hornblower. Acepte nuevamente mis respetos, señora.

Saint Vincent subió torpemente al coche, se sentó Hornblower a su lado y las herraduras hicieron saltar chispas de los guijarros al arrancar el pesado vehículo. Los pálidos rayos del sol fluctuaban, a través de las ventanas, en el arrugado semblante del primer lord, encorvado en el asiento de cuero. Unos arrapiezos divisaron los vistosos uniformes del coche y les dedicaron algunos «hurras», agitando las harapientas gorrillas.

—Chadwick lleva la *Flame*, un bergantín de dieciocho cañones —dijo Saint Vincent—. La tripulación se le ha amotinado en la bahía del Sena, y le han detenido con otros oficiales como rehenes. Y han enviado a un segundo contraamaestre y a cuatro marineros leales en el esquife con un ultimátum dirigido al Almirantazgo. El esquife atracó en Bembridge anoche, y los papeles acaban de llegar a mis manos. Aquí están.

Saint Vincent sacudió en su nudosa mano el despacho y los pliegos que no había soltado desde que los recibió en la abadía de Westminster.

—¿Qué ultimátum es ése, milord?

—Amnistía, olvido. Y que cuelguen a Chadwick. O si no, se pasarán con el bergantín a los franceses.

—¡Insensatos! —exclamó Hornblower.

Se acordaba de Chadwick en la *Indefatigable*; entonces era viejo para guardiamarina, hacía ya veinte años. Ahora andaría por la cincuentena, y era sólo teniente. Había sido un guardiamarina de mal carácter, y después de haberse visto adelantado por tantos, como teniente aún sería más huraño. Era capaz de convertir un buque pequeño como la *Flame*, donde probablemente era el único oficial de carrera, en un infierno. Y ése podía ser el origen del motín. Después de las terribles lecciones de Spithead y el Nore, después del asesinato de Pigott en la *Hermione*, se habían eliminado algunas de las peores características del servicio naval. Todavía continuaba siendo una vida dura, horrible, pero no tanto como para impulsar a la gente a la locura suicida del motín, de no concurrir algunas circunstancias especiales. Un capitán cruel e injusto, un cabecilla inteligente y resuelto entre la dotación: tal combinación podría dar por resultado una revuelta. Pero, fuera cual fuese la causa, el motín tenía que sofocarse inmediatamente, aplicando el castigo más severo. La viruela o la peste no eran más infecciosas ni más fatales que la rebelión en servicio de combate. Si se permitía que un amotinado escapara sin sanción, lo recordaría cualquier hombre que se creyese agraviado más tarde, y el ejemplo cundiría.

Inglaterra se encontraba justamente en el punto crítico de su lucha contra el despotismo francés. Quinientos buques de guerra en el mar (de ellos doscientos de línea) se afanaban por mantener los mares libres de enemigos. Cien mil hombres a las

órdenes de Wellington irrumpían en Francia por los Pirineos. Y todos los abigarrados ejércitos de Europa oriental, rusos y prusianos, austríacos y suecos, croatas, húngaros y holandeses, recibían equipos, víveres y armas ingleses. Parecía que Inglaterra no sería capaz de realizar un esfuerzo más, que iba a flaquear y a desplomarse bajo la horrenda tensión. Bonaparte luchaba a vida o muerte, con toda la astucia y ferocidad que de él podía esperarse. Unos meses más de constancia, unos meses más de valeroso empeño, podrían hacerle caer y devolver la paz al mundo enloquecido: una vacilación momentánea, una mínima duda, y la tiranía podía estrechar entre sus garras a la humanidad durante otra generación o incontables generaciones futuras.

El coche entraba en el patio del Almirantazgo, y dos mutilados de Marina, con piernas de madera, acudieron renqueando a abrir las portezuelas. Lord Saint Vincent echó pie a tierra, y acompañado de Hornblower, ambos luciendo su llamativa ropa carmesí y blanca, atravesaron la estancia del primer lord.

—Aquí está su ultimátum —dijo Saint Vincent, arrojando un papel sobre la mesa.

Escrito con muy mala letra (fue la primera observación de Hornblower), aquello no era obra de ningún negociante en bancarrota o escribiente de abogado reclutado a la fuerza.

A bordo del bergantín de S. M. *Flame*
A la altura de El Havre.

7 de octubre de 1813

Todos somos espíritus leales y sinceros, pero el teniente Augustine Chadwick nos ha azotado y matado de hambre, y ha hecho doblar guardias a toda la gente durante un mes. Ayer dijo que hoy azotaría a un hombre de cada tres, y al resto tan pronto los de la primera tanda estuvieran curados. Así es que le tenemos encerrado en su camarote, y hay un chicote en el penol de proa aguardándole, pues habría que ahorcarle después de lo que hizo al grumete James Jones, matarle y luego decir en su informe que murió de fiebre. Queremos que Sus Señorías los Lores del Almirantazgo nos prometan juzgarle por sus crímenes, darnos otros oficiales y echar pelillos a la mar. Queremos luchar por las libertades de Inglaterra, porque somos leales y sinceros, como ya hemos dicho, pero tenemos a Francia a sotavento, estamos todos de acuerdo y dispuestos a que no nos cuelguen por habernos amotinado, y si tratan de capturar nuestro buque colgaremos al criminal del penol y nos pasaremos a los franceses.

Todos firmamos la presente.

Humilde y respetuosamente suyos

Los márgenes de la carta estaban llenos de firmas y cruces, siete de las primeras y varias veintenas de las segundas, con una nota junto a cada una: «Henry Wilson, su marca», «William Owen, su marca», y así sucesivamente. Indicaban la proporción usual de letrados e iletrados en una tripulación media. Hornblower miró a Saint Vincent cuando terminó el examen del documento.

—¡Perros amotinados! —dijo Saint Vincent.

Es posible, pensó Hornblower. Pero también creía que estaba justificado el motín. Podía imaginarse perfectamente el género de tratamiento a que se habían visto sometidos, la crueldad arbitraria añadida a las penalidades ordinarias de la vida en un

buque dedicado al bloqueo; miserias que sólo con la muerte o la rebelión podían acabar, porque no existía otra salida.

Ante la certeza del azotamiento en un futuro inmediato, se habían levantado contra su verdugo, y él no los culpaba. Ya había visto bastantes espaldas cortadas a tiras; sabía que él mismo hubiera estado dispuesto a hacer algo, lo que fuese, por evitarse tal tortura, si alguna vez se hallaba ante semejante perspectiva. Le hormigueaba la sangre al imaginar lo que pensaría al saber que iban a azotarle la próxima semana. Aquellas gentes, en el aspecto moral, tenían la razón de su parte; no era una cuestión de justicia, sino de conveniencia, que debieran ser castigados por su explicable crimen. La existencia del país como nación dependía en gran parte de capturar a los rebeldes, ahorcar a los cabecillas y azotar a los demás, cauterizando el mal antes de que pudiera extenderse aquel foco epidémico que había aparecido en el brazo derecho de Inglaterra. Había que colgarlos, fueran moralmente inocentes o no; formaba parte de la guerra, como la matanza de franceses, que a lo mejor eran admirables esposos y padres. Pero convenía no dejar traslucir sus sentimientos a Saint Vincent, pues el primer lord evidentemente odiaba a los amotinados por ser amotinados, sin molestarse en profundizar más en el caso.

—¿Qué órdenes tiene para mí, milord? —preguntó Hornblower.

—Le daré carta blanca —replicó Saint Vincent—. Es decir, manos libres. Traiga la *Flame* sana y salva y a los amotinados en ella, y obre como mejor le parezca.

—¿Me dará plenos poderes... para negociar, por ejemplo, milord?

—¡No, eso no, diantre! —repuso Saint Vincent—. He querido decir que podrá llevar la fuerza que crea necesaria. Puedo reservarle tres buques de línea, si quiere. Un par de fragatas. Bombardas. Incluso hay un barco lanzacohetes, si cree que le puede ser útil. Ese tal Congreve está deseando ver sus cohetes en acción otra vez.

—No creo que esta situación requiera el uso de una gran fuerza, milord. Los buques de línea a lo mejor parecen excesivos.

—También yo lo creo, maldita sea. —La lucha que bullía en la mente de Saint Vincent se hacía visible en su macizo semblante—. Esos insolentes bribones pueden meterse en la desembocadura del Sena en menos que canta un gallo, a la primera señal que les parezca peligrosa. Lo que hace falta aquí es ingenio, ya lo sé. Por eso le he mandado llamar, Hornblower.

Un bonito cumplido. Hornblower se sintió un poco orgulloso: allí estaba él hablando en términos casi de igualdad con uno de los más insignes almirantes que habían enarbolado jamás su pabellón, y al pensar en ello sintió un ramalazo de satisfacción. Y la presión interna que iba dominando al primer lord le arrancó de pronto una declaración aún más sorprendente.

—Y los hombres le quieren, Hornblower —reventó Saint Vincent—. Que me lleve el diablo si conozco una excepción siquiera. Le siguen y le escuchan. Es usted uno de esos oficiales de quienes los hombres están siempre hablando. Confían en usted, y esperan cosas de usted..., y yo también, ¡qué demonios! Ya lo ve.

—Pero si hablo con los hombres, eso significará negociar con ellos, milord.

—¡Nada de negociaciones con amotinados! —vociferó Saint Vincent, descargando sobre la mesa un puño como una pierna de carnero—. Ya tuvimos bastante en 1794.

—Entonces, la carta blanca que me da no tiene más alcance que las órdenes corrientes a oficiales de la Armada, milord —dijo Hornblower.

Era un asunto serio. Se le confiaba una misión sumamente difícil, y cargaría con las culpas del fracaso si no acertaba a resolverla. Nunca se había imaginado discutiendo con un primer lord; pero ahora lo estaba haciendo impelido por una ineludible necesidad. En un momento de clarividencia, se le ocurrió que no discutía por su causa, después de todo, ni trataba de salvaguardar sus propios intereses. Discutía con absoluta objetividad; el oficial que enviaban a rescatar la *Flame*, y cuyo porvenir podría depender de las atribuciones que le otorgaran, no era el Hornblower que estaba sentado en aquella silla labrada, vestido de rojo y de seda blanca, sino un pobre diablo que le inspiraba compasión y cuyos intereses defendía porque representaban los de la nación misma. Luego los dos seres se fundían de nuevo y era él, el esposo de Bárbara, el hombre que había asistido al banquete de gala de lord Liverpool la noche última y tenía un ligero dolor de cabeza por tal causa, quien habría de partir a resolver aquel escabroso asunto, donde no tendría la menor ocasión de ganar honra y provecho, y sí en cambio corría el grave riesgo de dar un resbalón que le convirtiera en el hazmerreír de la Armada y en objeto de sarcasmo de todo el país.

Estudió otra vez con atención el semblante de Saint Vincent. El primer lord no era un atolondrado, y bajo aquella frente fruncida se escondía una activa mente... Estaba luchando contra sus prejuicios, dispuesto a prescindir de ellos si el deber así lo exigía.

—Muy bien, pues, Hornblower —dijo por último—. Le daré plenos poderes. Extenderé órdenes por escrito a tal efecto. Seguirá conservando el nombramiento de comodoro, naturalmente.

—Gracias, milord —dijo Hornblower.

—Aquí tiene una lista de la tripulación del barco —siguió diciendo Saint Vincent—. No hay ningún antecedente contra ellos. Nathaniel Sweet, segundo contramaestre (ahí está su firma), fue patrón de un bergantín carbonero de Newcastle hace algún tiempo, y le despidieron por beber. Tal vez sea el jefe de los amotinados, pero puede ser cualquier otro.

—¿Se ha hecho pública la noticia del motín?

—No. Y, si Dios quiere, no se hará hasta que ondee la bandera del consejo de guerra. Holden, el de Bembridge, ha tenido la sensatez de no abrir la boca. Encerró a los del esquife discretamente en cuanto se enteró de su mensaje. La *Dart* saldrá para Calcuta dentro de una semana, y en ella los embarcaré. Pasarán meses antes de que la cosa trascienda.

Un motín era una infección propagada por las palabras. El foco de pestilencia

debía aislarse hasta poderlo cauterizar.

Saint Vincent se acercó un legajo de papeles y tomó la pluma, una magnífica pluma de pavo real con plumilla de oro a la última moda.

—¿Qué fuerzas necesita?

—Algo manejable y pequeño —dijo Hornblower.

No tenía ni la más remota idea de cómo resolver aquel problema de rescatar un navío que sólo tenía que caer dos millas a sotavento para resultar irrecuperable, pero su orgullo le hizo asumir un aire de suficiencia. Y pensó si todos los hombres serían como él, que aparentaba un valor moral que estaba muy lejos de sentir. Se acordó de la observación de Suetonio acerca de Nerón, convencido de que todos los hombres estaban tan corrompidos como él mismo, aunque no lo admitiera en público.

—Tenemos la *Porta Coeli* —dijo Saint Vincent, arqueando sus blancas cejas—. Es un bergantín de dieciocho cañones, gemelo de la *Flame*, precisamente. Está en Spithead, listo para zarpar. Lo manda Freeman, el que llevaba el cúter *Clam* a sus órdenes en el Báltico. Él le trajo a casa, ¿verdad?

—Sí, milord.

—¿Le serviría?

—Creo que sí, milord.

—Pellew está al mando de la escuadra del centro del Canal. Le enviaré órdenes de que le ayude en todo lo que solicite.

—Gracias, milord.

Ahí estaba, acometiendo una empresa difícil, si no imposible, sin el menor intento de asegurarse la retirada, sin ocurrírsele sembrar la menor semilla de ulteriores excusas que pudieran servirle de atenuante en caso de fracasar. Aquello era una temeridad, pero su ridículo orgullo le vedaba tal precaución. No podía ir con «peros» a hombres como Saint Vincent, ni a nadie, al fin y al cabo. No sabía si era porque los últimos elogios del primer lord se le habían subido a la cabeza, o tal vez por la observación casual de que pudiera «solicitar» ayuda de Pellew, comandante en jefe, que había sido su capitán veinte años antes, en su época de guardiamarina. Por último, sacó en consecuencia que no se trataba de una cosa ni de otra. Era simplemente su insensato orgullo.

—El viento es nordeste y firme —dijo Saint Vincent, mirando a la esfera que reproducía las indicaciones de la veleta del tejado del Almirantazgo—. Pero el barómetro está bajando. Cuanto antes salga, mejor. Le mandaré las órdenes a su alojamiento, y así puede aprovechar la ocasión para despedirse de su esposa. ¿Dónde tiene al chiquitín?

—En Smallbridge, milord. Junto a la carretera de Portsmouth.

—Bueno. Son las doce. Si sale a las tres en silla de posta para Portsmouth (puede ir ya con su baúl), son ocho horas; siete, porque todavía no están las carreteras tan atascadas. A medianoche estará a mitad de camino. Ahora mismo enviaré a Freeman sus órdenes. Le deseo suerte, Hornblower.

—Gracias, milord.

Hornblower se ciñó bien la capa, alzó la espada y se despidió. Antes de salir del aposento entró un escribiente, reclamado por la campanilla de Saint Vincent, para tomar su orden al dictado. Afuera, el viento nordeste del que habló el primer lord había refrescado el ambiente, y el comodoro se sintió destemplado y solo en su atavío de gala. Pero allí estaba el coche esperándole, como Bárbara había prometido.

CAPÍTULO II



Ella le esperaba cuando llegó a Bond Street, serena la mirada y grave el continente, como era de esperar de quien pertenecía a una estirpe de luchadores. Pero no pudo pronunciar más de una sola palabra.

—¿Órdenes? —preguntó.

—Sí —contestó Hornblower. Y dejando escapar una pequeña parte de las violentas emociones encontradas en su interior, corroboró—: Sí, querida.

—¿Cuándo?

—Zarpamos esta noche de Spithead. Están redactando mi despacho ahora mismo. Tengo que salir en cuanto los reciba.

—Comprendí que era así por la expresión de la cara de Saint Vincent. Así que he enviado a Brown a Smallbridge para que te haga el equipaje. Cuando llegues estará ya preparado.

Era una mujer capaz, previsora, sagaz, su adorada Bárbara. Sin embargo, sólo se le ocurrió decir:

«Gracias, querida». A menudo se encontraba en momentos de apuro, aún ahora, después de tanto tiempo vivido en su compañía; momentos en que le sobrepasaba la emoción (tal vez fuese esta la causa) y no encontraba el modo de expresarla.

—¿Puedo preguntarte adónde vas, querido?

—No puedo responderte si lo haces —dijo Hornblower, con una sonrisa forzada—. Lo siento, querida.

Bárbara no diría una palabra a nadie, ni daría a entender con el gesto o el ademán la clase de misión que se disponía a cumplir; pero, de todos modos, no se lo podía contar. Si la noticia del motín se filtraba, no se podría responsabilizar a Bárbara. Pero aquella no era la razón auténtica. Consideraba su deber mantener el silencio, y el deber no admitía excepciones. Bárbara correspondió a su sonrisa con la luminosidad que el deber merecía. Desvió su atención a la capa de seda, y se la arregló un poco por encima de los hombros.

—Lástima —dijo— que en estos tiempos modernos haya tan pocas ocasiones para que los hombres se vistan con elegancia. El rojo y el blanco te favorecen mucho, querido. Eres un hombre muy guapo, ¿no lo sabías?

La frágil y artificial barrera entre los dos se rompió y desvaneció como una pompa de jabón al hincharla. El temperamento de él anhelaba afecto, demostraciones de cariño; pero una vida entera de autodisciplina en un mundo implacable le habían hecho difícil, casi imposible, revelar sus verdaderos sentimientos. En su interior apuntaba siempre el temor de verse rechazado, y le horrorizaba correr tal riesgo. Siempre se hallaba en guardia consigo mismo y con el mundo. Y ella lo sabía, estaba enterada de tales reservas, y las comprendía, aunque a veces la lastimaran. Su estoica

educación inglesa la había enseñado a recelar de emociones y desdeñar toda exhibición de ellas. Era tan altiva como él; podía estar resentida por depender de su marido para cumplir su misión en la vida, tanto como de sentirse incompleta sin su amor. Eran dos personas orgullosas que, por una u otra razón, habían hecho de la autosuficiencia y el egocentrismo norma de perfección, y abandonarlos precisaba más sacrificio del que con frecuencia estaban dispuestas a hacer.

Pero en aquellos momentos, con la sombra de una separación cerniéndose sobre ambos, el orgullo y el amor propio desaparecían, permitiéndoles ser naturales, despojados de la armadura entorpecedora que los años habían forjado en torno suyo. Ella estaba en sus brazos, y con las manos bajo la capa podía sentir el calor de su cuerpo a través de la delgada seda de su jubón. Se apretaba contra él tan ávidamente como su esposo la retenía. En aquella época en que no se conocía el corsé, ella no llevaba más que una ligera ballena de refuerzo en la cintura de su vestido; mientras la estrechaba en sus brazos, él notaba su hermoso cuerpo flexible y dócil, a pesar de los músculos (producto de una intensa equitación y de largos paseos a pie) que había terminado por admitir como apetecibles una mujer, que antes pensaba que debía ser blanda y endeble. Sus labios se buscaban ardorosos, y sus ojos cambiaban mutuos y sonrientes reflejos.

—¡Querido mío, cariño! —Decía ella, y luego, besándole otra vez apasionada, murmuró las ternezas de una mujer sin hijos a su amante—: ¡Mi niño, mi chiquitín adorado!

Era lo más cariñoso que podía decirle. Cuando él cedía al impulso femenino, cuando se despojaba de su armadura protectora, sentía deseos de ser hijo suyo, a la vez que marido; inconscientemente, anhelaba estar seguro de que, inerme y desnudo como estaba, ella le sería fiel y leal como una madre a su hijito, sin aprovecharse lo más mínimo de su indefensión. Se fundió la última reserva y ambos se confundieron en uno solo, envueltos en aquella pasión extrema que rara vez alcanzaban. Nada podía frustrarla entonces. Con sus fuertes dedos soltó Hornblower el cordón de seda que sujetaba su capa; los extraños broches de su jubón, las ridículas presillas de los ceñidos calzones... no acababa de acostumbrarse a aquellos chismes. Por un momento Bárbara se vio besándole las manos, los dedos largos y bien formados, que en ocasiones se le aparecían de noche, cuando él se hallaba ausente, y fue aquél un gesto de la más pura pasión, exenta de simbolismo. Eran libres el uno para el otro, sin obstáculos ni trabas, enamorados. Componían una maravillosa unidad, aun después de haber pasado todo; estaban completos, sin haber quedado saciados. Seguían siendo uno solo cuando la dejó allí tendida, y al mirarse en el espejo contempló su escaso pelo todo alborotado.

Su uniforme estaba colgado en la puerta del gabinete; Bárbara había pensado en todo mientras él estaba con Saint Vincent. Se lavó en la palangana, pasándose la esponja por el ardoroso cuerpo, sin pensar en despojarse de impurezas, sino por mero deleite. Cuando el mayordomo llamó a la puerta, se puso la bata sobre la camisa y los

pantalones y salió. Eran las órdenes; firmó el recibo, rompió el sello y se sentó a leerlas para cerciorarse de que no había equívocos que necesitaran aclaración antes de salir de Londres. Las viejísimas fórmulas tradicionales. «Se le solicita y requiere», «Se le encomienda estrictamente»..., las mismas bajo las cuales actuaron Nelson en Trafalgar y Blake en Tenerife. El alcance de las órdenes era evidente. Leídas en voz alta a una tripulación (o ante un consejo de guerra) se comprenderían fácilmente. ¿Tendría que leerlas en voz alta alguna vez? Esto supondría haber entablado negociaciones con los rebeldes. Estaba autorizado a hacerlo, pero sería un signo de flaqueza, algo que haría enarcar las cejas a toda la Armada, y que proyectaría una sombra de desencanto en el fruncido rostro de Saint Vincent. Debía arreglárselas de algún modo para que cayeran en sus manos un centenar de marineros ingleses, para que los ahorcasen o los azotasen por hacer algo que él estaba seguro que haría en las mismas circunstancias. Tenía un deber que cumplir: unas veces consistía en matar franceses, y otras en algo distinto. Prefería tener que matar franceses, si era indispensable sacrificar a alguien. ¿Y cómo iba a acometer la tarea que le esperaba?

Se abrió la puerta de la alcoba y Bárbara entró en la habitación, radiante y sonriendo. Sus almas se atrajeron al encontrarse los ojos; la inminencia de su separación física y el pensar en la nueva y desagradable misión en perspectiva no fueron suficientes para romper la armonía mental que los enlazaba. Estaban más unidos que nunca, y bien lo sabía la afortunada pareja. Hornblower se levantó.

—Tengo que estar en camino dentro de diez minutos —dijo—. ¿Vendrás conmigo hasta Smallbridge?

—Esperaba que me lo pidieses —respondió Bárbara.

CAPÍTULO III



Era la noche más cerrada imaginable, y el viento, que soplaba del oeste, era duro y amenazaba convertirse en temporal. Silbaba en torno a Hornblower, agitando las perneras de sus pantalones a la altura de la rodilla, por encima de las botas de agua, y tirándole de la casaca, mientras que alrededor y por encima de él, en las tinieblas, el cordaje chillaba como un coro de dementes, como protestando por la insensatez humana, que exponía una débil construcción de los hombres a la furia de las fuerzas naturales. En algún lugar a barlovento de Hornblower, alguien, seguramente un subalterno, insultaba a un marinero por algún ignorado desliz; las palabrotas llegaban a los oídos de Hornblower a ráfagas.

Un loco, pensaba Hornblower, tenía que conocer estos violentos contrastes, estos súbitos cambios de humor, estas bruscas alteraciones del mundo que le rodeaba; en unos casos era el loco quien variaba, pero en el suyo era el ambiente. Aquella mañana, apenas hacía doce horas, estaba sentado en la abadía de Westminster con los caballeros de Bath, todos vestidos de seda carmesí y blanca. Había cenado con el primer ministro la noche anterior. Había reposado en los brazos de Bárbara. Había disfrutado de las comodidades de Bond Street, donde sus menores caprichos eran atendidos con sólo tirar del cordón de una campanilla. Era una vida de holgura; una veintena de criados se extrañarían y alterarían si ocurriera la menor cosa capaz de perturbar el sencillo modo de vivir de *sir* Horatio. Por cierto, ellos unían estas dos palabras, formando una sola curiosa e híbrida que sonaba a «seroratio». Bárbara le había estado vigilando todo el verano para asegurarse de que los últimos vestigios de tifus ruso que le había devuelto a casa habían desaparecido. Estuvo paseando a menudo al sol por los jardines de Smallbridge, en compañía del pequeño Richard, y al verlos se apartaban respetuosamente los jardineros, descubriéndose. Recordaba una tarde luminosa en que él y Richard estuvieron juntos, tendidos boca abajo, a la orilla del estanque, tratando de coger carpas doradas con las manos, y regresaron a casa envueltos en los fulgores del ocaso, mojados, llenos de barro y felices sobremanera, el padre y el hijo, tan unidos como lo había estado él con Bárbara aquella misma mañana. Podía considerarse una vida feliz; demasiado feliz.

Por la tarde, en Smallbridge, mientras Brown y el postillón llevaban su cofre al carruaje, se había despedido de Richard, estrechándole la mano como si fuera ya un hombre.

—¿Vas a la guerra otra vez, padre? —le había preguntado el niño.

Se despidió de Bárbara una vez más; no fue fácil. Si tenía suerte, estaría en casa de vuelta pasada una semana; pero no podía decírselo, pues podría dejar traslucir demasiado sobre el carácter de su misión. Aquel atisbo de engaño contribuyó a destruir la atmósfera de unidad y compenetración, y le hizo aparecer de nuevo algo

frío y solemne. Al separarse de su mujer, Hornblower tuvo un momento la extraña sensación de algo perdido para siempre. Luego subió a la silla de posta, con Brown a su lado, y bordearon las dunas en la tarde otoñal hasta Guilford, mientras anochecía, y continuaron luego por la carretera de Portsmouth (la misma que había recorrido en ocasiones memorables), ya de noche cerrada. Brusca era la transición del lujo a la fatiga. A medianoche puso pie en la *Porta Coeli*, donde le dio la bienvenida Freeman, cuadrado, rechoncho y moreno como siempre, con el pelo en las mejillas, como los gitanos; casi sorprendía que no llevase aros en las orejas. No necesitó más de diez minutos para informar a Freeman, en riguroso secreto, de la misión a la que se dirigía la *Porta Coeli*; obedeciendo órdenes recibidas cuatro horas antes, Freeman tenía ya la nave lista para darse a la vela, y al cabo de aquellos diez minutos los marineros estaban en el cabrestante levando el ancla.

—Va a ser una noche inmundada, señor —dijo Freeman, envuelto en la oscuridad—. Sigue bajando el barómetro.

—Eso me temo, señor Freeman.

El oficial alzó de pronto la voz hasta convertirla en el más estentóreo bramido que jamás oyera Hornblower; aquel pecho con aspecto de tonel era capaz de producir un sorprendente volumen de sonido.

—¡Señor Carlow! Ponga a todo el mundo a arrizar velas. ¡Esa vela de estay del mastelero de mayor! ¡Otro rizo en las gavias! Sudeste cuarta al sur, timonel.

—Sudeste cuarta al sur, señor.

La cubierta vibró bajo los pies de Hornblower al pasar la gente corriendo sobre la tablazón; por lo demás, la oscuridad no le permitía observar si las órdenes de Freeman se cumplían; el chirrido de las poleas en los motones se desvanecía en el viento o quedaba apagado por el lamento de las jarcias, y no podía ver a los marineros trepando apresurados por el aparejo para tomar otro rizo más a las gavias. Sentía frío y cansancio después de un día que había comenzado —ahora le parecía mentira— con la llegada del sastre para ataviarle conforme al ceremonial de un caballero de Bath.

—Voy abajo, señor Freeman —dijo—. Llámeme si hace falta.

—Sí, señor.

Freeman tiró de la trampilla que cubría la escalera de la cámara (la *Porta Coeli* llevaba cubierta corrida), y por la abertura surgió una luz tenue, que dejaba entrever los escalones; la luz era débil, pero deslumbraba, después de estar sumido en la intensa negrura de la noche. Hornblower bajó, doblándose casi bajo los baos del puente. La puerta de la derecha daba a su camarote, de seis pies en cuadro y cuatro pies diez de altura; Hornblower tuvo que encorvarse para examinarlo a la luz vacilante de la linterna que colgaba de la cubierta. La angostura de aquellos alojamientos, los mejores del bergantín, no era nada en comparación con las condiciones en que vivían los otros oficiales, bien lo sabía, y veinte veces peor aún vivían los marineros. A proa, el entrepuente tenía la misma altura (cuatro pies diez), y

los hombres dormían en dos hileras de coyotes, suspendidos uno encima de otro, con las narices de los de arriba tocando el techo, las posaderas de los de abajo rozando el puente inferior y sus narices demasiado cerca de sus vecinos de encima. La *Porta Coeli* era la máquina de guerra más perfecta de su tamaño en el mar; llevaba cañones que podían triturar a cualquier adversario de las mismas dimensiones y pañoles capaces de alimentarlos durante horas y días de combate; llevaba provisiones suficientes para navegar durante meses sin tocar tierra; era fuerte y sólida, lo bastante para afrontar cualquier borrasca. El único inconveniente era que para lograr todas estas ventajas en 190 toneladas, los seres humanos que en ella se hacinaban tenían que contentarse con unas condiciones de vida que ningún granjero cuidadoso querría para su ganado. Sólo a costa de carne y sangre humana podía Inglaterra mantener el sinnúmero de pequeñas naves que garantizaban la libertad en el mar bajo la protección de los pesados buques de línea.

El camarote, a pesar de su pequeñez, despedía un hedor tremendo. Lo primero que percibía la nariz era el olor sofocante a hollín de la lámpara, pero pronto se advertían toda una gama de olores suplementarios. En primer lugar, el vago hedor a sentina, tolerable, en realidad imperceptible para Hornblower, que llevaba percibiéndolo casi veinte años seguidos; luego, un penetrante olor a queso, y, como para resaltarlo más aún, otro indiscutible a ratas. También olía a ropa mojada, y, por último, varios olores humanos, predominando el de hombres sin lavar y confinados largo tiempo.

Y esta mezcla de olores tenía como contrapeso una batería de ruidos. Todas las maderas respondían a los crujidos de las jarcias; estar en el camarote era como para un ratón permanecer dentro de un violín mientras lo tocan. Por arriba, las continuas pisadas en la toldilla y el golpeteo de cuerdas sobre el puente hacían pensar (para persistir en la analogía) que alguien repicaba en la caja del violín con unos macillos. Los costados de madera del buque chasqueaban y crujían al moverse éste en el agua, como si los golpearan unos nudillos de gigante; y las municiones del armero rodaban un poco a cada movimiento, además, para terminar con un golpe solemne e inesperado al final del balance deteniéndose antes de rodar en dirección opuesta.

Apenas hubo entrado Hornblower en su camarote cuando, de pronto, la *Porta Coeli* escoró con rara persistencia; al parecer, en el momento de salir a pleno Canal todo el ímpetu de la brisa oeste había caído sobre el bergantín, inclinándolo. Aquello le cogió por sorpresa (siempre era un proceso lento para él recuperar su equilibrio marino después de una larga temporada en tierra), y le empujó hacia adelante, y por fortuna contra la litera, en la que cayó de bruces. Mientras estaba allí despatarrado, sus ojos percibieron los diversos ruidos que los distintos objetos sueltos, no siempre bien sujetos al comenzar un viaje, producían al caer en cubierta por efecto de aquel primer y violento balanceo. Hornblower se revolvió sobre la litera, dándose con la cabeza en los baos del techo al cogerle por sorpresa otro bandazo, y se desplomó de nuevo sobre el rudo cabezal, sudando en la húmeda estrechez de la cabina, tanto por

efecto de sus esfuerzos como por el de los preliminares del marea. Renegaba en voz baja, pero con toda su alma; en su interior surgía un intenso odio a aquella guerra, más enconado por su absoluta inutilidad. No podía apenas imaginar lo que sería la paz (era un chiquillo cuando el mundo estuvo en paz por última vez), pero anhelaba con ansia indomable la paz como cesación de la guerra. Estaba cansado de guerra, más que cansado, y su cansancio era mayor y más amargo después de sus experiencias del año último. La noticia de la completa destrucción del ejército de Bonaparte en Rusia había hecho brotar prematuras esperanzas de paz, pero Francia no había mostrado signos de flaqueza. Por el contrario, había movilizado nuevos ejércitos y contenido el torrente del contraataque ruso lejos de todo punto vital del Imperio. Los sabihondos habían puesto de relieve la severidad y universalidad de las levadas impuestas por Bonaparte, la dureza de los impuestos con que abrumaba a sus súbditos, y auguraban un próximo alzamiento en el interior del Imperio, tal vez respaldado por una revuelta de los generales. Habían pasado diez meses desde que comenzaron a difundirse aquellas predicciones, y nada hacía suponer que fueran a confirmarse. Cuando Austria y Suecia se pasaron a las filas de los enemigos de Bonaparte, la gente pensó en una victoria inminente. Esperaban que cuando los aliados involuntarios de Bonaparte (Dinamarca, Holanda y los demás) se zafaran de su compromiso, ello significaría un rápido desmoronamiento del Imperio, pero una y otra vez se veían decepcionados. Hacía mucho que algunas personas de buen juicio habían pronosticado que cuando la marea de la guerra refluyese sobre el imperio mismo, cuando Bonaparte se viera obligado a buscar apoyo a la guerra en el suelo de sus propios súbditos y no en el de sus enemigos o tributarios, la contienda terminaría casi inmediatamente. Y sin embargo, habían transcurrido tres meses desde que Wellington, a la cabeza de diez mil hombres, franqueó por los Pirineos las sagradas fronteras, y aún se debatía en una trampa mortífera en el lejano sur, a setecientas millas de París. Parecía que los recursos o la decisión de Bonaparte no tuviesen límite.

En su exasperación presente, a Hornblower le parecía que la lucha habría de continuar hasta que muriese el último hombre en Europa, hasta que Inglaterra consumiese irrevocablemente toda su sustancia; y en cuanto a él, que hasta que la ancianidad no le liberase estaría condenado, por la insensata tozudez de un hombre, a no gozar de libertad, a pasarse los días y las noches en un ambiente infecto, como el que ahora le rodeaba, separado de su mujer y de su hijo, mareado y muerto de frío, deprimido e infeliz. Casi por primera vez en su vida comenzó a desear un milagro o algún cambio inesperado de fortuna: que una bala perdida matase a Bonaparte, o que un prodigioso error permitiese ganar una victoria indiscutible y decisiva; que el pueblo de París se alzase con éxito contra el tirano, que la cosecha francesa fuera rematadamente mala, que los mariscales, para conservar sus fortunas, se declararan adversos al emperador e indujeran a los soldados a seguirles. Pero nada de todo aquello, bien lo sabía, era probable; la lucha tenía que continuar, y él estaba

condenado a seguir siendo un prisionero mareado, sujeto por las cadenas de la disciplina, hasta que se le volviese blanco el pelo.

Abrió los ojos, que mantenía cerrados con fuerza, y se encontró con Brown, de pie junto a él, mirándole.

—He llamado, señor, pero no me ha oído.

—¿Qué ocurre?

—¿Quiere que le traiga algo, señor? Van a apagar ahora mismo el fuego en la cocina. ¿Una taza de café, señor? ¿Té? ¿Un grog caliente?

Una buena dosis de licor fuerte podría hacerle dormir, ahogando sus enfermizos y lúgubres pensamientos, dándole cierto alivio al librarle de la negra depresión que le devoraba. Se regodeó en la idea, y se sintió asombrado de sí mismo. Él, que llevaba casi veinte años sin beber para emborracharse, que detestaba la embriaguez en su persona más que en cualquier otra, pensando un momento siquiera con agrado en semejante ocurrencia, era algo que le sorprendía y a la vez le aterraba. Aquello significaba que en su interior se agitaba una nueva depravación que jamás había conocido, agravada por la noción de que se le había concedido una misión secreta de gran importancia, que requería una cabeza despejada y un juicio lúcido. Y se fustigó mentalmente, con amargo desprecio de sí mismo.

—No —replicó—. He de volver a cubierta.

Sacó las piernas fuera del camastro. La *Porta Coeli* se había alejado ya mucho de la costa, y se balanceaba y cabeceaba como una cabra loca en las picadas aguas del Canal. Con el viento en la aleta, escoraba de tal modo que, al ponerse Hornblower de pie, habría ido a dar contra el mamparo opuesto si la fuerte mano de Brown no hubiese acudido oportuna a evitarlo. Brown nunca perdía su equilibrio de marinero, nunca se mareaba; tenía aquella resistencia física que Hornblower había envidiado siempre. Se mantenía sobre sus piernas separadas como una roca, perfectamente ajeno a los caprichos del bergantín mientras Hornblower vacilaba, inseguro. Poco le faltó para dar con la cabeza en la oscilante lámpara; pero la firme mano de Brown le llegó a tiempo al hombro y no hubo choque.

—Una noche perra, señor, y aún se pondrá mucho peor antes de que amaine.

Job disfrutó de consuelos parecidos. Hornblower gruñó algo a Brown con quisquilloso mal humor, que empeoró al advertir que no hacía en el otro la menor mella. Le enfurecía verse tratado como un chiquillo en plena pataleta.

—Será mejor que se ponga la bufanda que le hizo *milady* —continuó Brown, inmovible—. Va a hacer un frío de muerte de madrugada.

Con un sencillo movimiento abrió un cajón y sacó de él la bufanda. Era un rectángulo de valiosa seda, ligero y cálido, acaso la prenda de más valor que Hornblower poseyera jamás, teniendo en cuenta incluso su espada de cien guineas. Bárbara la había bordado con infinito trabajo, pues detestaba andar enredando con agujas y dedales, y el hecho de haber puesto en aquello sus manos era el mejor homenaje que pudo dedicarle. Hornblower se abrigó con ella el cuello, por dentro del

chaquetón, y se sintió confortado por aquel calorcillo, por aquella suavidad y por los recuerdos de Bárbara que evocaban en su mente. Se enderezó y de un impulso atravesó la puerta y subió los cinco escalones, hasta la toldilla.

Era noche cerrada, y Hornblower quedó deslumbrado al salir de la mísera luz del camarote. En torno suyo, el viento mugía imponente: tuvo que inclinar la cabeza para aguantarlo. La *Porta Coeli* macheteaba de banda, aunque el viento no la hería de través, sino por una aleta, y se balanceaba y cabeceaba mucho. Los rociones y los remolinos que barrían la cubierta, combinados con la lluvia, le pinchaban la cara mientras avanzaba trabajosamente hacia la amurada de barlovento. Aunque sus ojos se habían acostumbrado ya a las tinieblas, apenas podía distinguir el confuso y estrecho rectángulo de la gavia mayor arrizada. La pequeña nave saltaba bajo sus pies locamente, como un caballo; la mar estaba dura, y, en medio del estruendo de la borrasca, Hornblower percibía el chirrido de los guardianes cuando el timonel, a la caña, luchaba por impedir que se hundiera el navío en el seno de una ola.

Hornblower advirtió la presencia de Freeman por allí cerca, y no le hizo caso. Nada tenía que decir, y, aunque así fuese, la violencia del viento se lo impediría. Hincó el codo en la batayola para afirmarse, y escudriñó en la oscuridad. Al otro lado mismo de la borda, la blanca cresta de cada nueva ola se hacía visible un instante antes de que la *Porta Coeli* se alzara sobre ella. A proa, los marineros se afanaban con las bombas; Hornblower podía oír su apagado golpeteo a intervalos. Aquello no era sorprendente, pues con el violento movimiento del buque en medio del oleaje, las costuras debían de estar abriéndose y cerrándose como bocas. En una noche lóbrega como aquella, algunos buques navegarían maltrechos por la tormenta y otros estarían encallando, y su gente muriendo entre la marejada, con este viento implacable rugiendo sobre sus cabezas. Algunas anclas irían rastreando, y más de un cabo se habría roto. Sobre los miserables vivaques de la Europa en guerra soplaría también el huracán. Un millón de anónimos soldados campesinos estarían arrebujados alrededor de los fuegos de campamento, alimentados a duras penas, maldiciendo del viento y de la lluvia, mientras yacían insomnes y hambrientos, aguardando la batalla del día siguiente. Era curioso pensar que de ellos, de aquella gente innominada y sin importancia, tuviese que depender en gran parte que él se viera libre de su presente esclavitud. Y al alcanzar su mareo el punto culminante, vomitó agotadoramente en los imbornales.

Freeman le decía algo ininteligible. No podía comprenderle, y el otro se vio obligado a alzar la voz:

—¡Parece que tendremos que ponernos a la capa, señor!

Había hablado en un tono moderado al principio, algo turbado. Era aquella una situación difícil para Freeman; por ley y según las prácticas del mar, él mandaba el barco, y Hornblower, aunque muy superior en categoría, iba allí en calidad de pasajero. Sólo un almirante podía tomar el mando de manos del oficial nombrado a tal efecto, de no mediar un largo y difícil proceso; un capitán, aunque ostentase el

rango de comodoro, que era el caso de Hornblower, no tenía derecho a hacerlo. Legalmente, y según los preceptos del Código militar, Hornblower sólo podía dirigir las operaciones de la *Porta Coeli*, e incumbía a Freeman la exclusiva responsabilidad del modo de cumplir las órdenes de su superior. Él tenía que decidir si procedía ponerse a la capa o no; pero un simple teniente al mando de un bergantín de dieciocho cañones no podía pasar por alto los deseos de un comodoro alojado en su buque, especialmente si se trataba de Hornblower, con su reputación de puntualidad y de celo en aplicarse a las maniobras que le tocara presenciar. Ningún teniente que pensara en su porvenir podría hacerlo en modo alguno. Hornblower, a través de sus náuseas, sonrió maliciosamente para sí ante el dilema del otro.

—Póngase a la capa si le parece, señor Freeman —bramó en respuesta; y apenas hubo dicho estas palabras, Freeman dio a gritos sus órdenes con la bocina.

—¡Al paio! ¡Meted el velacho! ¡Largad la vela de estay del mastelero de mayor! ¡Timonel, a la capa!

—A la capa, señor.

Con el velacho aferrado, el barco quedó más suelto, y más seguro al largar la vela de estay, cogiendo el viento. Hasta entonces había bregado contra él; y ahora cedía a su impulso, como una mujer que al cabo se rinde a un pretendiente insistente. Se adrizó, volviendo su amura de estribor al inquieto oleaje, subiendo y bajando en sus ondulaciones con cierto ritmo, sin precipitarse como antes de un modo irregular sobre las olas de aleta. Los obenques del palo mayor sirvieron a Hornblower de algún alivio, mientras se recostaba contra la amurada de estribor, de suerte que hasta la fuerza del viento le pareció haber amainado un tanto.

CAPÍTULO IV



Todo era mucho más cómodo, sin duda alguna, y también la seguridad había aumentado. Ya no había peligro de que la *Porta Coeli* perdiese arboladura o velamen, o que sus costuras se abriesen más de la cuenta. Pero tampoco la acercaba aquello a la *Flame* y a su amotinada tripulación; por el contrario, a cada momento que pasaba iba derivando más lejos, y hacia sotavento. ¡Sotavento! La mente de Hornblower, como la de todos los marinos, estaba obsesionada con la importancia de mantenerse a barlovento del punto de destino. Refunfuñaba obstinado a cada vara de deriva, con más desgana que un avaro entregando sus monedas de oro. Allí en el Canal, a fines de otoño, cuando eran de esperar a diario borrascas del oeste, toda deriva hacia el este podría tener que recuperarse luego a elevado interés. Cada hora de abatimiento tendría que recuperarse al amainar el viento, a costa de dos o tres horas de navegar contra él, a menos que soplara del este, lo cual no era de esperar.

Y cada hora podía resultar importante; pues nadie sabía cuál sería la próxima insensatez que cometerían los desesperados tripulantes de la *Flame*. En cualquier momento, el pánico podría inducirles a entregarse a los franceses; o los cabecillas podían abandonar el buque para refugiarse en Francia, escapando así definitivamente a la cuerda del verdugo. Y tarde o temprano cabía el peligro de que se filtrase en la Armada la noticia de que en un buque del rey se habían roto impunemente los lazos de la disciplina, y que unos marineros oprimidos estaban negociando de igual a igual con los lores del Almirantazgo. Hornblower se figuraba demasiado bien cuáles podrían ser los efectos de semejante noticia. Cuanto antes se hiciera un escarmiento con la *Flame*, mejor; pero aún seguía sin saber cómo arreglar el asunto. El temporal no la afectaría mucho y podría soportarlo bien al abrigo de la península normanda. Un buque de su tonelaje estaba en condiciones de aventurarse en cualquier parte de la bahía del Sena; por un lado, podían refugiarse en El Havre, y, por el otro, en el río de Caen.

Las baterías de la costa de Cotentin podían protegerla; los lugres y las lanchas cañoneras del Sena acudirían en seguida en su auxilio. Tanto en Cherburgo como en El Havre había fragatas y buques de línea franceses, a medio tripular e incapaces de darse a la vela, pero siempre dispuestos, llegado el caso, a alejarse unas millas de puerto y cubrir la huida de la *Flame*. Al aproximarse una fuerza superior, seguramente escaparía; tal vez decidiese resistir a un navío igual, como era la *Porta Coeli*, pero a Hornblower le inquietaba la perspectiva de atacar en igualdad de condiciones a un buque inglés tripulado por marineros armados del valor que da la desesperación. La victoria costaría un elevado precio: ¡qué clamor de triunfo alzaría Bonaparte en toda Europa si tenía noticias de una batalla entre dos buques ingleses! Habría muchos muertos; y ¿qué efecto produciría en la Armada el sorprendente

acontecimiento de los marineros ingleses matándose unos a otros? ¿Qué resultados tendría en el Parlamento? Además, existían muchas probabilidades de que los dos bergantines se causaran tal estrago que sucumbiesen fácilmente a los lugres y cañoneras del corso. Peor aún, quedaba la alternativa de una derrota; un azar tan arbitrario como lanzar una moneda al aire podía decidir la acción. No; sólo como único recurso, y tal vez ni aun así, entablaría combate singular con la *Flame*. Pero entonces, ¿qué demonios hacer?

Hornblower volvió repentinamente a la conciencia del mundo que le rodeaba, retrocediendo del callejón sin salida en el que sus pensamientos le habían metido. El viento seguía aullando en torno suyo, pero ya no perduraba el muro de tinieblas. Ante sus ojos se destacaba en el firmamento el esbelto rectángulo de la gavia arizada, con una débil claridad alrededor; las olas salpicadas de blanco en las que el bergantín se encaramaba con trabajo se distinguían bastante bien. Se acercaba la mañana. Ahí estaba, al paio en mitad del Canal, fuera de vista de tierra. Y no hacía aún veinticuatro horas que estaba sentado, con ropas de seda, entre los caballeros de Bath y en la abadía de Westminster, y muchas menos que Bárbara... Pero aquella era otra sucesión de ideas de la que tuvo que desprenderse a toda prisa. Estaba lloviendo otra vez, y las gotas heladas le herían el rostro, impulsadas por el vendaval. Tenía un frío que le calaba hasta los huesos; al moverse sintió la bufanda de Bárbara ceñida al cuello y empapada del agua que había escurrido de su cara. Freeman estaba a su lado; la barba de un día que brotaba de sus mejillas contribuía de forma convincente a darle aspecto de gitano.

—El barómetro se mantiene bajo, señor —informó—. No hay señales de que el tiempo mejore.

—Tampoco yo las veo —accedió Hornblower.

Había poco tema de conversación, aunque Hornblower hubiese querido charlar con su subordinado. El cielo y el mar grises, el viento aullante, el frío que los envolvía, el sombrío pesimismo que nublaba los pensamientos del comodoro, todo ello le impelía a mantener el deliberado aire taciturno que tanto tiempo había cultivado.

—Avíseme al menor signo de cambio, míster Freeman —dijo.

Se dirigió a la escotilla; con gran esfuerzo consiguió adelantar un pie tras otro, y apenas pudo agacharse para apoyar las manos en las brazolas al bajar. Le crujían las articulaciones al entrar encorvado en su cabina para no tropezar con los amenazadores baos. Estaba entumecido de frío, cansancio y mareo. Se daba cuenta, malhumorado, de que era necesario mantenerse en pie y no tumbarse vestido en la litera como habría deseado; no por miedo al reuma, sino porque no habría posibilidad de secar en muchos días la ropa de la litera, si la mojaba. Y, además, allí estaba el inevitable Brown, surgiendo de pronto a su lado; por lo visto había estado al acecho en la despensa de la cámara, por si le veía regresar.

—Permítame que le quite el chaquetón, señor —dijo Brown—. Está usted helado,

señor. Le quitaré la bufanda. Esos botones, señor. Siéntese y le podré quitar las botas, señor.

Brown le fue despojando de las ropas mojadas igual que si fuese una criatura. Sacó una toalla como por arte de magia, y le frotó las costillas con ella. Hornblower notó que la vida volvía por sus venas al roce del áspero lienzo. Brown le pasó por encima de la cabeza un camisón de franela, y luego se arrodilló sobre la movediza cubierta para frotarle las piernas y los pies. Por la mente ofuscada de Hornblower pasó una ráfaga de asombro ante la habilidad de Brown. Aquel hombre lo hacía todo bien; sabía hacer nudos y ajustes, y conducir un tronco de caballos; tallar barcos en miniatura para Richard, y servirle a la vez de aya y niñera; voltear el escandallo, aferrar y arrizar velas, y servir a la mesa; echar una mano al timón y trinchar un ganso; desnudar a un hombre exhausto y (lo que era más importante) sabía cuándo cortar el flujo de sus palabras tranquilizadoras, acostarle en silencio, echarle las mantas por encima y dejarle solo, sin pronunciar manidas o irritantes palabras deseándole que durmiera bien. En los últimos y tumultuosos pensamientos de Hornblower, antes de que el agotamiento le sumiera en el sueño, decidió que Brown era un miembro de la sociedad mucho más útil que él mismo; que si en su infancia le hubieran enseñado letras y números y el azar le hubiese llevado a la toldilla como guardiamarina y no al puente bajo, como simple marinero, probablemente ahora sería capitán. Y era significativo que al pensar aquello no sintiera la menor envidia de Brown. Se sentía lo bastante flojo como para admirarle sin resentimiento. Brown sería un excelente marido para cualquier mujer, siempre que no anduviera otra por ahí cerca. Tal idea le hizo sonreír, y sonriendo se quedó dormido, a pesar del mareo y de los cabeceos de la *Porta Coeli* al abrir las breves olas.

Se levantó horas después, reanimado y hambriento, escuchó benévolo el tumulto de la bulliciosa nave en torno suyo; y luego asomó la cabeza fuera de las mantas y llamó a Brown. El centinela de la puerta recogió la orden, y Brown se presentó casi en el acto.

—¿Qué hora es? —Las dos, señor.

—¿De qué guardia?

—De la tarde, señor.

Lo había sabido sin necesidad de preguntarlo. Llevaba cuatro horas durmiendo, naturalmente; nueve años de capitán no habían conseguido erradicar las costumbres adquiridas durante doce años de oficial de guardia. La *Porta Coeli* se hundió primero de popa y luego de proa al pasarle por debajo una ola muy encrespada.

—¿No se ha calmado el viento?

—Tenemos aún temporal, señor. Oeste sudoeste. Estamos a la capa, con la vela de estay del mastelero de mayor, y la gavia con tres rizos. No se ve la tierra ni hay un solo buque a la vista.

Éste era un aspecto de la guerra al que debería haberse acostumbrado: una espera interminable y el peligro en el horizonte. Se sentía maravillosamente reconfortado

por sus cuatro horas de sueño. Nada quedaba ya de su depresión y sus anhelos de que la guerra terminase, no desaparecidos, pero sí oscurecidos por el fatalismo del veterano, ya recuperado. Se despezó en su litera, agitada por la mar gruesa. Decididamente, el estómago seguía algo sensible, pero con el reposo y tendido como estaba, ya no parecía hallarse en activa rebelión, aunque pudiera soliviantarse si él emprendía alguna actividad. ¡Pero no tenía por qué hacerlo! Si se levantaba y se vestía, ninguna tarea le esperaba. Las guardias no le incumbían; legalmente, era un simple pasajero, y hasta que el temporal no cediese o no surgiera algún peligro imprevisto, no tenía que preocuparse de nada. Todavía le quedaban muchas horas de sueño que recuperar; probablemente le aguardaban muchas noches de ansiedad e insomnio cuando emprendiera la misión que se le había asignado. Lo mejor sería aprovechar todo lo posible su presente languidez.

—Muy bien, Brown —dijo, procurando imprimir a su voz la indiferencia que siempre se esforzaba por demostrar—. Llámeme cuando amaine el tiempo.

—¿El desayuno, señor? —La sorpresa de Brown se traslucía en el tono de su pregunta, y Hornblower se sintió halagado; Brown no habría esperado nunca una reacción semejante por parte de su inquieto capitán—. ¿Un poco de ternera fría y un vaso de vino, señor?

—No —dijo Hornblower. Temía que su estómago no pudiera resistir el menor alimento.

—¿Nada, señor?

Hornblower no se dignó siquiera responderle. Se había mostrado impredecible, y aquello suponía una ventaja evidente. En cualquier momento Brown podía volverse cada vez más engreído y suficiente, y aquello le bajaría las pretensiones y haría que se sintiera menos seguro de su conocimiento del carácter de su capitán. Hornblower creía que nunca podría ser un héroe para Brown, pero al menos podía ser desconcertante. Se quedó mirando plácidamente a los baos del techo, hasta que el estupefacto Brown se retiró, y luego se acomodó de nuevo, conteniendo una arcada. Resignado a su suerte, se sentía satisfecho de poder seguir tumbado, dormitando y soñando despierto. Tras el viento del oeste le esperaba un bergantín lleno de rebeldes. Bueno, aunque se iba apartando de ellos a razón de una o dos millas por hora, se les acercaba también lo más deprisa que podía. Y Bárbara había sido tan dulce...

Dormía tan ligeramente al final de la guardia que le despertaron las voces del contramaestre llamando a la guardia franca, cuando debería haber estado acostumbrado del todo a ellas. Gritó para que acudiese Brown, y saltó de la litera, vistiéndose apresurado a fin de disfrutar de la postrera luz del día. Al salir a cubierta, sus ojos contemplaron la escena desolada que esperaba: un cielo completamente gris, un mar gris salpicado de blanco y arrizado entre las olas cortas y empinadas del Canal. El viento seguía soplando con furia tempestuosa, y los oficiales de guardia lo aguardaban inclinados hacia él, con el sombrero impermeable calado hasta los ojos, mientras el vigilante se acurrucaba buscando cobijo tras la amurada de barlovento, a

proa.

Hornblower se percató, al mirar a su alrededor, de la conmoción que había producido su aparición en cubierta. Era la primera oportunidad que la tripulación de la *Porta Coeli* tenía de verle a la luz del día. El guardiamarina de servicio, al sentir el codo del segundo contraamaestre, desapareció bajo cubierta, seguramente para avisar a Freeman, y entre los marineros de proa también pudo advertir algunos codazos. Un tropel de negros capotes de hule mostró varias manchas blancas al volverse algunas caras hacia él. Estaban hablando de su persona: Hornblower, el que hundió el *Natividad* en el Pacífico, y luchó contra una escuadra francesa en la bahía de Rosas, y defendió Riga el año anterior contra todo el ejército de Bonaparte^[1].

Ahora, Hornblower podía imaginarse con cierta ecuanimidad la posibilidad de ser objeto de conversaciones. Ciertamente, había cosas notables en su historial, victorias conseguidas por él, por las cuales era justo que ostentase laureles. Sus flaquezas, sus mareos y su melancolía podían inspirar una sonrisa de tolerancia, y no risas de burla. Los dorados laureles sólo estaban empañados por su conocimiento de sí mismo, pero no para los otros. Nadie estaba enterado de sus dudas y vacilaciones, ni siquiera de sus errores (no sabían, como él, que si hubiera hecho retirar las bombardas en Riga cinco minutos antes, como debía, el joven Mound aún seguiría vivo y sería un distinguido oficial de la Armada). Las maniobras de Hornblower con su escuadra en el Báltico habían sido descritas en el Parlamento como «el ejemplo más perfecto, en los últimos años, del empleo de una fuerza naval contra un ejército». Hornblower estaba al tanto de las imperfecciones, pero al parecer, los demás sufrían una cierta ceguera respecto a ellas. Podía mirar cara a cara a sus colegas, lo mismo que a sus iguales en sociedad. Tenía una esposa bella y noble, una esposa de gusto y de tacto, una esposa de quien podía estar orgulloso, y no como la pobre María, en su olvidada tumba de Southsea, a quien sólo a regañadientes se atrevió a exponer a las críticas del mundo.

Freeman apareció de pronto por la escotilla, abrochándose el impermeable; los dos hombres se llevaron la mano al sombrero.

—El barómetro ha empezado a subir, señor —gritó Freeman, ahuecando las manos delante de la boca—. Esto acabará pronto de soplar.

Hornblower asintió, a pesar de que en el mismo momento una ráfaga más fuerte le ciñó el capote de hule a las piernas: aquella ráfaga era justamente señal de que el temporal se acercaba a su fin. La luz se desvanecía ya en el cielo gris; al ponerse el sol era posible que el viento amainase.

—¿Viene conmigo a echar una ojeada? —vociferó Hornblower, y esta vez le tocó a Freeman el turno de asentir con la cabeza.

Avanzaron con trabajo por las cubiertas anegadas, y Hornblower iba examinándolo todo con detención. Dos cañones largos a proa, de seis libras; el resto del armamento eran carronadas de doce libras. Los cierres y aparejos estaban en buena forma. Arriba, la jarcia muerta y la de maniobra se hallaban dispuestas y bien

cuidadas; pero la mejor prueba de que el buque iba perfectamente servido era que el mar no se había llevado nada durante el temporal de las últimas veinticuatro horas. Freeman era un buen capitán; Hornblower ya lo sabía. Pero no eran los cañones, ni siquiera las propiedades marineras del buque, lo que importaba sobre todo en aquella expedición. Lo primordial eran las fuerzas humanas. Hornblower lo revisó todo con rápidas miradas bajo las cejas fruncidas, esforzándose por no perder detalle del aspecto y comportamiento de la marinería. Parecían pacientes, no huraños, gracias a Dios. Se mantenían alerta, dispuestos a obedecer cualquier orden. Hornblower se sumergió por la escotilla de proa en el indescriptible estrépito y hedor del cerrado entrepuente. Había allí marineros durmiendo de esa forma increíble que tienen los marineros ingleses, roncando sonoramente, tumbados en la misma tablazón, a pesar del estrépito reinante en torno suyo. Otros, en apretados grupos, se entretenían jugando. Advirtió tirones de mangas y dedos que le señalaban al divisarle los hombres, que por primera vez tenían ante sus ojos al casi legendario Hornblower. Un intercambio rápido de gestos, un guiño. Hornblower, calculando sagazmente cuál era la atmósfera que le envolvía, apreció complacido que en ella había expectación, más que resignación o desgana.

Era curioso, pero no se podía negar que la gente estaba contenta de verse a órdenes suyas, del Hornblower a quien ellos se imaginaban (pensaba éste), y no del de carne y hueso que se presentaba ante ellos, vestido con su casaca y sus pantalones. Los pobres diablos sentían ansias de victoria, de excitación, de honores, de éxito. No se detenían a pensar que bajo el mando de Hornblower los hombres morían. La perspicacia resultante del mareo y el estómago vacío (Hornblower no podía acordarse de cuándo había comido por última vez) dejaban amplio juego a todo un conflicto de emociones en su interior: satisfacción al verse seguido de tan buen grado; piedad por las incautas víctimas; un escalofrío de emoción al pensar en acciones futuras, y una oleada de duda en cuanto a su capacidad de arrebatar el triunfo de las fauces del azar. Sentía también contento, admitió de mala gana, por encontrarse embarcado y con mando otra vez, y un pesar, amargo y profundo por la vida que acababa de dejar, por el cariño de Bárbara y el afecto confiado del pequeño Richard. Hornblower, al notar este torbellino interior, se reprochaba su loco sentimentalismo en el momento mismo en que su aguda mirada descubrió a un marinero que se llevaba la mano a la frente y saludaba con una mueca de turbada alegría^[2].

—Yo le conozco —dijo Hornblower, tratando de recordar—. Veamos de dónde... Tuvo que ser en la *Indefatigable*.

—Así es, señor. Allí estuvimos juntos, señor. Y entonces no era usted más que un chiquillo, señor, si me lo permite. Guardiamarina de la cofa de proa, me acuerdo bien, señor.

El marinero se limpió la mano en la pernera de su pantalón antes de aceptar la que Hornblower le tendía.

—Se llama usted Harding —dijo Hornblower, haciendo un enorme esfuerzo de

memoria—. Me enseñó a hacer costuras largas mientras estuvimos frente a Ouess.

—Es cierto, señor. Tiene mucha razón. Fue en 1792, ¿o en 1793?

—En el noventa y tres. Me complace saber que está usted a bordo, Harding.

—Muchas gracias, señor. Muchas gracias.

¿Por qué tenía que estar todo el mundo tan encantado porque él había reconocido a un antiguo compañero de barco de hacía veinte años?

¿Por qué debía tener aquello la menor importancia? Y, sin embargo, así era; Hornblower lo sabía y lo sentía. Era difícil decir si la piedad o el afecto a sus débiles semejantes ocupaba el primer lugar en el nuevo torrente de emociones que despertó el incidente. Bonaparte podía estar haciendo otro tanto en aquel mismo momento, reconociendo en cualquier vivaque alemán a algún antiguo camarada en las filas de la Guardia.

Habían llegado a la popa del bergantín, y Hornblower se volvió hacia Freeman.

—Ahora voy a comer, señor Freeman —dijo—. Tal vez podamos luego largar algo de lona. En todo caso, subiré a cubierta para ver si es posible.

—Sí, señor.

Comió sentado en la pequeña taquilla arrimada al mamparo. Carne de ternera salada y fría, un buen filete, sabroso para un paladar acostumbrado a ello, aunque durante los últimos once meses no lo probara. «Galletas Marinas Rexam Superfinas», de una caja forrada de plomo, descubiertas y proporcionadas por Bárbara; la mejor galleta de mar que Hornblower había comido en su vida, y que seguramente costaban veinte veces más que aquella otra llena de gorgojos, tan conocida. Un bocado de queso rojo, sabroso y sazonado, muy adecuado para acompañar el segundo vaso de clarete. Era completamente absurdo que le produjese cierta satisfacción llevar de nuevo aquella vida, pero así era. No podía negarlo.

Se limpió los labios con la servilleta, se puso el capote de hule y subió a cubierta.

—Me parece que el viento ha cedido un poco, señor Freeman.

—También lo creo así, señor.

En la oscuridad, la *Porta Coeli* navegaba contra el viento casi con soltura, subiendo y bajando graciosamente. El oleaje no podía ser tan crecido como antes; lo que le mojaba la cara eran gotas de lluvia, no rociones, y aquello era señal cierta de que lo peor de la tormenta había pasado.

—Con el foque y la mayor arrizadas podemos ir de bolina, señor —dijo Freeman, casi sin atreverse.

—Muy bien, señor Freeman. Adelante.

Requería una destreza especial gobernar un bergantín, sobre todo con el viento de bolina. Con el foque, las velas de estay y la mayor podía manejarse como un buque aparejado con velas áuricas; Hornblower sabía aquello teóricamente, pero también le constaba que su práctica sería ya anticuada, más aún en la oscuridad y con el viento fresco. Le pareció bien permanecer en segundo término y dejar hacer a Freeman lo que quisiera. El capitán gritó sus órdenes; con un tremendo chirrido de motones, la

mayor, arrizada, subió por el mástil, mientras unos marineros, encaramados en la verga alta, metían la gavia. El bergantín se mantenía al paio por la amura de estribor, y al hacerse sentir el efecto del foque comenzó inclinarse un poco a sotavento.

—¡Las escotas de la mayor! —vociferó Freeman; y luego, al timonel—: ¡Vía así!

El timón contuvo la tendencia de la *Porta Coeli* a abatir, y la mayor cogió viento y empujó la nave hacia adelante. En un momento, el bergantín, antes quieto y sumiso, se volvió bravío y arrojado. Dejó de ceder al viento y al mar, de dejar que pasaran a toda velocidad; ahora les hacía frente, luchaba contra ellos, los desafiaba. Era como una tigresa antes satisfecha con huir de los cazadores, escabulléndose de guarida en guarida, y que ahora se precipitaba contra sus atormentadores loca de furia combativa. El viento la hacía machetear, y se levantaban surtidores de espuma de su proa. La suave ondulación de antes se había transformado en un baile absurdo, al embestir las altas olas con inquebrantable resolución. La nave cabeceaba y se estremecía, abriéndose paso entre ellas. Las fuerzas naturales, las viejas potencias primitivas que habían regido tierra y mar desde la Creación, se veían ahora retadas por el hombre, mortal y débil, que, gracias al cerebro oculto en el interior de su frágil cráneo, no sólo se atrevía a afrontarlas, sino a someterlas a su voluntad, forzándolas a servirle. La naturaleza había levantado aquel vivo ventarrón del oeste, canal arriba; sutil e ingeniosamente, la *Porta Coeli* lo aprovechaba ahora para abrirse paso hacia occidente, un paso lento, penoso, difícil; pero decidido, a pesar del viento. Hornblower, de pie junto a la rueda, sintió una oleada de entusiasmo viendo al bergantín cortar las revueltas aguas. Era como Prometeo, el afortunado rebelde contra las ciegas leyes de la naturaleza, robando el fuego a los dioses; podía sentirse orgulloso de ser una simple criatura mortal.

CAPÍTULO V



Freeman se inclinó sobre el sebo del que estaba provisto el fondo del escandallo; un marino sostenía una linterna junto a su hombro para que la luz cayese donde debía. El oficial de derrota y el guardiamarina de servicio completaban el grupo, una viñeta de luz y sombra en la cerrada oscuridad de alrededor. Freeman no se apresuró a tomar su decisión; contempló la muestra recogida del fondo del mar, primero por un lado y luego por otro. La olió; aplicó a ella el dedo índice y se lo llevó a la lengua.

—Arena y concha negra —murmuró para sí.

Hornblower se mantenía apartado del grupo; aquello era algo que Freeman sabía hacer mejor que él, aunque pudiera sonar a blasfemia decirlo en público, ya que él era capitán y Freeman sólo teniente.

—Tal vez estemos a la altura de Antifer —dijo Freeman, por último. Volvió la vista hacia donde se hallaba Hornblower, envuelto en tinieblas.

—Tome la otra bordada, por favor, señor Freeman. Y que sigan a la sonda.

Ir deslizándose junto a la traidora costa normanda en las sombras de la noche era un asunto peliagudo, aunque en las últimas veinticuatro horas el viento se hubiese moderado hasta convertirse en brisa fresca. Pero Freeman era muy capaz; doce años navegando en aguas someras alrededor de las costas de Europa le habían dado unos conocimientos y una sagacidad que de otro modo nunca hubiese podido conseguir. Hornblower tenía que confiar en el criterio de Freeman; él mismo, con la brújula, el escandallo y la carta podía hacer un trabajo aceptable, pero tratar de superar a Freeman como piloto del Canal sería ridículo. «Tal vez», había dicho el joven; pero Hornblower podía apreciar aquella expresión en su verdadero valor. Freeman estaba seguro al decirlo. La *Porta Coeli* estaba frente al cabo de Antifer, o sea, algo más a sotavento de lo que hubiera querido estar al amanecer. Hasta entonces no había pensado cómo proceder con la *Flame* al encontrarla; no había modo de salvar, en su opinión, la sencilla dificultad geométrica de que los amotinados, con El Havre abierto a ellos por un lado y Caen por el otro, podían refugiarse al amparo de los franceses cuando quisieran. Además, había una docena más de calas en la costa, todas ellas bien protegidas por baterías, donde podía refugiarse la *Flame*. Y cualquier violencia que se aplicase podría dar fácilmente por resultado que colgaran a Chadwick de un penol, dejándolo allí como un ancla en su cadena, lo cual sería el incidente más horrible y peligroso en la historia de la Marina desde el asesinato de Pigott. Pero era indispensable ponerse en contacto con los amotinados (primer paso obligado), y, al menos, no se perdía nada tratando de hacerlo en las mejores condiciones posibles. Podía ocurrir algún milagro; había que tratar de atrapar los milagros al vuelo. ¿Qué le dijo Bárbara en cierta ocasión? «El hombre de suerte es aquel que sabe cuándo debe

dejar obrar al azar». Bárbara tenía de él una idea demasiado buena, aun después de tanto tiempo; pero lo que decía era cierto.

El bergantín navegaba de bolina hacia el noroeste, ciñendo el viento del sudoeste.

—La marea comienza a crecer ahora, *sir* Horatio —dijo Freeman, a su lado.

—Gracias.

Era otro dato interesante para el problema de mañana, y hasta entonces no se le había revelado por completo. La guerra no se parecía absolutamente en nada a la trigonometría esférica, pensó, sonriendo irónicamente ante la inconsecuencia de sus reflexiones. En la guerra, a menudo se acometía un problema sin saber lo que había que ejecutar, probar o construir, y sin conocer del todo los medios disponibles para la empresa. La guerra era, en líneas generales, algo insustancial, transitorio, de azarosa improvisación. Aunque no fuese mortífera y ruinoso, no podría servir de oficio a cualquiera que tuviese lógica. Sin embargo, quizás estuviera adoptando una visión demasiado halagüeña de sí mismo; era posible que cualquier otro oficial (Cochrane, por ejemplo, o Lidyard), en su lugar, tuviesen ya un plan trazado para tratar con los rebeldes, un plan que infaliblemente diera resultados satisfactorios.

Se oyeron cuatro sonoras campanadas; llevaban ya más de media hora de bordada.

—Cambie de amura, por favor, señor Freeman. No quisiera alejarme demasiado de tierra.

—Sí, señor.

Si no fuese por la guerra, ningún capitán en su sano juicio pensaría un momento en aventurarse en la oscuridad por aquella costa llena de bajíos, especialmente no estando seguro, ni mucho menos, de su verdadera situación; su estima, a aquellas horas, no era más que la suma de una serie de conjeturas, cálculos sobre la distancia recorrida a sotavento mientras habían estado a la capa, y sobre los efectos de las mareas, o la correspondencia entre los sondeos realizados y los marcados en la carta.

—¿Qué cree que harán los amotinados, señor, cuando nos vean? —preguntó Freeman.

El hecho de que Hornblower hubiera condescendido a dar una explicación de por qué deseaba virar de bordo movió sin duda a Freeman a aquella familiaridad. Hornblower se sintió irritado, aunque principalmente por que no se le ocurría nada al respecto.

—No hay provecho en hacer preguntas que el tiempo se encargará de contestar, señor Freeman —dijo con acritud.

—Sin embargo, la especulación es fascinante, *sir* Horatio —replicó Freeman, con tanto descaro que Hornblower se le quedó mirando en la oscuridad.

Si hubiera dado aquella contestación a Bush, el pobre hombre se habría refugiado dolido en su concha.

—Puede usted enfrascarse en ella, si lo desea, señor Freeman. Yo no tengo intención de hacerlo.

—Gracias, *sir* Horatio.

¿Había o no cierto atisbo de burla bajo el aparente servilismo de aquella respuesta? ¿Era posible que Freeman estuviera sonriéndose por dentro a costa de su superior? En tal caso, corría un riesgo terrible; una insinuación de desagrado en el futuro informe de Hornblower al Almirantazgo dejaría a Freeman en tierra por toda la vida. Pero Hornblower sabía, en el instante de pasarle por la cabeza tal idea, que jamás podría hacer tal cosa. Nunca estropearía la carrera de un hombre capaz porque no le hubiese tratado con servil respeto.

—El agua disminuye deprisa, señor —dijo Freeman, de repente. Tanto él como Hornblower habían estado escuchando inconscientemente el grito del marinero que iba echando el escandallo en las cadenas—. Quisiera cambiar otra vez de bordada.

—Ciertamente, señor Freeman —dijo Hornblower, solemne.

Estaban dando la vuelta al cabo de la Héve, punta norte del estuario del Sena, justamente del lado en que se encuentra El Havre. Había una probabilidad, bien escasa, de que se encontraran al alba a sotavento de la *Flame* y entre ella y Francia, sin dejarle vía alguna de escape. Y la noche iba muriendo lentamente; no tardaría mucho en amanecer.

—¿Tiene a alguien de confianza en el calcés, señor Freeman?

—Sí, *sir* Horatio.

Tendría que explicar a los marineros la misión que le habían encomendado, aunque ello supusiera quebrantar el secreto de que se había rodeado el motín. Normalmente, no había apenas nada que decir a la tripulación; los marineros ingleses, fatalistas después de veinte años de guerra, dispararían contra franceses, estadounidenses u holandeses sin pensar mucho si eran buenos o malos; pero pedirles que hiciesen fuego contra un buque hermano, contra un navío británico que, probablemente, llevaría aún su gallardete de comisión y su pabellón blanco, podía suscitar dudas si no les prevenía de antemano. Un oficial escrupuloso no pronunciaría en ningún caso la palabra «motín» ante sus hombres; ningún domador de leones haría bien recordando al león que era más fuerte que él mismo. Ya apuntaba el día.

—¿Quiere tener la bondad de reunir a los hombres, señor Freeman? Deseo hablarles.

—Sí, señor.

Los silbatos lanzaron sus agudas notas por todo el bergantín, y la brigada franca de servicio subió en tropel por la escotilla, precipitándose con cara soñolienta hacia popa. Los pobres diablos se quedaban sin una hora de sueño por la forma desconsiderada en que la aurora dejaba de coincidir con el final de la guardia. Hornblower miró a su alrededor, buscando un sitio adecuado para dirigirse a la tripulación; en un barco de cubierta corrida como la *Porta Coeli* no tenía la ventaja de hablar desde la toldilla a la gente reunida en el combés. Se encaramó, pues, a la amurada de barlovento, agarrado con una mano a la burda de gavia.

—Muchachos —dijo—, ¿queréis saber por qué os han enviado aquí?

Tal vez sí querían; pero los hombres, medio dormidos, apáticos y sin desayunar no daban grandes muestras de ello.

—¿Queréis saber por qué me hicieron venir con vosotros?

Pues sí, eso sí que les interesaba saberlo. Por lo visto se había especulado abajo sobre el motivo de enviar a todo un comodoro (y nada menos que Hornblower, el de legendario historial) a navegar en un modesto bergantín de dieciocho cañones. Era halagador percibir un movimiento de curiosidad en las filas, ver erguirse las cabezas, aunque Hornblower renegase del destino que le forzaba a valerse de trucos retóricos, y más aún a explotar su propia reputación personal.

—Ha ocurrido algo abominable —dijo Hornblower—. Unos marineros británicos se han deshonrado, amotinándose en presencia del enemigo.

Ahora estaban todos muy atentos, no cabía duda. Acababa de hablar de motín a aquellos esclavos del látigo y del pito. Motín, el remedio de todos sus males, que les libertaría de la calamidad de sus vidas, de la crueldad y el peligro, de las viandas podridas y de la privación de todos los placeres de la vida. Una tripulación se había amotinado. ¿Por qué no hacerlo ellos también? Tendría que hablarles de la *Flame*, recordarles que allí cerca estaban las costas de Francia, donde Bonaparte colmaría de riquezas y lujo a cualquier marinero inglés que le entregase un buque de guerra británico. Hornblower puso en su voz una nota de desprecio.

—Los tripulantes de la *Flame*, buque gemelo de éste, han cometido esa villanía. Ahora se encuentran cobijados en esta misma bahía del Sena. Todos están en contra suya. Los franceses no quieren para nada a gente rebelde, y nuestra misión consiste en sacar a esas ratas de sus agujeros. Han traicionado a Inglaterra y olvidado sus deberes hacia el rey y la patria. Creo que la mayoría de ellos son honrados, pero estúpidos, y se han dejado extraviar por unos pocos bribones intrigantes. Esos bribones son los que han de pagar su mala acción, y es nuestro deber cortarles toda retirada. Si son lo bastante locos para oponernos resistencia, hemos de luchar contra ellos. Si se rinden sin derramamiento de sangre, se les tendrá en cuenta al juzgarles. No quiero sangre, si puedo evitarlo; vosotros sabéis que una bala de cañón mata a un hombre sin detenerse a preguntar si es un malvado o no es más que un idiota. Pero si quieren sangre, tendremos que darles gusto.

Hornblower terminó su arenga, y con la mirada indicó a Freeman que era ya el momento de despedir a los hombres. Era un asunto poco grato hablar así a unos hombres hambrientos, a la media luz del alba; pero Hornblower, fijándose en sus semblantes a medida que iban desfilando hacia sus quehaceres, dedujo que nada había que temer de la tripulación del bergantín. Iban cuchicheando entre ellos, como es natural, pero la noticia de un motín justificaba el cuchicheo, igual que sucedería en un pueblo al enterarse el vecindario de un crimen local. Aquellas conversaciones eran simples chismorreos, por lo que pudo apreciar; los hombres no sacaban de lo ocurrido deducción alguna. Les había expuesto el caso de modo que les resultase obvio que

esperaba que le obedecieran en su trato con los amotinados, y no dejó traslucir en sus palabras el temor de que ellos se sintieran tentados a seguir su ejemplo. Todavía no habían pensado en semejante cosa, pero podían hacerlo, si se les dejaba cavilar sobre el asunto. Era necesario tenerlos atareados; la ordinaria rutina del buque bastaba por el momento, pues todos estaban ocupados en el trajín inicial de todos los días a bordo, lavando las cubiertas antes de que el pito los llamase a almorzar.

—¡Tierra! —gritó una voz desde el calcés—. ¡Tierra por la amura de babor!

El tiempo era más bien brumoso, característico del canal a fines del año; pero, a medida que aumentaba la luz, Hornblower pudo distinguir una línea oscura sobre el fondo gris. Freeman escudriñaba la costa con su catalejo.

—Es la costa sur de la bahía —dijo el capitán—. Ahí está el río Quein.

Hornblower comenzaba justamente a darse cuenta de que Freeman pronunciaba «Caen», a la inglesa, cuando éste movió su instrumento en un arco y soltó una serie de ejemplos aún más sorprendentes de lo que un inglés puede hacer con nombres franceses.

—Sí, y el cabo Di Lei Hef, y Horbur Greis —añadió.

La luz, cada vez mayor, reveló la situación de la *Porta Coeli*, frente a la costa meridional del estuario del Sena.

—Anoche dio usted una buena lección de náutica, señor Freeman.

—Gracias, *sir* Horatio.

Hornblower hubiera añadido unas palabras más de caluroso encomio, de no ser por la actitud algo glacial de Freeman; supuso que éste tenía derecho a estar de mal humor antes de almorzar. Y cualquier teniente con aptitudes podía envidiar a un capitán; en opinión de todo teniente ambicioso, un capitán era sencillamente un teniente que había tenido suerte y continuaría teniéndola, cobrando tres veces más que un teniente por paga y presas, cosechando el fruto de la labor de los tenientes y seguro de ser con el tiempo almirante, mientras que el ascenso del teniente seguía supeditado a los caprichos de sus superiores. Hornblower se acordaba de haber pensado lo mismo cuando era como Freeman; que éste lo exteriorizara era natural, aunque tonto.

El grito del hombre que iba en las cadenas avisó que el agua iba perdiendo fondo de nuevo; habían dejado muy atrás el mar profundo, y acababan de cruzar el canalizo sur del estuario. Todavía había agua suficiente para la *Porta Coeli*, construida especialmente con el fin de penetrar en caletas y estuarios y de llevar la guerra tan cerca de las riberas de Bonaparte como fuera posible. El dominio del corso acababa junto a la línea que podían alcanzar los proyectiles de sus baterías de costa; más allá de esa línea, reinaba Inglaterra, dominándolo todo y sin rival.

—¡Buque por proa sotavento! —gritó el vigía.

Freeman se encaramó en persona por los obenques de sotavento, con la agilidad de un mono; y, sujeto a los flechastes, asestó el catalejo en la dirección indicada.

—Un bergantín, señor —gritó a su vez a Hornblower; y unos segundos después

añadió—: Es la *Flame*, señor, sin duda alguna.

—Meta a sotavento, por favor, señor Freeman, y nos acercaremos.

La *Flame* estaba justamente donde era lógico esperar encontrarla, muy cerrada al socaire de la costa, a cubierto de cualquier temporal del noroeste al este, y en libertad de ponerse en salvo en caso de cualquier ataque, tanto inglés como francés. Pronto Hornblower pudo divisarla en medio de las sombras. Era un pequeño navío, bonito y bien montado, y se mantenía a la capa al borde de los bajíos. No había señales, a aquella distancia al menos, de desorden a bordo. Hornblower se preguntaba cuántos anteojos se dirigían ahora hacia la *Porta Coeli*, qué apasionado debate sostendrían en aquel momento los hombres que la veían llegar como primera providencia de la respuesta de los lores del Almirantazgo a su suicida ultimátum. Aquellos hombres se habían puesto ellos mismos la soga al cuello.

—Esperan que nos acerquemos —dijo Freeman.

—Quisiera saber por cuánto tiempo —contestó Hornblower.

—¿Qué estáis comadreando ahí parados? —tronó de pronto Freeman, dirigiéndose a un grupo de excitados marineros, apoyados en la amura de proa—. ¡Sargento de marina, tome el nombre de esos hombres y tráigalos cuando acabe la guardia! ¡Segundo contramaestre, Collier! ¡Dé algo que hacer a sus hombres! ¡Éste es un navío del rey, y no una maldita escuela de señoritas!

Un tenue rayo de sol acuoso rompió la cortina gris e iluminó la *Flame* al quedar ésta en el círculo del catalejo de Hornblower. De pronto, observó que las vergas oscilaban en redondo; trataban de coger viento de popa y pronto empezaron a moverse en dirección a Honfleur. Su velacho estaba visiblemente remendado: una delgada cruz sobre la oscura lona, cual si fuese un buque de las Cruzadas.

—No quieren esperar a que lleguemos —advirtió Freeman.

—¡Buque a la vista! —gritó de nuevo el vigía—. ¡Buque por la aleta de sotavento!

Los catalejos giraron como si los moviera una misma máquina. Un buque grande, con todas las velas desplegadas hasta los sobrejuanetes, había surgido de la niebla más allá del medio fondo, siguiendo una ruta que divergía rápidamente de la que seguía la *Porta Coeli*. Hornblower reconoció al instante de qué nave se trataba, y no le hizo falta la identificación de Freeman.

—Es un mercante francés de las Indias —dijo este último—. Y se dirige ostensiblemente a Harbur Greis.

Uno de los escasos buques que forzaban el bloqueo continental, llevando una carga inestimable de granos y azúcar para aliviar la penuria de Bonaparte, se había aprovechado del temporal reciente, a consecuencia del cual las escuadras de bloqueo tuvieron que abandonar sus puestos de vigilancia, para remontar a toda prisa el canal. Una carga entregada en el Sena, donde se hallaba el centro del poder imperial, y de donde partían todos los sistemas de carreteras y canales, valía tanto como dos desembarcos en cualquier caleta aislada de la costa del golfo de Vizcaya. Los

pequeños buques de guerra ingleses, como la *Porta Coeli* y la *Flame*, se habían construido y situado precisamente para impedir aquellas filtraciones.

—No podremos capturarla antes de que llegue a Harbur Greis —murmuró Freeman.

—Déjela ir, señor Freeman —dijo Hornblower, en voz alta—. Nuestro deber está en la *Flame*, por ahora. Ahí se escapan diez libras de premio para cada hombre.

Había bastantes marineros al alcance de su voz, y ellos bastarían para repetirlo a los demás. Ninguno que pensara en el dinero perdido se sentiría mejor dispuesto hacia los amotinados.

Hornblower volvió a fijar su atención en la *Flame*; se sostenía firme y sin titubeos en un derrotero que la conduciría a Honfleur. No pasaría mucho sin que cayera en poder de los franceses, y sería una tontería llevar las cosas a tal extremo, aunque admitir el fracaso era una píldora difícil de tragar.

—Ah, póngase al paio, por favor, señor Freeman. Ya veremos lo que hacen en respuesta.

La *Porta Coeli* dio proa al viento, respondiendo al velamen y al timón. Hornblower fue desviando su catalejo para no perder de vista la *Flame*. Tan pronto como se hizo ostensible la maniobra de la primera, la *Flame* hizo otro tanto, orzando hasta quedarse inmóvil, con la cruz blanca perfectamente visible en su velacho.

—Trate de acercarse otra vez, señor Freeman. La *Flame* viró inmediatamente hacia la costa. —A buen entendedor, pocas palabras bastan, señor Freeman. Póngase a la capa otra vez.

Por lo visto, los amotinados no pensaban dejar que la *Porta Coeli* se les acercara más de como estaba ahora, a una distancia muy superior a un tiro de cañón. Se entregaría a los franceses antes de permitir que sus compatriotas estuvieran más próximos.

—Señor Freeman, ¿quiere hacer el favor de botar una lancha para mí? Iré a parlamentar con esos bribones.

Aquello sería una demostración de flaqueza, pero los amotinados podían estar seguros de que la debilidad estaba de parte del *Porta Coeli*, y la fuerza de la suya. No iba a decirles nada que no supieran ya, es decir, que tenían a la nave, a los lores del Almirantazgo y al mismo Imperio Británico en un aprieto. Freeman no mostró el menor signo de sus dudas respecto a la conveniencia de que un valioso capitán se pusiera por voluntad propia en manos de los rebeldes. Hornblower bajó a su camarote para meterse las órdenes en el bolsillo; podría ser necesario enseñar los plenos poderes que se le habían confiado, pero eso sería el último recurso, pues significaba iniciar demasiado a los revoltosos en los designios de sus señorías. La lancha estaba ya en el agua, con Brown al timón, cuando Hornblower subió de nuevo a cubierta; bajó, pues, por el costado y se acomodó en la camareta.

—¡Soltad! —ordenó Brown; los remos hendieron el agua y el bote comenzó a deslizarse hacia la *Flame*, meciéndose sobre las pequeñas olas del estuario.

Hornblower iba observando el bergantín mientras se aproximaban; estaba a la capa, pero pudo ver que tenían los cañones en batería y tendida la red de abordaje, decididos a no dejarse coger por sorpresa. Los hombres estaban junto a los cañones, tenían vigías en la arboladura, y a popa se encontraba un contraamaestre, con el catalejo bajo el brazo; ni el menor signo de motín a bordo.

—¡Ah del bote! —Se oyó gritar por encima del agua.

Brown alzó cuatro dedos, señal universal de que iba un capitán en el bote; cuatro dedos, por los cuatro guardias que exigía su ceremonial.

—¿Quiénes sois? —gritó la voz.

Brown se volvió hacia Hornblower, y, a una indicación de éste, respondió:

—El comodoro *sir* Horatio Hornblower, caballero de Bath.

—Le dejaremos subir a bordo, pero a nadie más. Venid al costado, y pensad que tenemos balas de cañón y os las tiraremos si intentáis alguna jugarreta.

Hornblower se cogió a los cadenotes y subió al bergantín; un marinero levantó las redes, para facilitarle la entrada, en lo posible.

—Ordene a los del bote que desatraquen, comodoro. No queremos correr ningún riesgo —dijo una voz.

Era un viejo de pelo blanco quien le hablaba, y el catalejo que llevaba bajo el brazo le identificaba como oficial de guardia. Sus mechones blancos se agitaban en torno a las orejas; en su cara rugosa, bajo las cejas blancas, unos ojos azules, penetrantes, miraban fijamente a Hornblower. Lo único un poco chocante en su aspecto era una pistola sujeta al cinto. Hornblower se volvió y dio la orden requerida.

—Y ahora, ¿puedo preguntarle a qué ha venido, comodoro? —preguntó el viejo.

—Quiero hablar con el jefe de los rebeldes.

—Soy el capitán de este buque. Puede dirigirse a mí, Nathaniel Sweet, señor.

—He hablado con usted todo lo que quisiera, a menos que sea también el jefe de los rebeldes.

—Entonces, señor, puede volver a llamar el bote y dejarnos, señor.

El primer conflicto. Hornblower tenía clavada la vista en los ojos azules del viejo. Había varios hombres escuchando, pero no advirtió en ellos el menor titubeo; estaban decididos a ayudar a su capitán. Sin embargo, podía dar resultado hablarles.

—¡Muchachos! —exclamó Hornblower, alzando la voz.

—¡Basta! —gritó el viejo. Empuñó la pistola y apuntó con ella al vientre de Hornblower—. Una palabra inoportuna más, y le meto una onza de plomo en el cuerpo.

Hornblower fijó de nuevo la vista en el hombre y en el arma; era extraño que no tuviese miedo, que se sintiera como quien sigue atento las jugadas de una partida de ajedrez, sin recordar que él era uno de los peones, y que arriesgaba en ella la vida.

—Máteme —dijo con ceñuda sonrisa— e Inglaterra no descansará hasta que os haya colgado de una horca.

—Inglaterra le ha mandado aquí para que me cuelgue de una horca, justamente —

dijo Sweet, glacial.

—No —replicó Hornblower—, estoy aquí para recordarle su deber hacia el rey y la patria.

—¿Olvidando lo pasado?

—Tendrá que someterse a un juicio imparcial, usted y sus confederados.

—Eso significa la horca, como he dicho —repuso Sweet—. La horca para mí, y aún seré afortunado en comparación con algunos de los otros.

—Un juicio imparcial y honrado —dijo Hornblower— en el que se tendrán en cuenta todos los atenuantes.

—El único juicio al que asistiría —replicó el viejo— es el que celebraran contra Chadwick, y sería como testigo de cargo. Amnistía total para nosotros, y un juicio imparcial para Chadwick. Éstas son nuestras condiciones, señor.

—No sea idiota —dijo Hornblower—. Desdeña su última probabilidad. Entréguese ahora, con el señor Chadwick desatado y el buque en buen orden, y estas circunstancias pesarán mucho en su favor al juzgarle. Si rehúsa, ¿qué les espera? La muerte. Eso es todo. La muerte. ¿Quién podrá salvarles de la venganza de su patria? Nadie.

—Con perdón, capitán, Boney puede salvarnos —repuso el viejo, secamente.

—¿Cree en la palabra de Bonaparte? —arguyó Hornblower, rehaciéndose a la desesperada ante aquel ataque imprevisto—. Sí que le gustará tener este buque. Pero ¿a usted y a su banda? Bonaparte jamás dará apoyo a una revuelta; su poder descansa demasiado en su propio ejército. Les devolverá a nosotros para que hagamos un escarmiento.

Era un disparo a ciegas en las tinieblas, que se desvió enormemente del blanco. Sweet volvió a meterse la pistola en el cinto y sacó del bolsillo tres cartas, que agitó con burla ante él.

—Aquí hay una carta del gobernador militar de Harbour-Grace —dijo— en que se nos promete sólo una buena acogida. Y esta otra es del prefecto del departamento del Sena inferior, donde se nos ofrecen provisiones y agua, si nos hacen falta. Y ésta viene de París, por correo. Nos garantizan inmunidad, derechos civiles en Francia, y una pensión para quienes hayan cumplido sesenta años. Está firmada «María Luisa, Emperatriz, Reina y Regente». Boney no dejará de cumplir la palabra de su esposa, señor.

—¿Han estado en comunicación con tierra? —Respingó Hornblower.

Le resultó completamente imposible aparentar serenidad.

—Sí —dijo el viejo—. Y si usted estuviera ante la perspectiva de ser azotado ante toda la flota, capitán, habría hecho lo mismo.

Era inútil continuar aquella discusión. Al menos de momento, los amotinados eran inexpugnables. No aceptarían otras condiciones que las suyas. A bordo no se advertía el menor indicio de duda o disensión. Pero tal vez si se les dejaba más tiempo para reflexionar, si disponían de unas horas para pensar que Hornblower en

persona les iba a la zaga, podían flaquear. Cabía la posibilidad de que se formara un grupo de amotinados dispuestos a salvar la cabeza reconquistando el barco; de que se entregasen a la bebida. A Hornblower le desconcertaba el hecho de que una tripulación británica amotinada no estuviese borracha y armando jaleo. En fin, podía ocurrir algo. Pero había que retirarse combatiendo, y no huir ignominiosamente con el rabo entre piernas.

—¿De modo que sois traidores, además de rebeldes? —vociferó—. Podía haberlo esperado. Era lógico presumir que fueseis unos canallas de la peor especie. No quiero emponzoñarme los pulmones respirando el mismo aire que vosotros.

Y volviéndose a un lado, llamó a los del bote.

—Nosotros somos tan canallas —dijo el viejo— que le dejamos marchar, cuando podríamos encerrarle en el sollado con Chadwick. Nos sería fácil hacerle probar el gato, comodoro *sir* Horatio Hornblower. ¿Qué le parecería eso, señor? Recuerde mañana que tiene aún la carne pegada a los huesos porque no quisimos quitársela. Buenos días, capitán.

Había mucho resquemor y sarcasmo en aquellas últimas palabras; evocaban en la imaginación de Hornblower unas escenas que le ponían la carne de gallina. No se sentía enaltecido en lo más mínimo al deslizarse por la red.

La *Flame* se mecía blandamente contra el viento, mientras el bote regresaba saltando sobre las olas. Hornblower miraba alternativamente los dos bergantines, iguales en todo, salvo la mancha en cruz del velacho del insurgente. Era una ironía que ni siquiera los más expertos pudiesen admitir la menor diferencia de aspecto entre el buque leal al rey y el levantado en abierta rebeldía contra él. Aquella idea aumentó su amargura. Había fracasado, absoluta y totalmente, en su primer intento de reducir a los amotinados. No creía contar con la menor posibilidad de hacerles ceder en sus pretensiones; tendría que escoger entre someterse a ellos, prometiéndoles una franca amnistía, o entregarlos en manos de Bonaparte. En ambos casos habría fracasado en su misión; el guardiamarina menos experto de la Armada hubiese podido conseguir otro tanto. Quedaba todavía algún tiempo disponible, pues era poco probable que la noticia del motín pudiera filtrarse, pero, a menos que el tiempo aportase alguna disensión entre los rebeldes (y no confiaba en que así sucediera), sería tiempo perdido, tal como él veía las cosas.

El bote estaba ahora a medio camino entre ambos buques; con los dos bergantines a sus órdenes, podría hacer una animada campaña contra la costa normanda; estaba seguro de que le sería posible causar la alarma en todo el estuario del Sena. Su mal humor crecía por momentos, pero luego se refrenó súbitamente. Se le había ocurrido una idea, acompañada de los antiguos síntomas habituales: sequedad de garganta, temblor de piernas y palpitaciones aceleradas. Miró alternativa y reiteradamente a los dos buques gemelos, mientras la excitación se apoderaba de su ánimo; en su mente se desarrollaban intempestivos cálculos de viento y marea, y también de luz solar.

—Bogad más aprisa, muchachos —dijo a los remeros.

Ellos le obedecieron, pero la barca no podía avanzar con una rapidez que satisficiera su nuevo estado de espíritu.

Brown iba mirándole de soslayo, preguntándose qué plan estaría fraguando su capitán; tampoco él (conocedor de las circunstancias tanto como el mismo Hornblower) veía una salida posible de aquel enredo. Lo único que sabía era que el capitán volvía una vez y otra la cabeza en dirección al bergantín levantisco.

—¡Dentro! —gritó Brown a los remeros, cuando el oficial de guardia les hizo señas de atracar.

El remero de proa agarró las cadenas, y Hornblower saltó al costado del bergantín con un torpe ímpetu que no pudo refrenar. Freeman le esperaba en la toldilla, y aún tenía Hornblower la mano en el sombrero cuando dio su primera orden.

—¿Quiere avisar al velero, míster Freeman? Necesito también a sus ayudantes, y a todos los que sepan manejar aguja y rempujo.

—Sí, señor.

Las órdenes eran órdenes, aunque se refirieran a cosas tan extrañas como hacer velas mientras se negociaba con una tripulación amotinada. Hornblower miraba fijamente a la *Flame*, aún a la capa, más allá de un tiro de cañón. Los revoltosos mantenían una posición fuerte, inatacable de frente y también inexpugnable de flanco. Para envolver aquella posición habría que dar un gran rodeo; tal vez se le había ocurrido uno. Había algunas circunstancias en su favor, afortunadas coincidencias venturosas. Era cosa suya aprovecharlas, valerse de ellas hasta donde pudiera. Tendría que proceder con temeridad, pero haría todo lo posible por reducir las posibilidades adversas. El hombre de suerte es aquel que sabe cuándo debe dejar obrar al azar.

Un marinero de hombros caídos reclamaba su atención, con Freeman a su lado.

—Swenson, ayudante velero, señor.

—Gracias, señor Freeman. ¿Ve ese velacho remendado? Swenson, mírelo bien con el catalejo.

El velero sueco tomó el antejo en sus nudosas manos se lo puso a la altura de los ojos.

—Señor Freeman, quiero que la *Porta Coeli* tenga un velacho exactamente igual que aquél, de modo que nadie pueda apreciar diferencia alguna entre ambos. ¿Es posible?

Freeman miró a Swenson.

—Sí, señor, puedo hacerlo —dijo Swenson, mirando a Hornblower y a Freeman alternativamente—. Hay una pieza de loneta blanca, y con el velacho viejo... Puedo hacerlo, señor.

—Quiero que esté terminado y listo para envergarlo a las cuatro de la guardia de tarde. Empiece ahora mismo.

Detrás de Swenson se había formado un pequeño grupo, el de los marineros expertos en el arte de hacer velas. Algunos sonreían abiertamente; Hornblower

pareció advertir una leve onda, como la ocasionada por una piedra al caer en el agua, al caer entre ellos la extraña petición de Hornblower. Nadie podía imaginar por ahora qué se tramaba en la mente del comodoro, pero estaban seguros de que sería alguna travesura. Y ese conocimiento era para la disciplina y el bienestar del buque un tónico superior a cualquier labor rutinaria.

—Escuche, señor Freeman —dijo Hornblower, acercándose a la borda—. Lo que propongo es esto: la *Flame* y la *Porta Coeli* son tan parecidas como dos gotas de agua, y aún se parecerán más cuando hayamos largado el velacho. Los amotinados han tenido comunicación con tierra; así me lo han dicho, y, lo que es más, señor Freeman, el sitio en que han estado tratando es El Havre, Harbour-Grace. Boney y el gobernador les han prometido dinero e inmunidad si les entregan la *Flame*. Iremos nosotros en su lugar. Allí está el buque de las Indias Occidentales que vimos entrar esta mañana.

—¿Lo sacaremos, señor?

—Es posible. Dios sabe lo que hallaremos en él; pero tenemos que ir dispuestos a todo. Escoja veinte hombres y un oficial en quien pueda confiar. Dé a cada uno las instrucciones que debe seguir si tenemos la suerte de hacer una presa: velas de proa, gavias, rueda, cortar el cable... Usted sabe tanto de eso como yo. Nos internaremos al oscurecer, si el viento no cambia, y no creo que lo haga. Será muy raro que en la oscuridad no acertemos a hacer algo que fastidie a los «comerranas».

—¡Claro, señor, y así creerán que somos los amotinados! ¡Creerán que el motín fue una trampa! Y entonces...

—Espero que así sea, señor Freeman.

CAPÍTULO VI



Era ya tarde cuando la *Porta Coeli*, en apariencia incapaz de tomar una decisión, se alejó de la *Flame* y atravesó el ancho estuario con viento vivo por el través de babor. Seguía el tiempo brumoso; el buque estaba bastante lejos de la *Flame* y de El Havre para confundir los detalles cuando recogió su velacho y envergó en su lugar el remendado, que una brigada de entusiastas había preparado en el puente, detrás del palo trinquete. A toda prisa, con brocha y pintura, se sustituyó un nombre por otro; Hornblower y Freeman llevaban puestos los chaquetones de marinero encima del uniforme, ocultando su rango. Freeman no cesaba de mirar al puerto con el catalejo, mientras se acercaban.

—Ahí está el navío de las Indias, al ancla. Y hay una gabarra a su lado. Claro, no lo van a descargar en el muelle. Ni aquí, señor. Trasladarán la carga a gabarras y barcazas, y remontarán con ellas el río, hasta Ruán o París. Claro, eso es. Debería haber caído antes en esto.

Hornblower había pensado ya en ello. Su catalejo iba recorriendo las defensas de la ciudad; los fuertes de Sainte Adresse y Tourneville en el acantilado que respaldaba los edificios; los faros gemelos del cabo de la Héve (que llevaban doce años sin alumbrar), las baterías en el llano contiguo al embarcadero viejo. Estas últimas iban a ser el mayor riesgo de la empresa: esperaba que los grandes fuertes de allá arriba no se enterasen de lo que pasaba en la ribera a tiempo para abrir fuego.

—Hay muchos barcos más adentro, señor —siguió diciendo Freeman—. Acaso también buques de línea. No tienen aparejo redondo. Nunca he estado tan cerca de ellos como ahora.

Hornblower se volvió a mirar el cielo, al oeste. La noche se acercaba, y la bruma en el horizonte no daba señal alguna de aclarar. Necesitaba la suficiente luz para hallar la ruta, y una oscuridad apropiada para poder retirarse sin demasiadas dificultades.

—Ahí sale el lugre del práctico, señor —dijo Freeman—. Creerán que somos la *Flame*, desde luego.

—Muy bien, señor Freeman. Mande a los hombres al costado para que vitoreen y aplaudan. Detenga al piloto cuando suba a bordo. Le interrogaré.

—Sí, señor.

Aquella orden era de las que satisfacen al temperamento de los marineros ingleses. Todos se identificaron resueltamente con el espíritu del asunto, y gritaron, y dieron frenéticos saltos, como era lógico esperar de una horda de amotinados. La *Porta Coeli* facheó su gavia, el lugre se arrimó danzando al costado, y el piloto se colgó de los cadenotes.

—¡Bracead a sotavento! —tronó la voz de Hornblower.

La gavia tomó de nuevo el viento, giró la rueda, y el *Porta Coeli* se internó en el puerto, mientras Freeman aplicó el hombro entre los omóplatos del práctico y le hizo bajar de un empujón por la escotilla; abajo le esperaban dos marineros, que se encargaron de maniarle.

—El piloto está a buen recaudo, señor —informó a Hornblower.

Freeman estaba también ostensiblemente ganado por la excitación del momento, contagiado incluso por el barullo que la tripulación estaba armando: su pose de divertida ironía había desaparecido por completo.

—Un poco a estribor —dijo Hornblower al timonel—. ¡Cambia!

Sería el colmo de la ignominia que todas sus esperanzas viniesen a estrellarse en los arenales que guardaban la entrada. Hornblower se preguntaba si volvería a sentir frío alguna vez.

—Sale un cúter a nuestro encuentro, señor —avisó Freeman.

Podía tratarse de un comité de bienvenida, o de órdenes relativas al fondeadero; o de ambas cosas a la vez, probablemente.

—Que los hombres vitoreen otra vez —ordenó Hornblower—. Prendan a todos los que suban a bordo.

—Sí, señor.

Se iban acercando al barco de la ruta de Indias; éste se mecía, con las velas lacias, oscilando sobre una sola ancla, junto a él se veía una gabarra; pero era evidente que apenas habían comenzado la descarga. A la luz moribunda, Hornblower sólo pudo distinguir a unos cuantos marineros de pie junto a la amurada, mirando con curiosidad al bergantín. Hizo fachear otra vez la gavia, y el cúter se acercó; media docena de oficiales treparon a la cubierta de la *Porta Coeli*. Sus uniformes delataban su pertenencia a la Armada, el Ejército y la Aduana; se adelantaron con lentos pasos hacia Hornblower, examinándolo todo al mismo tiempo. Hornblower estaba dando órdenes para reanudar la marcha, y, al alejarse el cúter en la creciente oscuridad, hizo virar de bordo el bergantín y poner proa al barco de las Indias. De pronto brillaron las hojas de algunos machetes en torno a los recién llegados.

—El menor ruido y sois hombres muertos —advirtió Freeman.

Uno de ellos abrió la boca y empezó a protestar. Pero intervino un marinero con la culata de su pistola, y las protestas acabaron de pronto cuando el rebelde cayó al suelo. Los otros bajaron sin rechistar por la escotilla, demasiado aturdidos y desconcertados para hablar.

—Muy bien, señor Freeman —dijo Hornblower, arrastrando las palabras, para dar la impresión de que se hallaba a sus anchas en mitad de un puerto enemigo—. Puede arriar los botes. ¡Fachead la gavia!

Las autoridades del puerto estarían observando los movimientos del bergantín a la escasa luz que aún quedaba. Si la *Porta Coeli* hacía algo inesperado, se preguntarían tranquilamente qué había pasado para que el representante del puerto (ahora amordazado y atado bajo cubierta) cambiara sus planes. Cesó el movimiento de la

Porta Coeli, chirriaron las poleas al descender los botes al agua, y los hombres elegidos saltaron a ellos, Hornblower estaba apoyado en la barandilla.

—Recordadlo bien, muchachos, ¡ni un solo disparo!

Chapotearon los remos al aproar los botes hacia el mercante. Ya era casi de noche; Hornblower apenas pudo seguirlos con la vista unas cincuenta yardas, y no vio a los hombres encaramarse a bordo por el costado. Percibió débilmente algunos gritos de sorpresa, y luego un grito sonoro; aquello podía extrañar a la gente del puerto, pero sin alarmarla. Ya estaban allí los botes de vuelta, cada uno de ellos impulsado por dos marineros elegidos para esa misión. Se engancharon los aparejos y se izaron a los pescantes; y al crujir de nuevo las poleas, Hornblower oyó rechinar algo en el navío francés, luego uno o dos golpes sordos; el marinero encargado de cortar el cable estaba haciendo su parte, y se había acordado de llevar el hacha antes de saltar por la borda. Hornblower sentía la satisfacción de una tarea bien hecha; sus minuciosas instrucciones a la brigada de abordaje, por la tarde, la distribución metódica de funciones entre los hombres, y la repetición de sus órdenes hasta que todo el mundo estuvo bien enterado de su papel en la empresa daban ahora sus frutos.

Contra el cielo neblinoso vio cómo cambiaban de forma las velas del barco de Indias; los marineros encargados de aquello estaban cazando. Podía dar gracias a Dios por contar con unos cuantos marineros selectos, capaces de acertar el camino a oscuras y en un barco conocido y echar mano a los cabos debidos, sin la menor confusión. Hornblower observó que viraban las vergas en el buque francés; la oscuridad apenas le permitió distinguir una confusa mancha gris destacarse de su costado; era la gabarra, con las amarras cortadas y flotando al garete.

—Puede bracear en cuadro, señor Freeman, por favor —dijo—. El mercante saldrá detrás de nosotros.

El *Porta Coeli* empezó a moverse y puso proa a la boca sudeste del puerto, con el barco de Indias casi pegado a la popa. Durante unos segundos no se advirtió signo alguno de interés por aquellos movimientos. Luego se oyó una llamada, al parecer del cúter que había llevado a bordo a los oficiales. Hornblower llevaba tanto tiempo sin hablar ni oír francés, que no pudo entender las palabras.

—Comment? —gritó a su vez por la bocina.

Una voz iracunda volvió a preguntar qué diablos estaban haciendo.

—... Fondeadero «mmm» corriente «mmm» marea —vociferó Hornblower.

Esta vez, el desconocido del cúter invocó el nombre de Dios, en lugar de aludir al diablo.

—¿Qué dice, por el amor de Dios?

—«Mmm, mmm, mmm» —gritó Hornblower en respuesta; y, en voz baja, previno al timonel—: Caña a babor, despacio.

Sostener una conversación con las autoridades francesas mientras hacía bajar no ya un buque, sino dos, por un sinuoso canal (aunque se lo hubiese aprendido por la carta), era poner a prueba sus recursos.

—¡Póngase al paio! —chilló la voz.

—Perdón, capitán —bramó Hornblower contestando—. «Mmm», cable del ancla, «mmm», imposible.

Otro grito imperativo, conminatorio, se alzó del cúter.

—¡Vía así! —gritó Hornblower al timonel—. Señor Freeman, ponga a alguien a la sonda, por favor.

Sabía que no era posible ganar más preciosos segundos; cuando el marinero llegase a las cadenas y echase el escandallo, revelando los propósitos de fuga del bergantín, las autoridades del puerto estarían completamente alerta. Un puntito de fuego traspasó la delgada bruma, y el ruido de un disparo de mosquete se hizo oír por encima del agua; el cúter adoptaba el método más rápido de atraer la atención de las baterías del puerto.

—¡Listos para virar por avante! —gritó Hornblower con voz ronca. Aquél era el momento más difícil de la salida.

Las velas restallaron al virar el bergantín, y al mismo tiempo se distinguió en la oscuridad una lengua roja más extensa; a continuación se oyó el estruendo del cañón de seis que el cúter llevaba en la proa, y que por fin habían despejado y cargado. Hornblower no oyó pasar la bala; estaba entretenido mirando al barco mercante que llevaba a remolque, y que se percibía apenas a la débil luz de la estela del bergantín. En aquel momento viraba sin tropiezo. Aquel oficial de derrota, Calverly, a quien Freeman había recomendado para mandar la brigada de abordaje, era un oficial competente, y habría que elogiarle adecuadamente cuando llegara el momento de emitir un informe.

Y entonces llegó desde el muelle una sucesión de destellos y un retumbo imponente; eran las grandes piezas de treinta y dos libras, que hacían fuego al fin. Al último estampido siguió inmediatamente el rumor de una bala que pasó cerca; Hornblower advirtió que ese sonido le resultaba odioso. Ahora llegaba el momento de doblar la punta del espigón, de modo que estaría a tiro durante unos minutos. Ni el bergantín ni el barco de las Indias habían sufrido daño hasta entonces, y nada aconsejaba responder al fuego, pues los pequeños cañones de seis libras del primero no harían gran perjuicio a la batería de tierra, y los fogonazos revelarían la posición del barco. Se fijó en el aviso del sondeador; pasarían varios minutos antes de poder cambiar de bordada y alejarse lo más deprisa posible del muelle. Por fortuna, transcurrió bastante tiempo hasta que la batería de costa hizo fuego nuevamente. Bonaparte debía de haber despojado sus costas de artilleros veteranos para guarnecer la artillería de su ejército en Alemania; unos reclutas inexpertos, convocados repentinamente para disparar aquellos cañones y maniobrando en la oscuridad, no eran muy de temer, naturalmente. Otra vez se divisó la llamarada y se oyó la detonación, pero ahora no hubo el menor indicio de que pasara cerca la bala. Era posible que los artilleros hubiesen perdido todo sentido de dirección y altura, lo cual era muy fácil, casi a oscuras. Y los fogonazos le fueron útiles para fijar su posición.

Se oyó gritar al vigía de proa y Hornblower, mirando hacia adelante, apenas pudo distinguir el negro cuadrado del tope de la vela mayor del lugre del práctico, muy cerrado sobre la amura de estribor del bergantín. Estaban intentando cortarles el paso.

—¡Vía! —gritó Hornblower al timonel.

Que gane el mejor. Se oyó un ruido fragoroso al chocar el bergantín y el lugre por sus respectivas amuras de estribor. El bergantín se estremeció, guiñó con ímpetu y siguió su marcha, mientras el cúter raspaba su costado. Algo se quedó enganchado y se soltó de nuevo, y, al separarse las dos naves, salió del lugre un débil gemido de desesperación. La amura de la pequeña embarcación debía de haberse hundido como una cáscara de huevo por efecto del choque, dando entrada a torrentes de agua. Los gritos se extinguieron; Hornblower percibió con claridad una voz lastimera que se cortó de pronto, como si el agua la ahogara al inundar la garganta del infortunado nadador. El mercante seguía manteniendo su rumbo a la zaga del bergantín.

—¡Ocho por la marca! —gritó el de la sonda.

Ahora podían caer sobre la otra amura. Al hacerlo, la batería del muelle tronó una vez más, pero inútilmente. Ya estarían lejos de su alcance cuando los artilleros lograsen cargar de nuevo las piezas.

—Muy bien hecho, señor Freeman —dijo Hornblower en voz alta—. Todos han cumplido admirablemente con su deber.

Alguien comenzó a dar vítores en la oscuridad, y pronto le secundaron otras voces en todo el bergantín. La gente chillaba como enloquecida.

—¡Horny! ¡El bravo Horny! —gritó un marinero; y los gritos se redoblaron.

Hasta por la popa llegaba el vocerío de la exigua tripulación de presa del buque francés, secundando los vítores. Hornblower sintió un cierto escozor en los ojos, y luego un poco de malestar. Le producía una ligera punzada de vergüenza reconocer que aquellos bobos le inspiraban afecto. Además...

—Señor Freeman —dijo ásperamente—, por favor, dícales que guarden silencio.

El riesgo que había corrido era enorme; no ya el físico, sino el que amenazaba su reputación. De haber salido aquello mal, y quedado la *Porta Coeli* desmantelada y capturada, la gente no se hubiese parado a pensar cuál era el verdadero móvil del intento, o sea, hacer creer a las autoridades francesas que el motín de la *Flame* era una simple treta para poder meter el bergantín en el puerto. No; todos habrían dicho que Hornblower trataba de aprovecharse de la revuelta para arrimar el ascua a su sardina, y que por eso había arriesgado la *Porta Coeli*, dejando a los amotinados en paz, con tal de intentar hacer una buena presa. Esto dirían (y las apariencias estaban de acuerdo con la sospecha), empañando para siempre su reputación. Había puesto en peligro su honor, tanto como la vida y la libertad. Se lo había jugado todo temerariamente, poniendo sobre la mesa un envite colosal por una presa desdeñable, como un verdadero idiota.

Luego, la oleada de recelo fue refluyendo. Había afrontado un riesgo después de pensarlo bien, y sus cálculos resultaron exactos. Pasaría mucho tiempo antes de que

los amotinados pudiesen poner en claro lo ocurrido ante las autoridades francesas (Hornblower se imaginaba a los mensajeros en aquel preciso momento apresurándose a prevenir a todas las defensas de la costa de Honfleur y Caen), si es que lograban hacerse escuchar. La posición de los rebeldes había cambiado, les había cortado la retirada. Acababa de tirar de las barbas a Bonaparte ante las baterías de su propio río principal. Y allí estaba la presa conseguida: por lo menos un millar de libras serían para él, cuando se ajustasen las cuentas, y mil libras era una suma nada despreciable, muy satisfactoria. Bárbara y él le darían buen uso.

La emoción y la excitación le habían fatigado. Estaba a punto de decir a Freeman que se retiraba a su camarote cuando se contuvo. Sería hablar sin necesidad; si Freeman no le encontraba en el puente, sabría perfectamente que estaba abajo. Y pausadamente se encaminó al refugio de su litera.

CAPÍTULO VII



—El señor Freeman le saluda, señor —dijo Brown—, y me encarga decirle que está amaneciendo, bastante claro, señor. El viento ha cambiado a sur cuarta al suroeste durante la noche, moderado. Estamos a la capa, y también la presa, y está acabando de subir la marea, señor.

—Muy bien —dijo Hornblower, dejándose caer de la litera.

Todavía tenía mucho sueño, y el pequeño aposento parecía a la vez agobiante y frío, aunque estaba abierta la ventana de popa.

—Quiero tomar un baño —dijo Hornblower, decidido de pronto—. Que armen en seguida la bomba de baldear.

Se sentía desaseado; aunque estaban en noviembre y en el canal, no podía pasar otro día sin bañarse. Al subir por la escotilla, sus oídos captaron algunos comentarios jocosos y sorprendidos de los marineros que preparaban la bomba, pero no les hizo caso. Se quitó la bata, y un aturdido y nervioso marinero, en la media luz, dirigió contra él la boquilla de la manguera, mientras otro manejaba la bomba. El agua salada, terriblemente fría, le punzaba en la piel desnuda, y él brincaba y danzaba, dando vueltas y jadeando. Aquellos hombres no se dieron cuenta de que deseaba que parasen, y al tratar de escapar le persiguieron con el chorro por la cubierta.

—¡Ya basta! —gritó desesperado, a punto de congelarse y ahogarse, y el implacable chorro dejó de fluir.

Brown le envolvió en la toalla grande y le frotó la hormigueante piel, mientras el camarote saltaba y tiritaba de frío.

—Estaría una semana helado si intentara una cosa así —dijo Freeman, que lo había presenciado todo con gran interés.

—Sí —dijo Hornblower, cortando toda conversación.

Le ardía deliciosamente la piel al ponerse la ropa en el camarote, con la ventana cerrada, y dejó de tiritar. Bebió con avidez el café humeante que Brown le trajo, regodeándose en la agradable e inesperada sensación de bienestar que le colmaba. Volvió al puente a toda prisa, con nuevos bríos. La mañana había aclarado más; el barco capturado se distinguía bien, a la capa a medio tiro de cañón, por sotavento.

—¿Órdenes, *sir* Horatio? —preguntó Freeman, tocándose el sombrero.

Hornblower paseó la mirada en torno, tomándose tiempo. Había descuidado sus asuntos de forma imperdonable, sin pensar en nada útil. Desde que se despertó, o mejor desde que bajó a dormir, ni por un momento se había preocupado de su misión. Tenía que enviar la presa a Inglaterra lo antes posible, pero debía aprovechar la oportunidad para enviar a la vez un informe, y en aquel momento nada le producía más contrariedad que ponerse a redactarlo.

—Los prisioneros, señor —apuntó Freeman.

Dios santo, se había olvidado de los prisioneros. Tenía que interrogarles y tomar nota de lo que dijese. Hornblower se sentía muy perezoso y a la vez lleno de bienestar: una combinación singular.

—Pueden tener casos que decir, señor —prosiguió Freeman, implacable—. El piloto habla algo de inglés, y le tuvimos en la cámara anoche. Dice que han vapuleado otra vez a Boney, en un sitio que llaman Leipzig o algo así, y que los rusos pasarán el Rin dentro de una semana. Boney ha regresado ya a París. Tal vez esto sea el fin de la guerra.

Hornblower y Freeman cambiaron unas miradas; había pasado un año desde que el mundo comenzó a pensar en el final de la guerra, y muchas esperanzas habían florecido para marchitarse luego en el curso de aquellos doce meses. ¡Pero los rusos en el Rin! Aunque la entrada del ejército inglés en la mismísima Francia no hubiese conmovido al Imperio, esta nueva invasión tal vez lo lograra. Sin embargo, se habían realizado muchos pronósticos (el propio Hornblower aventuró algunos) en el sentido de que la primera derrota de Bonaparte en campo abierto pondría fin a su reputación de invencible y a su reinado. Estos pronósticos respecto a la invasión del Imperio podían ser igualmente equivocados.

—¡Buque a la vista! —gritó el vigía; y, sin perder aliento—: ¡Es la *Flame*, señor!

Allí seguía, como antes; la neblina la había descubierto por un instante y se había vuelto a cerrar en su torno, y luego, otra ráfaga de viento la dejó a plena vista. Hornblower tomó al punto la decisión que hasta el momento se le había resistido.

—Dispóngalo todo para el combate, señor Freeman, por favor. Vamos a buscarlos.

Naturalmente, era lo único que podían hacer. Durante la noche, al cabo de una hora de la captura del mercante francés, todos los puertos franceses de las cercanías habrían recibido aviso de que el bergantín británico de la cruz blanca en el velacho estaba jugando con dos barajas, simulando ser un navío amotinado. La noticia debería haber llegado a esta orilla del estuario a medianoche, pues el correo pudo cruzar en el barco transbordador hasta Quilleboeuf o algún otro punto. Todo el mundo estaría alerta por si el bergantín intentaba un nuevo golpe, y esta orilla del río parecía ser el sitio adecuado. Cualquier demora podía dar a los rebeldes la oportunidad de reanudar la comunicación con tierra y aclarar lo ocurrido; si las autoridades de la costa descubrían que había en la bahía del Sena dos bergantines idénticos, los amotinados se ahorrarían muchos problemas. No podían perder una hora siquiera.

Era todo muy claro y lógico, pero Hornblower no hacía más que tragar saliva con nerviosismo, de pie en la toldilla. La batalla se presentaba encarnizada, y se encontrarían envueltos en ella dentro de una hora. Aquel puente que pisaba tal vez fuese barrido por la metralla de las carronadas de la *Flame*. Él mismo acaso no estuviese vivo antes de pasar esa hora, o se encontrase gritando a merced del cirujano. La noche anterior había hecho frente al desastre, pero aquella mañana podía aguardarle la muerte. De aquel ardor que el baño había despertado en su interior no

quedaba nada, y se encontraba casi temblando en el ambiente frío de la mañana. Renegó de sí mismo, despreciándose con furia, y tuvo que hacer un esfuerzo para pasear de arriba abajo con brusquedad por la reducida toldilla. El recuerdo de Richard trotando a su lado al atardecer, cogido firmemente de un dedo suyo; la imagen de Bárbara; la evocación misma de Smallbridge o de Bond Street... todo ello le hacía meditar que no quería separarse de aquellas cosas, «abandonar los cálidos recintos del alegre día». Deseaba vivir, y podía morir bien pronto.

La *Flame* había largado más lona: la mayor y los focos. A todo ceñir podía alcanzar Honfleur sin ponerse siquiera al alcance de los cañones de la *Porta Coeli*. Los temores de Hornblower se retiraron a un segundo plano al interesarse, a pesar suyo, por el aspecto táctico del problema que tenía delante.

—Señor Freeman, por favor, dé de almorzar a sus hombres —dijo—. Y será mejor que no pongan aún las piezas en batería.

—Sí, señor.

Era posible que se trabara una batalla dura y larga, y los hombres debían estar bien alimentados. Y poner los cañones en batería significaba dar a entender a los de la *Flame* que la *Porta Coeli* esperaba lucha, y eso sería para ellos un indicio de que no les iba a resultar fácil buscar refugio del lado francés. Cuanto más perfecta fuese la sorpresa, mayor sería la probabilidad de una fácil victoria. Hornblower miró ceñudamente a la *Flame* a través de su catalejo. Sintió de pronto un oscuro y torvo furor contra los amotinados, culpables de todo aquel trastorno, y tal vez de su muerte. La simpatía que sintió por ellos cuando se hallaba sentado en la seguridad del Almirantazgo cedía ahora el paso a un feroz resentimiento. Aquellos granujas merecían ser colgados; y este pensamiento le cambió el humor de suerte que pudo sonreír al cruzar su mirada con la de Freeman cuando éste le informó de que el bergantín estaba listo para la acción.

—Muy bien, señor Freeman.

Tan alterado estaba que no podía centrar la vista. Miró otra vez a la *Flame*, en el justo momento en que del calcés llegaba un nuevo aviso.

—¡Ah de cubierta! De la playa salen ahora muchas barcas, señor. ¡Y parece que se dirigen a la *Flame*!

El bergantín de los amotinados repetía la misma maniobra que el día anterior, aproando hacia la costa francesa, fuera del alcance de los cañones de la *Porta Coeli*, dispuesto a refugiarse en ella con tal de no luchar; es posible que tomaran a los de las barcas por una comisión que acudía a darles la bienvenida y a escoltarlos hasta sus aguas. Y el tiempo brumoso permitiría a aquéllas acercarse al buque en seguida. Los de la *Flame* quitaban viento de la mayor, y todo indicaba que no sabían qué hacer. Probablemente discutían acaloradamente en la toldilla, insistiendo unos en mantenerse a distancia de la *Porta Coeli*, mientras otros vacilaban ante la irrevocable medida de pasarse a los franceses. Era posible que hubiese otra tercera facción partidaria de dar la vuelta y luchar..., muy posible; y acaso otra, la de los más tímidos

o menos culpables, que deseaba rendirse y confiar en la clemencia de un consejo de guerra. En todo caso, habría división de opiniones. Estaban halando otra vez de las escotas, derechos hacia Honfleur y las barcas que se acercaban; dos millas de agua despejada les separaban de la *Porta Coeli*.

—Esas cañoneras la están cercando, señor —dijo Freeman, con el catalejo apuntado—. Y el lugre está lleno de gente. ¡Dios mío! Han hecho fuego.

Alguien de la *Flame* había disparado, como advirtiendo a los franceses de que guardaran las distancias mientras llegaban a un acuerdo en sus deliberaciones. Luego viró por redondo, sin duda al darse cuenta de las intenciones hostiles de los franceses, y entretanto, las barcas se le echaron encima, como una jauría atacando a un ciervo. Siguieron media docena de cañonazos, demasiado desordenados para poderlos calificar de andanada. Las cañoneras se dirigían hacia ella en línea recta, y sus remos, seis por banda, les daban más rapidez y soltura. De su proa se alzó humo, y por encima del agua se oyó el sordo e intenso estampido de las piezas de veinticuatro libras, muy diferente de la detonación más aguda y sonora de las carronadas de la *Flame*. El lugre atracó a su costado, y, a través de su catalejo, Hornblower pudo ver a los franceses precipitarse al abordaje.

—Ponga las piezas en batería, señor Freeman, por favor —dijo.

La situación se iba desarrollando con desconcertante rapidez; no había previsto nada parecido. Habría que luchar a la desesperada, pero al menos tendrían enfrente a los franceses, y no a compatriotas. De la *Flame* veía alzarse bocanadas de humo; por lo menos, parte de su tripulación ofrecía resistencia.

Dio unos cuantos pasos hacia adelante y se dirigió a los artilleros.

—Escuchadme —dijo—: Hay que hundir esas cañoneras cuando estemos entre ellas. Bastará con una andanada para cada una, si apuntáis con cuidado a la base de los palos. No tiréis hasta que estéis seguros de la puntería.

—Sí, señor —contestaron algunas voces. Hornblower encontró a Brown a su lado.

—Sus pistolas, señor. Las he cargado y he puesto fulminantes nuevos.

—Gracias —dijo Hornblower.

Se metió las armas en el cinto, una a cada lado, para poderlas empuñar a la vez si hacía falta. Se sentía como un niño que juega a los piratas, pero su vida podía depender en cualquier momento de aquellas pistolas. Sacó a medias la espada de la vaina, para asegurarse de que corría bien, y ya se apresuraba a volver a su sitio, junto a la rueda, cuando la volvió a envainar.

—Orzad un poco —dijo—. ¡Vía!

La *Flame* estaba contra el viento, en facha; al parecer no tenía a nadie a la caña en aquel momento. El lugre seguía pegado a su banda, y las cuatro cañoneras, después de aferrar las velas, se mantenían sobre sus remos, interponiéndose entre la *Porta Coeli* y los dos barcos. Hornblower podía distinguir a los sirvientes inclinados por encima de las piezas de veinticuatro, en la proa.

—Gente a las escotas, por favor, señor Freeman. Voy a meterme entre ellos. ¡Atención a las piezas, muchachos! ¡Ahora, halad fuerte!

Giró la rueda, y la *Porta Coeli* cambió de bordada con suma docilidad. Hornblower oyó el estruendo de un disparo por debajo de la proa, y en seguida surgió de cubierta un surtidor de astillas de un agujero irregular, muy próximo a los guindastes del palo mayor; una bala de veinticuatro, disparada hacia arriba desde muy cerca, había perforado las frágiles cuadernas de la nave y, siguiendo su trayectoria, reventó a través de la cubierta.

—¡Listos para virar! ¡Todo a la banda! —gritó Hornblower. La *Porta Coeli* cambió otra vez de bordada y se internó en el estrecho canal que dejaban dos cañoneras. Sus carronadas dispararon en rápida sucesión por las dos bandas. Mirando a estribor, Hornblower pudo contemplar una de las cañoneras. Media docena de hombres estaban junto a la caña, a popa, y otros dos en cada remo, al centro, hacían desesperados esfuerzos para que girase sobre sí misma. En el cañón de proa había doce hombres más. Un marinero con un pañuelo rojo atado a la cabeza se hallaba junto al mástil, en el que apoyaba la mano; Hornblower le vio abrir la boca y dejar caer la mandíbula al darse cuenta de que la muerte se le venía encima. Los cañonazos lo destrozaron todo a su paso. El hombre del pañuelo rojo desapareció, tal vez arrojado al mar, pero lo más seguro es que la descarga le hubiera destrozado. La débil armazón de la cañonera (un bote grande de remos, reforzado a proa para montar un cañón) se desbarató; su costado quedó hundido por los disparos, como si éstos hubiesen sido los golpes de un gigantesco martillo. Mientras la miraba Hornblower entraba agua a torrentes; al disparar de arriba abajo, las balas, después de pasar por el costado, habían atravesado el fondo. El peso muerto del cañón de proa se venció, al desaparecer la estabilidad, y la proa se hundió, mientras la popa seguía aún fuera del agua. Luego resbaló la pieza, aliviando al barco de su carga, y el mutilado casco se enderezó un momento antes de zozobrar. Entre los restos nadaban varios hombres. Hornblower se volvió a mirar a babor; la otra cañonera estaba también maltrecha, y en aquel momento se hundía, mientras los supervivientes nadaban alrededor. Quienquiera que estuviese al mando de aquellas barcas había cometido un disparate al exponer las frágiles embarcaciones al fuego de un navío de guerra (aun tan pequeño como la *Porta Coeli*), que se suponía bien mandado. Las cañoneras sólo sirven para forzar la rendición de buques encallados sin remedio o desarbolados.

El lugre y la *Flame*, aún borda con borda, estaban ya muy cerca.

—Señor Freeman, cargue con metralla, por favor. Pasaremos junto al francés. Una andanada, y la humareda nos permitirá abordarla.

—Sí, señor.

Freeman se volvió a gritar sus órdenes a la tripulación.

—Señor Freeman, necesitaré a toda la gente libre para el abordaje. Usted se quedará aquí.

—¡Señor!

—Se quedará aquí. Escoja a seis marineros de confianza que le acompañen y saque el bergantín si no volvemos. ¿Está claro, señor Freeman?

—Sí, *sir* Horatio.

Quedaba tiempo para que Freeman hiciera sus preparativos mientras la *Porta Coeli* se acercaba al barco francés. Y también lo tuvo Hornblower para percatarse, sorprendido, de que sus palabras sobre la posibilidad de no volver eran sinceras, y no una simple bravata para animar a su gente. Estaba extrañadamente decidido a vencer o morir, él, un hombre que se asustaba de su sombra. Los marineros gritaban desahogados al avanzar la *Porta Coeli* sobre el buque francés, cuyo nombre, la *Bonne Celestine*, de Honfleur, se podía leer ahora en la popa. A bordo de ella se veían uniformes azules y calzones blancos: soldados. Era cierto, pues, que la escasez de artilleros y veteranos había obligado a Bonaparte a llevarse a los marineros, reemplazándolos por reclutas bisoños. Una lástima que la acción no fuera en alta mar, porque así la mayoría estarían mareados.

—Vamos al costado —dijo Hornblower al timonel. Había confusión en la cubierta de la *Bonne Celestine*. El comodoro veía a algunos hombres acudiendo a los cañones del costado libre de babor.

—¡Callad, muchachos! —gritó Hornblower—. ¡Callad!

Reinó el silencio en el bergantín. Apenas necesitó alzar la voz para que le oyeran en la reducida cubierta.

—Artilleros, hay que dar siempre en el blanco —dijo Hornblower—. Los del abordaje, ¿estáis dispuestos a seguirme?

Todos respondieron con un solo grito. Treinta hombres estaban agachados junto a las amuradas, con picos y hachas; una vez descargadas las piezas y cazada la vela mayor, quedarían libres otros treinta. No eran muchos, a menos que la andanada hiciera grandes estragos y que flaquearan los hombres de tierra, poco diestros, de la *Bonne Celestine*. Hornblower echó una ojeada al timonel, un marinero de barba cana, que fríamente iba midiendo la distancia entre los dos barcos sin perder de vista un momento la vela mayor, que vibraba al caer el bergantín bajo el viento. Un buen marinero, se dijo, e hizo mentalmente el propósito de recomendarle en su momento. El timonel hizo girar rápidamente la rueda.

—¡Cargad la mayor! —gritó Freeman.

Los cañones de la *Bonne Celestine* atronaron, ensordecedores, y Hornblower sintió que le rozaban la cara unos granos de pólvora, mientras el humo le envolvía. Desnudó la espada en el momento en que las carronadas de la *Porta Coeli* retumbaban, y los dos buques chocaron con estrépito de maderamen. Saltó a la amurada en medio del humo, espada en mano; en el mismo momento, una figura a su lado se le adelantó y, con vigoroso impulso, fue a caer en la cubierta del buque francés. Era Brown, que blandía una espada. Hornblower se dejó caer tras él, pero Brown le cubría con su cuerpo, golpeando a diestro y siniestro las confusas siluetas que asomaban entre el humo. Había allí un montón de hombres muertos y heridos,

víctimas de la metralla de una de las carronadas de la *Porta Coeli*. Hornblower tropezó con un miembro, y apenas pudo recobrase a tiempo para ver una bayoneta que le amenazaba al extremo de un fusil. Evitó el golpe retorciendo violentamente el cuerpo. Tenía una pistola en la mano izquierda y la disparó, apoyando casi la boca en el pecho del francés. El viento se había llevado ya el humo de los cañonazos. A proa, un grupo de asaltantes luchaba furiosamente con algunos adversarios arrinconados allí (Hornblower percibía con claridad el chasquido de las hojas), pero a popa no se veía un solo francés. Gibbons, el segundo contramaestre, estaba en las drizas, arriando del tope la bandera tricolor. A estribor se hallaba la *Flame*, y por encima de su amurada se veían morriones de la infantería francesa; Hornblower observó cómo asomaba una cabeza, unos hombros, un mosquete que apuntaba, primero a Gibbons, luego a él. Al punto disparó la bala que le quedaba, y el francés se desplomó al otro lado de la amurada, en el momento mismo en que un nuevo grupo de atacantes saltaban a cubierta desde el *Porta Coeli*.

—¡Vamos! —gritó Hornblower.

Era de todo punto necesario apoderarse de la *Flame* antes de que pudieran organizar allí una defensa.

Los bergantines sobresalían del agua más que el lugre; esta vez tuvieron que trepar. Logró pasar el codo por encima de la borda y trató de izarse, pero le estorbaba la espada.

—¡Ayudadme, demonios! —gruñó por encima del hombro.

Un marinero le empujó por la popa con tan buena voluntad y presteza que pasó por encima de la borda y cayó de bruces en los imbornales, al otro lado, perdiendo la espada. Trató de avanzar a gatas para rescatarla, pero un sexto sentido le advirtió del peligro, y se agachó hacia adelante, evitando la trayectoria de una estocada, a la vez que disparaba contra las espinillas del agresor. Luego, una oleada de gente cayó sobre él, pisoteándole y dándole patadas, y se sintió aplastado bajo un cuerpo que se retorció, al cual se agarró con energía desesperada. Oyó la voz de Brown que tronaba por encima de él, pistoletazos, entorchocar de espadas, antes de verse envuelto por un súbito silencio. El hombre con quien luchaba quedó de pronto lacio e inerte, y alguien se lo quitó de encima. Entonces se levantó.

—¿Está herido, señor? —preguntó Brown.

—No —contestó.

Tres o cuatro muertos yacían en cubierta. A popa, un grupo de soldados y uno o dos marineros franceses estaban en pie junto a la rueda, desarmados, mientras dos marineros ingleses, pistola en mano, los vigilaban. Un oficial francés con la manga derecha empapada en sangre y lágrimas en las mejillas (era un mozuelo imberbe) estaba sentado en la cubierta. Hornblower iba a interpellarle cuando le llamaron bruscamente la atención.

—¡Señor, señor!

Era un marinero inglés al que no reconoció. Llevaba una camisa a rayas blancas y

rojas, y su coleta oscilaba de un lado a otro, mientras gesticulaba con la violencia de la emoción.

—¡Señor! He luchado contra los ranas. Sus hombres me han visto. Y esos otros muchachos también.

Señaló detrás de él a un pequeño grupo de acongojados marineros que se habían mantenido aparte, y que ahora se adelantaron, hablando algunos con apresuramiento, en tanto otros asentían con la cabeza.

—¿Amotinados? —preguntó Hornblower. En el calor del combate había olvidado por completo aquel asunto.

—No soy ningún amotinado, señor. Tuve que obedecer para que no me mataran. ¿No es así, compañeros?

—¡Atrás, vosotros! —rugió Brown. Llevaba el alfanje rojo de sangre hasta la empuñadura.

Una vívida escena surgió de pronto ante la imaginación de Hornblower: el consejo de guerra, el semicírculo de jueces deslumbrantes con sus vestiduras de ceremonia, los atormentados prisioneros, enmudecidos, observando, sin comprender bien, las diligencias que iban a determinar su condena o su salvación; y se veía a sí mismo aportando su testimonio, intentando escrupulosamente recordar cada palabra pronunciada por ambas partes; una sola que se recordase podría significar la diferencia entre el látigo y la cuerda.

—¡Arrestad a estos hombres! —exclamó—. Encerradles.

—¡Señor, señor!

—¡Basta ya! —gruñó Brown.

Unos marineros implacables se llevaron a los que protestaban.

—¿Dónde están los otros amotinados? —preguntó Hornblower.

—Abajo, señor, me parece —dijo Brown—. También hay algunos franchutes.

Resultaba curioso que una tripulación vencida acostumbrara a refugiarse bajo cubierta. Hornblower creía honradamente que él preferiría enfrentarse a la locura belicosa de los triunfadores en cubierta antes que rendirse con ignominia en los oscuros confines del entrepuente.

Llegó a sus oídos un grito de llamada desde la *Porta Coeli*.

—¡Sir Horatio! —Era la voz de Freeman—. Encallaremos todos si no nos apartamos pronto. Le pido permiso para zafarnos y largar velas.

—¡Espere! —replicó Hornblower.

Miró en torno suyo; los tres buques estaban unidos, y había prisioneros vigilados por todas partes. Bajo cubierta, lo mismo en la *Bonne Celestine* que en la *Flame*, quedaban aún enemigos sueltos, probablemente más en total que hombres a sus órdenes. Se oyó un estrépito de rotura debajo, seguido de voces y lamentos; la *Flame* se estremeció a impulsos de un violento golpe. Hornblower se acordó de haber percibido distraídamente un disparo de cañón momentos antes; echó una ojeada en derredor. Las dos cañoneras que quedaban se mantenían al remo a pocos cables de

distancia, con las proas apuntadas al grupo de buques. Hornblower conjeturó que se hallaban en aguas poco profundas, casi a cubierto de todo ataque. Una fumarada se alzó de una de ellas, y a poco se repitió el estruendo de antes, con nuevos alaridos. Aquellas balas de veinticinco libras estaban sin duda destrozándolo todo al atravesar de extremo a extremo el endeble bergantín, cuyo maderamen apenas podía resistir su impacto más que el papel. Hornblower se percató de la urgencia de la situación, como quien ha de salvar por fuerza un impetuoso torrente.

—Asegure los listones de las escotillas, Brown —ordenó—. Ponga un centinela encima de cada una. ¡Señor Gibbons!

—¿Señor?

—Asegure sus escotillas, y prepárese para largar velas.

—Sí, señor.

—¿Quién está de vigía? Ponga gente a las drizas. ¿Quién puede ir a la rueda? ¿Qué, ninguno de vosotros? ¡Señor Gibbons! ¿No dispone de ningún timonel? Mande aquí inmediatamente a uno. ¡Señor Freeman, puede largar velas! Nos reuniremos junto a la otra presa.

Otro disparo de las malditas cañoneras entró en la popa de la *Flame*, con el mismo destrozo de los anteriores. Menos mal que el viento venía de tierra y podían alejarse de ellas. La *Porta Coeli* había desplegado otra vez la mayor, apartándose de la *Bonne Celestine*. Gibbons estaba viendo largar la vela al tercio de esta última, mientras media docena de marineros la apartaban de la *Flame* empujando con botalones.

—¡Izad! —ordenó Hornblower, cuando los barcos se hubieron separado—. A estribor todo, timonel.

Un ruido fuera de la borda atrajo su atención. Por los agujeros de los cañonazos, algunos hombres, rebeldes o franceses, se arrastraban al exterior y se lanzaban al mar, nadando hacia las cañoneras. Hornblower distinguió el pelo blanco de Nathaniel Sweet surcando la superficie del agua cuando salió a flote, a unos veinte pasos de él. De todos los amotinados, ése era precisamente el que menos debía escapar. Por el bien de Inglaterra y el servicio, tenía que morir. El marinero que hacía de centinela junto a la escotilla de popa no parecía un buen tirador.

—Dame el fusil —dijo Hornblower, y se lo arrebató.

Miró el cebo y el pedernal mientras volvía apresurado al pasamano. Apuntó a la cabeza cana y apretó del gatillo. El humo le dio en la cara y le cegó un instante. Cuando pudo volver a mirar siguió viendo flotar el largo cabello blanco, durante un segundo y hundirse luego lentamente hasta desaparecer. Sweet había muerto. Tal vez dejaba una anciana viuda que le llorase; pero era mejor así. Hornblower se concentró otra vez en la tarea de gobernar la *Flame* de modo que acudiese a la cita.

CAPÍTULO VIII



Aquel sujeto, Lebrun, era un verdadero fastidio, al pedir una entrevista particular de semejante modo. Hornblower ya tenía bastante que hacer sin necesidad de escucharle: los agujeros abiertos por los cañonazos en los flancos de la *Flame* tenían que taponarse lo suficiente para que pudiera atravesar el canal otra vez; la exigua tripulación de la *Porta Coeli* (no todos marineros, precisamente) había tenido que distribuirse entre no menos de cuatro barcos (los dos bergantines, el mercante de las Indias y el lugre), y a la vez había que mantener una guardia apropiada sobre más de cien prisioneros de una u otra nacionalidad; era necesario vigilar a los amotinados para que no sucediera nada en perjuicio de su futuro juicio; y, lo peor de todo, había que redactar un extenso informe. Algunos tal vez juzgaran que esta última tarea era cosa fácil, puesto que se trataba de relatar una larga serie de éxitos, dos presas, el rescate de la *Flame*; la mayoría de los rebeldes encadenados bajo cubierta y su cabecilla muerto por su propia mano. Pero había que contar con la tarea física de escribirlo, y Hornblower estaba exhausto. Además, su redacción sería difícil, pues de antemano preveía que debería seguir un incierto curso entre la Escila de un descarado alarde y la Caribdis de una fingida modestia. ¡Cuántas veces había arrugado la nariz con disgusto al leer los esfuerzos literarios de otros oficiales! Y la muerte de Nathaniel Sweet a manos del terrible comodoro Hornblower, aunque quedase bien en una historia de la Armada, y, desde el punto de vista de la disciplina del servicio, fuese el mejor desenlace posible, podría no parecerlo tanto a ojos de Bárbara. Tampoco él hallaba grato el recuerdo de aquella cabeza blanca hundiéndose bajo las olas, y pensó que Bárbara, viéndose obligada a recordar que él había derramado sangre, aniquilado una vida humana con sus propias manos (aquellas manos que decía amar, y que había besado tantas veces), tal vez sintiera hacia él repulsión y enojo.

Pudo librarse al fin con un esfuerzo de aquella intrincada maraña de pensamientos y recuerdos, con Bárbara y Nathaniel Sweet en primer término, y se encontró mirando distraído al joven marinero que le traía recado de Freeman a propósito de la petición de Lebrun.

—Mis saludos al señor Freeman, y dígame que puede enviarme a ese individuo.

—Sí, señor —dijo el marinero, llevándose la mano a la frente, y volviéndose luego muy aliviado.

El comodoro le había estado mirando sin pestañear al menos tres minutos, que le habían parecido tres horas.

Una guardia armada condujo a Lebrun al camarote de Hornblower, donde éste le examinó detenidamente. Era uno de los seis prisioneros hechos cuando la *Porta Coeli* se internó en el puerto de El Havre, uno de los delegados que habían subido a

cubierta a darles la bienvenida creyendo que era la *Flame*, dispuesta a entregarse.

—¿*Monsieur* habla francés? —preguntó Lebrun.

—Un poco.

—Más que un poco, si son ciertas todas las historias que corren acerca del capitán Hornblower.

—¿Qué desea? —le cortó Hornblower, a quien fastidiaba aquella retórica continental.

Lebrun era un hombre de aspecto joven, cetrino, con dientes blancos y relucientes, y producía una impresión general de untuosidad.

—Soy adjunto del barón Momas, alcalde de El Havre.

Hornblower trató de disimular todo signo de interés, pero sabía que, dentro del régimen imperial, el alcalde de una ciudad grande como El Havre era un personaje muy importante, y que su adjunto (lugarteniente o delegado) también era un funcionario fijo de relieve.

—Habría oído hablar de la casa Momas Frères. Ha comerciado con América desde hace varias generaciones. La historia de su prosperidad corre parejas con la del desarrollo de El Havre mismo.

—¿Sí?

—Asimismo, la guerra y el bloqueo han causado un efecto desastroso, tanto en la fortuna de la casa Momas como en la ciudad.

—¿Sí?

—La *Caryatide*, la nave que capturó usted con tanto ingenio hace dos días, *monsieur*, podría haber rehecho la hacienda de todos nosotros, pues, como podéis comprender, un solo barco que burle el bloqueo vale tanto como diez que arriben en tiempo de paz.

—¿Sí?

—*Monsieur le Baron* y la ciudad de El Havre estarán desesperados, no me cabe duda, por su captura antes de haber podido descargarla.

—¿Sí?

Los dos hombres se miraron uno a otro, como duelistas durante una pausa; Hornblower, decidido a ocultar totalmente la curiosidad y el interés que sentía, y Lebrun vacilando antes de seguir soltando prenda.

—Supongo, *monsieur*, que cuanto tengo que decirle se considerará estrictamente confidencial.

—No prometo nada. Sólo puedo decirle que es mi deber comunicar cuanto usted me diga al gobierno de su majestad el rey de Gran Bretaña.

—Vuestro Gobierno será discreto, por la cuenta que le tiene, supongo —murmuró Lebrun.

—Los ministros de su majestad toman sus decisiones con absoluta independencia —advirtió Hornblower.

—¿Sabe usted, *monsieur* —continuó Lebrun, dispuesto a arriesgarlo todo—, que

Bonaparte ha sido derrotado en una gran batalla en Leipzig?

—Sí.

—Los rusos están en el Rin.

—Así es.

—¡Los rusos están en el Rin! —repitió Lebrun, maravillado.

Todo el mundo, bonapartistas y antibonapartistas, estaba asombrado de que el compacto Imperio hubiese cedido terreno a través de media Europa en unos pocos meses.

—Y Wellington marcha sobre Toulouse —añadió Hornblower. No venía mal recordar a Lebrun la amenaza británica en el sur.

—Así es. El Imperio no podrá ya resistir mucho.

—Me complace que piense usted así. —Y cuando el Imperio caiga, habrá paz, y con la paz se reanudará el comercio.

—Sin duda —afirmó Hornblower, aún algo receloso.

—Los beneficios serán enormes durante los primeros meses. Toda Europa lleva años privada de productos extranjeros. En este momento, el auténtico café se paga a más de cien francos la libra.

Ahora Lebrun enseñaba sus cartas, más a la fuerza que por su gusto. Había una expresión de avaricia en su rostro que dijo mucho a Hornblower.

—Todo eso es evidente, *monsieur* —observó este último, con reserva.

—Una casa que estuviera preparada para el momento de la paz, con sus almacenes abarrotados de productos coloniales listos para distribución inmediata, obtendría cuantiosos beneficios. Estaría muy por delante de sus competidores. Podrían ganarse millones. ¡Millones! —Estaba claro que Lebrun pensaba ya en la posibilidad de que algunos de aquellos millones fueran a parar a su propio bolsillo.

—Tengo muchos asuntos que atender, *monsieur* —dijo Hornblower—. Le ruego que vaya al grano.

—Su majestad el rey de Gran Bretaña puede muy bien permitir a sus amigos que se preparen por anticipado —dijo Lebrun, sin apresurarse.

No era de extrañar, puesto que tales palabras les podían llevar a la guillotina, de llegar a oídos de Bonaparte. Lebrun se ofrecía a traicionar al Imperio a cambio de ventajas comerciales.

—Su majestad necesitaría ante todo pruebas irrefutables de que sus amigos son realmente sus amigos —dijo Hornblower.

—Un *quid pro quo* —dijo Lebrun, poniendo por primera vez en un apuro a Hornblower, pues la pronunciación francesa del latín era muy distinta a todo lo que estaba habituado a escuchar. Y tuvo que rebuscar en su cerebro preguntándose qué extraña palabra había pronunciado Lebrun, hasta que al fin cayó en la cuenta.

—Puede explicarme de qué se trata, *monsieur* —dijo Hornblower con solemne dignidad—, pero no puedo hacerle promesas de ningún género. El Gobierno de su majestad probablemente rehusará comprometerse en modo alguno.

Era curioso advertir cómo conseguía remedar el estilo y la dicción ministeriales. Igual podía haber hablado su solemne cuñado, Wellesley. Tal vez la alta política ejerciera su influencia en todo el mundo. En aquel caso en particular convenía así, pues le ayudaba a disimular su impaciencia.

—Un *quid pro quo* —repitió Lebrun, meditabundo—. ¿Y si la ciudad de El Havre se declarase contra el Imperio, en favor de Luis XVIII?

Hornblower había pensado en tal posibilidad, pero la dio de lado por parecerle demasiado buena para ser factible.

—Y si lo hiciera, ¿qué? —dijo cautamente.

—Podría ser el ejemplo que el Imperio está aguardando, y propagarse. Bonaparte no podría resistir un golpe semejante.

—Ha sobrevivido a muchos otros.

—Pero ninguno de esta índole. Si El Havre se declarase a favor del rey, la ciudad sería aliada de la Gran Bretaña. El bloqueo no tendría por qué seguir; o, si lo hiciera, podría otorgarse a la casa Momas Frères una licencia de importación, ¿verdad?

—Tal vez. Pero recuerde que no prometo nada.

—Y cuando Luis XVIII estuviese repuesto en el trono de sus padres, miraría con simpatía a quienes se hubieran alzado primero en su favor —dijo Lebrun—. El adjunto del barón Momas podría contar con una carrera magnífica en el porvenir.

—Sin duda —convino Hornblower—. Pero ha hablado usted de sus sentimientos personales. ¿Está igualmente seguro de los de *monsieur le Baron*? Y, fueran cuales fuesen éstos, ¿puede garantizar que la ciudad le seguiría en caso de declararse?

—Puedo responder del barón, se lo aseguro, señor. Conozco... tengo ciertas nociones de su modo de pensar.

Probablemente, Lebrun había estado espionando a su jefe por encargo del gobierno imperial, y no tenía inconveniente en aplicar sus averiguaciones a otra causa más productiva.

—Pero ¿y la ciudad? ¿Y las otras autoridades?

—El día que me hizo prisionero, señor —dijo Lebrun—, llegaron de París algunos modelos de proclamas y noticias anticipadas de ciertos decretos imperiales. Había que imprimir las proclamas (mi último acto oficial fue dar esa orden), y para el lunes se proyectaba fijarlas y dar publicidad a los decretos.

—¿Sí?

—Son los más drásticos de la despótica historia del Imperio. Movilización. Se llama a filas al resto de la quinta de 1815, y se revisan todas las anteriores, hasta la de 1802. Afecta a chiquillos de diecisiete años, lisiados, inválidos, padres de familia, hasta a aquellos que han pagado redención en metálico.

—Francia debe de estar acostumbrada a los alistamientos.

—Francia ha llegado a cansarse de esto, señor. Tengo noticia oficial del número de desertores y de la severidad de las medidas dictadas contra ellos. Pero no es sólo el reclutamiento, señor. Los otros decretos son más duros todavía. ¡Los impuestos!

Contribuciones directas e indirectas, *droits réunis*, y otros más. Los que sobrevivamos a la guerra tendremos que mendigar.

—¿Y cree usted que la publicación de esos decretos promoverá el descontento suficiente para que haya una rebelión?

—Tal vez no. Pero constituirá un magnífico punto de partida para un líder decidido.

Lebrun era bastante listo. Su última indicación era muy sagaz, y podía ser cierta.

—¿Y las demás autoridades de la ciudad? ¿El gobernador militar? ¿El prefecto del Departamento?

—Algunos de ellos son de fiar. Conozco sus opiniones tanto como las de *monsieur le Baron* Momas. En cuanto a los otros, una docena de detenciones simultáneas, una arenga a las tropas en los cuarteles, la llegada de fuerzas británicas (las tuyas, señor), una proclama vibrante al pueblo, la declaración del estado de guerra, el cierre de las puertas, y todo saldría bien. El Havre está aceptablemente fortificado, como ya sabe, señor. Sólo un ejército con pertrechos adecuados podría rescatarla, y Bonaparte no dispone de él. La noticia se difundiría como un relámpago por todo el Imperio, aunque Bonaparte tratara de contenerla.

Ese hombre, Lebrun, tenía ideas y perspicacia, fueran cuales fuesen sus principios morales. Había trazado un claro esbozo de un típico golpe de estado. Si el intento tenía éxito, los resultados serían importantes; y aunque fallase, la lealtad quedaría resquebrajada en todo el Imperio. La traición es infecciosa, como había apuntado Lebrun. Las ratas de un barco que se hunde siguen el ejemplo de la primera que lo abandona con notable rapidez. Se arriesgaba poco en ayudar a los planes de Lebrun, y en cambio el beneficio podía ser inmenso.

—*Monsieur* —dijo Hornblower—, hasta ahora he tenido paciencia. Pero aún no me ha hecho ninguna propuesta concreta. Palabras, ideas nebulosas, esperanzas, deseos; eso es todo, y yo soy un hombre muy ocupado, ya se lo he dicho. Explíquese y de prisa, si no le causa demasiada molestia.

—Seré concreto, pues. Déjeme ir a tierra; como pretexto puede decir que voy para concertar las condiciones de un canje de prisioneros. Permítame que asegure a *monsieur le Baron* su apoyo inmediato. En los tres días que quedan hasta el lunes próximo, puede terminar los preparativos. Entretanto, permanezca por estas aguas con todas las fuerzas que pueda reunir. Tan pronto como tengamos en nuestro poder la ciudadela, izaremos la bandera blanca, y entonces podrá entrar en el puerto y sorprender a todos los posibles disidentes. A cambio de esto, una licencia en favor de Momas Frères para importar productos coloniales, y su palabra de honor de caballero de que informará al rey Luis de que fui yo, Hercule Lebrun, quien le sugirió este plan.

—¡Ejem! —exclamó Hornblower.

Apenas se servía ya de aquel carraspeo, después de haberse burlado de él Bárbara, pero en aquel momento crítico se le escapó. Tenía que meditar. Necesitaba tiempo para pensar. La larga conversación en francés le había resultado fatigosa, por falta de

costumbre. Alzó la voz para llamar al centinela de la puerta.

—Avisé a la guardia que se lleve a este prisionero.

—¡Señor! —protestó Lebrun.

—Le haré saber cuál es mi decisión dentro de una hora —dijo Hornblower—.

Entretanto, las apariencias requieren que se le trate con severidad.

—¡Señor, recuerde que todo esto es secreto! ¡No diga una palabra! ¡Por Dios...!

Lebrun tenía una conciencia clara de la necesidad del secreto al planear una rebelión contra un soberano como Bonaparte. Hornblower iba pensando en ello mientras subía a la toldilla para pasear de arriba abajo, desalojando los problemas administrativos de menor cuantía de su mente para consagrarse al estudio de este otro, superior a todos.

CAPÍTULO IX



La bandera tricolor ondeaba aún en la ciudadela de El Havre (la fortaleza de Sainte Adresse); Hornblower la podía divisar con su catalejo desde el puente de la *Flame*, que resbalaba sobre las olas, con viento favorable, fuera de tiro de las baterías de costa. Había decidido, inevitablemente, ayudar a Lebrun en sus designios. Se decía por milésima vez, en aquel mismo momento, que había mucho que ganar en caso de triunfo, y poco que perder. Sólo la vida de Lebrun, y acaso la reputación de Hornblower. Sólo Dios sabía lo que dirían Whitehall y Downing Street cuando supieran lo que había estado haciendo. Nadie había decidido aún qué hacer respecto al gobierno de Francia cuando cayese Bonaparte, aunque las opiniones no eran unánimes en favor de restaurar a los Borbones. El Gobierno podía negarse a confirmar las promesas que el comodoro había hecho en cuanto a permisos de importación. Podían acabar declarando, lisa y llanamente, que no estaban dispuestos a reconocer las pretensiones de Luis XVIII y darle un buen coscorrón por lo que había hecho desde el rescate de la *Flame*.

Haciendo uso de sus poderes, había perdonado a cuarenta rebeldes, todos los marineros y grumetes que formaban la tripulación de aquel bergantín. Podía invocar razones de estricta necesidad para justificar tal medida. Mantener bajo guardia a los amotinados y a los prisioneros, y proporcionar dotación a los buques apresados, había exigido los servicios de todos los hombres de que disponía. Apenas tenía bastantes para maniobrar los barcos, y, desde luego, no podía intentar nada más. En rigor, se pudo librar de todas estas dificultades con unas cuantas decisiones sencillas. Todos los franceses habían sido devueltos a tierra en la *Bonne Celestine*, con bandera de tregua, y entre ellos Lebrun, como encargado de negociar el canje; en el barco mercante iba una tripulación mínima con despachos para Pellew y la escuadra del centro del Canal, y él había podido retener los dos bergantines con la tripulación justa, pero suficiente. Así pudo librarse también de Chadwick, a quien había confiado los despachos y el mando del barco de Indias. Chadwick estaba pálido, al cabo de dos semanas de encierro y con inminente peligro de ser colgado. No habían mostrado gran complacencia sus ojos enrojecidos al enterarse de que su salvador era el joven Hornblower, inferior a él en otro tiempo en el polvorín de la *Indefatigable*, y ahora muy por encima de él. Chadwick gruñó un poco al recibir sus órdenes, sólo un poco. Sopesó en sus manos los despachos, tal vez preguntándose lo que en ellos se diría acerca de él, pero la discreción o la costumbre inveterada predominaron al fin, y con un «Sí, señor», terminó por dar media vuelta.

A aquellas horas Pellew ya habría leído los documentos, y, después de anotar su contenido, tal vez estuviesen ya en camino hacia Whitehall. El viento había favorecido que el mercante alcanzara la escuadra del centro del Canal a la altura de la

punta de Start, y también la salida de los refuerzos solicitados por Hornblower. Estaba seguro de que Pellew se los enviaría. No le había vuelto a ver desde hacía quince años; y cinco más habían pasado desde que Pellew le promovió a teniente en la *Indefatigable*. Ahora, Pellew era almirante y comandante en jefe, y él comodoro, pero Pellew seguiría siendo el amigo leal y el servicial camarada de siempre.

Hornblower miró hacia alta mar, donde, borrosa en el horizonte, la *Porta Coeli* patrullaba en la niebla. Detendría los refuerzos antes de que pudieran ser vistos desde la orilla, pues no había que dar a las autoridades de El Havre la menor probabilidad de pensar que ocurría nada inusitado, aunque no era tampoco un asunto vital. Inglaterra había hecho gala siempre de su poderío naval a la vista del enemigo, haciendo de la costa adversaria su frontera marítima; la *Flame* allí enfrente, con la bandera blanca ante las narices de los ciudadanos de El Havre, no era para ellos nada extraordinario. Por eso no vacilaba en permanecer donde estaba, con la enseña tricolor de la ciudadela al alcance de su catalejo.

—Poned mucha atención a cualquier señal de la *Porta Coeli* —advirtió ásperamente al guardiamarina de servicio.

—Sí, señor.

Porta Coeli, la Puerta de los Cielos; la «Potacheli», como la llamaban los hombres. Hornblower tenía un vago recuerdo de haber leído algo sobre la acción que dio origen a aquel extraño nombre en la lista de la Armada. El primer *Porta Coeli* había sido un corsario español (semi-pirata, probablemente) capturado frente a La Habana. Había puesto una resistencia tan obstinada que la acción se conmemoró bautizando con su nombre a un navío inglés. La *Tonnant*, la *Temeraire*, la mayoría de los nombres extranjeros que figuraban en la lista de buques de la Armada real obedecían a encuentros similares. Si la guerra se prolongara lo bastante, habría en la flota más buques con nombres extranjeros que con nombres ingleses, y en las Armadas rivales tal vez sucediese otro tanto, aunque a la inversa. La Marina francesa alardeaba de contar con un *Swiftsure*; tal vez los norteamericanos contasen con un *Macedonian* entre sus navíos en años futuros. No había oído mencionar aún un *Sutherland* francés; y al evocar este nombre sintió una súbita punzada de extraño pesar. Recogió el catalejo y giró bruscamente sobre sus talones, apresurando el paso, como para ahuyentar los pensamientos que le asaltaban. No le gustaba acordarse de la rendición de la *Sutherland*, aunque el consejo de guerra le hubiera absuelto con todos los honores; y, cosa singular, a medida que pasaba el tiempo, sus sentimientos de vergüenza en torno al incidente se hacían más agudos, en vez de menguar. Aquellos recuerdos iban inevitablemente unidos a la memoria de María, que llevaba en su tumba casi tres años ya, y de tiempos de pobreza y desesperación, de hebillas de similor en los zapatos; de la piedad y la simpatía que su difunta esposa le había inspirado, mísero sustitutivo del amor. Aquellos recuerdos todavía le hacían mucho daño. El pasado volvía a revivir en su mente, resurrección tan horrible como cualquier otra. Evocaba a María, roncando suavemente a su lado mientras dormía, y

el agrio perfume de sus cabellos; a María, torpe y sin tacto, a quien había querido como se quiere a un niño, aunque no tanto como ahora quería a Richard. Casi estaba a punto de desprenderse del recuerdo, cuando se desvaneció de repente para dejar su puesto al de Marie de Graçay. ¿Por qué diablos se le ocurría ahora pensar en ella? El amor sin reservas que le había dado, su ternura ardiente, la rapidez de percepción con la que adivinaba sus estados de ánimo... Era insensato encontrarse ahora añorando a Marie de Graçay, a la semana de haber dejado a una esposa leal y comprensiva. Trató de pensar en Bárbara, pero las imágenes mentales que conjuraba retrocedían inmediatamente al fondo, empujadas por imágenes de Marie. Era preferible incluso acordarse de la rendición de la Sutherland. Hornblower iba y venía por la cubierta de la *Flame* escoltado por fantasmas, en aquel día invernal, gélido y desapacible. Los hombres, al verle la cara, se abstenían de cruzarse con él más aún que de costumbre. Y, sin embargo, en su mayoría pensaban que el comodoro estaba maquinando alguna otra diablura contra los franceses.

Declinaba ya la tarde cuando llegó la esperada interrupción.

—Señal de la *Porta Coeli*, señor. Dieciocho... cincuenta y uno... diez. Eso quiere decir buques propios a la vista, rumbo noroeste.

—Muy bien. Pregunte sus números.

Sin duda se trataba de los refuerzos que enviaba Pellew. Los hombres de las señales se inclinaron sobre las banderas y halaron de las drizas; pasaron unos minutos hasta que el guardiamarina anotó la respuesta y la descifró consultando la lista.

—*Nonsuch*, setenta y cuatro, capitán Bush, señor.

—¡Bush, demonios!

La exclamación se le escapó sin querer; los fantasmas que le rodeaban se desvanecieron como si los hubieran rociado con agua bendita al pensar que su viejo amigo, tan firme y sensato, estaba poco más allá del horizonte. Era natural que Pellew enviase a Bush, si podía prescindir de él, sabiendo la antigua amistad que le unía a Hornblower.

—*Camilla*, treinta y seis, capitán Howard, señor.

Nada sabía de este Howard. Consultó la lista: un capitán de menos de dos años de antigüedad. Probablemente, Pellew le había elegido como segundo de Bush.

—Muy bien. Conteste: «Comodoro a...».

—La *Porta* continúa haciendo señales, con permiso, señor. «*Nonsuch* a comodoro: Tengo... a bordo... trescientos... soldados de Marina... sobre dotación».

¡Bien por Pellew! Había rebuscado en toda la escuadra para proporcionarle una fuerza de desembarco que se hiciera notar. Trescientos infantes de Marina, con el destacamento de la *Nonsuch*, y un cuerpo de marineros. Podría entrar con quinientos hombres en El Havre, llegada la ocasión.

—Muy bien. Señale: «Comodoro a *Nonsuch* y *Camilla*. Encantado de tenerlos a mis órdenes».

Hornblower se volvió a mirar hacia El Havre. Alzó luego la vista al cielo, estimó

la fuerza del viento, recordó el estado de la marea y calculó cuándo llegaría la noche. Allá abajo, Lebrun seguramente estaría desarrollando sus planes, para dentro de unas horas, si eran factibles. Tenía que estar preparado para dar el golpe.

—Señale: «Comodoro a todos los buques: Reúnanse conmigo después de oscurecer. Señal nocturna: dos lanternas horizontales en los penoles de proa».

—Penoles de proa. Sí, señor —repitió como un eco el guardiamarina, garabateando en su pizarra.

Era una suerte ver otra vez a Bush, darle un apretón de manos como bienvenida cuando en la oscuridad saltó al puente de la *Flame*; y sentarse en el diminuto camarote, mal ventilado, con Bush, Howard y Freeman, para explicarles sus proyectos del día siguiente. Y también resultaba magnífico planear una acción después de aquel día de horrible introspección. Bush le contempló de cerca con ojos penetrantes.

—Ha trabajado mucho, señor, desde que volvió al mar.

—Desde luego —dijo Hornblower.

Los últimos días y noches habían sido un torbellino; aun después de rescatada la *Flame*, las tareas de reorganización, las conferencias con Lebrun y la redacción de despachos habían resultado una labor agotadora.

—Demasiado, señor, si me lo permite —continuó Bush—. Ha vuelto al servicio antes de lo debido.

—Tonterías —protestó Hornblower—. ¡Si he tenido casi un año de permiso!

—Por enfermedad, señor. Después de pasar el tifus. Y desde entonces...

—Desde entonces —interrumpió Howard, un arrogante joven de tez morena—, una acción envolvente, una batalla, tres presas, dos barcos hundidos, una invasión en proyecto, y una reunión nocturna del estado mayor.

Hornblower se sintió de pronto irritado.

—Caballeros, ¿acaso pretenden decirme —preguntó, mirándoles ceñudo uno tras otro— que ya no soy apto para el servicio?

Ellos se encogieron, cohibidos al verle tan furioso.

—No, señor —dijo Bush.

—Entonces, sean tan amables de reservarse su opinión.

Qué mala suerte la de Bush, quien, después de todo, sólo había tratado de informarse amablemente del estado de salud de su amigo. Hornblower se dio cuenta, y le pesaba hacer pagar a Bush tan injustamente todos los malos ratos que había pasado aquel día. Pero no pudo resistir la tentación. Volvió a recorrer con la vista a los reunidos, obligándoles a bajar los ojos, y apenas lo consiguió, apenas se hizo rendir aquel mísero testimonio de subordinación, se sintió arrepentido y trató de enmendar su error.

—Caballeros —dijo—, me he expresado con ligereza. Hemos de tener absoluta confianza los unos en los otros cuando entremos en acción mañana. ¿Querrán perdonarme?

Le contestaron con un murmullo. Bush estaba muy desconcertado al recibir excusas de un hombre que, en su opinión, tenía derecho a decir a cualquiera lo que se le antojase.

—¿Comprenden lo que quiero que se haga mañana, si es mañana el día? —prosiguió Hornblower.

Los tres capitanes asintieron, volviendo la vista a la carta extendida delante de ellos.

—¿Ninguna duda?

—No, señor.

—Naturalmente, éste es un plan simplemente en bosquejo. Surgirán contingencias, imprevistos. Nadie puede prever lo que ocurrirá. Pero estoy seguro de una cosa: de que los buques de esta escuadra irán mandados de manera que honre al servicio. El capitán Bush y el señor Freeman se han comportado con valor y decisión ante mis propios ojos muchas veces, y conozco demasiado bien al capitán Howard de oídas para que dude un momento de que así será también por su parte. Cuando atacemos El Havre, caballeros, estaremos volviendo una página, tal vez escribiendo el final de un capítulo de la historia de la tiranía.

Les gustaba lo que estaba diciendo, y no podían menos de creer en su sinceridad, pues hablaba con el corazón. Al cruzar sus miradas con las del comodoro, sonrieron. María había hecho uso algunas veces de una expresión poco habitual acerca de las frases corteses pronunciadas para poner a los oyentes de buen humor. Las calificaba de «un terroncito de azúcar para el pajarito». Y eso había sido su párrafo final, un terroncito de azúcar para el pájaro; y, sin embargo, todo lo que había dicho lo sentía de verdad. Aunque... no del todo; casi nada sabía de los antecedentes de Howard. En lo que a éste se referían, sus palabras eran pura fórmula. Pero habían servido para el caso.

—Así pues, hemos terminado con los asuntos graves, caballeros. ¿Qué puedo ofrecerles como distracción? El capitán Bush recordará nuestras partidas de *whist* de las noches precedentes a una acción. Pero no es un jugador muy entusiasta.

Aquello era suavizar mucho la verdad, Bush era sumamente reacio a tomar parte en el *whist*, y correspondió con una tímida sonrisa de agradecimiento a la delicada pulla de Hornblower, pero resultaba emocionante verle tan contento porque el comodoro se hubiese acordado de esa particularidad suya.

—Tiene que descansar bien esta noche, señor —dijo, hablando, como más antiguo, por los otros dos, que le consultaron con la mirada.

—Yo he de volver a mi barco, señor —intervino Howard, como un eco.

—Y yo también, señor —dijo Freeman.

—Pues no quiero que se vayan —protestó Hornblower.

Freeman vio una baraja encima de la taquilla arrimada al mamparo.

—Le echaré la buena ventura antes de retirarnos —propuso—. Acaso recuerde algo de lo que me enseñó mi abuela gitana, señor.

Así que, efectivamente, aquel muchacho llevaba sangre gitana en las venas. Más de una vez había pensado en ello Hornblower, al observar su tez morena y sus ojos negros. Le sorprendió un tanto ver la indiferencia con que Freeman admitía tal ascendencia.

—Échesela a *sir* Horatio —propuso Bush.

Freeman barajaba las cartas con ágiles dedos. Puso la baraja en la mesa, cogió una mano de Hornblower y la colocó encima de aquella.

—Corte tres veces, señor.

Hornblower siguió de buen talante la broma, cortando una y otra vez después de barajar Freeman los naipes. Finalmente, éste cogió la baraja y fue colocando las cartas en la mesa, descubiertas.

—A esta banda está el pasado —anunció, examinando el complicado despliegue—, y a esta otra el futuro. En el pasado hay mucho que leer. Veo dinero, oro, y peligro. Peligro, peligro, peligro. También veo prisión, dos veces, señor. Y una mujer morena, y otra rubia. Ha viajado mucho por el mar.

Se desenvolvía al hablar con aire bastante profesional, soltando las palabras de carrerilla, sin detenerse para tomar aliento. Hizo un primoroso resumen de la carrera de Hornblower, que escuchaba divertido y muy admirado de la facundia de Freeman. Lo que éste contaba podía decirlo cualquiera que conociese a grandes rasgos el pasado del comodoro. Hornblower frunció las cejas un momento, irritado por una breve alusión a su difunta María, pero volvió a sonreír cuando Freeman pasó rápidamente a hablar de las hazañas del Báltico, vertiendo las frases del lenguaje ordinario en términos gitanos con una destreza sumamente divertida.

—Y hay también una larga enfermedad, señor —concluyó—, muy grave, que ha terminado hace poco.

—¡Pasmoso! —exclamó Hornblower, con fingida admiración.

La acción inminente descubría siempre sus mejores cualidades; se sentía cordial y humano hacia este joven oficial, de un modo que le hubiera resultado imposible en cualquier otro momento.

—Pasmoso es la palabra, señor —dijo Bush.

Hornblower se quedó perplejo al observar que Bush estaba realmente impresionado: el hecho de que se dejara convencer por el hábil uso que Freeman había hecho de sus conocimientos del pasado explicaba el éxito de los charlatanes de este mundo.

—¿Y qué hay del futuro, Freeman? —preguntó Howard. Era un alivio comprobar que el otro muchacho no se tomaba aquello tan en serio.

—El futuro —dijo Freeman, tabaleando en la mesa mientras se volvía hacia las cartas del otro lado— es siempre más misterioso. Veo una corona, una corona de oro.

Dispuso las cartas de otro modo.

—Una corona es, señor, por más vueltas que le dé.

—Horatio I, rey de las islas Caníbales —dijo Hornblower, riendo.

La demostración más clara de su buen talante era aquella chanza a propósito de su nombre, que normalmente constituía para él un tema vidrioso.

—Y aquí aparece más peligro. Peligro, y una mujer rubia. Ésta y aquél van unidos. Peligro a causa de una mujer rubia... peligro con una mujer rubia. Hay peligros de todas clases. Le aconsejaría que se guardara de las mujeres rubias.

—No hace falta echar las cartas para dar ese consejo —bromeó Hornblower.

—A veces las cartas dicen la verdad —replicó Freeman, alzando la vista y mirándole con singular intensidad en las brillantes pupilas.

—Una corona, una mujer rubia, y peligro —repitió Hornblower—. ¿Y qué más?

—Eso es todo lo que puedo leer, señor —dijo Freeman recogiendo las cartas.

Hornblower consultó el voluminoso reloj de plata que había sacado del bolsillo.

—Si Freeman nos hubiese podido decir si mañana habrá o no una bandera blanca en la ciudadela —dijo—, nos decidiríamos acaso a prolongar esta agradable velada. Pero, al no ser así, tengo que dar algunas órdenes, caballeros.

Hornblower sentía de verdad verlos marchar. Permaneció en el puente de la *Flame* y vio alejarse sus botes en la negra noche invernal, mientras el silbato del segundo contramaestre llamaba a los hombres para la guardia de media. Hacía un frío punzante, sobre todo después de la cálida estrechez del camarote, y se sintió de repente más solitario que nunca, tal vez por contraste. Aquí en la *Flame* no tenía más que dos oficiales que hicieran guardia, ambos tomados de la *Porta Coeli*; al día siguiente tomaría otro más de la *Nonsuch* o de la *Camilla*. ¿Al día siguiente? Ya era el día siguiente. Y tal vez hoy tuviera éxito el intento de Lebrun de imponerse en El Havre, o tal vez él mismo sucumbiera.

CAPÍTULO X



Hacía un tiempo tan brumoso como podía esperarse de la estación y el lugar cuando amaneció, o más bien cuando la luz gris se deslizó imperceptiblemente en la conciencia. La *Porta Coeli* se distinguía borrosa como una manchita algo más densa en medio de la niebla. Gritando con toda la fuerza de sus pulmones, recibió la débil respuesta de que la *Nonsuch* se hallaba a la vista por la popa, y pocos segundos después añadieron que desde la *Nonsuch* divisaban la *Camilla*. Tenía, pues, la escuadra a mano, y no podía hacer otra cosa más que esperar, y cavilar por centésima vez sobre el problema de cómo se las arreglaban los marineros, desnudos los pies y con el agua helada salpicándoles, para cumplir su obligación diaria de baldear las cubiertas. Pero allí estaban, riendo y bromeando entretanto; el marinero británico es un hombre duro. Probablemente, los muchachos de abajo barruntaban novedades, deducían de aquella concentración de fuerzas que se avecinaba la acción, y la perspectiva les regocijaba. En parte, bien lo sabía Hornblower, porque estaban seguros de triunfar en la desconocida empresa inminente. Debía de ser enormemente agradable poder confiar en alguien y no dudar lo más mínimo. Hornblower contemplaba a los atareados marineros con envidia y lástima a la vez.

Por su parte, estaba febril de impaciencia, y daba vueltas en el cerebro a lo estipulado al final con Lebrun, antes de enviarle a tierra. Era muy sencillo, absurdamente sencillo, le parecía ahora. Todo el plan presentaba un aspecto demasiado endeble para derribar un imperio que dominaba a Europa. Y, sin embargo, toda conspiración ha de ser sencilla; cuanto más complicada sea la maquinaria, mayor es el riesgo de que no funcione. Por eso justamente había insistido en intervenir a la luz del día. Temía los posibles contratiempos de un desembarco súbito entre tinieblas en una ciudad desconocida, con su pequeño ejército. De día, las probabilidades de éxito eran dobles, aunque también se duplicaran las posibles pérdidas si el golpe fallaba.

Miró el reloj, después de diez minutos de lucha contra la tentación de hacerlo.

—Señor Crawley —dijo al segundo contramaestre, que era ahora el nuevo primer teniente de la *Flame*—. Todos a sus puestos. Zafarrancho de combate.

El viento soplaba flojo del este, como había previsto. Meterse en El Havre iba a ser un asunto difícil, y se alegró de haber decidido ir delante en la pequeña y robusta *Flame*, indicando la ruta a la vieja y pesada *Nonsuch*.

—Listo para la acción, señor —informó Crawley.

—Muy bien.

Miró una vez más el reloj; faltaba un buen cuarto de hora para comenzar a moverse. Una llamada de la *Porta Coeli*, a popa, le hizo saber que los otros buques se

habían preparado asimismo, y sonrió para sí. Freeman, como Bush y Howard, no había tenido tampoco paciencia para aguardar hasta el fin, igual que él.

—Recuerde esto, señor Crawley —dijo—, si me matan al entrar, la *Flame* ha de quedar atracada al muelle. Informará lo antes posible al capitán Bush, pero la *Flame* se sostendrá allí.

—Sí, señor. Lo recordaré.

Demonios, no tenía por qué tomárselo con tanta naturalidad. Por el tono de voz de Crawley podía suponer que daba por descontada la muerte de su jefe. Hornblower le dio la espalda y se puso a pasear deprisa para quitarse de encima el frío penetrante. A la vez, recorría con la vista a los hombres en sus puestos.

—Vamos, divertíos un poco —ordenó—. A ver cómo saltáis.

No tenía sentido entrar en combate con la gente aterida de frío. Los artilleros y la gente estacionada junto a las escotas comenzaron a dar saltos y cabriolas.

—¡Saltad, muchachos, saltad!

Hornblower daba brincos grotescos sin parar, a modo de ejemplo; quería hacerles entrar en calor. Se golpeaba los costados con las manos al saltar, y las hombreras del uniforme de gala que llevaba puesto le aporreaban los hombros.

—¡Más alto, mucho más!

Comenzaban a dolerle las piernas y le faltaba el aliento; pero no quería parar hasta que lo hicieran los hombres, aunque no tardó en lamentar el impulso que le movió a iniciar la función.

—¡Basta! —gritó por último, y la palabra se llevó el poco resuello que le quedaba. Jadeaba y los marineros le miraban sonriendo entre dientes.

—¡Viva Horny! —chilló una voz cualquiera a proa, y los demás contestaron más o menos al unísono.

—¡Silencio!

Brown estaba a su lado con las pistolas, los ojos risueños.

—¿De qué se ríe? —exclamó Hornblower.

Por toda la Armada se difundiría otra anécdota de Hornblower análoga a la del baile en la *Lydia* mientras perseguía a la Natividad. Hornblower sacó el reloj, y, después de volverlo a guardar, empuñó el megáfono.

—¡Señor Freeman! Voy a cambiar de bordada por avante. Avise a la escuadra para que haga lo mismo. ¡Señor Crawley!

—¡Señor!

—Dos hombres a la sonda, por favor. Podían matar a uno, y Hornblower no quería que se interrumpiese aquella labor.

—¡Escotas de la trinquetilla! ¡Las de la mayor!

La *Flame* cambió de bordada a estribor, a unos tres nudos, con las velas desplegadas a la suave brisa. Hornblower vio cómo la silueta de la *Porta Coeli* seguía el ejemplo. Más lejos, invisible aún, seguía la *Nonsuch*. Todavía no la había visto desde su llegada, o mejor, no la había visto desde que se la llevaron con el tifus de

Riga. ¡El bueno de Bush! Le consolaba pensar que contaba hoy con la ayuda de las estruendosas andanadas de la *Nonsuch* y la inquebrantable lealtad de su viejo amigo.

Los sondeadores iban cantando a las profundidades, a medida que la *Flame* avanzaba por el canal en dirección a El Havre. Hornblower se preguntaba qué estaría ocurriendo en la ciudad, y luego se dijo con mal humor que no tardaría en saberlo. Le parecía recordar cada palabra de la larga discusión sostenida con Lebrun al concertar los pormenores del atrevido plan del francés. Habían tenido en cuenta la posibilidad de que hubiese niebla; un hombre de mar que no lo hiciese en la bahía del Sena, en pleno invierno, sería un idiota.

—Boya por la amura de estribor, señor —informó Crawley.

Aquello marcaba la mitad del terreno; era la única boya que los franceses habían dejado en las cercanías de El Havre. Hornblower la contempló mientras pasaban de largo y la dejaban a popa; la pleamar la escoraba un poco, y la levantaba hacia el lado del mar. Estaban acercándose a la entrada.

—Escuchadme, muchachos —dijo Hornblower, alzando la voz—. No hay que disparar un tiro mientras yo no lo mande. Quien dispare un arma, sea por cualquier motivo, sin que yo lo ordene, no escapará con unos simples azotes. Le haré colgar. Antes de que el sol se ponga bailará en una cuerda debajo del penol. ¿Entendido?

Hornblower estaba decidido a cumplir su amenaza (al menos en aquel momento), y al recorrer el grupo con la vista, se leía en su rostro su determinación. Unos pocos murmuraron «Sí, señor», lo que demostraba que estaban enterados.

—¿*Qui va lá?* —gritó una voz en la niebla, a muy poca distancia.

Hornblower distinguió apenas el bote francés que habitualmente montaba guardia en la entrada cuando había bruma. El bote, según les parecía a Hornblower y Lebrun, no cejaría fácilmente en el cumplimiento de su deber.

—Despachos para *monsieur le Baron* Momas —gritó Hornblower.

La voz segura, en fluido francés, y el nombre de Momas, podían valerles tiempo suficiente para que pasase toda la escuadra.

—¿Qué buque?

Era inconcebible que los marineros del bote de vigilancia no reconocieran la *Flame*; aquella pregunta debía de ser puramente retórica, mientras el sorprendido oficial al mando reflexionaba.

—Bergantín inglés *Flame* —gritó Hornblower. En aquel momento había hecho girar la caña para doblar la punta.

—¡Póngase al paio, o haremos fuego!

—Si lo hace, suya será la responsabilidad —replicó Hornblower—. Traemos despachos para el barón Momas.

Soplaba ahora viento favorable en dirección al muelle. La virada había dejado al bote muy cerca, por la banda. Hornblower pudo ver al oficial, de pie en la proa, junto al cañón, y a un marinero detrás, con el botafuego encendido en la mano. El uniforme de gala de Hornblower era visible, y eso les haría vacilar, pues no se visten así

quienes se disponen al combate. Observó que el oficial daba un respingo al divisar la *Porta Coeli* avanzando en la niebla a popa de la *Flame*. Le vio dar la orden, y también vio saltar la chispa por encima del oído del cañón. Tronó la pieza de tres libras, y el disparo hendió el costado de la *Flame*. Aquello daría la alarma a las baterías de la punta y a las que había encima del muelle.

—No contestaremos —gritó el comodoro. Tal vez podría ganar algún tiempo más, que le sería muy útil, aunque lo dudaba.

Dentro del puerto, la neblina no era tan densa. Podía distinguir la silueta sombreada del muelle, que se precisaba cada vez más. En pocos segundos sabría si aquello era una trampa o no, si las baterías iban a desencadenar una tempestad de llamas. Su cerebro pasó revista a los detalles, buscando a la vez el modo de atracar al muelle. No podía creer que Lebrun jugase a dos cartas, pero si así fuera, sólo la *Flame* y él se perderían. Los otros buques tendrían probabilidades de escapar.

—¡Orzad! —dijo al timonel.

Pasaron unos segundos, que ocupó en situar la *Flame* a lo largo del muelle lo antes posible y sin grandes averías. El bergantín atracó con muchos crujidos y golpes, gimiendo los palletes como si agonizaran. Hornblower saltó la amurada y de allí al muelle, con su espada, tricornio, las hombreras y lo demás. No podía perder tiempo mirando a su alrededor, pero estaba seguro de que la *Porta Coeli* había anclado, dispuesta a prestar ayuda si hacía falta, y de que la *Nonsuch*, por su parte, se acercaba también al muelle, con sus soldados de Marina dispuestos a desembarcar en el acto. Avanzó a zancadas, mientras el corazón le saltaba dentro del pecho. Allí estaba la primera batería, con los cañones relucientes asomando por las aspilleras. Advirtió cierto movimiento detrás de las piezas, y vio correr a más hombres hacia la batería, desde el cuartelillo del fondo. Ya había llegado al borde del foso, y levantó la mano izquierda con ademán de contener a los artilleros.

—¿Dónde está vuestro oficial? —gritó.

Hubo una pausa momentánea, y luego un joven con uniforme azul y rojo de Artillería saltó por encima del parapeto.

—¿Qué desea? —preguntó.

—¡Diga a sus hombres que no hagan fuego! —dijo Hornblower—. ¿No ha recibido nuevas órdenes?

El uniforme de gala, el aire de seguridad y lo extraordinario de las circunstancias desconcertaron al joven oficial artillero.

—¿Nuevas órdenes? —preguntó con voz indecisa.

Hornblower fingió exasperación.

—Retire a sus hombres de esos cañones —replicó—. De otro modo puede ocurrir un deplorable accidente.

—Pero, *monsieur*...

El teniente de Artillería señaló hacia el muelle, y ahora Hornblower pudo tomarse el tiempo de mirar hacia atrás, siguiendo el ademán. Lo que vio hizo latir su corazón

más fuerte aún de puro gozo. Allí estaba la *Nonsuch*, arrimada al muelle, y la *Camilla* a punto de atracar. Pero, lo que era más importante aún, en el mismo muelle se veía formado un sólido destacamento de casacas rojas. Una sección, al mando de un oficial, se adelantaba ya hacia ellos con rápido paso y los fusiles terciados.

—Envíe inmediatamente un mensajero a la otra batería —dijo Hornblower— para que sepamos si el oficial que la manda está enterado.

—Pero, *monsieur*...

Hornblower dio una patada de impaciencia en el suelo. Podía oír el rítmico paso de los infantes de Marina a su espalda, y gesticuló hacia ellos con una mano a la espalda. Los soldados pasaron por su lado.

—¡Vista a la izquierda! —ordenó el subalterno que los mandaba, con un gracioso saludo al oficial francés.

Aquella fineza acabó de desinflar el poco viento que aún quedaba en las velas del artillero, de modo que una nueva protesta murió en sus labios. El destacamento de Infantería de Marina torció a la izquierda, flanqueando la batería en el borde mismo de su zanja seca. Hornblower no se atrevía a quitar los ojos del joven francés del parapeto, pero se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo a retaguardia. Se abrió el portillo, y los de Marina entraron por él, siempre en columnas de cuatro y con los fusiles terciados. Ahora estaban junto a los cañones, apartando de ellos a los artilleros y quitándoles de las manos los botafuegos encendidos. El joven oficial se retorció las manos con ansiedad.

—Bien está lo que bien acaba, *monsieur* —citó Hornblower—. Podía haber ocurrido un incidente muy desagradable.

Ahora podía apartar un momento la vista. Otro destacamento de infantes de Marina marchaba a paso ligero hacia la otra batería, y diversos grupos de marineros y soldados se dirigían a los demás puntos estratégicos que él había enumerado en sus órdenes. Brown subía jadeando la cuesta, para ponerse a su lado.

El ruido de los cascos de un caballo le hizo volver la cabeza. Un oficial francés galopaba hacia ellos, y refrenó su montura en medio de una lluvia de guijarros.

—¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Qué sucede?

—Por lo visto aún no conoce la noticia, *monsieur* —repuso Hornblower—. La noticia más grande que ha ocurrido en Francia en estos veinte años.

—¿Qué es ello?

—Ya no reina Bonaparte —dijo Hornblower—. ¡Viva el rey!

Aquellas palabras eran mágicas, como las de algún antiguo hechizo o encantamiento. Nadie, a lo largo y a lo ancho del Imperio, había osado gritar ¡*Vive le roi!*!, desde 1792. Por un momento, el oficial montado se quedó con la boca abierta.

—Es falso —dijo, recobrándose—. El emperador sigue reinando.

Miró en torno suyo, y empuñando las riendas, se dispuso a escapar.

—¡Deténgale, Brown! —gritó Hornblower.

Brown adelantó un paso, sujetó con sus grandes manos una pierna del oficial, y

de un simple tirón le desmontó, mientras Hornblower cogía al caballo de la brida para que no se encabritara. Brown dio la vuelta y desenganchó al derribado oficial de los estribos.

—Necesito su caballo, señor —dijo Hornblower.

Puso el pie en el estribo y torpemente se izó hasta la silla. El nervioso bruto corcoveó y estuvo a punto de tirarle, pero él se agarró a la montura, retorciéndose, hizo volver la cabeza al caballo de una sacudida, y luego le dejó galopar furiosamente hacia la otra batería. El sombrero se le había caído, y la espada y las charreteras iban dando saltos y rebotando, mientras él se esforzaba por mantenerse en la silla. Pasó como un rayo por delante del otro destacamento de infantes de Marina y les oyó vitorearle; al fin pudo frenar al frenético animal en el mismo borde de la zanja. Se le había ocurrido de pronto una idea nueva, y dio la vuelta al trote por detrás de la batería, hasta la puerta principal.

—¡Abrid —gritó—, en nombre del rey!

Aquella era una frase que producía efecto. Se oyó rechinar de cerrojos, y la mitad superior de la enorme puerta de roble se abrió. Por encima de la barrera asomaron unas caras en las que se pintaba la sorpresa. Detrás de ellas vio un fusil que le apuntaba; sin duda algún fanático bonapartista, o demasiado imperturbable para dejarse engañar por las apariencias.

—¡Quitad a ese imbécil el fusil! —ordenó. La apremiante necesidad del momento dio brío a su tono, y al instante fue obedecido—. Ahora, abrid la barrera.

Podía oír las pisadas de los infantes de Marina que se acercaban.

—¡Abrid la barrera! —gritó.

La abrieron, en efecto, y Hornblower hizo avanzar el caballo hasta la misma batería.

Había allí doce grandes cañones de veinticuatro libras, apuntando por las troneras en dirección al puerto. Atrás estaba la fragua para calentar los proyectiles, y a su lado una pirámide de balas. Si las dos baterías hubiesen abierto el fuego, ningún adversario habría podido durar mucho tiempo a flote, y no sólo el puerto, sino el muelle y el litoral habrían quedado barridos. Y aquellas baterías, con sus parapetos de cinco pies de espesor y ocho de altura, y sus fosos secos, de diez pies de profundidad, cortados a pico en la sólida roca, jamás hubieran podido ser tomadas por asalto sin recurrir a los métodos habituales de sitio. Los asombrados artilleros tenían clavada la vista en él y en los soldados de casaca roja que avanzaban detrás. Un bisoño subalterno se le acercó.

—No comprendo, señor —dijo—. ¿Quién es usted, y por qué ha hablado de ese modo?

No se atrevía a pronunciar la palabra «rey»; era tabú. Parecía una solterona planteando al médico alguna delicada pregunta. Hornblower se sonrió, y con gran esfuerzo logró disimular su euforia, pues no era conveniente triunfar de un modo demasiado ostensible.

—Esto es el comienzo de una nueva era para Francia —sentenció.

El sonido de una música llegó a sus oídos. Hornblower desmontó y dejó suelto al caballo.

Subió los escalones labrados por detrás del parapeto, con el subalterno detrás. En lo alto del parapeto, con los largos brazos del semáforo sobre sus cabezas, podían contemplar todo el panorama del puerto: la escuadra atracada en el muelle, los destacamentos de desembarco, casacas rojas o camisas blancas, yendo de un lado a otro, y, en el mismo muelle, la banda de Infantería de Marina marchando hacia la ciudad, con redoble de tambores y clamor de trompetas. Era un magnífico espectáculo el de las casacas rojas, los blancos correaes y los instrumentos resplandecientes. Aquélla había sido la mejor idea de Hornblower. Nada podía convencer mejor a una guarnición indecisa de sus intenciones pacíficas que una banda ejecutando con calma unas piezas musicales mientras desfilaba.

Ya estaban en su mano las defensas del puerto; había terminado su parte del plan. Cualquiera que fuese la suerte corrida por Lebrun, la escuadra no estaba en serio peligro; si la guarnición principal se hubiera negado a secundarle, volviéndose contra él, podía clavar los cañones, volar los polvorines y llevarse los barcos mar adentro a su gusto, tomando consigo los prisioneros y el botín que cayese en su poder. El peor momento fue aquél en que el bote de vigilancia disparó su cañón, pues no hay nada tan contagioso como hacer fuego. Pero el hecho de limitarse a un solo disparo, el retraso, la neblina, todo había impulsado al inexperto oficial que mandaba las baterías a esperar órdenes, dándole tiempo a él para usar su influencia personal. Era evidente que por lo menos aquella parte del plan de Lebrun había culminado de forma satisfactoria. El francés, al abandonar la *Flame*, no sabía aún si era a un banquete o a un consejo de guerra a donde invitaba a los oficiales de superior graduación, pero en todo caso él había logrado dejar las defensas del puerto sin dirección. Al parecer, la historia de Lebrun de que se esperaba que un barco forzase el bloqueo durante la noche, y era conveniente abstenerse de hacer fuego desde las baterías del puerto hasta cerciorarse de la identidad de cualquier navío que entrase en él, había producido también su efecto. Lebrun había manifestado a Hornblower su intención de dar importancia al hecho de que la *Flame*, cuando iba a entregarse, había sido atacada, dando así a los ingleses la oportunidad de rescatarla.

—No quiero más enredos de esa índole —había dicho Lebrun, con una sonrisa irónica—. Orden, contraorden, desorden.

Sea como fuere, seguramente había conseguido suscitar tal confusión y tal atmósfera de incertidumbre en las baterías, que la tarea de Hornblower se hizo más fácil; aquel individuo era un intrigante nato. Pero Hornblower no sabía si el resto de su golpe de Estado iba por el mismo buen camino. No había tiempo que perder; la historia contiene demasiados ejemplos de empresas prometedoras que fracasaron después de un buen principio porque alguien no supo darles impulso en el momento psicológico adecuado.

—¿Dónde está mi caballo? —preguntó Hornblower, dejando al subalterno con sus dudas, aparte de la vaga afirmación de que estaba comenzando una nueva era para Francia.

Bajó del parapeto y encontró a un despierto infante de Marina con el caballo sujeto por la brida. Los de las casacas rojas estaban haciendo cómicas tentativas de confraternizar con los desconcertados reclutas franceses. Hornblower se encaramó en la silla, y salió al trote. Deseaba dar un atrevido empujón al asunto, pero, al mismo tiempo, no se decidía a meter a su gente en las estrechas calles de la ciudad sin contar con alguna seguridad de amistosa acogida. Allí venía Howard, cabalgando airosamente; por lo visto había podido procurarse también un caballo.

—¿Hay órdenes, señor? —preguntó. A su lado iban corriendo dos guardiamarinas y Brown, los primeros, al parecer, como mensajeros.

—Todavía no —repuso Hornblower, ardiendo de impaciencia por dentro, pero con aparente tranquilidad.

—Su sombrero, señor —dijo el admirable Brown, que lo había recogido al venir de la otra batería.

Se acercaba al galope un jinete con brazalete blanco, agitando en la mano un pañuelo blanco también. Al percibir los entorchados de Hornblower contuvo al caballo.

—¿Usted es *monsieur... monsieur...*? —Comenzó—. Hornblower. —Ningún francés hubiera sido capaz de pronunciar aquel nombre.

—De parte del barón Momas, señor. La ciudadela está segura. Ahora bajará a la plaza principal.

—¿Y los soldados, en los cuarteles?

—Están tranquilos.

—¿La guardia de la puerta?

—No lo sé, señor.

—Howard, llévese sus reservas y marche hacia la puerta lo más deprisa que pueda. Este hombre irá con usted para dar explicaciones a la guardia. Si no se pasan a nuestro bando, déjelos que deserten. Pueden marcharse al campo, no importa. No habrá sangre, si es posible evitarlo, pero necesitamos tener la puerta.

—Sí, señor.

Hornblower explicó al francés lo que acababa de decir.

—Brown, venga conmigo. Estaré en la plaza principal, si me necesitan, Howard.

No pudo formar Howard una gran escolta; eran alrededor de cuarenta, entre marineros y soldados, pero la banda se portó lo mejor que pudo, mientras Hornblower subía triunfalmente calle arriba. La gente los miraba al pasar, curiosa, ceñuda o indiferente, pero sin dar señales de la menor animosidad. En la plaza del Ayuntamiento se notaba más agitación y vida. Había muchos hombres a caballo; un destacamento de guardias, formado en línea, daba un cierto aire de respetabilidad a los acontecimientos. Pero lo que más llamaba la atención era la abundancia de

emblemas blancos. Había escarapelas blancas en los sombreros de los gendarmes, y los oficiales montados llevaban bandas o brazaletes de igual color. De la mayoría de las ventanas pendían colgaduras blancas, sábanas probablemente. Por primera vez en más de veinte años se hacía alarde del blanco de los Borbones en suelo francés. Un hombre gordo, a pie, con faja blanca alrededor del abdomen, donde ayer mismo (suponía Hornblower) había lucido la tricolor, acudió presuroso a su encuentro al entrar él en la plaza a caballo. Hornblower hizo callar bruscamente a la banda y desmontó; alargó las riendas a Brown y avanzó hacia el que suponía que era Momas.

—¡Amigo! —exclamó el gordo, con los brazos abiertos—. ¡Nuestro aliado!

Hornblower se dejó abrazar (aún en aquel momento se preguntaba qué pensarían los soldados de infantería de Marina de detrás al ver a aquel obeso francés besando a un comodoro), y luego saludó a los del séquito del alcalde cuando se le acercaron a cumplimentarle. Lebrun iba delante, muy sonriente.

—Un gran momento, señor —dijo el alcalde—. En efecto, *monsieur le Baron*.

El barón agitó la mano hacia el asta de bandera que sobresalía de la Alcaldía.

—La ceremonia está a punto de comenzar —dijo.

Lebrun estaba a su lado con un papel, y Momas lo cogió y subió la escalinata por debajo del asta. Llenó de aire sus pulmones y comenzó a leer lo más alto que pudo. Era curioso ver cómo aparecía la afición francesa a las formas y aspectos legales hasta allí, en aquel momento de traición: la proclama estaba tachonada de arcaísmos y parecía interminable en su prolijidad. Mencionaba los abusos del usurpador, Napoleón Bonaparte, denunciaba todas sus pretensiones de soberanía y recusaba la lealtad hacia él. En su lugar, declaraba que todos los franceses reconocían voluntariamente el reinado ininterrumpido de su cristianísima majestad Luis XVIII, rey de Francia y de Navarra. Al oír aquellas retumbantes palabras, los hombres formados al pie del asta halaron diligentes de las drizas, y el blanco estandarte de los Borbones subió por el mástil. Era el momento de que los ingleses intervinieran. Hornblower se volvió hacia sus muchachos.

—¡Tres hurras por el rey! —gritó.

Y agitó el tricornio por encima de su cabeza. —¡Hip... hip... hip!— gritó a voz en cuello.

—¡Hurra! —Contestaron los soldados de Marina. La exclamación resonó cavernosa por toda la plaza; probablemente ni una décima parte de los reunidos sabían a qué rey vitoreaban, pero tampoco era necesario que lo supiesen.

—¡Hip... hip... hip!

—¡Hurra!, ¡hip... hip!

—¡Hurra!

Hornblower se caló de nuevo el sombrero y saludó muy erguido a la enseña blanca. Había llegado el momento de organizar sin pérdida de tiempo la defensa de la ciudad contra la ira de Bonaparte.

CAPÍTULO XI



—Excelencia —dijo Lebrun, entrando en la estancia donde Hornblower se hallaba sentado ante su escritorio—, una diputación de pesadores ha solicitado audiencia.

—¿Sí? —dijo Hornblower. Con Lebrun tenía cuidado de no comprometerse antes de tiempo.

—He tratado de averiguar lo que desean, excelencia.

Seguro que Lebrun conseguía hacerlo de maravilla. Por lo pronto, Hornblower había procurado dejarle creer que le gustaba, cosa natural, oírse llamar excelencia al final de cada frase, y que eso le hacía más manejable.

—Es acerca de uno de los buques apresados. —¿Sí?

—Llevaba uno de sus certificados acreditando que procedía del puerto libre de El Havre; pero un buque inglés se apoderó de él.

—¿De veras?

Lo que Lebrun ignoraba era que encima de la mesa, ante su vista, Hornblower tenía el informe del capitán del bergantín inglés que había efectuado la captura. El capitán estaba convencido de que el barco, antes de caer en sus manos, acababa de escaparse de Honfleur, al otro lado del estuario, después de vender allí su pesca. Como Honfleur estaba aún en los dominios de Bonaparte, y en consecuencia bloqueado, pagaría la pesca tres veces más cara que en El Havre liberado. Era un caso de trato con el enemigo, y correspondía al Tribunal de Presas decidir el asunto.

—Deseamos conservar la buena disposición de la gente, excelencia, en especial de la población marítima. ¿No podría asegurar a la diputación que el barco será devuelto a sus dueños?

Hornblower se preguntó cuánto habrían pagado los propietarios de los pesqueros de la ciudad a Lebrun para que ejerciera su influencia en favor suyo. Lebrun debía de estar haciendo la fortuna que apetecía tanto como el poder.

—Que pasen —dijo Hornblower.

Disponía de unos minutos para preparar unas palabras. Mejor así, pues su francés era lo bastante deficiente para obligarle a usar circunloquios cuando se le resistía una palabra o una frase.

Los diputados, tres pescadores normandos de cabellos grises, con aires de gran respetabilidad y ataviados con sus trajes de domingo, entraron sonriendo cuanto les permitía su reservado carácter. Probablemente Lebrun les había asegurado en la antecámara que su pleito estaba resuelto. Se quedaron estupefactos cuando Hornblower comenzó a hablarles de los tratos con el enemigo y sus consecuencias. El comodoro les indicó que El Havre estaba en guerra con Bonaparte, en una guerra a muerte. Caerían cientos de cabezas si Bonaparte salía victorioso de la contienda y

reconquistaba la ciudad. Las escenas de horror que se habían presenciado cuando cayó Tolón, veinte años antes, se repetirían ahora multiplicadas por mil en El Havre. Hacía falta un esfuerzo conjunto para conseguir que el tirano cayese. A eso tenían que atender, y no a aumentar sus ganancias personales. Y terminó anunciándoles no sólo su intención de permitir que el barco apresado pasara a la jurisdicción del Tribunal de Presas británico, sino su firme determinación, si el intento se repetía, de enviar a oficiales y tripulantes ante un consejo de guerra, cuya sentencia sería, sin duda alguna, de muerte.

Lebrun acompañó a la diputación al salir. Por un momento, Hornblower se preguntó cómo explicaría Lebrun aquel fracaso, pero no pudo entretenerse mucho pensándolo. El gobernador de El Havre sufría una enorme demanda de tiempo y de energía. Hornblower suspiró al contemplar los papeles amontonados sobre la mesa. Había muchísimo que hacer: Saxton, el oficial de Ingenieros que acababa de llegar de Inglaterra, decía que había que construir una nueva batería, media luna o estrella, en su bárbara jerga de zapador, para cubrir las defensas de la puerta de Ruán. Todo eso estaba muy bien, pero tendría que exigir la colaboración de los ciudadanos para las obras. Había un rimerero de papelotes de Whitehall, en su mayoría informes de espías relativos a la fuerza y los movimientos de Bonaparte. Después de echarles un vistazo, decidió que merecían detenido estudio. Otro problema era el de descargar los barcos de víveres que Whitehall le había enviado. El Havre tenía que abastecerse bien de alimentos para el caso de un cerco riguroso, y él tenía que hallar el modo de almacenar mil barriles de carne salada. Quedaba la cuestión del servicio de vigilancia en las calles. Se habían saldado viejos agravios personales con el asesinato de importantes bonapartistas (Hornblower sospechaba que Lebrun había intervenido en uno de ellos), y ya tenía noticia de algún conato de represalia mediante asesinato secreto. No podía arriesgarse, ahora que la ciudad estaba bajo control, a que se dividiera en su propio perjuicio. Se estaba celebrando el consejo de guerra contra los rebeldes de la *Flame* a quienes él no había perdonado. En todos los casos, la sentencia iba a ser de muerte, sin remisión, y aquello le daba ya que pensar. Era comodoro de la escuadra británica, así como gobernador de la plaza, y debía atender los múltiples problemas propios de la escuadra. Tenía que decidir si...

Ya estaba Hornblower dando paseos por la habitación. Aquel despacho del Ayuntamiento servía mucho mejor para ello que cualquier toldilla. Había dispuesto de dos semanas para adaptarse a la falta de aire fresco y amplios horizontes. Llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos unidas a la espalda, mientras iba de acá para allá meditando sobre las decisiones que de él se esperaban. Aquélla era la recompensa al éxito; verse encerrado en una oficina, encadenado a un escritorio, dividiendo su tiempo entre una docena de jefes de sección y un sinnúmero de personas que solicitaban favores. Tanto podía ser un acosado comerciante de la City como un oficial de la Armada, salvo que por ser esto último ostentaba el deber y responsabilidad adicional de remitir largos informes diarios a Whitehall. Tal vez

había sido un gran honor que le confiaran el gobierno de El Havre para encabezar el ataque contra Bonaparte, pero no podía resultar más oneroso.

Otra interrupción. Esta vez un oficial entrado en años, con uniforme verde oscuro, agitaba un papel en la mano. Era... ¿cómo se llamaba?, Hau, capitán del 60° de Fusileros. Nadie sabía exactamente cuál era su nacionalidad; tal vez ni él mismo. El 60°, una vez perdido su título de Americanos Reales, se había convertido más bien en un almacén de extranjeros al servicio de la Corona. Al parecer aquel Hau, antes de la Revolución Francesa, había sido funcionario de la Corte de uno de los innumerables pequeños estados del lado francés del Rin. Su soberano había pasado veinte años en el exilio y sus súbditos llevaban veinte años siendo franceses, mientras el antiguo funcionario pasaba igual período ejerciendo extrañas actividades por cuenta del Gobierno inglés.

—Ha llegado la valija del Foreign Office, señor —dijo Hau—, y este despacho lleva la marca de «urgente».

Hornblower dejó de ocuparse del nombramiento de un nuevo juez de paz (en sustitución del último titular, a quien se suponía refugiado en territorio bonapartista) para prestar atención a este otro problema.

—Nos mandan a un príncipe —dijo Hornblower, después de leer la misiva.

—¿A cuál, señor? —preguntó Hau, muy interesado.

—Al duque de Angulema.

—Herederero de la dinastía borbónica —dijo Hau, circunspecto—. Es el primogénito del conde de Artois, hermano de Luis. Por su madre desciende de la Casa de Saboya. Y está casado con María Teresa, la prisionera del Temple, hija del mártir Luis XVI. Buena elección. Debe de tener ahora cuarenta años.

Hornblower se preguntaba algo perplejo para qué iba a servirle un príncipe. A veces convenía contar con un testaferrero, pero preveía (porque sobre él pesaba un buen lastre de desilusiones) que la presencia del duque le causaría con frecuencia infructuosas preocupaciones.

—Llegará mañana, si el viento es favorable —prosiguió Hau.

—Lo es —dijo Hornblower, mirando por la ventana la enseña blanca de los Borbones y la bandera del Reino Unido, que ondeaban juntas en la fachada.

—Habrá que escribirle con toda la solemnidad que requiere la ocasión —dijo Hau, hablando sin darse cuenta en francés, por una lógica asociación de ideas—. Un príncipe Borbón que pone pie en suelo de Francia por primera vez desde hace veinte años. En el muelle le saludarán todas las autoridades. Salvas reales. Procesión hasta la iglesia, donde se cantará un *Te Deum*. Y después, en comitiva al Ayuntamiento, y allí una gran recepción.

—Todo eso es cosa suya —le atajó Hornblower.

El crudo frío del invierno se mantenía con igual rigor. En el muelle, donde Hornblower aguardaba mientras remolcaban hasta el puerto la fragata en la que venía el duque, soplaba un viento nordeste que le cortaba la piel, después de atravesar el

pesado capote que le cubría. Le daban lástima los marineros y la tropa formados en línea, y los otros marineros encaramados a las vergas de los buques de guerra anclados en el puerto. Por su parte, acababa de bajar del Ayuntamiento, donde había permanecido hasta que un mensajero le llevó aviso de que el duque iba a desembarcar en seguida, pero los dignatarios y los funcionarios de segundo orden agrupados en torno suyo estaban allí desde hacía largo rato. A Hornblower le pareció oír castañetear al unísono varias dentaduras.

Observaba con interés profesional la operación de remolcar la fragata hasta su fondeadero; oía rechinar el molinete, y hasta él llegaban las enérgicas voces de mando de los oficiales. Lentamente, la nave se aproximó al muelle. La guardia y los segundos contraмаestres subieron corriendo por el portalón, seguidos de los oficiales con uniforme de gala. Formó la guardia de infantería de Marina. Tendieron una plancha de la pasarela al muelle, y por ella salió el duque, alto, tieso, con uniforme de húsar y una cinta azul cruzándole el pecho. En el buque, los silbatos de los segundos contraмаestres pitaron una llamada larga, los soldados de Marina presentaron armas y los oficiales saludaron.

—Adelántese a saludar a su alteza real, señor —apuntó a Hornblower su inseparable Hau.

Había un mágico punto medio en la plancha por donde pasaba el duque en aquel momento; al trasponerlo, cruzaba el límite entre el buque inglés y el suelo de Francia. El estandarte real francés bajó desde el calcés de la fragata. Los silbatos apagaron sus notas en un extático lamento. Las bandas reunidas iniciaron una marcha triunfal, se oyeron estruendosas salvas, y marineros y soldados presentaron armas según la costumbre de las respectivas fuerzas y naciones. Hornblower avanzó sin proponérselo, con el tricornio delante del pecho, en la postura que trabajosamente había ensayado ante Hau aquella misma mañana, y se inclinó ante el representante de su majestad cristianísima.

—*Sir Oratio* —dijo el duque cordialmente. Toda una vida en el exilio no había bastado para eliminar la dificultad que tiene para los franceses pronunciar la «h» aspirada. Miró en torno suyo—: ¡Francia, hermosa Francia!

Hornblower no podía imaginarse nada menos bello que el litoral de El Havre bajo el viento nordeste, pero tal vez el duque hablara sinceramente, y, en todo caso, sus palabras no sonaban mal para la posteridad. Era probable que le hubieran apuntado la frase los graves y uniformados dignatarios que bajaban tras él por la plancha. El duque presentó a uno de ellos como el *chevalier d'honneur monsieur...* (Hornblower no logró entender el nombre), y este palafrenero, a su vez, presentó al caballero mayor y al secretario militar.

Por el rabillo del ojo observaba el comodoro a los palaciegos apiñados tras él, estirándose después de una profunda reverencia, y con los sombreros aún delante del estómago.

—Cúbranse, caballeros, se lo ruego —dijo el duque; y en el acto desaparecieron

canas y calvicies al resguardarse del viento invernal los dignatarios agradecidos.

También el duque parecía tiritar de frío. Hornblower lanzó una mirada a Hau y a Lebrun, quienes, con imperturbable cortesía, se iban dando codazos para estar más cerca de él y del duque, y decidió al punto reducir las demás presentaciones al mínimo indispensable, prescindiendo del minucioso programa elaborado por aquellos dos. No serviría para nada que le mandaran a un príncipe Borbón si le ponía en el trance de morir de pulmonía. Desde luego, era su propósito presentarle a Momas (el nombre del barón habría de pasar a la historia), y a Bush, el oficial más antiguo de la escuadra: uno de cada país, para recalcar la alianza concertada, aparte del placer que con ello proporcionaría a Bush, admirador de la nobleza y adorador de los personajes reales. El duque sería un nombre importante en la lista que Bush conservaba en la memoria, encabezada por el zar de todas las Rusias. Hornblower se volvió e hizo señas de que acercaran los caballos; el palafrenero se apresuró a sostener el estribo, y el duque montó con soltura, pues era jinete desde la infancia, como todos en su familia. Hornblower se acomodó en el caballo tranquilo que se había reservado, y los demás siguieron su ejemplo, algunos de los civiles algo molestos por la falta de costumbre de ceñir espada. Sólo había un cuarto de milla escaso hasta el templo de Nuestra Señora, y Lebrun había preparado las cosas de modo que no avanzaran un paso sin tropezar con un saludo de bienvenida a los Borbones; había banderas blancas en todas las ventanas, y un arco triunfal de flores de lis por encima del acceso al pórtico occidental de la iglesia. Pero las aclamaciones de la gente en la calle sonaban tenues en el viento glacial, y la procesión no podía inspirar mucho entusiasmo, dado que todo el mundo iba encorvado y arrebujado para protegerse.

La iglesia les ofreció grato refugio, como, en sentido figurado, era su misión brindarlo a todos los pecadores, pensó Hornblower un momento antes de enfrascarse de nuevo en sus asuntos. Tomó asiento detrás del duque; mirando de soslayo pudo ver a Lebrun, que se había situado allí intencionadamente para orientar a Hornblower. Observándole, éste sabría cómo comportarse y cuándo tenía que levantarse o ponerse de rodillas, pues aquélla era la primera vez que entraba en un templo católico o asistía a una ceremonia católica. Le contrariaba algo que sus preocupaciones no le permitieran observarlo todo tan de cerca como habría querido. Las vestiduras, el rito secular, seguramente le hubiesen atraído; pero se hallaba absorto pensando en los medios de los que se habría valido Lebrun para lograr que los sacerdotes arrostraran de aquel modo las iras de Bonaparte, y en qué medida se prestaría aquel vástago de los Borbones a tomar parte efectiva en la campaña. También habría querido saber el valor exacto de los informes que se habían infiltrado a propósito de una supuesta marcha de las tropas imperiales contra El Havre.

El incienso, el calor y el cansancio le mareaban, así como la inconsecuencia de sus reflexiones. Y estaba a punto de dar unas cabezadas cuando le despabiló Lebrun al ponerse en pie. Se apresuró a hacer lo mismo, y la procesión abandonó ordenadamente el templo.

Desde Nuestra Señora cabalgaron por la rue de París, azotada por el viento, y bordeando la gran plaza, antes de desmontar frente al Ayuntamiento. Los vítores de la gente parecían tibios y desmayados, y el duque, al agitar la mano o al alzar el sombrero, parecía ejecutar un acto maquinal y sin alma. Su alteza real poseía en alto grado la cualidad de resistir estoicamente calamidades en público, sin titubear, como es propio de la realeza; pero, por lo visto, la había adquirido a costa de volverse taciturno y reservado. Hornblower se preguntaba si podría sacar algún partido de él, pues bajo su dirección nominal no tardaría en derramarse sangre francesa en una contienda civil, o si habría llegado el momento de confiar en los partidarios de los Borbones dispuestos a luchar contra los bonapartistas.

Hornblower le observó desde el extremo opuesto del gran salón del Ayuntamiento (helado asimismo, a pesar del fuego encendido en las dos chimeneas de los extremos), mientras saludaba por turno a los dignatarios locales y a sus esposas, a medida que le iban siendo presentados. La sonrisa mecánica, la frase discreta pero formularia que les dirigía, las reverencias exactamente calculadas, desde una inclinación de cabeza hasta el más leve gesto; todo ello indicaba el cuidado con que le habían hecho ensayar cada ademán. Y apelotonados detrás de él y a su lado estaban sus consejeros, los nobles emigrados que había traído consigo, con Momas y Lebrun como representantes de Francia desde la Revolución, y Hau velando por los intereses británicos. No era extraño que aquel hombre actuase como un títere, con toda aquella gente tirando de sus hilos.

El comodoro se fijó en las narices enrojecidas y en los brazos rubicundos que por encima de los guantes exhibían las damas, tiritando bajo el escote exagerado de sus vestidos de corte. Esposas de comerciantes, de pequeños empleados, mal ataviadas con ropas arregladas deprisa y corriendo al enterarse de que estaban invitadas a la recepción; algunas, más gruesas, asfixiadas dentro de corsés muy apretados, y otras, más delgadas, esforzándose en desplegar la gracia lánguida y flexible que había estado de moda diez años antes. Bullían excitadas ante la perspectiva de ser presentadas a una persona real. Sus maridos también se habían contagiado un tanto y se movían presurosos de grupo en grupo, pero Hornblower sabía que todos ellos sentían una comezón, un temor al pensar que el monstruoso poder de Bonaparte no fuese destruido, que por unos breves días se vieran despojados de sus pequeñas fortunas o sus posibles pensiones, desterrados y sin blanca o víctimas de la guillotina. Una de las razones de haber enviado al duque era forzar a aquellos infelices a declararse abiertamente por la causa de los Borbones, y, sin duda, las insinuaciones privadas de Lebrun habrían influido mucho en su presencia allí. Las dudas y los dolores de cabeza quedaban ocultos; la historia sólo hablaría de la brillante recepción que señaló la llegada de un príncipe Borbón al suelo francés. La celebrada por el joven pretendiente en Holyrood debió de estar repleta de similares corrientes ocultas, pensó Hornblower de pronto, aunque la leyenda la presente hoy de muy distinto modo. Pero, por otra parte, la recepción del pretendiente no se vio ornada por el rojo

de los infantes de Marina y el azul y oro de la Armada.

Alguien le tiraba de la manga; parecía un aviso, y Hornblower se volvió despacio y encontró a su lado a Brown, sobriamente ataviado con sus mejores prendas.

—El coronel Dobbs me envía a verle, señor —dijo Brown.

Hablaba tranquilo, sin mirar directamente a su capitán ni mover los labios más de lo estrictamente necesario. No quería llamar la atención de la concurrencia ni dar ocasión a nadie de oír lo que decía.

—¿Bien? —preguntó Hornblower.

—Ha venido un despacho, señor, y el coronel Dobbs dice que desea que lo vea. —Iré dentro de un instante— dijo Hornblower.

—Sí, señor.

Brown se retiró discretamente; a pesar de su corpulencia y altura, sabía pasar inadvertido cuando le importaba. Hornblower aguardó lo bastante para que nadie pudiera pensar que su partida coincidía con el recado de Brown, y luego salió del salón por delante de los centinelas de la puerta. Subió de dos en dos los escalones, y entró en su despacho, donde le esperaba el coronel de Marina, con su casaca roja.

—Ya están en movimiento, señor —dijo Dobbs, alargando el mensaje a Hornblower.

Era una tira de papel larga y estrecha, pero aún la habían hecho doblar a lo largo y también a lo ancho. Tan raro le pareció el mensaje que interrogó con la mirada a Cobbs antes de leerlo.

—Ha venido doblado en un botón de la casaca del mensajero, señor —explicó Dobbs—. Viene de un agente de París.

Muchas personas de elevada posición, según informes que Hornblower conocía, traicionaban a su imperial señor vendiendo secretos militares y políticos por provecho inmediato o adelantos futuros. Aquella carta debía de proceder de alguien así.

—El mensajero salió de París ayer —dijo Dobbs—. Fue en silla de posta a Honfleur, y ha cruzado el río hoy, después de ponerse el sol.

El mensaje estaba escrito por alguien que conocía su oficio, y decía:

Esta mañana, salió artillería de sitio del parque de Sablons por el río, aguas abajo. Iba el 107 regimiento de Artillería. Las piezas eran de 24 libras, y creo que sumaban 24. Llevaba agregadas tres compañías de Zapadores y una de Minadores. Se dice que manda la expedición el general Quiot. No sé qué otras fuerzas le asignarán.

No había firma, y la escritura estaba deformada a propósito.

—¿Es auténtico? —preguntó Hornblower.

—Sí, señor. Así lo dice Harrison. Y está de acuerdo con los otros mensajes que nos han llegado de Ruán.

Por consiguiente, Bonaparte, empeñado en una lucha a muerte en el este de Francia con rusos, prusianos y austríacos, defendiéndose rabiosamente en el sur contra Wellington, había hallado, sin embargo, el modo de reunir fuerzas para oponerse a la nueva amenaza en el norte. No cabía dudar del destino de aquella

artillería de sitio. Bajando por el Sena desde París, sus únicos enemigos eran los rebeldes de El Havre; la presencia de zapadores y minadores era prueba evidente de que pensaban sitiar la plaza, y de que los cañones no tenían por única finalidad reforzar alguna fortificación terrestre. Además, Quiot estaba pasando revista a un par de divisiones en Ruán.

El Sena ofrecía a Napoleón unas condiciones óptimas para asestar un golpe a El Havre. Por agua, los pesados cañones podían ir mucho más deprisa que por carretera, sobre todo en invierno; hasta las tropas, hacinadas en lanchones, irían más deprisa así que a pie. Noche y día podrían remolcar las barcazas río abajo, y a aquellas horas ya estarían cerca de Ruán. No pasarían muchos días sin que Quiot pusiera sitio a la ciudad. Hornblower retrocedió con el pensamiento al último sitio que había presenciado, el de Riga. Recordó el implacable progreso de los trabajos de aproches, el continuado avance de gaviones y fajinas. Dentro de pocos días sería responsabilidad suya contrarrestar aquella amenaza mortal.

Sintió un repentino acceso de resentimiento contra Londres por haberle prestado tan poca ayuda; durante las dos semanas que llevaba El Havre en manos británicas, podía haberse hecho bastante. Había escrito con la mayor contundencia que pudo sobre los inconvenientes de una política de inactividad (eran las mismas palabras que puso en su informe); pero Inglaterra, con todo su ejército luchando a las órdenes de Wellington en el sur, desangrada por veinte años de incesante batallar, poco podía hacer por él. La rebelión que había instigado tenía que limitarse por fuerza a seguir a la defensiva, y, como tal, era sólo un factor militar secundario en la tremenda crisis. Política y moralmente, los efectos de su acción habían sido enormes, según le aseguraban entre lisonjas, pero estaba muy falto de medios para aprovecharse de ello militarmente. Bonaparte, cuyo imperio se suponía vacilante, que luchaba por subsistir en los campos nevados de la Champaña, había podido reunir dos divisiones y un tren de sitio para reconquistar El Havre. ¿Acaso no se podría vencer nunca a aquel hombre?

Hornblower había olvidado la presencia del coronel de Infantería de Marina; abstraído, miró por encima de su hombro. Era ya hora de que la rebelión dejase de estar a la defensiva para tomar la ofensiva, por limitados que fueran sus medios, y a despecho del poder del enemigo. Había que hacer algo, había que atreverse a algo. No podía resignarse a la idea de agazaparse tras las fortificaciones de El Havre, como un conejo en su madriguera, aguardando a que viniese Quiot y sus zapadores a desalojarle.

—Veamos el mapa otra vez —propuso a Dobbs—. ¿Cómo están ahora las mareas? ¿No lo sabe? Pues averígüelo inmediatamente. Y envíeme un informe de las carreteras entre la ciudad y Ruán. ¡Brown! Vaya al salón y dígame al capitán Bush que venga.

Todavía estaba haciendo planes y dando órdenes provisionales cuando entró Hau en el despacho.

—Está terminando la recepción, señor —dijo—. Su alteza real va a retirarse.

Hornblower echó una ojeada más al mapa del Sena inferior, extendido delante de él; tenía el cerebro en ebullición, lleno de cálculos sobre mareas y distancias por carretera.

—Ah, muy bien —dijo—. Iré dentro de cinco minutos.

Estaba sonriente cuando entró en el salón. Muchos ojos se volvieron a mirarle, y lo advirtieron. Era un poco irónico que aquella buena gente se sintiese más segura sólo porque Hornblower había recibido la noticia de que una amenaza se cernía sobre la ciudad.

CAPÍTULO XII



Al triste día de invierno sucedía ahora una noche lóbrega. Quedaba poco de la tarde gris e invernal cuando Hornblower se hallaba en el muelle contemplando los preparativos de las lanchas. La oscuridad y la neblina eran ya suficientes para hacerlas invisibles a todos fuera de la ciudad, por favorable que fuese el punto de observación escogido. Había llegado el momento de que marineros e infantes de marina tripularan las barcas; sólo restaba una hora para que comenzase a subir la marea, y no podían perder un solo momento de ella.

Aquél era otro de los tributos del éxito, tener que estar allí viendo a otros emprender una expedición que le hubiera gustado dirigir a él. Pero el gobernador de El Havre, el comodoro, no podía arriesgar la vida y la libertad en una salida de importancia secundaria; la fuerza que allí se disponía a partir, hacinada en media docena de falúas, era tan pequeña que apenas justificaba poner a su frente a un capitán efectivo.

Bush se le acercó renqueando, y el golpeteo de su pierna de palo sobre los guijarros alternaba con el ruido de su único zapato, más sordo.

—¿No hay más órdenes, señor? —preguntó.

—No, ninguna. Sólo me quedaba desearle la mejor suerte —dijo Hornblower.

Alargó la mano y Bush se la estrechó; era curioso en extremo lo dura y callosa que conservaba la suya, como si aún tuviera que halar de brazas y drizas. Sus ojos azules, llenos de lealtad, se clavaron en los de Hornblower.

—Gracias, señor —dijo; y luego, tras un segundo de vacilación—: No se preocupe por nosotros, señor.

—No me preocupo si usted va al frente, Bush.

Había algo de verdad en esto. En sus largos años de estrecha colaboración, Bush había aprendido sus métodos, y podía confiar en que ejecutaría sus planes con inteligencia. Conocía tan bien como él lo que vale la sorpresa, la importancia de dar el golpe súbita e inesperadamente, la necesidad de una cooperación sin reservas entre todos los elementos de la columna.

La falúa de la *Nonsuch* se hallaba atracada en el muelle, y un destacamento de Infantería de Marina estaba embarcando en ella. Los hombres se iban sentando, estirados y torpes, en los bancos de remeros, con los fusiles apuntando al firmamento, entre las rodillas, mientras los marineros se disponían a desatracar.

—¿Todo listo, señor? —preguntó una voz aguda desde la cámara.

—Adiós, Bush —dijo Hornblower.

—Adiós, señor.

Apoyándose en sus vigorosos brazos, Bush saltó a la falúa sin ninguna dificultad, a pesar de su pierna de palo.

—¡Desatracad!

La embarcación se apartó del muelle; otros dos botes se alejaron asimismo. Quedaba apenas la luz suficiente para ver el resto de la flotilla despegarse de los costados de los buques fondeados en el puerto. Las voces de mando llegaban hasta Hornblower por encima del agua.

—¡Largad!

La falúa de Bush viró en redondo y se puso a la cabeza de la procesión, río arriba, hasta que la noche la envolvió. Pero Hornblower permaneció allí, siguiéndola con la vista en la oscuridad, antes de retirarse. No había duda alguna, teniendo en cuenta el estado de las carreteras y los informes de los espías, de que Quiot pensaba traer su tren de sitio por agua hasta Caudebec, por lo menos; las barcas podían recorrer con las pesadas piezas de veinticuatro libras cincuenta millas diarias, mientras que por los caminos enfangados apenas podrían recorrerlas en una semana. En Caudebec había una estacada con medios para manejar grandes cargas. Las vanguardias de Quiot en Lillebonne y Bolbec protegerían la descarga, o así se lo proponían, al menos. Era aquélla una excelente oportunidad para que unos botes, subiendo río arriba en la oscuridad, rápidamente impulsados por la pleamar, llegaran hasta la estacada sin ser vistos. El destacamento de desembarco podría incendiar y destruir sin impedimento alguno. Seguramente las tropas de Bonaparte, que habían conquistado todo el territorio continental, no pensarían en la posibilidad de que una expedición anfibia las atacase de flanco por el río; y aunque lo pensarán, no era difícil que la expedición, avanzando rápidamente al subir la marea, lograse atravesar la línea enemiga y alcanzar las barcas. Pero aunque resultaba sencillo formular aquellas conclusiones tan consoladoras, no lo era tanto verles partir en las tinieblas de aquel modo. Hornblower se alejó del muelle y comenzó a remontar la tenebrosa rue de París hacia el Ayuntamiento. Media docena de borrosas siluetas se destacaron de las esquinas y echaron a andar a unos pasos por delante y por detrás de él; eran los agentes de escolta que Hau y Lebrun le habían asignado.

Ambos habían alzado las manos y puesto los ojos en blanco horrorizados al pensar que pudiera salir por la ciudad sin escolta (y a pie, por si fuera poco); y en vista de su negativa rotunda a llevar consigo una guardia militar permanente, habían tomado esta otra medida. Hornblower se despabiló andando con toda la rapidez que le permitían sus largas y delgadas piernas. El ejercicio le agradaba, y le hizo sonreír el ruido de las pisadas de sus escoltas, esforzándose por seguirle el paso; era curioso que toda aquella gente tuviese las piernas cortas.

En su dormitorio disfrutaría de un aislamiento que no era posible esperar en ninguna otra parte. Despidió a Brown en cuanto éste hubo encendido las velas del candelero colocado en la mesa de noche, y con un suspiro de alivio se tendió en la cama sin preocuparse del uniforme. Se volvió a levantar para echarse por encima el capote de marinero, pues la estancia era húmeda y fría, a pesar del fuego que ardía en el hogar. Por último, cogió el periódico de encima del montón que había a la

cabecera, y se puso a leer con atención los pasajes marcados que antes se había limitado a hojear. Se los había enviado Bárbara; en el bolsillo tenía su carta, leída y releída, pero en todo el día no había tenido un momento para dedicárselo a la prensa.

Si ésta era, como aseguraba, la voz del pueblo, entonces el público británico estaba muy satisfecho de él y de sus recientes acciones. Era sumamente difícil para Hornblower reconstruir el ambiente de hacía unas pocas semanas; las múltiples distracciones que le ocasionaba su cargo de gobernador de El Havre habían terminado por dejarle una reminiscencia muy borrosa e indistinta de los sucesos que precedieron a la toma de la ciudad. Pero allí estaba el *Times* prodigándole elogios por los aciertos de su actuación en la bahía del Sena. Las medidas que había tomado para impedir a los amotinados que entregaran la *Flame* a las autoridades francesas se describían como «un prodigio de ingenio y destreza que no nos ha extrañado en un oficial tan sobresaliente». El estilo pontifical del articulista produjo a Hornblower la impresión de que el «nos» hubiera estado mejor con mayúscula.

Por su parte, el *Morning Chronicle* se extendía sobre la captura de la *Flame* saltando a la cubierta de la *Bonne Celestine*. Sólo había habido en la historia una hazaña similar: la captura del *San Josef* por Nelson frente al cabo de San Vicente. Hornblower enarcó las cejas al leer aquello. La comparación no podía ser más absurda. Él no habría podido proceder de otra manera; sólo tuvo que luchar contra la tripulación de la *Bonne Celestine*, pues casi nadie entre los marineros de la *Flame* se opuso al rescate del bergantín. Y era un disparate compararle con Nelson. El gran almirante había sido un hombre genial, de ideas luminosas, inspiración de todos cuantos vivían en contacto con él; a su lado él no era más que un intrigante con suerte. Esa suerte extraordinaria era el germen de todos sus éxitos; suerte, largas meditaciones y el afecto de sus subordinados. Era horrible que le compararan con Nelson; horrible e indecente. Al seguir leyendo sintió cierta inquietud en el estómago, idéntica a la que le atormentaba en las primeras horas de estancia en el mar después de una temporada en tierra, cuando el buque se hundía en el seno de una ola. Después de una comparación tan desatinada, el público y el servicio juzgarían sus futuras acciones según la misma norma, y le echarían por tierra, llenos de desilusión, si por desgracia tenía un tropiezo. Había subido muy alto, y lógicamente ahora se hallaba al borde de un precipicio. Hornblower recordaba lo que solía pensar cuando era un simple guardiamarina, al trepar por vez primera a la galleta del palo mayor en la *Indefatigable*. La subida no le fue muy difícil, ni siquiera por las arraigadas, pero cuando, ya en el calcés, miró hacia abajo, se sintió mareado y revuelto, horrorizado al ver la distancia que le separaba de cubierta... lo mismo que ahora.

Arrojó a un lado el *Morning Ghronicle* y cogió el *Anti Gallican*. El articulista se regodeaba en la desgracia de los amotinados. Aplaudía la muerte de Nathaniel Sweet, acentuando la circunstancia de que había sucumbido a manos del mismo Hornblower. Seguía después manifestando su confianza en que sus cómplices no tardarían en sufrir la suerte que merecían, y esperaba que el feliz desenlace del rescate de la

Flame por Hornblower no sirviera de excusa para la clemencia y otras consideraciones sentimentales. Hornblower, con veinte sentencias de muerte esperando su firma, sintió de nuevo que se le revolvía el estómago. Aquel periodista del *Anti Gallican* no sabía lo que era la muerte. Ante su vista flotaba una vez más la imagen de la cabeza cana de Sweet en el agua, al disiparse el humo levantado por el disparo de su fusil. Aquel viejo... Chadwick le había amenazado con degradarle y azotarle además, y Hornblower decidió por vigésima vez que él también se hubiera sublevado ante la certidumbre de unos azotes. El articulista no sabía nada del repugnante chasquido del gato de nueve colas al cruzar una espalda desnuda. No era posible que hubiese oído nunca el alarido de agonía de un hombre adulto sometido a tal suplicio.

Un número más reciente del *Times* hablaba de la toma de El Havre. Allí se veían las palabras que había estado temiendo leer, pero en latín, como podía esperarse de tan culto diario. *Initium finis*, el principio del fin. El *Times* esperaba que el dominio de Napoleón, que había durado tantos años, se evaporase ahora en pocos días. El paso del Rin, la caída de El Havre, la declaración de Burdeos en favor de los Borbones, daban al redactor la certidumbre del inmediato destronamiento de Bonaparte. Y, sin embargo, el corso continuaba al frente de un sólido ejército, devolviendo golpes a sus enemigos. Los últimos informes daban cuenta de sus triunfos sobre prusianos y austríacos; Wellington, en el sur, apenas avanzaba frente a Soult. Nadie podía prever una pronta terminación de la guerra, salvo el chupatintas aquél, cobijado en algún polvoriento despacho de Printing House Square.

Pero sentía una cierta atracción morbosa hacia la lectura de aquellos periódicos. Hornblower dejó aquel ejemplar y cogió otro, a sabiendas de que le causaría repugnancia u horror; pero no podía resistirse a leer, como tampoco un opiómano se resiste a tomar la droga. Siguió leyendo, pues, los pasajes señalados, que trataban principalmente de sus proezas personales, poco más o menos lo mismo que una solterona, sola por azar en una noche de invierno, habría seguido leyendo una novela terrorífica de Monk Lewis, demasiado asustada para detenerse, y sabiendo, no obstante, que cada palabra haría luego más horrendo el momento de acabarla.

Había terminado de leer el montón de periódicos cuando notó que el lecho temblaba ligeramente y las llamas del candelabro oscilaban un segundo. No prestó gran atención al fenómeno (podía deberse al disparo de un cañón pesado, aunque no había oído ninguna explosión); pero, al poco rato, sintió que la puerta se abría sigilosamente. Al levantar la vista, vio a Brown que se asomaba para comprobar si estaba dormido.

—¿Qué pasa? —exclamó. Era tan evidente su mal humor que hasta Brown dudó en hablar—. Vamos, ¿qué ocurre? —gruñó Hornblower—. ¿Por qué se me molesta, a pesar de mis órdenes?

Howard y Dobbs se dejaron ver por detrás de Brown; les honraba mostrarse dispuestos a tomar sobre sí la responsabilidad y a recibir el primer impacto de la furia

del comodoro.

—Ha habido una explosión, señor —dijo Howard—. Hemos visto la llamarada en el cielo, al este cuarta al nordeste de aquí. He tomado la marcación. Podría haber sido en Caudebec.

—Hemos notado la conmoción, señor —dijo Dobbs—. Pero no hizo ruido... debía de ser muy lejos. Una explosión muy fuerte, para sentir aquí el temblor sin oírla.

Aquello significaba, casi con toda seguridad, que Bush había logrado su objetivo, capturar las gabarras de pólvora de los franceses y volarlas. Un millar de cartuchos para cada una de las veinticuatro piezas, el mínimo para un sitio con ocho libros de pólvora por descarga. Es decir, ocho veces veinticuatro mil libras. Alrededor de cien toneladas. Cien toneladas de pólvora suponían una explosión de importancia. Terminados sus cálculos, Hornblower fijó de nuevo la vista en Dobbs y en Howard; hasta entonces había estado mirándolos sin verlos. Brown se había alejado discretamente de aquel consejo de superiores suyos.

—¿Bien? —dijo Hornblower.

—Pensábamos que le gustaría saberlo, señor —dijo Dobbs, no muy convencido.

—Perfectamente —respondió el comodoro, alzando de nuevo el periódico. Luego lo bajó apenas lo suficiente para decir—: Gracias.

Por detrás del papel, Hornblower oyó a sus dos oficiales del estado mayor escabullirse del dormitorio y cerrar con cuidado la puerta tras ellos. Estaba satisfecho de lo bien que había representado su papel; aquel «gracias» final había sido un rasgo magistral, y daba la impresión de que, aun hallándose muy por encima de minucias tales como la simple destrucción de un tren de sitio, no se olvidaba de los modales ante sus inferiores. Pero no había pasado un momento cuando ya estaba burlándose de sí mismo por celebrar un triunfo tan mísero. Se sintió de pronto despreciable, y esta idea le dejó deprimido y molesto. La desventura tiene una cualidad especial; Hornblower, dejando aparte sus periódicos para contemplar el juego de sombras del dosel, se dio cuenta de su soledad. Necesitaba compañía, amistades; más aún, necesitaba consuelo, afectos, precisamente lo que no podía tener como gobernador de aquella ciudad fría y asediada. Sobre él cargaba la parte mayor de responsabilidad, y no tenía con quién compartir sus temores y esperanzas. Se detuvo al borde de una sima de autocompasión, despreciándose cada vez más por tal descubrimiento. Siempre había sido demasiado analítico y consciente de sus propios defectos para sentir autocompasión. Aquella soledad era obra suya. No tenía por qué haber sido tan injustamente reservado con Dobbs y Howard; una persona sensata hubiese compartido su alegría, habría mandado traer una botella de champán para celebrar el éxito, y pasado una o dos horas agradables con ellos, aumentando seguramente así su complacencia y su lealtad con la insinuación de que, en buena parte, el feliz resultado era consecuencia de su participación en el plan, aunque no fuese cierto. A cambio del efímero y más que dudoso placer de mostrarse como no era, un hombre desprovisto

de emociones humanas, ahora estaba pagando el precio con su soledad. Bueno, decidió por último, tragándose una verdad bien amarga; se lo tenía merecido.

Sacó el reloj; había pasado media hora desde la explosión, y el reflujo había empezado en la desembocadura del río una hora antes. En Caudebec tenía que haberse iniciado el descenso de las aguas hacía ya tiempo; era de esperar que Bush y su flotilla volvieran con la bajamar, exultantes con su triunfo. A veinticinco millas por carretera, y treinta lo menos por el río de sus enemigos más cercanos en El Havre, los soldados franceses del tren de sitio debían de haberse creído completamente seguros, protegidos por un ejército de cerca de veinticinco mil hombres contra un enemigo que hasta entonces no había dado señales de atacar. Y, sin embargo, en menos de seis horas y en la oscuridad, era posible que unas lanchas bien tripuladas, a impulsos de la pleamar, salvaran río arriba la distancia que la infantería tardaba dos días (las horas de luz solar de dos días) en recorrer, y atacaran por sorpresa y huyeran en el curso de una sola noche por el ancho río, desprovisto de puentes. Esta anchura y la falta de puentes habrían inducido a Quiot a considerar el Sena como una protección de su flanco, olvidando que podía servir de vía de acceso a sus enemigos. Quiot había estado mandando últimamente una división de la Guardia imperial, y nunca, en sus diez años victoriosos, había tomado parte la Guardia en una campaña anfibia.

Hornblower se percató de que ya se le había ocurrido antes algo semejante, varias veces. Despabiló las mortecinas velas, miró de nuevo el reloj y estiró las piernas, inquieto bajo el capote. Alargó indeciso la mano hacia los papeles revueltos, y la retiró inmediatamente. Era preferible la desagradable compañía de sus propios pensamientos a la del *Times* y el *Morning Chronicle*. Y mejor aún humillarse, algo que le resultaría más apetecible sabiendo que así cumplía con su deber. Apartó el capote con las piernas y se levantó. Le costó trabajo estirarse bien la casaca, y se peinó con cierto esmero antes de salir con paso menudo del dormitorio. El centinela de la puerta se puso firme de un respingo (Hornblower sospechó que había estado durmiendo de pie), y el comodoro cruzó el vestíbulo hacia la habitación de enfrente. Al abrir la puerta sintió una vaharada cálida. Una vela sencilla alumbraba el cuarto lo justo para poder ver. Dobbs estaba durmiendo en una silla, acodado sobre la mesa; al otro lado de ésta se hallaba Howard tumbado en un catre. La sombra allí era tan densa que Hornblower no pudo verle la cara, pero oía sus ronquidos, leves y acompasados.

Así que, después de todo, nadie deseaba su compañía. Se retiró y cerró la puerta con cautela. Brown estaría tal vez durmiendo en algún cuchitril reservado. Por un momento acarició la idea de hacerle llamar para que le preparase una taza de café; pero se abstuvo de hacerlo, por pura humanidad. Se echó de nuevo en la cama, tapándose con el capote. El soplo de una corriente de aire le hizo correr las cortinas en torno al lecho, después de apagar las velas. Se le ocurrió que habría sido mucho más cómodo desnudarse y meterse entre las sábanas, pero no se encontraba con fuerzas. De repente, se daba cuenta de que estaba muy cansado. Se le cerraron los párpados en la oscuridad que reinaba dentro de las cortinas, y se durmió

completamente vestido.

CAPÍTULO XIII



El hecho de no haberse desnudado reveló a Brown, Dobbs y Howard que el comodoro no se había encontrado tan sereno y confiado como pretendía aparentar, pero ninguno de los tres fue tan insensato como para comentarlo. Brown se limitó a levantar la cortina y dar el parte.

—Está amaneciendo, señor. Frío y algo de niebla. Ha terminado el reflujo, señor, y aún no hay noticias del capitán Bush y la flotilla.

—Bien —dijo Hornblower, levantándose muy erguido.

Bostezó, y al hacerlo notó la barba crecida en las mejillas. Deseaba saber qué había sido de Bush, y no sentirse tan desaseado y sucio. Quería desayunar, pero le interesaba más aún tener noticias de Bush. Estaba muy cansado, a pesar de haber dormido varias horas de un tirón. Y entonces apartó el cansancio en una lucha personal y directa, como la de Cristián y Apollyon^[3].

—Prepáreme un baño, Brown. Dispóngalo mientras me afeito.

—Sí, señor.

Hornblower se despojó de las ropas y se rasuró junto al palanganero del rincón. Apartó los ojos de su imagen desnuda, reflejada en el espejo, de sus flacas y peludas piernas bajo el abdomen algo prominente, con tanta decisión como distrajo el pensamiento de la fatiga y de la ansiedad por Bush. Brown y un soldado de Marina entraron con la bañera y la dejaron en el suelo, a su lado. Hornblower, pasando con cuidado la navaja por las comisuras de los labios, oyó vaciar en el baño unos cubos de agua caliente. Pasó un rato hasta que dieron con la proporción correcta para una temperatura adecuada. El comodoro se metió en el agua, sumergiéndose con un suspiro de satisfacción; al hacerlo derramó gran cantidad por los lados, pero no hizo el menor caso. Pensó en enjabonarse, pero no quiso tomarse la molestia, y en su lugar se retrepó bien con los ojos cerrados, para remojarse y dar alivio a los miembros.

—¡Señor!

La voz de Howard le hizo abrir los ojos.

—Se ven bajar dos lanchas por el estuario, señor. Sólo dos.

Bush se había llevado siete a Caudebec. Hornblower tuvo que esperar a que Howard terminara su relato.

—Una de ellas es la falúa de la *Camilla*, señor. Puedo reconocerla con el catalejo. No creo que la otra sea de la *Nonsuch*, pero no estoy seguro.

—Muy bien, capitán. Me reuniré con usted al instante.

Ruina y destrucción; cinco lanchas perdidas de siete, y Bush también, al parecer. La voladura del tren de sitio francés (si había podido realizarse) compensaba la pérdida de toda la flotilla para quien pudiera sopesar fríamente los pros y los contras.

¡Pero Bush muerto! Hornblower no podía resistir tal idea. Saltó del baño y buscó en torno suyo una toalla. No vio ninguna, así que, exasperado, tiró de una sábana y se secó. Sólo cuando estuvo seco, al buscar la camisa limpia, encontró las toallas junto al lavabo, donde debían estar. Se vistió apresuradamente, y a cada momento era mayor su ansiedad y su pena a causa de Bush. El primer golpe no había sido tan fuerte como esta creciente confirmación de su pérdida. Salió a la antecámara.

—Ahora llega una lancha al muelle, señor. Haré subir al oficial dentro de un cuarto de hora para que informe —dijo Howard.

Brown estaba al otro lado del vestíbulo, junto a la puerta de enfrente. Era la ocasión crítica de aparecer como un hombre de hierro, y así la reconocía su desconcertante lógica en aquel momento. Lo único que debía hacer era pedir el desayuno a Brown y sentarse a tomarlo. Pero no podía disimular, ante la posibilidad de que Bush hubiera sucumbido. Todo aquello estaba muy bien cuando se trataba de una batalla inminente, pero esto de ahora suponía la muerte de su amigo más querido. Brown debió de leer en su semblante lo que estaba pensando, pues se retiró sin mencionar para nada el desayuno. Hornblower permaneció indeciso.

—Tengo aquí los veredictos del consejo de guerra para su confirmación, señor —informó Howard, señalándole un montón de papeles.

Hornblower se sentó y tomó uno al azar, lo miró sin fijarse y volvió a dejarlo en la mesa.

—Me ocuparé de ello más tarde —dijo.

—Han comenzado a traer sidra en cantidad del campo a la plaza, señor, ahora que los labriegos han visto que hay buen mercado —explicó Dobbs—, y cada vez hay más borrachos. ¿Podemos...?

—Lo dejo a su discreción —dijo Hornblower—. ¿Qué es lo que piensa hacer?

—Yo propondría, señor, que...

La discusión duró unos minutos. Naturalmente, condujo a la espinosa cuestión del tipo de cambio de las monedas francesa e inglesa. Pero no por eso cedió su angustia por Bush.

—¿Dónde demonios está ese oficial? —inquirió Howard, echando hacia atrás la silla con gesto de mal humor, y saliendo de la habitación.

Al cabo de un momento regresó.

—El señor Livingstone, señor —dijo—. Tercero de la *Camilla*.

Un teniente de mediana edad, firme y serio, a juzgar por su aspecto; Hornblower le examinó detenidamente al verle entrar.

—Deme su informe, por favor.

—Remontamos el río sin incidentes, señor. La lancha de la *Flame* encalló, pero en seguida se puso a flote. Pudimos ver las luces de Caudebec antes de que nos dieran el alto desde la orilla; estábamos dando la vuelta al recodo. La falúa del capitán Bush marchaba delante, señor.

—¿Dónde iba su lancha?

—La última, señor. Seguimos adelante sin contestar, conforme a las órdenes. Divisé dos barcazas ancladas en el centro del río, y muchas otras junto a la orilla. Cambié la caña y me dirigí a la más retirada aguas abajo, como se me había ordenado, señor. Más arriba se oía mucho fuego de fusil, pero nosotros encontramos a muy pocos franceses, y los hicimos huir. En la orilla donde estábamos había dos piezas de veinticuatro sobre cureñas. Las hice clavar y luego, apalancando, las hundimos en el río. Una de ellas cayó encima de la barcaza que había debajo y la desfondó; se fue a pique junto a mi lancha, y quedó con la cubierta a nivel del agua. Esto ocurrió poco antes de iniciarse el reflujó. No sé lo que llevaría, señor, pero creo que sería de poco peso a juzgar por lo que sobresalía del agua cuando salté a ella. Tenía las escotillas abiertas.

—¿Sí?

—Luego conduje a mi grupo por la orilla, según lo ordenado, señor. Había gran cantidad de municiones recién desembarcadas de la barcaza inmediata, que estaba a medio descargar. Dejé unos hombres para echarla a pique y arrojar los proyectiles al río, y continué adelante con unos quince hombres, señor. Allí estaba la tripulación del bote de la *Flame*, y los franceses que les hacían frente huyeron al vernos caer sobre su flanco. Había cañones en la orilla, y otros en los lanchones todavía. Los clavamos todos, echamos al río los ya desembarcados y desfondamos las barcazas. No había pólvora, señor. Mis órdenes eran hacer saltar los muñones de las piezas, si podía, pero no pude.

—Lo comprendo.

Unos cañones clavados y sumergidos en el lecho fangoso de un río de mareas rápidas estarían inservibles durante algún tiempo, aunque hubiera sido preferible volarles los muñones, inutilizándolos definitivamente. Y las municiones no se podrían extraer fácilmente del fondo del Sena. Hornblower se imaginaba con precisión la fría y sangrienta escaramuza a oscuras, a la orilla del río.

—Entonces oímos redoble de tambores, señor, y se nos echó encima un gran tropel de soldados. Creo que era un batallón de Infantería; al parecer, hasta entonces sólo habíamos tenido enfrente a los artilleros y los zapadores. Mis órdenes eran retirarme ante fuerzas muy superiores, así que volvimos a las lanchas. Acabábamos de desatracar, y los soldados seguían disparando contra nosotros, cuando sobrevino la explosión.

Livingstone hizo una pausa. Tenía el rostro sin afeitar, ceniciento de fatiga, y al mencionar la explosión pareció perder la serenidad.

—Eran las barcazas de pólvora de más arriba, señor. Yo no sé quién las hizo saltar. Tal vez un disparo desde la orilla, o el capitán Bush, señor.

—¿No estuvo usted en contacto con el capitán Bush desde que empezó el ataque?

—No, señor. Él se hallaba en el extremo opuesto de la línea, y las barcazas estaban arimadas a la orilla, en dos grupos. Yo atacé uno de ellos, y el capitán el otro.

—Comprendo. Siga con lo de la explosión.

—Fue tremenda, señor. Nos derribó a todos. Una enorme ola nos envolvió, anegándonos hasta la regala. Creo que llegamos a tocar el fondo del río, señor, al pasar la ola aquella. Un fragmento desprendido de alguna barcaza cayó sobre el bote de la *Flame*; mató a Gibbons, el segundo contramaestre, y destruyó la lancha. Recogimos a los supervivientes, sin dejar de achicar el agua. Ya no nos disparaban desde la orilla. La marea estaba en su apogeo. Entonces bajaron hacia nosotros dos lanchas, la segunda de la *Camilla* y el pesquero tripulado por los soldados de Marina. Esperamos, pero no vimos señales de los botes de la *Nonsuch*. El señor Hake, de infantería, me dijo que el capitán Bush estaba con las otras tres lanchas al costado de las barcasas de pólvora cuando ocurrió la explosión. Es posible que algún disparo acertase en la carga, señor. Luego comenzaron a tirar contra nosotros desde tierra, y, como oficial más antiguo, di orden de retirada.

—Seguramente hizo usted bien, señor Livingstone. ¿Y luego?

—Cuando doblamos el recodo siguiente nos dispararon con piezas de campaña, señor. No podían afinar la puntería por la oscuridad, pero hicieron blanco en nuestra segunda lancha con uno de los últimos disparos, y perdimos varios hombres más. Por entonces la corriente se había hecho muy rápida.

Aquél era, por lo visto, el final del relato de Livingstone, pero Hornblower no se decidía a despedirle sin hacerle una pregunta más.

—Pero ¿y el capitán Bush, señor Livingstone? ¿No puede decirme nada acerca de él?

—No, señor. Lo lamento, señor. No pudimos recoger a un solo superviviente de los botes de la *Nonsuch*; ni uno siquiera.

—Ah, está bien, entonces, señor Livingstone. Será mejor que vaya a descansar un rato. Creo que lo hizo usted muy bien.

—Envíe su informe por escrito, con la lista de bajas, antes de que acabe la jornada, señor Livingstone —añadió Dobbs, que, como segundo ayudante general, vivía en una atmósfera de informes y listas de bajas.

—Sí, señor.

Livingstone se retiró, y apenas se hubo cerrado la puerta tras él cuando Hornblower se arrepintió de haberlo despedido con tan pobres palabras de encomio. La operación había sido un éxito completo. Privado de su tren de sitio y sus municiones, Quiot no podría poner sitio a El Havre, y probablemente pasaría mucho tiempo antes de que el ministro de la Guerra de Bonaparte en París pudiese reunir otra partida de material semejante. Pero la muerte de Bush oscurecía todos los pensamientos de Hornblower. Hubiera preferido no tramitar aquel plan, aunque sitiaran El Havre, con tal de tener a Bush con vida junto a él. Era duro pensar en un mundo sin Bush, en un porvenir que jamás le devolvería a su viejo amigo. La gente pensaría que la pérdida de un capitán y ciento cincuenta hombres era poca cosa a cambio de despojar a Quiot de toda su capacidad ofensiva, pero la gente no podía comprender.

Dobbs y Howard estaban sentados, silenciosos y apenados, cuando miró hacia ellos; respetaban su dolor. Pero al advertir su deferente tristeza, el comodoro se sintió contrariado. Si le creían turbado e incapaz de trabajar, ya les demostraría lo equivocados que estaban.

—Quiero ver esos informes del consejo de guerra, capitán Howard, por favor.

Comenzó el laborioso ajetreo del día; era posible pensar con claridad, tomar decisiones, trabajar como si nada hubiese ocurrido, a pesar de sentirse agotado por la desventura. No sólo eso; incluso le quedaba lucidez para coordinar nuevos planes.

—Vaya a buscar a Hau —dijo a Howard—. Dígale que quisiera ver al duque un momento.

—Sí, señor. —Howard se puso en pie y se permitió sonreír y entornar los párpados al transformar pomposamente las palabras del comodoro—. «*Sir Horatio solicita el favor de una breve audiencia con su alteza real, si su alteza real tiene la bondad de condescender en recibirle*».

—Eso es —dijo, Hornblower, sonriendo a su pesar. Hasta era posible sonreír.

El duque le recibió de pie, mientras se calentaba la real espalda ante un fuego vivificante.

—No sé —comenzó Hornblower— si vuestra alteza real está enterado de las circunstancias que me trajeron inicialmente a las aguas de esta parte de la costa.

—Explíquemelas —dijo el duque.

Tal vez la etiqueta vedaba a la realeza reconocer su ignorancia sobre cualquier tema. La actitud del duque no parecía descubrir un sentimiento de gran interés por nada.

—Hubo un motín en uno de los buques de guerra de su majestad... de su majestad británica.

—¿De veras?

—Me enviaron a arreglar el asunto, y logré apresar el barco y a la mayoría de los rebeldes, alteza.

—¡Magnífico!

—Unos veinte de ellos han sido juzgados, declarados culpables, y se les ha condenado a muerte.

—¡Muy bien!

—Preferiría no ejecutar esas sentencias, alteza.

—¿Sí?

Su alteza real no parecía demasiado interesado; en los reales labios casi se adivinaba un bostezo pugnando por salir.

—Dentro de mis atribuciones, me es imposible perdonar a esos hombres sin gravísimo perjuicio de la disciplina, alteza.

—Claro, claro.

—Pero si vuestra alteza real interviene en su favor, podría indultarlos sin daño de la disciplina, ya que, en mi situación, nada puedo negar a vuestra alteza real.

—¿Y por qué habría de intervenir yo, *sir* Horatio?

Hornblower desvió la cuestión de momento.

—Vuestra alteza real podía defender la tesis de que no sería adecuado manchar los primeros días del retorno de la dinastía a Francia con un derramamiento de sangre de ingleses, aunque sean culpables. En tal caso yo podría perdonarlos, aun mostrándome muy contrariado. Quienes sintieran en lo futuro la tentación de amotinarse no tendrían motivos para esperar que un acontecimiento similar pudiera salvarlos de las consecuencias de sus actos; el mundo no volverá a tener la fortuna de contemplar el regreso de la familia de vuestra alteza real a su legítimo puesto.

El cumplido era un poco torpe, expresado con torpes palabras y susceptible de torcida interpretación; pero, por fortuna, el duque lo tomó en el sentido que indudablemente encerraba. Sin embargo, no dio la menor señal de entusiasmo y volvió a su pregunta inicial con terquedad borbónica.

—Pero ¿por qué he de hacer eso, *sir* Horatio? —En nombre de la humanidad, alteza. Pueden salvarse veinte vidas, vidas de hombres útiles.

—¿Hombres útiles, y se han amotinado? ¿Pueden ser jacobinos, revolucionarios, igualitarios, o peor aún, socialistas!

—Son hombres cargados de cadenas, en espera de ser colgados mañana, alteza.

—Como se merecen, sin duda alguna, *sir* Horatio. Sería un buen comienzo de la regencia con que su majestad cristianísima me ha honrado que mi primer acto público fuese el de solicitar el perdón de una cuadrilla de revolucionarios. Su majestad cristianísima no se ha pasado para eso los últimos veintiún años combatiendo el espíritu de la Revolución. Los ojos del mundo me contemplan.

—Nunca he visto al mundo escandalizado por un acto de clemencia, alteza.

—Tiene usted extrañas ideas sobre la clemencia, señor. Supongo que esta singular sugerencia que me hace encubre alguna finalidad oculta. Tal vez usted mismo sea un liberal, uno de esos hombres peligrosos que se consideran pensadores. Y no le vendría mal, como hábil jugada política, inducir a mi familia a señalarse con su primer acto como propicia a contemporizar con la Revolución.

Imputación tan monstruosa dejó a Hornblower totalmente desconcertado.

—¡Señor! —tartamudeó—. ¡Alteza!

Aunque hubiese intentado hablar en inglés no hubiese encontrado palabras. Y en francés no acertaba ni una. No era simplemente el insulto, sino la revelación de la estrechez de miras y la astucia recelosa de los Borbones lo que le había dejado mudo de estupor.

—No encuentro adecuado acceder a su requerimiento, señor —dijo el duque, con la mano en el cordón de la campanilla.

Una vez fuera de la cámara de audiencias, Hornblower pasó por delante de cortesanos y centinelas con las mejillas ardiendo. Estaba ciego de furia; sólo raras veces le había ocurrido sentirse tan irritado. Casi siempre, su tendencia a estudiar los dos lados de las cuestiones le mantenían equilibrado y tranquilo, o débil, como él

mismo se calificaba en momentos de desprecio hacia sí mismo. Se dirigió a zancadas a su despacho, se dejó caer en su sillón y volvió a levantarse de un salto; paseó por la habitación y se sentó otra vez. Dobbs y Howard miraban con asombro la tormenta que ensombrecía su frente, y, después de su primera ojeada, apartaron la vista deliberadamente para fijarla en los papeles que tenían delante. Hornblower se desabrochó el cuello de un tirón, hizo lo mismo con los botones del chaleco, y la peligrosa presión interna comenzó a ceder. Su cerebro estaba en un torbellino de actividad, pero por encima de las oleadas de pensamientos, como un rayo de sol que atraviesa un chubasco en el mar, su propia furia le hizo sonreír para sí, divertido. Decidido a llevar adelante su resolución, su malicioso sentido del humor comenzó a reafirmarse; unos minutos le bastaron para decidir cuál sería su próximo paso.

—Quiero que vengan aquí los individuos que llegaron con el duque —dijo—. El palafrenero, el *chevalier d'honneur* y el limosnero. Coronel Dobbs, le ruego que se sirva escribir lo que voy a dictarle.

Los consejeros emigrados del duque entraron en el despacho un tanto perplejos y temerosos. Hornblower permaneció sentado, o más bien casi echado contra el respaldo.

—Buenos días, caballeros —los saludó, campechano—. Les he hecho venir para que oigan la carta que voy a dictar, dirigida al primer ministro de mi país. Creo que entienden el inglés lo bastante para comprender lo más esencial. ¿Está dispuesto, coronel?

Al muy Honorable Lord Liverpool.

Milord, me veo obligado a enviar de nuevo a Inglaterra a su alteza real el duque de Angulema.

—¡Señor! —dijo el asombrado caballero, interrumpiéndole; pero Hornblower le indicó impaciente que se callara.

—Siga, coronel, por favor.

Lamento tener que informar a vucencia que su alteza real no ha dado muestras del espíritu de cooperación que la nación británica tiene derecho a esperar de un aliado.

El palafrenero y el *chevalier d'honneur* se habían levantado, y lo mismo el limosnero. Howard los miraba de soslayo desde enfrente; en cuanto a Dobbs, no se le veía la cara, inclinada sobre la pluma, pero sí el cogote congestionado, purpúreo, en contraste con el rojo de su guerrera.

—Siga, coronel, se lo ruego.

En los pocos días durante los cuales he tenido el honor de colaborar con su alteza real, he podido comprobar que su alteza real no posee el tacto ni la capacidad administrativa deseables en un puesto de tal relieve.

—¡Señor! —dijo el palafrenero—. No puede usted enviar esa carta.

Habló primero en francés y luego en inglés. El *chevalier d'honneur* y el limosnero emitieron algunos sonidos bilingües de aquiescencia.

—¿No? —dijo Hornblower.

—Ni tampoco puede enviar de nuevo a su alteza real a Inglaterra. ¡No puede! ¡No puede!

—¿No? —repitió Hornblower, retrepándose en el sillón.

Las protestas murieron en los labios de los tres franceses. Sabían tan bien como Hornblower, ahora que se veían forzados a reconocer la desagradable verdad, quién era el dueño de la situación en El Havre. Era el hombre que tenía bajo su mando la única fuerza militar disciplinada y segura, el hombre que con una sola palabra podía abandonar la ciudad al furor de Bonaparte, el hombre de quien dependía la entrada y la salida de buques.

—No me digan —observó Hornblower con fingida preocupación— que su alteza real se opondría físicamente a una orden mía trasladándole a bordo de un barco. ¿Han visto jamás, caballeros, a un desertor reintegrado a la autoridad? Lo llevan entre cuatro, boca abajo. Un método muy poco digno. Y doloroso, según mis noticias.

—Pero esa carta —adujo el palafrenero— desacreditaría a su alteza real a los ojos del mundo. Sería un golpe muy serio para la causa de la familia, y hasta podría comprometer la sucesión.

—Era consciente de ello cuando les he traído para que me oyesen dictar la carta, caballeros.

—No la enviaré —dijo el palafrenero, dudando un momento de la fuerza de voluntad de Hornblower.

—Sólo puedo asegurarles, caballeros, que puedo y estoy dispuesto a hacerlo.

Se cruzaron sus miradas a través de la estancia, y las dudas del caballero desaparecieron. Leyó resolución en los ojos de Hornblower.

—Tal vez, señor —dijo el palafrenero, carraspeando y solicitando con el rabillo del ojo la conformidad de sus colegas—, haya habido algún error de interpretación. Si su alteza real ha rehusado alguna petición de vucencia, como me imagino, será porque su alteza real no se ha dado cuenta de la importancia que para vucencia tenía. Si nos permitiera hacerlo saber así a su alteza real...

Hornblower estaba mirando a Howard, quien, hábilmente, se dio cuenta de que le tocaba hablar.

—Sí, señor —dijo—. Estoy seguro de que su alteza real comprenderá.

Dobbs levantó la vista del papel y gruñó algo aprobatorio. Pero pasaron varios minutos antes de que Hornblower se dejara disuadir de su propósito de enviar la carta a Londres en el acto. Sólo a regañadientes cedió a las instancias de su propio Estado Mayor y de los cortesanos. Después de salir el caballero y sus colegas para ver al duque, Hornblower se echó hacia atrás en su sillón con una tranquilidad auténtica, en sustitución de la que había estado simulando. Estaba excitado y enardecido después de aquel rato de tensión y de su victoria diplomática.

—Su alteza real se hará cargo —sentenció Dobbs.

—Sin duda alguna —corroboró Howard gravemente.

Hornblower pensó en los veinte marineros encadenados en la cala de la *Nonsuch*, esperando ser colgados al día siguiente.

—Se me ha ocurrido una idea, señor —dijo Howard—. Puedo mandar una bandera de tregua a las fuerzas francesas; un parlamentario, un oficial montado, con bandera blanca y un trompetero. Puede llevar una carta suya al general Quiot pidiendo noticias del capitán Bush. Si sabe algo, estoy seguro de que tendrá la cortesía de informarle.

¡Bush! Con la emoción de la última hora, Hornblower le había olvidado. Su excitación placentera huyó de él como se escapa el grano de un saco rasgado. Otra vez le abrumó la depresión. Los otros se dieron cuenta del cambio que experimentaba y, como ejemplo del afecto que les había inspirado en el corto tiempo que llevaban en contacto con él, es justo mencionar que hubieran preferido ver dibujarse en su rostro la ceñuda tormenta de la ira antes que aquel gesto de lastimada desdicha.

CAPÍTULO XIV



Fue el día que regresó el parlamentario; Hornblower lo recordaría siempre por este motivo. La cortés comunicación de Quiot no dejaba el menor atisbo de esperanza; los horrendos pormenores que encerraba permitían reconstruir lo sucedido. Se habían encontrado algunos restos dispersos de cuerpos humanos, a los que dieron sepultura sin que pudiera pensarse en identificarlos como individuos. Bush había muerto; la explosión hizo fragmentos su cuerpo robusto. Hornblower estaba furioso consigo mismo al darse cuenta de que la tumba de Bush quedaría siempre ignorada, sus restos pulverizados, para aumentar su tristeza. Si se le hubiera consultado, seguramente Bush habría preferido morir en el mar, derribado por una bala en el entusiasmo del triunfo, en medio de una lucha bordo a bordo; habría deseado que le hundieran en su coy, con una bala a los pies y otra en la cabeza, y los marineros llorando al inclinarse el enjaretado y escurrirse el coy por debajo de la bandera y caer en el mar, mientras el buque se mece sobre las olas, al paio, con las gavias en facha. Era una espantosa ironía que le hubiese tocado morir en una escaramuza sin importancia, a la orilla de un río, deshecho en sangrientos jirones imposibles de identificar.

Y sin embargo, ¿qué importaba cómo hubiera muerto? Había pasado de la vida a la muerte en un instante, y en eso fue afortunado. Era una ironía mucho mayor la de sucumbir ahora, después de sobrevivir a veinte años de lucha desesperada. La paz se divisaba casi en el horizonte, con los ejércitos aliados acercándose a París, Francia desangrada en agonía y los gobiernos aliados reuniéndose ya para fijar las condiciones de paz. Si Bush hubiese sobrevivido a aquella última escaramuza, habría podido disfrutar de la paz durante muchos años, seguro en su grado de capitán, disfrutando de su pensión y querido por sus hermanas. Bush hubiese gozado de todo esto, aunque no fuese más que porque todos los hombres sensatos saben apreciar la paz y la seguridad. Este pensamiento ahondaba la herida que en Hornblower había abierto aquella pérdida tan personal. Nunca creyó que sentiría por nadie la pena que sentía por Bush.

El parlamentario acababa de regresar con la carta de Quiot; Dobbs le estaba aún interrogando afanosamente sobre lo que había podido observar en cuanto a la situación de las fuerzas francesas cuando entró Howard a toda prisa.

—La corbeta *Gazelle* está entrando en el puerto, señor. Lleva la bandera de los Borbones en el palo mayor, y hace señales: «Tenemos a bordo a la duquesa de Angulema».

—¿Ah, sí? —exclamó Hornblower. Se recobró trabajosamente de su desdichado letargo—. Dígaselo al duque. Avise a Hau y que se encargue de las salvas. Tengo que salir a recibirla con el duque al muelle. ¡Brown! ¡Brown! Mi casaca de gala y mi

espada.

Era un día lluvioso, con barruntos de una precoz primavera. La *Gazelle* se acercaba remolcada al muelle, y las salvas retumbaban por todo el puerto, lo mismo que a la llegada de su alteza real el duque. Éste y su séquito se hallaban en el muelle casi en formación militar; en la cubierta de la corbeta se encontraba un grupo de damas envueltas en capas, esperando que tendieran la pasarela hasta el muelle. La etiqueta cortesana de los Borbones parecía imponer la ausencia de todo signo exterior de emoción; Hornblower, con su Estado Mayor un poco a retaguardia, al lado de la gente del duque, observó que las mujeres de la cubierta y los hombres del muelle no se hacían la menor señal de bienvenida. Salvo una de ellas, que de pie junto al lado del palo de mesana agitaba un pañuelo. Era algo consolador ver que al menos una persona se rebelaba contra la estoica etiqueta; Hornblower supuso que se trataría de alguna sirvienta o doncella, y que obraba así al descubrir a su amado entre las filas de los que aguardaban en el muelle.

Por la plancha desembarcaron la duquesa y su séquito; el duque dio los pasos reglamentarios al adelantarse a saludar. Ella hizo a su vez la reverencia prescrita, y él la levantó con el ademán de condescendencia previsto, y con otro ademán asimismo convencional juntaron sus mejillas. Hornblower se adelantó para ser presentado, y luego se inclinó a besar mano enguantada que se apoyaba en su tendido antebrazo.

—¡*Sir* Horatio! ¡*Sir* Horatio! —exclamó la duquesa.

Hornblower levantó la vista y encontró los ojos azules de los Borbones en un hermoso rostro de mujer de treinta años, poco más o menos. La duquesa tenía algo urgente que decir, era obvio. Pero estaba como enmudecida, no le era posible hablar, pues las rígidas normas de la etiqueta no concedían la menor licencia en aquella situación. Finalmente hizo un mohín, y desvió la vista como para llamar la atención del comodoro hacia alguien que venía detrás. Una mujer estaba allí sola, algo separada del grupo de azafatas y damas de honor. Era Bárbara... Hornblower parpadeó incrédulo, sin dar crédito a sus ojos. Ella se le acercó sonriente; él dio dos zancadas hacia adelante (a mitad de camino se acordó un instante de que no se podía dar la espalda a la realeza, pero desechó enseguida toda discreción), y la acogió en sus brazos. Su mente bullía con un tumulto de ideas cuando ella le besó con labios helados por el aire del mar. Había hecho bien en venir, pensaba, aunque siempre le pareció mal que algunos capitanes y almirantes tuvieran consigo a sus esposas en servicio activo. Puesto que la duquesa estaba allí, sería muy conveniente contar con Bárbara también. Todo aquello le atravesó el cerebro como una exhalación, antes de que se hicieran perceptibles más sentimientos humanos. Una tos preventiva de Hau le indicó que estaba infringiendo las convenciones, y al momento retiró las manos de los hombros de Bárbara y retrocedió algo cortado. Los carruajes aguardaban.

—Usted va con la pareja real, señor —bisbiseó Hau con voz ronca.

Los coches requisados en El Havre no eran ninguna maravilla, pero servían para el caso. El duque y la duquesa estaban ya sentados, y Hornblower dio la mano a

Bárbara para que subiera y se sentó luego a su lado, dando ambos la espalda a los caballos. Con estrépito de herraduras y un chirrido nada discreto iniciaron la marcha, Rue de París arriba.

—¿No ha sido una sorpresa agradable, *sir* Horatio? —preguntó la duquesa.

—Vuestra alteza real es sumamente bondadosa —dijo Hornblower.

La duquesa se inclinó hacia adelante y puso la mano en la rodilla de Bárbara.

—Tiene una esposa muy bella y distinguida —dijo.

El duque descruzó las piernas y tosió, algo molesto, pues la duquesa estaba actuando con una condescendencia excesiva para la hija de un rey, futura reina de Francia.

—Espero que hayáis tenido un viaje tranquilo —dijo el duque, dirigiéndose a su mujer; una curiosidad maliciosa indujo a Hornblower a considerar si no dejaría en ciertos momentos aquel tono de rígida formalidad para hablar a la duquesa.

—Será mejor que no lo recordemos —respondió la duquesa, riéndose.

Era una criatura animosa y adorable, y esta nueva aventura la colmaba de excitación. Hornblower la contempló con curiosidad. Había pasado su infancia como princesa en la corte más espléndida de Europa; su adolescencia, prisionera de los revolucionarios. Sus padres, el rey y la reina, habían perecido en la guillotina, y su hermano murió en prisión. Ella fue canjeada por un grupo de generales cautivos y se casó con su primo; había rodado por Europa como esposa del heredero de un pretendiente altivo y sin blanca. Sus vicisitudes la habían hecho humana; o tal vez las formalidades de una realeza venida a menos no pudieron deshumanizarla. Era la única superviviente de la descendencia de María Antonieta, cuyo encanto, vivacidad e indiscreción habían sido proverbiales. Aquello podía explicarlo.

Ya estaban allí, saltando del carruaje ante el Ayuntamiento; el tricornio de la Marina era un estorbo cuando se llevaba bajo el brazo y había que ayudar a las damas a bajar de un coche. Luego se celebraría una recepción, pero había que dar tiempo a que sacaran los baúles de la duquesa de la bodega de la *Gazelle*, y a que la egregia dama se cambiara de vestido. Hornblower condujo a Bárbara al ala del edificio que le servía de cuartel general. En el vestíbulo, ordenanzas y centinelas se pusieron firmes; en el despacho principal, Dobbs y Howard se quedaron asombrados al ver entrar al gobernador con una dama. De un salto se pusieron en pie, y Hornblower hizo las presentaciones. Ellos se inclinaron y juntaron los talones; la conocían, naturalmente. Todo el mundo había oído hablar de *lady* Bárbara Hornblower, la hermana del duque de Wellington.

Mirando instintivamente a su escritorio, Hornblower descubrió la carta de Quiot donde la habían dejado, con su hermosa letra y la complicada firma seguida de la rúbrica. Una vez más se acordó de que Bush había muerto. Aquella pena era real, aguda, presente; la llegada de Bárbara había sido tan inesperada que aún no le parecía verdadera. Su vivaz imaginación se negaba a concentrarse en el hecho de que Bárbara estaba otra vez con él, y pugnaba por escurrirse en ridículas tangentes. A su mente le

gustaba que todos los detalles estuvieran ordenados, e insistía en ellos; no le dejaría sumirse en una sencilla dicha conyugal, sino que prefería concentrarse en los detalles prácticos (en los que jamás había pensado antes) de la organización de la vida de un oficial en servicio activo que, debatiéndose en mortal contienda con un emperador, aún tenía que pensar en su mujer. Hornblower podía ser versátil, pero la fuente principal de su vida era el deber profesional. Durante más de veinte años, toda su vida de adulto, se había acostumbrado a sacrificarse por él, tanto y durante tanto tiempo que el sacrificio era ya instintivo y, por lo general, de buen grado. Estaba tan empeñado en su lucha con Bonaparte, y se había enfrascado tanto en ella en aquellos últimos meses, que se sentía inclinado a detestar las distracciones.

—Por aquí, querida —dijo al fin, con la voz un poco ronca.

Casi estuvo a punto de carraspear, pero se contuvo a tiempo. La necesidad de hacerlo era síntoma infalible de nerviosismo y timidez. Bárbara se había burlado de aquella costumbre suya unos años antes, y no iba a hacerlo ahora, delante de ella, o por respeto a sí mismo.

Cruzaron la pequeña antecámara, y Hornblower abrió de golpe la puerta de acceso a la alcoba; dejó pasar a Bárbara, y luego entró tras ella y volvió a cerrarla. Bárbara estaba de pie en el centro de la habitación, de espaldas al enorme lecho. Una sonrisa le curvaba una comisura de los labios, y también tenía una ceja más arqueada que la otra. Levantó una mano para soltar la presilla de su capa, pero la dejó caer de nuevo sin hacerlo. No sabía si reír o llorar a causa de aquel marido suyo, tan indescifrable: pero era una Wellesley, y el orgullo le impedía llorar. Y se irguió un segundo antes de que Hornblower se acercara a ella, un segundo demasiado tarde.

—Querida —dijo, cogiendo sus manos frías.

Ella le sonrió con reciprocidad, pero su sonrisa hubiera podido denotar más ternura, aun siendo leve y juguetona como era.

—¿Te gusta verme aquí? —preguntó. Trató de hablar con animación, sin asomo de ansiedad en el tono.

—Claro. Claro que sí, querida. —Hornblower se esforzaba por mostrarse humano, luchando contra el instintivo impulso de replegarse sobre sí mismo que sentía, al advertirle del peligro su sensibilidad telepática—. Me cuesta trabajo creer que estás aquí, querida.

Era la verdad, hondamente sentida, y decirlo le aliviaba y hacía bajar un poco su tensión. La estrechó entre sus brazos y se besaron; las lágrimas asomaron a los ojos de Bárbara cuando se apartaron sus labios.

—Castlereagh decidió que la duquesa viniera, en el momento que salía para el cuartel general aliado —explicó—. Y pregunté si podía venir también.

—Me alegro de que lo hicieras —dijo Hornblower.

—Castlereagh dice que ella es el único hombre de la familia Borbón.

—No me sorprendería que fuese cierto.

Ahora iban animándose mutuamente; eran dos criaturas orgullosas, que una vez

más se enfrentaban al sacrificio que representaba admitir la necesidad que sentían uno de otro. Se besaron de nuevo, y Hornblower la sintió desfallecer en sus brazos. Llamaron a la puerta, y se separaron. Era Brown dirigiendo la faena de media docena de marineros que acarreaban los baúles de Bárbara. Hebe, la doncella negrita, se detuvo un instante en el umbral antes de entrar con el equipaje. Bárbara se aproximó al espejo y comenzó a quitarse la capa y el sombrero ante éste.

—El pequeño Richard está muy bien —explicó, con naturalidad—, y muy contento. Habla como un lorito, y sigue haciendo agujeros. Su rinconcito preferido entre los arbustos está como si hubiera pasado por allí un ejército de tejones. En aquel baúl traigo unos dibujos suyos para que los veas, aunque no puede decirse que demuestren aptitudes artísticas apreciables.

—Me sorprendería lo contrario —replicó Hornblower, sentándose.

—Cuidado con esa maleta —dijo Brown a uno de los marineros—. No es ningún barril de buey. Atención ahora. ¿Dónde hemos de colocar el baúl de *milady*, señor?

—Arrímelo a aquella pared, Brown, por favor —dijo Bárbara—. Aquí están las llaves, Hebe.

Parecía casi fantástico y extraño estar sentado allí, viendo a Bárbara ante el espejo y a Hebe abriendo los bultos, en una ciudad de la que él era gobernador militar. La simplicidad masculina de Hornblower se alarmaba ante la situación. Veinte años de vida en el mar habían hecho sus ideas algo rígidas. Tenía que haber un tiempo y un lugar apropiados para cada cosa.

Un leve chillido, sofocado al punto, le hizo volver la cabeza hacia donde estaba Hebe, y pudo captar un rápido intercambio de miradas entre Brown y un marinero; este último, al parecer, no tenía la misma opinión acerca del tiempo y el lugar, y había pellizcado a la negra disimuladamente. Podía dejar que Brown se entendiera con el transgresor; no era aquél un asunto para que interviniese un comodoro-gobernador, con menoscabo de su dignidad. Y apenas se habían alejado Brown y sus marineros cuando una sucesión de golpecitos en la puerta anunció a una serie de visitantes. Entró un palafrenero con el encargo real de que por la noche todos los asistentes a la cena debían presentarse de gala y empolvados. Hornblower dio un golpe en el suelo, furioso al oírlo; no se había empolvado el pelo más de tres veces en su vida, y cada vez que lo hizo le pareció ridículo. Inmediatamente después vino Hau, preocupado con los mismos problemas, aunque por distintos motivos que Hornblower. ¿Con qué autoridad podría extraer las raciones para *lady* Bárbara y su doncella? ¿Dónde alojarían a esta última? Hornblower le despachó diciéndole que leyera las ordenanzas y descubriera él mismo las fórmulas legales del caso; Bárbara, atusando fríamente sus plumas de avestruz, dijo que Hebe dormiría en el gabinete que daba a la alcoba. A continuación se presentó Dobbs; había leído los despachos que venían en la *Gazelle* y entre ellos figuraban algunos que Hornblower debía ver. Además, otros documentos reclamaban la atención del gobernador. Y las órdenes para la noche requerían su firma, desde luego. Y...

—Bien, ahora voy —dijo Hornblower—. Perdóname, querida.

—Han derrotado otra vez a Boney —le informó Dobbs, regocijado, en cuanto salieron del dormitorio—. Los prusianos han tomado Soissons y cortado a dos cuerpos de ejército de Boney. Pero eso no es todo.

Habían llegado al despacho, y Dobbs le alargó otro despacho para que lo viese.

—Londres va a poner a su disposición algunas fuerzas por fin, señor —explicó—. Se ha comenzado a reclutar milicia voluntaria para servir en el extranjero (ahora que la guerra toca a su fin), y podremos tener tantos batallones como queramos. Habrá que contestar esta misma noche, señor.

Hornblower trató de desechar de su mente pensamientos tales como el de empolvarse el cabello, las inclinaciones amorosas de Hebe y otros análogos, para ocuparse de este nuevo problema de emprender una campaña por el valle del Sena, hacia París. ¿Qué sabía él de las dotes militares de la milicia? Tendría que pedir un general que la mandase, y seguramente sería superior a él en categoría. ¿Qué ley regiría esta cuestión de prelación entre un gobernador nombrado por cédula de privilegio y los oficiales con mando de tropas? Debiera saberlo, pero no era fácil recordarlo a la letra. Leyó el despacho otra vez, sin entender una palabra y tuvo que insistir con empeño desde el principio. Venció la tentación momentánea de arrojar el papel al suelo y decir a Dobbs que procediese como le pareciera mejor; se rehízo y empezó a dictar serenamente la respuesta. Y, al animarse en la tarea, tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse de modo que la pluma vertiginosa de Dobbs pudiera seguirle.

Una vez hecho todo, y después de firmar a toda prisa una docena de documentos, regresó a la alcoba. Bárbara estaba delante del espejo, contemplándose, vestida de brocado, con plumas en el pelo y joyas en el cuello y en las orejas; Hebe se hallaba a su lado, dispuesta para empalmar la cola. Hornblower se detuvo de pronto al ver a Bárbara, adorable y elegante; pero no fue sólo su aspecto distinguido lo que le incitó a ello, sino también la súbita conciencia de que Brown no podría ayudarle a vestirse en aquella habitación. No podría cambiar sus pantalones por calzones cortos y medias estando allí Bárbara y Hebe. Tuvo que arrepentirse de tal pensamiento, pues Brown, avisado por su sexto sentido habitual de que Hornblower había terminado sus tareas burocráticas, llamaba en aquel momento a la puerta. Cogieron lo que les pareció necesario y se dirigieron al tocador (aún allí se advertían al instante perfumes femeninos), y Hornblower comenzó a vestirse a toda prisa: calzones cortos, medias, el cinturón bordado de oro. Como era de esperar, Brown había encontrado en la ciudad a una mujer que almidonaba los corbatines admirablemente, lo bastante tiesos para mantenerse curvos al doblarlos, y lo bastante flexibles para no saltar por las vueltas. Brown puso una bata en torno a los hombros de Hornblower, y éste se sentó, con la cabeza inclinada, mientras aquél esgrimía la polvera y el peine. Cuando se incorporó para mirarse al espejo se sintió secretamente complacido. En los últimos tiempos se había dejado crecer los rizos que le quedaban, simplemente por falta de

tiempo para cortárselos, y Brown había sacado el máximo partido de sus mechones blancos como la nieve, de modo que no se advertía la menor traza de calva. El pelo empolvado hacía destacar admirablemente su curtido semblante y sus pardas pupilas. Tenía las mejillas algo hundidas, y los ojos un tanto melancólicos, pero la suya no era de ningún modo la cara de un viejo, y el polvo producía un contraste muy eficaz, dándole aspecto juvenil y atrayendo sobre su figura la atención que probablemente se propuso la moda cuando se inició. El azul y oro de su uniforme, el blanco del corbatín y del polvo, el cordón de la orden de Bath y la estrella reluciente le daban un aspecto muy atractivo. Hubiera querido tener las pantorrillas algo más llenas dentro de las medias; aquél era el único defecto que advertía en su conjunto. Se aseguró de que el talabarte y la espada estaban bien puestos, cogió el sombrero bajo el brazo, tomó los guantes y regresó al dormitorio, acordándose justo a tiempo de llamar con los nudillos en la puerta antes de hacer girar el picaporte.

Bárbara estaba lista; majestuosa, casi como una estatua, con su vestido de brocado blanco. La semejanza con una estatua era algo más que un símil casual; Hornblower recordó una de Diana que había visto alguna vez no sabía dónde (¿era Diana?), con la punta del vestido recogida sobre el brazo izquierdo, exactamente lo mismo que ahora llevaba Bárbara la cola. Su cabello empolvado le daba una expresión algo fría, porque el estilo no sentaba bien a su tez ni a sus rasgos. Al mirarla, Hornblower volvió a acordarse de la diosa Diana. Ella sonrió al verle.

—El hombre más guapo de la Armada británica —exclamó. Él se inclinó torpemente en respuesta.

—Sólo quisiera ser digno de mi dama —dijo.

Ella se cogió de su brazo y se plantó con él delante del espejo. Como era alta, las plumas sobresalían de la cabeza de su marido; con ademán airoso desplegó su abanico.

—¿Qué tal estamos? —preguntó ella.

—Ya te he dicho —repitió Hornblower— que sólo quisiera ser digno de ti.

Brown y Hebe estaban contemplándolos por detrás, como pudo comprobar en el espejo, y la imagen de Bárbara sonrió a su esposo.

—Ya es hora —dijo, oprimiéndole el brazo—. No conviene hacer esperar a monseñor.

Tuvieron que andar de un extremo del Ayuntamiento al opuesto, por corredores y antecámaras llenos de gente ataviada con uniformes de todo tipo. Era una curiosa casualidad la que había convertido aquel edificio no muy distinguido en sede del Gobierno, palacio de un regente, cuartel general de un ejército invasor y hasta buque insignia de una escuadra, todo ello al mismo tiempo. Todos los saludaban y se retiraban respetuosamente hacia las paredes al verlos pasar; Hornblower tuvo una clara sensación de lo que debía de ser la realeza al corresponder a los saludos de un lado y otro.

Se advertía una obsequiosidad, una sumisión muy distintas del disciplinado

respeto que estaba acostumbrado a recibir en un buque. Bárbara avanzaba con nobleza a su lado; las miradas que le dirigía Hornblower de soslayo le mostraron que iba luchando conscientemente contra la artificiosidad de su sonrisa.

Un estúpido pensamiento se le metió en el cerebro. Habría querido ser un bobo cualquiera, libre de regocijarse naturalmente y sin artificio de la inesperada presencia de su esposa y disfrutar del placer de tenerla cerca, sin presunción alguna. Se reconocía a sí mismo absurdamente sensible a minúsculas influencias, aun a aquellas que sólo existían en su propia y ridícula imaginación, no por ello menos poderosas. Su mente se parecía a la brújula de un mal barco, no suficientemente amortiguada, oscilando insegura y girando a cualquier ligero cambio de curso, con más intensidad como respuesta a la corrección, hasta que, a manos de un pobre timonel, la nave se encontraba sobre su propia estela o completamente en facha. Sintió como si estuviera sobre su propia estela en aquel momento. En nada afectaba a la complejidad de sus relaciones con Bárbara saber que todo era culpa suya, que su afecto hacia él sería sencillo y franco si no reflejara sus propios sentimientos enredados; por el contrario, pensando en aquello la confusión se multiplicaba.

Trató de desprenderse de su melancolía, aferrarse a un hecho cualquiera para afirmarse, y, con terrible claridad, surgió en su cerebro uno de los que ocupaban el centro de su conciencia, espantosamente real, como la memoria de un hombre a quien en cierta ocasión vio colgado, retorciéndose con la cara envuelta en un pañuelo, del extremo de una soga. Todavía no había hablado a Bárbara de ello.

—Querida —dijo—. ¿No sabes? Bush ha muerto.

Sintió la mano de Bárbara retorcerse sobre su brazo, pero su cara le continuó pareciendo la de una estatua sonriente.

—Le mataron hace cuatro días —siguió murmurando Hornblower, con la locura de aquellos a quienes los dioses quieren aniquilar.

Era una insensatez hablar de este modo a una mujer a punto de presentarse en una recepción real, con el pie en el mismo umbral; pero Hornblower era completamente inconsciente de su desatino. Por suerte, en el último momento tuvo la perspicacia de darse cuenta (por un oportuno atisbo de cordura) de que aquél era uno de los momentos más importantes de la vida de Bárbara; que cuando se había estado vistiendo, y cuando le sonrió en el espejo, su corazón cantaba lleno de ilusión. Su estupidez no le había dejado ver que ella podía disfrutar de aquel tipo de ceremonia, que le complacería aparecer en un suntuoso salón del brazo de *sir* Horatio Hornblower, el hombre del momento. Se había figurado que ella sentiría por estos actos cortesanos la misma especie forzada tolerancia que él.

—Sus excelencias el gobernador y *milady* Bárbara «Ornbolor» —vociferó el mayordomo, desde la puerta.

Todos los ojos se volvieron hacia ellos al verlos entrar. Lo último que Hornblower pudo advertir, antes de sumergirse en las estulticias del acto social fue que, en cierto modo, le había estropeado la velada a su mujer, y sintió en su corazón un amargo

rencor... contra ella, y no contra sí mismo.

CAPÍTULO XV



Los milicianos habían llegado a borbotones, verdes aún de mareo al salir de los abarrotados transportes. Eran algo apenas superior a una chusma con uniformes escarlata; sabían formar en línea y en columna, y marchar con bastante soltura tras las bandas de los regimientos, aunque no podían abstenerse de admirar con la boca abierta las rarezas de aquella ciudad extranjera. Pero bebían hasta la locura o el estupor siempre que podían, insultaban a las mujeres, sin intención o a propósito, y eran reos de hurto y daño caprichoso y de todos los demás crímenes propios de tropas imperfectamente disciplinadas. Los oficiales (un batallón iba mandado por un conde y otro por un barón) no tenían suficiente experiencia para dominar a sus hombres. Hornblower, ante las indignadas protestas del alcalde y de las autoridades civiles, se puso muy contento al llegar los transportes de caballos con dos regimientos de lanceros que le habían prometido. Éstos proporcionaron la caballería necesaria para una guardia avanzada, de modo que ahora podría hacer salir a su pequeño ejército con rumbo a Ruán, o tal vez hacia el mismo París.

Estaba desayunando con Bárbara cuando llegó la noticia. Su mujer llevaba un vestido informal azul grisáceo, y con la cafetera de plata le vertía café en la taza, mientras él le servía tocino y huevos; una escena doméstica que aún veía irreal. Había estado trabajando intensamente tres horas, antes de acudir a desayunar, y seguía aún demasiado aferrado a sus costumbres para pasar fácilmente de una atmósfera militar a otra de intimidad conyugal.

—Gracias, querido —dijo Bárbara, aceptando el plato que él le tendía.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Hornblower.

Era Dobbs, una de las escasas personas autorizadas a llamar a aquella puerta mientras Hornblower desayunaba con su mujer.

—Despacho del ejército, señor. Los ranas se han ido.

—¿Se han ido?

—Han levantado el campo y se han largado. Quiot se fue a París anoche. No hay un solo sol dado francés en Ruán.

El informe que Hornblower tomó de manos de Dobbs repetía simplemente en estilo más formal lo que Dobbs acababa de decir. Bonaparte debía de necesitar urgentemente tropas para defender su capital; al reclamar a Quiot, había dejado toda Normandía abierta al invasor.

—Tenemos que seguirle —se dijo Hornblower; y luego, dirigiéndose a Dobbs, ordenó—: Dígale a Howard... no, iré yo mismo. Excúsame, querida.

—¿Pero no tienes tiempo siquiera —le preguntó Bárbara, seria— de beberte el café y terminar de desayunar?

El conflicto en el rostro de Hornblower era tan manifiesto que su mujer no pudo menos de reírse.

—Drake —continuó— tuvo tiempo de terminar la partida y presentar batalla a los españoles. Así me lo enseñaron en la escuela.

—Tienes mucha razón, querida —dijo Hornblower—, Dobbs, estaré con usted dentro de diez minutos.

Hornblower se dedicó con diligencia al tocino y a los huevos. Tal vez sería beneficioso para la disciplina, en el mejor sentido de la palabra, que se supiera que el legendario Hornblower, el héroe de tantas hazañas, era lo bastante humano para hacer caso a veces de las protestas de su mujer.

—Esto es el triunfo —dijo, mirando a Bárbara a través de la mesa—. Esto es el fin.

Estaba seguro por dentro; había llegado a aquella conclusión, y no por un simple proceso intelectual. El tirano de Europa, el hombre que había bañado en sangre al mundo, se hallaba a punto de caer. Bárbara le miró a los ojos, y ambos se sintieron tan emocionados que no acertaban a hablar. El mundo que había estado en guerra desde que eran niños iba ahora a conocer la paz, y la paz tenía para ellos algo de lo desconocido.

—La paz —dijo Bárbara.

Hornblower se sentía algo inseguro. Le era imposible analizar sus sentimientos, pues no tenía datos de donde sacar sus deducciones. Se había incorporado a la Armada siendo un chiquillo, y desde entonces no supo más que de guerra; nada podía saber del Hornblower, de ese yo puramente hipotético, que hubiera existido de no ser por la guerra. Veintiún años de terrible esfuerzo, de peligros y calamidades, habían hecho de él un hombre muy diferente del que hubiera sido en otro caso. Hornblower no había nacido belicoso; era un hombre sensible e inteligente, a quien el azar había obligado a combatir, y su talento le había valido el éxito en la guerra como se lo hubiera procurado también en otras actividades de la vida; pero había tenido que pagarlo caro. Su sensibilidad enfermiza, su orgullo y susceptibilidad, las peculiaridades y debilidades de su carácter acaso fueran el resultado de las violencias y pesares que había tenido que sufrir. En aquel momento existía entre él y su mujer una frialdad (enmascarada por la camaradería; la pasión a que ambos habían dado rienda suelta nada había hecho por disiparla) atribuible en gran parte a los defectos de su carácter, aunque tampoco Bárbara estuviese libre de culpa, si bien en mucho menor grado.

Hornblower se limpió la boca y se levantó.

—Tengo que irme, de veras, querida —dijo—. Por favor, discúlpame.

—Claro que debes irte, si el deber lo manda —contestó Bárbara ofreciéndole los labios.

La besó y salió apresurado. Aun con la sensación de su caricia, seguía pensando que era un error tener a la mujer consigo en pleno servicio; aquello podía ablandarle,

aparte los inconvenientes de carácter práctico, como cuando, dos noches antes, tuvieron que entregarle un mensaje urgente mientras estaba acostado con Bárbara.

En el despacho leyó de nuevo el informe del reconocimiento. Hacía constar taxativamente que no se había podido establecer contacto con tropa alguna del ejército imperial, y que vecinos notables de Ruán, huidos de la ciudad, habían asegurado a las patrullas que no quedaba allí un solo soldado bonapartista. Podía tomar la ciudad cuando quisiera, y por lo que parecía, la tendencia a desertar de Bonaparte y unirse a los Borbones iba siendo cada vez más patente. Cada día era mayor el número de los que venían a El Havre por carretera o por el río a prestar acatamiento al duque.

—¡*Vive le roi!* —Exclamaban al acercarse a los centinelas.

Aquél era el santo y seña que distinguía al borbonista. Ni jacobinos ni bonapartistas hubiesen manchado sus labios con tal expresión. Y el número de desertores y reclutas no incorporados que se presentaban iba siendo enorme. Las filas del ejército de Bonaparte disminuían como si las pasaran por una criba, y el corso no podría reemplazar fácilmente a los desaparecidos, pues los movilizados escapaban a los bosques o buscaban la protección inglesa para sustraerse al servicio. Se podía pensar que era posible organizar un ejército borbonista con este material, pero el intento fue fallido desde un principio. Aquellos fugitivos sólo no se negaban a luchar por Bonaparte, sino a luchar en general. El ejército realista que Angulema debía organizar no contaba aún con un millar de hombres, de ellos la mitad oficiales, antiguos emigrados, que acudían después de haber servido en los ejércitos de los enemigos de Francia.

Pero Ruán aguardaba a un vencedor, sin embargo. Su brigada de milicianos podría patear por las carreteras enfangadas hasta la ciudad, y él seguirla en carruaje, acompañando a Angulema. Era conveniente hacer una entrada lo más espectacular posible; la capital de Normandía no era una ciudad cualquiera, y más allá estaba París, estremecida y sensible. Se le ocurrió otra idea. En el este de Francia, los monarcas aliados iban entrando cada día en una ciudad nuevamente conquistada. Estaba en sus manos escoltar a Angulema hasta Ruán de una forma más espectacular, exhibiendo a la vez el largo brazo del poder marítimo inglés, y haciendo notar que era justamente el poderío naval de Inglaterra lo que había hecho oscilar la balanza de la guerra. El viento soplaba del oeste; no estaba muy seguro del estado de la marea, pero podía esperar lo que hiciese falta.

—Capitán Howard —dijo, levantando la vista—, avise a la *Flame* y la *Porta Coeli* que estén dispuestas para zarpar. Llevaré al duque y la duquesa por el río hasta Ruán, y a todo el acompañamiento... Sí, también a *lady* Bárbara. Advierta a los capitanes que preparen lo necesario para la recepción y alojamiento. Envíeme a Han para concretar los detalles. Coronel Dobbs, ¿le interesaría una pequeña excursión en yate?

Efectivamente, a la mañana del día siguiente parecía una excursión aquella

reunión de hombres con brillantes uniformes y damas de alegres vestidos en la toldilla de la *Porta Coeli*. Ésta se había apartado del muelle, desde donde fueron a remo hasta su costado, y Freeman, a una seña de Hornblower, sólo tenía que transmitir órdenes de largar velas y levar el ancla para remontar el ancho estuario. El sol lucía con la plena promesa de la primavera, y en la superficie cabrilleaba el agua, despidiendo alegres reflejos. Bajo cubierta, por el ruido Hornblower supo que había bastante movimiento, pues la gente se esforzaba por disponer acomodado para los duques y su séquito; pero junto al pasamano sólo reinaban la risa y la expectación. Y era una gloria pisar de nuevo una cubierta, sentir el viento en las mejillas, mirar a popa y distinguir la *Flame* con el aparejo áurico en su puesto, ver por encima la enseña blanca y su gallardete izado, aunque el blanco y oro de los Borbones ondease junto a él.

Su mirada se cruzó con la de Bárbara y ambos sonrieron; el duque y la duquesa condescendieron en acercársele y entablar conversación con él. El canalizo pasaba junto a la orilla norte del estuario; desfilaron por delante de Harfleur, y la batería de allí cambió saludos con ellos. Iban remontando el canal a ocho nudos largos, más deprisa que si hubiesen emprendido la marcha en carruajes; pero cuando el río comenzara a estrecharse y a serpentear ya no sería lo mismo.

La costa sur se acercaba por el norte a su encuentro, y la orilla verde y llana se distinguía cada vez mejor, hasta que, como de improviso, se hallaron fuera del estuario y entre ambas orillas del río, dejando atrás Quilleboeuf y entrando en la larga recta que conducía a Caudebec: a la izquierda se veía la tierra verde de pastos salpicada de granjas, y, a la derecha, un terreno más elevado y cubierto de bosques. Cambió la caña, se recogieron las escotas. Pero con el viento tendía a colarse en el valle. Y seguía aún bastante por encima de la aleta, y la marea, que entraba tras ellos, los empujó decididamente río arriba. Anunciaron la comida, y el cortejo se congregó bajo cubierta, las damas chillando por encontrar baja la techumbre y difícil la escala. Se habían desmontado y vuelto a colocar mamparos para dejar amplio sitio a la realeza; Hornblower se daba cuenta de que la mitad de los tripulantes tendrían que dormir sobre cubierta a causa de la presencia de los duques. Los sirvientes de la corte, ayudados por los mozos de la cámara (tan extrañados los primeros de aquel ambiente como los segundos ante la gente a quien tenían que atender), comenzaron a servir la comida; pero apenas habían comenzado cuando entró Freeman y cuchicheó algo al oído de Hornblower, sentado entre la duquesa y la dama de honor.

—Caudebec a la vista, señor —dijo.

Hornblower había dado órdenes de que le avisaran, llegado el caso.

Con una excusa a la duquesa y una inclinación al duque, Hornblower se deslizó discretamente al exterior; la etiqueta real no había de estorbar las incidencias de a bordo, y los marineros podían ir y venir sin gran ceremonia si la maniobra del barco lo requería. Caudebec estaba a la vista al final de la recta, y se acercaban deprisa, de modo que en pocos minutos ya no necesitaría Hornblower el catalejo que tenía

apuntado hacia el pueblo. Era evidente el destrozo causado por la explosión que había costado la vida a Bush. Todas las casas estaban cercenadas a seis u ocho pies del suelo; la iglesia, más sólida, había resistido la conmoción, pero la mayor parte del tejado se había venido abajo, y las ventanas estaban hundidas hacia dentro. El largo muelle de tablas estaba en ruinas, y unos cuantos maderos ennegrecidos (restos de gabarras) asomaban casi a nivel del agua junto a aquél. Sólo se veía un cañón de veinticuatro libras, montado en su cureña, en la orilla del río, más arriba del muelle; era cuanto quedaba del tren de sitio de Quiot. Vio también a algunas personas, que contemplaban los dos bergantines mientras éstos remontaban la corriente.

—Es horrible, señor —dijo Freeman, a su lado.

—Sí —convino Hornblower.

Allí era donde había muerto Bush. Hornblower guardó silencio, como tributo a su amigo. Cuando terminase la guerra, haría levantar un sencillo monumento en la orilla del río, por encima del muelle. Ojalá no reconstruyeran el pueblo; el monumento más conmovedor a la memoria de su amigo sería el formado por una pirámide de cráneos.

—¡Las escotas de la mayor! ¡Y las del foque! —gritó Freeman con voz de trueno.

Habían llegado al final de la recta, y allí describía el río un largo recodo a estribor. Desplazar un bergantín grande por un río estrecho no era cosa de juego. Las velas aplanadas restallaron con estruendo cuando cogieron el ramalazo de viento de las alturas. El rumbo de la nave la empujó hacia adelante, y dobló lentamente la curva. Al cazar la escota de la mayor cobró el empuje y la velocidad necesarios; a medida que daba la vuelta se iban aplanando las velas, para quedar todo a ceñir en un curso casi contrario al que llevaba antes de llegar a Caudebec, y así continuó hasta que se presentó una nueva recta.

Ahora fue Hau quien se le acercó.

—Monseñor desea saber —dijo— si es muy urgente su presencia en cubierta. Su alteza real quiere ofrecer un brindis, y desea que se le una.

—Bajo enseguida —dijo Hornblower.

Miró por última vez hacia Caudebec, que desaparecía al otro lado del recodo, y descendió presuroso. La gran cámara improvisada estaba semi-iluminada por el sol que entraba a través de las puertas abiertas. Angulema le vio entrar y se puso en pie, encorvado a causa de la poca altura de los baos.

—¡Por su alteza real el príncipe regente! —dijo, alzando su copa.

Todos bebieron, y se quedaron mirando a Hornblower, en espera de su respuesta.

—¡Por su majestad cristianísima! —exclamó Hornblower; y cuando todos hubieron terminado, levantó de nuevo la copa.

—¡Por el regente en Normandía de su majestad cristianísima, su alteza real el duque de Angulema!

Este brindis fue acogido con una explosión de aclamaciones. Había algo de dramático y doloroso en el hecho de hallarse bajo cubierta, brindando, mientras allá fuera se derrumbaba un imperio. La *Porta Coeli* iba ciñéndose al viento cuanto podía,

según apreciaba Hornblower al sentir el barco bajo sus plantas y oír el rumor del agua a su paso. Freeman, en el puente, se vería apurado para doblar el próximo recodo; antes de bajar, Hornblower había advertido que la recta por donde iban se inclinaba a barlovento. Oyó al capitán gritar una nueva orden, consumido de impaciencia. Allí abajo le parecía estar en un cuarto de niños, jugando, divirtiéndose mientras las personas mayores atendían al gobierno del mundo. Hizo una reverencia de disculpa, y se retiró para subir a cubierta.

Ocurría lo que él pensaba; la *Porta Coeli* navegaba todo a ceñir, tal vez con exceso. Sus velas tremolaban y se movía con pesadez; el recodo del río que podría aliviarla estaba aún a más de media milla. Freeman alzó la vista a las velas, que no dejaban de gualdrpear, y meneó la cabeza.

—Tendrá que virar por avante, señor Freeman —dijo Hornblower.

No iba a resultar nada sencillo virar en aquel canal tan estrecho, aun empujados por la marea. —Sí, señor— dijo Freeman.

Estuvo unos instantes calculando las distancias; los marineros continuaban atentos a las escotas, conscientes de la dificultad de las maniobras que se acercaban, esperando firmes el inminente chaparrón de órdenes. Al hincharse un momento las velas se avivó la marcha, pero ello los acercó peligrosamente a la margen de sotavento. Se entraron luego las escotas, giró la caña y la *Porta Coeli* avanzó de golpe unas yardas en el viento, perdiendo casi toda su marcha. Se cazaron las escotas, se inclinó ligeramente el timón a barlovento y otra vez tomó bríos, bien ceñida, pero torciendo perceptiblemente hacia la orilla de sotavento.

—¡Bien! —aprobó Hornblower.

Hubiese querido añadir una palabra de consejo en el sentido de que no convendría retrasar tanto la maniobra la próxima vez, pero observó que Freeman estaba midiendo las distancias y pensó que no hacía falta intervenir. Esta vez, Freeman no quería que el bergantín perdiera marcha. En cuanto las velas comenzaron a aletear, las facheó, metió caña, y esta vez entró en el viento a todo el ancho del río. Mirando hacia popa, Hornblower observó que la *Flame* seguía el ejemplo de su pareja. Era como si la orilla de sotavento viniese a encontrarles; no parecía que hubiese de tardar mucho en repetir la maniobra, y se sintió aliviado al ver que el recodo estaba ya bastante más cerca.

En aquel momento apareció la cabeza del duque por encima de la brazola de la pequeña escotilla, y toda la comitiva real comenzó a pulular sobre cubierta. Freeman miró desesperado a Hornblower, quien se encargó de tomar la decisión oportuna. Lanzó al cortesano más próximo (el palafrenero, precisamente) una mirada que cortó en seco la broma que iba contando a la dama a quien acompañaba.

—No es conveniente que su alteza real y su séquito estén ahora en cubierta —dijo en alta voz.

La alegre cháchara murió como fulminada; Hornblower contempló las caras mustias, y otra vez pensó en chiquillos, chiquillos mimados a quienes se niega un

insignificante capricho.

—El gobierno del buque requiere mucha atención —prosiguió Hornblower, para que le entendiesen bien.

Freeman estaba ya dando voces a los hombres de las escotas.

—Muy bien, *sir* Horatio —dijo el duque—. Venid, señoras; venid, caballeros.

Emprendió la retirada con la máxima dignidad posible, pero el último cortesano que bajó por la escotilla aún recibió un buen empujón de los marineros que iban y venían por el puente.

—¡Caña a barlovento! —gritó Freeman al timonel; y luego, en el breve instante de tomar impulso a todo ceñir, preguntó—: ¿Fijo los listones, señor?

Y al hacer tan afrentosa proposición, sonreía con malicia.

—No —cortó Hornblower, sin ganas de bromear.

En la siguiente bordada, la *Porta Coeli* consiguió doblar la punta. Viró en redondo; Freeman la hizo trasluchar limpiamente, y, otra vez con el viento por la aleta, el bergantín enfiló la recta, bordeada de colinas, cubiertas de bosques a un lado y de frescos prados al otro. Hornblower pensó un momento en enviar recado abajo para que la comitiva real subiese a cubierta durante el siguiente cuarto de hora, pero se abstuvo de hacerlo. Que siguieran abajo, Bárbara inclusive. Cogió el catalejo y trepó trabajosamente por los obenques; desde las crucetas del palo mayor divisaba una gran extensión del paisaje. Era extrañamente agradable estar allí sentado, contemplando aquella verde y placentera tierra de Francia, como cualquier viajero curioso. Los campesinos labraban la tierra, sin dedicar apenas una mirada a los dos hermosos navíos. No había en aquellos lugares el menor signo de guerra o desolación; Normandía, más allá de Caudebec, estaba aún intacta, sin huella alguna de ejércitos invasores. Luego, por un momento, al acercarse el bergantín al siguiente meandro, mientras se hacían preparativos para virar, Hornblower vislumbró Ruán muy lejos, con las torres y agujas de su catedral. Sintió una emoción singular, pero inmediatamente la ciudad quedó tapada por las colinas cubiertas de árboles al dar el bergantín la vuelta, y, cerrando de golpe el catalejo, descendió de nuevo a cubierta.

—Ya se acaba la marea, señor —dijo Freeman.

—Sí. Anclaremos en el próximo recodo, si le parece, señor Freeman. Ancle a proa y a popa, y haga señal a la *Flame* de proceder de igual forma.

—Sí, señor...

Los fenómenos naturales, como el anochecer y las mareas, no daban tantas inquietudes como los seres vivos y sus caprichos, como príncipes... y esposas. Los dos bergantines anclaron en la corriente, para aguantar la bajamar y las horas de oscuridad inmediatas. Hornblower tomó las naturales precauciones contra un ataque por sorpresa, tendiendo las redes de abordaje y destinando un par de lanchas a montar guardia a remo durante la noche; pero sabía que poco podía inquietarle aquella comarca exhausta y apática. De haberse encontrado alguna fuerza armada a peligrosa distancia, si Bonaparte hubiese estado operando al oeste de París, y no al este, las

cosas serían distintas; pero, con excepción de Bonaparte y la gente a quien obligaba a luchar en su favor, ya no había resistencia en Francia; estaba indefensa, presa inerte del primer conquistador que llegase.

Los pasajeros de la *Porta Coeli* continuaban alegres. Era un fastidio que el duque, la duquesa y sus cortesanos descubriesen continuamente que algún criado o algún bulto del equipaje, necesarios a bordo, iban en la *Flame*, y viceversa, de suerte que continuamente iban y venían botes entre los dos barcos; pero aquello parecía ser algo natural en ese tipo de gente. Era sorprendente que no se lamentaran apenas de las incomodidades y angosturas del local habilitado para dormir. Bárbara, filosóficamente, compartió con otras cuatro señoras el minúsculo camarote de Freeman, que apenas podía servir de incómodo cobijo a dos personas. Los sirvientes de las reales personas tendieron hamacas para ellos mismos bajo la divertida dirección de los marineros, sin hacer remilgos; era como si durante veinte años de destierro, de errar por toda Europa, hubiesen aprendido en la adversidad algunas lecciones que aún conservaban presentes en la memoria. Ninguno de ellos parecía dispuesto a dormir, pero, con la excitación que les dominaba y sus gratas esperanzas, probablemente tampoco habrían conciliado el sueño en lechos de pluma instalados en un palacio.

Ciertamente, Hornblower, después de intentar dormir una hora o dos en el coy tendido para él en el puente (no había dormido en coy desde que estuvo reparando la *Lydia* en la isla de Coiba), acabó por cejar en su empeño, y permaneció echado, contemplando el firmamento en la noche, salvo cuando un par de chaparrones le forzaron a taparse hasta la cabeza con el capote embreado que le proporcionaron. Así, despierto, por lo menos estaba seguro de que seguía soplando viento del oeste, como podía esperarse de la época del año. De haber amainado o cambiado, ya tenía decidido seguir hasta Ruán en los botes de los barcos. Pero no era necesario; el alba vino con un aumento de la brisa de occidente, acompañado de chubascos, y dos horas después de amanecer empezó a subir la marea y Hornblower pudo dar la orden de levar anclas.

Al dar vuelta el meandro siguiente, se vieron claramente las torres de la catedral; en el que vino después, sólo un estrecho istmo les separaba de la ciudad, aunque todavía quedaba por cubrir una larga y hermosa curva del río. Aún no había avanzado mucho la tarde cuando doblaron el último recodo y vieron toda la ciudad tendida ante ellos, la isla con sus puentes, sus muelles abarrotados de embarcaciones fluviales, el mercado al lado opuesto del embarcadero, y las altas torres góticas que contemplaron la tragedia del suplicio de Juana de Arco. Era un asunto peliagudo anclar justamente al pie de la ciudad, con la pleamar aún en curso; Hornblower tuvo que aprovechar una pequeña curva en la corriente para fachear por completo y fondear de popa, a dos cables más de la ciudad que en otras circunstancias cualesquiera. Escudriñó con su catalejo por si acudía alguna diputación a saludarles, y el duque se le acercó, propenso a irritarse a la menor dilación.

—Prepáreme un bote, por favor, señor Freeman —dijo Hornblower, por último—. ¿Quiere avisar a mi timonel?

Ya se estaba reuniendo gente en los muelles para mirar los buques ingleses, la enseña blanca y las flores de lis de los Borbones; desde hacía veinte años no las habían visto. La muchedumbre era enorme cuando Brown atracó el bote al muelle, debajo del mismo puente. Hornblower subió los escalones, bajo las miradas de la multitud, impasible y callada, muy distinta de cualquier otro gentío francés que hubiese visto antes. Divisó a un hombre uniformado, un sargento de vigilantes de Aduanas.

—Deseo ver al alcalde —anunció.

—Sí, señor —dijo el vigilante con respeto.

—Búsqueme un carruaje —ordenó Hornblower.

El otro vaciló un poco; miró en torno con cierto recelo, pero pronto comenzaron a oírse algunas voces que hacían sugerencias entre la multitud, y no tardó en aparecer un ruidoso coche de alquiler. Hornblower montó en él y se alejaron con estrépito. El alcalde le recibió en el umbral del Ayuntamiento, adonde se dirigió desde su escritorio tan pronto como tuvo noticia de su llegada.

—¿Dónde está la recepción para su alteza real? —preguntó Hornblower—. ¿Por qué no se han disparado salvas? ¿Cómo es que no han echado las campanas a vuelo?

—*Monsieur*... Excelencia... —El alcalde no sabía exactamente el significado del uniforme y la cinta de Hornblower, y quería asegurarse—. No sabíamos... no estábamos seguros...

—Pero han visto el estandarte real —dijo Hornblower—. Sabían que su alteza real venía hacia aquí desde El Havre.

—Sí, ha habido rumores —dijo el alcalde, remiso—. Pero...

Lo que el alcalde quería decir es que esperaba ver llegar al duque no sólo con fuerzas abrumadoras, sino de un modo discreto, para que nadie tuviera que declararse ostensiblemente a favor de los Borbones dispensándole un recibimiento inequívocamente favorable. Y aquello era precisamente lo que Hornblower había venido a imponerle.

—Su alteza real —dijo Hornblower— está seriamente enojado. Si quiere usted recuperar su favor y el de su majestad el rey, que seguirá al suyo, deberá hacer cuanto pueda, como desagravio. Dentro de dos horas tendrá preparada una diputación; usted, todos los concejales, los notables, el prefecto y el subprefecto, si continúan aquí, toda persona de relieve, para dar a monseñor la bienvenida cuando desembarque.

—*Monsieur*...

—Se tomará nota de los que acudan y los que no acudan —dijo Hornblower—. Las campanas de las iglesias pueden comenzar a repicar en seguida.

El alcalde trató de resistir la mirada de Hornblower. Aún tenía miedo de Bonaparte, aún le aterraba pensar que un revés de fortuna pudiera dejarle a merced del corso, ante quien tendría que responder de su conducta con los Borbones. Y, por

otra parte, Hornblower sabía muy bien que, si lograba persuadir a la ciudad a ofrecer una bienvenida franca, Ruán lo pensaría muy bien antes de cambiar de bando por segunda vez. Estaba decidido a ganar aliados para su causa.

—Dos horas —añadió— serán más que suficientes para todos los preparativos, y para que se reúna la diputación, se adornen las calles y se dispongan alojamientos para sus altezas reales y el séquito.

—*Monsieur*, no comprende usted lo que eso significa —protestó el alcalde—. Significa que...

—Significa que deben decidir entre gozar del favor del rey o no —le cortó Hornblower—. Esto es lo que se les da a escoger.

Hornblower se guardó de apuntar que el alcalde también debía escoger entre arriesgarse o no a perecer en la guillotina a manos de Bonaparte.

—Una persona inteligente —dijo Hornblower, con intención— no dudaría un momento.

Tan indeciso estaba el alcalde que Hornblower llegó a pensar en la necesidad de recurrir a las amenazas. Podía amenazarle con una cruel venganza al día siguiente, o al otro, cuando llegara el ejército en su avance; más aún, podía asustarle con reducir la ciudad a escombros en el acto con los cañones de sus barcos, pero no era ésta amenaza que deseara poner jamás en ejecución, pues nada sería más inadecuado para dar la impresión que pretendía producir de un pueblo que recibía a sus príncipes después de muchos años de sufrimiento bajo un tirano.

—El tiempo apremia —insistió Hornblower, consultando su reloj.

Fue cosa de minutos ultimar los detalles. Hornblower había aprendido mucho de Hau respecto a desplegar los aspectos públicos de la realeza. Luego se despidió y regresó en el coche al puerto, entre los grupos silenciosos, hacia donde Brown esperaba en el bote, cada vez más inquieto. Apenas habían alcanzado la corriente cuando Brown aguzó el oído. El carillón de una iglesia comenzó a repicar, y no había pasado un minuto cuando se oyó el tañido de otras campanas. En el puente de la *Porta Coeli*, el duque escuchó lo que Hornblower tenía que decirle. La ciudad se disponía a darle la bienvenida.

Y cuando desembarcaron en el muelle, allí se encontraba una asamblea de notables, según lo convenido; carruajes y caballos, banderas blancas en las calles, y una multitud inerte, paralizada de angustia. Pero aquello significaba que Ruán se mantendría tranquila durante su permanencia en la ciudad, que la recepción ofrecería al menos una apariencia de alegría, de modo que Bárbara y Hornblower se retiraban todas las noches agotados.

Hornblower revolvía la cabeza en la almohada cuando una llamada a la puerta penetró al fin en su conciencia.

—¡Adelante! —gritó; Bárbara, a su lado, se agitó mohína cuando él alargó el brazo, medio en sueños, y descorrió las cortinas.

Era Dobbs, en zapatillas y mangas de camisa, los tirantes colgando y el pelo

enmarañado. Llevaba una vela en una mano y un despacho en la otra.

—¡Se acabó! —dijo—. ¡Bonaparte ha abdicado! ¡Blucher está en París!

¡Al fin! Era la victoria; el fin de veinte años de guerra. Hornblower se incorporó, y guiñó los ojos a la luz de la vela.

—Hay que decírselo al duque —murmuró. Estaba reflexionando—. ¿Continúa el rey en Inglaterra? ¿Qué dice el despacho?

Se tiró de la cama en camisón, mientras Bárbara se quedaba sentada, con los cabellos en desorden.

—Muy bien, Dobbs —dijo Hornblower—. Saldré dentro de cinco minutos. Haga que despierten al duque y le prevengan de que iré a verle al instante.

Cogió los pantalones al desaparecer Dobbs, y, en equilibrio sobre una pierna, cruzó su mirada con la de Bárbara, medio dormida.

—Es la paz —dijo—. Se acabó la guerra.

Aunque le habían despertado con brusquedad, Hornblower se vistió e hizo todo lo demás extraordinariamente deprisa. Estaba recogiendo el camisón dentro de los pantalones, y el largo faldón de aquella prenda cálida y voluminosa hacía un bulto incómodo y antiestético cuando Bárbara replicó.

—Sabíamos que llegaría —dijo, algo displicente. Durante los acontecimientos de los últimos días había tenido muy poco tiempo para dormir.

—Hay que informar en seguida al duque, de todos modos —dijo Hornblower, introduciendo los pies de golpe en los zapatos—. Espero que parta hacia París con el alba.

—¿Con el alba? ¿Qué hora es?

—Me parece que serán las tres.

—¡Oh! —exclamó Bárbara, dejándose caer otra vez sobre la almohada.

Hornblower se puso la casaca y se detuvo un momento para besar a Bárbara, pero ella le devolvió la caricia sólo por fórmula.

El duque le hizo esperar quince minutos en el salón de la residencia del desaparecido prefecto, donde le habían instalado. Oyó la noticia con sus consejeros en torno, y su real estoicismo no le consintió exteriorizar la menor emoción.

—¿Qué hay del usurpador? —Fue su primera pregunta, después de escuchar los informes de Hornblower.

—Su futuro está decidido en parte, alteza. Le han prometido una soberanía de poca importancia —dijo Hornblower.

Y al decirlo, le pareció absurdo.

—¿Y su majestad, mi tío?

—El despacho no dice nada, alteza. Sin duda Su Majestad saldrá de Inglaterra ahora. Tal vez esté ya en camino.

—Hemos de estar en las Tullerías para recibirle.

CAPÍTULO XVI



Hornblower se hallaba sentado en su gabinete del Hotel Maurice, en París, relejendo el crujiente pergamino que le habían entregado el día anterior. Su formulación podía considerarse tan satisfactoria como su sentido, para quien se cuidara de tales cosas:

Puesto que la grandeza y estabilidad del Imperio Británico depende principalmente del conocimiento y la experiencia en asuntos marítimos, estimamos dignos de los máximos honores a quienes, actuando bajo Nuestra influencia, se esfuerzan por mantener Nuestro dominio en el mar. Por esta razón hemos decidido ascender a la dignidad de Par a Nuestro leal y bien amado *Sir* Horatio Hornblower, Caballero de la Muy Honorable Orden de Bath, quien, vástago de una antigua familia de Kent, y educado desde su juventud en el servicio naval, a través de varios puestos ha llegado a una alta graduación en Nuestra Armada por obra de sus propias aptitudes y de un mérito que hemos apreciado en los muchos de importantes servicios que ha prestado con notable fidelidad, valor y acierto. En las últimas intensas guerras que han torturado a Europa durante largos años, guerras pródigas en combates y expediciones navales, apenas hubo acción de relieve en que no tomara parte principal, ni peligros o dificultades que no lograra vencer, por grandes que fuesen, con su magnífica conducta y una buena fortuna que nunca le ha abandonado.

Es justo, pues, que distingamos con títulos más eminentes a quien tan bien ha servido a Nos y a su patria, no sólo como testimonio de su propio mérito, sino para estimular a otros al amor y la prosecución de la virtud.

De modo que ya era par del Reino, barón del Reino Unido, lord Hornblower de Smallbridge, condado de Kent. Sólo había en la historia otros dos o tres ejemplos de un oficial de marina elevado a la dignidad de par antes de llegar al grado de almirante. Lord Hornblower de Smallbridge; naturalmente, había decidido conservar su propio nombre en el título. Podía haber algo de grotesco en el apellido Hornblower, pero le tenía apego, y no estaba por perderlo en el casi anonimato de un lord Smallbridge o lord Tal o Cual. Aquello podía irle bien a Pellew, quien, según había oído, en adelante iba a llevar el nombre de lord Exmouth, pero él no quería cambiar. Su cuñado, al avanzar un grado en la nobleza, había trocado su título de territorial en personal, convirtiéndose en marqués de Wellesley, en vez de conde de Morington. El otro cuñado, en la imposibilidad de usar el apellido Wellesley por habersele adelantado su hermano, se hacía llamar Wellington, al parecer tratando de conservar todo lo posible el nombre familiar. Ya era duque, mucho más que un simple barón. Pero ahora los tres eran pares; lores, legisladores hereditarios. El pequeño Richard se había convertido en el honorable Richard Hornblower, y algún día llegaría a ser lord Hornblower, sucediendo a su padre. Todas las formalidades concernientes a

los títulos eran divertidos. Bárbara, por ejemplo, como hija de un conde (era el rango de su padre lo que importaba, no el hecho de que uno de sus hermanos fuese marqués y el otro duque), tenía más derecho de prelación que como esposa de un caballero de Bath. Había sido *lady* Bárbara Hornblower hasta el día anterior. Pero hoy, como resultado del título otorgado a su marido, pasaba a ser *lady* Hornblower.

Sonaba bien aquello: lord y *lady* Hornblower. Era un gran honor y una gran distinción, la culminación de su carrera profesional. Ah, sí, a decir verdad, todo le parecía una verdadera sarta de disparates. Un manto, y una corona. Hornblower se estiró en su silla al ocurrírsele una idea. La ridícula profecía de Freeman al echarle las cartas en el camarote de la *Flame*, cuando habló de una corona de oro, se veía confirmada ahora. Fue un pronóstico sorprendentemente astuto por parte de Freeman; ni él mismo pensó un momento en la posibilidad de que le hiciesen par. Pero el resto de la profecía de Freeman se había venido abajo. Peligro y una mujer rubia, había dicho. Y ahora se acababa el peligro al llegar la paz, y en su vida no existía ninguna mujer rubia, a menos de conceptuar como tal a Bárbara, con sus ojos azules y su cabello castaño claro.

Irritado, se puso en pie y tal vez se disponía a dar paseos por la estancia, cuando Bárbara salió en aquel momento de la alcoba, ataviada para la reunión del embajador. Iba de blanco, sin adornos, pues aquella velada se había dispuesto como culminante demostración de lealtad a los Borbones, y las señoras tenían que ir de blanco, sin tener en cuenta si este color favorecía o no a su tez; aquélla podía ser la prueba más convincente de su devoción a la dinastía recién restaurada. Hornblower cogió el sombrero y la capa, dispuesto a acompañarla; era la cuadragésima vez en cuarenta noches que llevaba haciendo lo mismo, si no estaba equivocado.

—No estaremos hasta muy tarde en casa de Arthur —dijo Bárbara.

Arthur era su hermano, el duque de Wellington, últimamente trasladado, con general sorpresa, del mando supremo del ejército que combatía en Francia a la embajada de su majestad británica cerca de su majestad cristianísima. Hornblower hizo un gesto de sorpresa.

—Tenemos que ir a los Polignac —explicó Bárbara—, a ver a *Monsieur le Prince*.

Monsieur le Prince era el príncipe de Condé, de una rama más joven de los Borbones. Hornblower había comenzado a aprender a moverse por los laberintos de la sociedad francesa, complejidades del pasado siglo transportadas en su totalidad al presente. Se preguntó si él sería el único que los considerase anacronismos trasnochados. *Monsieur le Prince*, *monsieur le duc* (el duque de Borbón, ¿no era así?), y *monsieur* a secas, esto es, el conde de Artois, hermano y heredero del rey. En cambio, *monseigneur* era el duque de Angulema, hijo de *monsieur*, que sería delfín si su padre sobrevivía a su tío. El nombre mismo, delfín, era anticuado, algo que hacía pensar en épocas de oscurantismo. Y el futuro delfín, como bien sabía Hornblower, era un hombre de estupidez probada, cuya característica más recordada consistía en

una risa muy chillona, parecida al cacareo de una gallina.

Habían bajado ya las escaleras, y Brown los esperaba para guiarlos al carruaje.

—A la Embajada británica, Brown —ordenó Hornblower.

—Sí, milord.

Brown no se había equivocado ni una sola vez en las veinticuatro horas que llevaba ostentando el título. Hornblower, exasperado, reconoció que hubiera dado cualquier cosa por oírle equivocarse y decir «Sí, señor». Pero Brown era un individuo demasiado despierto y perspicaz para cometer tal error. Resultaba sorprendente que hubiese optado por continuar a su servicio. Le sobraban condiciones para haber hecho carrera por su cuenta.

—No escuchas una sola palabra de lo que te estoy diciendo —dijo Bárbara.

—Perdóname, por favor, querida —se excusó Hornblower. No había manera de negar su culpa.

—Es muy importante —insistió Bárbara—. Arthur va a Viena a representarnos en el Congreso. Castlereagh ha regresado para regentar la Casa.

—¿Es que va a dejar la Embajada? —preguntó Hornblower, sosteniendo cortésmente el diálogo.

El coche iba rebotando sobre los guijarros; las ocasionales luces tras las ventanas revelaban la bulliciosa muchedumbre de París, con sus variados uniformes, en el torbellino de la paz.

—Claro. Esto es mucho más importante. Todo el mundo estará en Viena. No faltará representación de ninguna corte.

—Así lo creo —dijo Hornblower.

Los destinos del orbe habían de decidirse en el Congreso.

—Eso era lo que intentaba decirte. Arthur necesitará allí una persona que lleve la casa (habrá constantes festejos, como es natural), y me ha pedido que le acompañe.

—¡Dios mío!

El diálogo cortés había ido derecho al borde de este abismo.

—¿No crees que es maravilloso? —preguntó Bárbara.

Hornblower estaba a punto de contestar «Sí, querida», cuando surgió en él la rebelión. Había soportado ya muchos martirios por causa de su esposa. Y éste iba a ser mucho más violento y prolongado. Bárbara sería la señora de la casa en la mansión del delegado más importante del más trascendental congreso del mundo. Las semillas de la diplomacia, bien lo sabía Hornblower, se plantaban más a menudo en los salones que en los despachos ministeriales. El salón de *lady* Bárbara tendría que ser un lugar de intriga y doblez.

Ella sería la señora, Wellington el hombre de la casa... Y él, ¿qué papel pintaría? El de alguien más innecesario de lo que actualmente era. Hornblower contempló, desplegada ante su vista, una sucesión de salones, bailes, visitas al *ballet*, fuera del círculo interno, y también del externo; todo eso ocurriría dentro de tres meses. Nadie le confiaría secretos de gobierno, ni tampoco le interesaban las murmuraciones y

escándalos corteses del gran mundo. Un pez fuera del agua es lo que sería... y no estaba mal la metáfora, tratándose de un oficial naval en los salones de Viena.

—¿No me respondes? —preguntó Bárbara.

—¡No se me ocurre nada! —profirió Hornblower.

Era singular que, con todo su tacto y su intuición, siempre recurriera a matar mosquitos a cañonazos en sus raras discusiones con Bárbara.

—¿No aceptarías, querido?

En el curso de aquella breve pregunta, el tono de Bárbara cambió de desencanto a agria hostilidad.

—¡No! —rugió Hornblower.

Había estado conteniendo sus sentimientos tanto tiempo y con tal fuerza que la explosión tenía que ser violenta.

—¿Me privarías de lo más importante que me ha ocurrido en la vida? —dijo Bárbara, con cierto deje de frialdad.

Hornblower trató de dominarse. Sería más sencillo ceder, sencillísimo. Pero no, no lo haría. No podía hacerlo. Sin embargo, Bárbara tenía razón al decir que aquello sería algo maravilloso. Asistir a un Congreso Europeo, dirigir un salón, ayudar a forjar el porvenir del mundo... Pero, por otra parte, Hornblower no sentía el menor deseo de ser un miembro más, y además un miembro insignificante, del clan de los Wellesley. Había sido capitán de barco demasiado tiempo. No le gustaba la política, ni siquiera a escala europea. No le seducía besar la mano a condesas húngaras, ni intercambiar tonterías con grandes duques rusos. Aquello pudo ser divertido en días pretéritos, cuando su reputación profesional dependía de éxitos por el estilo, como había ocurrido^[4]. Pero necesitaba un motivo más serio que el de mantener, sencillamente, su reputación de galán.

Las disputas en un coche parecían alcanzar siempre su punto crítico al final del trayecto. El carruaje se había detenido, y unos lacayos con la librea de Wellington abrieron la portezuela antes de que Hornblower tuviese tiempo de explicarse o dar excusas. Al entrar en la Embajada, Hornblower, mirando de soslayo y lleno de aprensión, observó que el semblante de Bárbara estaba encendido, y sus ojos brillaban peligrosamente. Así continuaron mientras duró la recepción; Hornblower la buscó con la mirada siempre que tuvo ocasión, y siempre la encontró muy animada, o riendo con sus acompañantes, o dando golpecitos con el abanico. ¿Estaba coqueteando? Las casacas rojas, las azules, las negras y las verdes que se reunían a su alrededor inclinaban sus hombros en evidente deferencia a ella. A cada nueva mirada aumentaba el enojo de Hornblower.

Pero se contuvo, decidido a dar explicaciones.

—Será mejor que vayas a Viena, querida —dijo, cuando, ya en el carruaje de nuevo, se dirigían a casa de los Polignac—. Artuhr te necesita... es tu deber.

—¿Y tú? —preguntó Bárbara. Su tono seguía siendo frío.

—No me necesitas. Sería un aguafiestas. Volveré a Smallbridge.

—Eres muy amable —dijo Bárbara.

Altiya como era, le molestaba un poco tener que estar agradecida a alguien. Pedir permiso ya era bastante malo; recibirlo a regañadientes resultaba horrible.

Pero ya habían llegado a casa de los Polignac.

—Milord y *milady* Hornblower —tronó el mayordomo.

Presentaron sus respetos al príncipe, y los señores de la casa los saludaron. ¡Demonios! ¿Qué...?

La cabeza, le daba vueltas y el corazón le saltaba dentro del pecho; le zumbaban los oídos, como cuando tuvo que luchar por su vida en las aguas del Loira. Todo el brillo del salón se había empañado, al parecer, envuelto en nieblas, dejando ver tan sólo un rostro. Marie le miraba desde el otro lado de la estancia, con una sonrisa de turbación en sus labios. ¡Marie! Hornblower se pasó la mano por la cara, se esforzó por pensar con claridad, como había tenido que hacer en ocasiones en medio de la fatiga del combate. ¡Marie! No muchos meses antes de casarse con Bárbara había dicho a Marie que la amaba, y al decirlo estaba seguro de su sinceridad. Y ella le había confesado que también le amaba, y sus lágrimas le habían mojado el semblante. Marie, tan tierna, tan apasionada, tan sincera; Marie, que le había necesitado, y cuya memoria traicionó al casarse con Bárbara^[5].

Cobró fuerzas y cruzó el salón hacia ella, para besar con sencilla formalidad la mano que le ofrecía. Aún conservaba en sus labios aquella turbada sonrisa; aquella expresión era la misma de cuando... de cuando él había tomado egoístamente todo lo que ella podía darle, como cualquier chiquillo atolondrado que pide a una madre amante que se sacrifique. ¿Cómo podía atreverse a mirarla otra vez a los ojos? Y, sin embargo, se atrevió. Se miraron ambos con fingida extrañeza. Hornblower tuvo la impresión de algo vivo, vital. Marie iba vestida de brocado de oro. Sus ojos parecían arder dentro de él, y no en sentido figurado. Mentalmente trataba de aferrarse a Bárbara, como un náufrago a un mástil roto, juguete de las olas. Bárbara, esbelta y elegante; Marie, cálida y opulenta. Bárbara de blanco, que no la favorecía; Marie, de oro. Los ojos azules de Bárbara, chispeantes, y los pardos de Marie, ardientes y acariciadores. El cabello de Bárbara, castaño claro; el de Marie, dorado, tirando a rojizo. No era posible pensar en Bárbara mirando a Marie.

Allí estaba el conde, amable y burlón, esperando su saludo... El hombre más bondadoso del mundo, cuyos tres hijos habían muerto por Francia, y que en cierta ocasión había dicho a Hornblower que sentía hacia él paternal afecto. Hornblower le estrechó la mano con desbordante efusión. Las presentaciones no fueron fáciles. No era fácil presentar a su mujer y su amante.

—*Lady* Hornblower, *madame* la vizcondesa de Graçay. Bárbara, querida, *monsieur le comte* de Graçay.

¿Estaban midiéndose mutuamente las dos mujeres? ¿Cruzaban sus armas su esposa y su amante, la mujer a quien públicamente había elegido y aquella a quien había amado en secreto?

—El señor conde —dijo Hornblower, febrilmente— y su nuera fueron quienes me ayudaron a escapar de Francia. Me tuvieron oculto hasta que terminó la búsqueda.

—Lo recuerdo —dijo Bárbara. Se volvió hacia ellos, hablándoles en su horrible francés de colegio—. Estoy eternamente agradecida a ustedes por lo que hicieron por mi marido.

Era difícil. En los semblantes de Marie y del conde se pintó una expresión de perplejidad; aquélla no se parecía a la mujer que había descrito Hornblower hacía cuatro años, cuando era un fugitivo oculto en su casa. No podían suponer que María hubiera muerto y que Hornblower se hubiese casado poco después con Bárbara, tan distinta de su antecesora.

—Lo volveríamos a hacer, *madame* —dijo el conde—. Afortunadamente, no habrá ocasión de repetirlo.

—¿Y el teniente Bush? —preguntó Marie a Hornblower—. Espero que se encuentre bien.

—Ha muerto, *madame*. Cayó en el último mes de guerra. Había ascendido ya a capitán.

—¡Oh!

Era una tontería decir que había ascendido a capitán. No lo sería en otro cualquiera. Un oficial de la Armada estaba siempre tan pendiente del ascenso que, hablando de un simple conocido, podría creerse compensada su muerte por el hecho de haber llegado a capitán. Esto no podía aplicarse a Bush.

—Lo siento —dijo el conde. Vaciló antes de seguir; ahora que habían escapado de la pesadilla de la guerra, daba miedo preguntar por viejos amigos que tal vez hubiesen muerto—. ¿Y Brown, aquel pilar de fortaleza? ¿Está bien?

—Perfectamente, señor conde. Ahora es mi criado de confianza.

—Leímos algo sobre su fuga —intervino de nuevo Marie.

—En el estilo peculiar de Bonaparte —añadió el conde—. Apresó un buque, el..., el...

—La *Witch of Endor*, señor.

¿Era todo aquello demasiado doloroso o demasiado placentero? Le asaltaba multitud de recuerdos del castillo de Graçay, de la escapatoria Loira abajo, del regreso triunfal a Inglaterra; recuerdos de Bush, y también de Marie, dulces como la miel. La miró a los ojos, y vio en ellos una bondad infinita. ¡Dios mío! Aquello era insoportable.

—Pero no hemos hecho lo que era de rigor desde un principio —dijo el conde—. No le hemos felicitado como se merece por el reconocimiento con que han premiado sus servicios en su patria. Es un lord inglés, y sé bien todo lo que eso significa. Mi más sincera enhorabuena, milord. Nada, nada puede darme una satisfacción mayor.

—Ni a mí —apostilló Marie.

—Gracias, gracias —dijo Hornblower, inclinándose con timidez.

También para él era una de las mayores satisfacciones de su vida ver el orgullo y

el afecto que irradiaba del viejo semblante del conde.

Hornblower se percató de que Bárbara, allí presente, había perdido el hilo de la conversación. Le hizo una apresurada traducción al inglés, y ella, sonriente, hizo al conde un signo de asentimiento; pero la traducción fue una jugada errónea. Habría sido preferible dejar a Bárbara que continuara con su detestable francés; una vez que él comenzó a actuar de intérprete, la barrera del idioma se alzó mucho más alta, y vino a convertirse en intermediario entre su esposa y sus amigos, tendiendo a mantenerla a ella a distancia.

—¿Le gusta la vida de París, *madame*? —preguntó Marie.

—¡Oh, sí, muchas gracias! —dijo Bárbara.

Le parecía a Hornblower que ambas mujeres no simpatizaban. Aventuró una alusión a la probable marcha de Bárbara a Viena; Marie escuchó, entusiasmada al parecer por la buena suerte de Bárbara. La conversación se hizo formal y pomposa; Hornblower no quería confesar que era el resultado de haber intervenido su esposa en ella, y, sin embargo, esta conclusión fue la que se formó en su conciencia íntima. Deseaba charlar libre y sin trabas con Marie y el conde, y algo se lo impedía delante de Bárbara. Sintió un verdadero alivio mezclado con pesar cuando el movimiento de la gente que les rodeaba y la proximidad del dueño de la casa indicaron la necesidad de disolver el grupo. Cambiaron sus señas, se prometieron visitarse, si la probable partida de Bárbara a Viena les dejaba tiempo. Al inclinarse ante Marie, Hornblower observó en sus ojos un atisbo de tristeza que le desgarró el alma.

De nuevo en el coche para volver a su hotel, Hornblower sintió un curioso calorcillo de virtud al pensar que había sugerido a Bárbara ir a Viena sin él antes de haberse encontrado con los Graçay. La razón de sentirse por ello más tranquilo no podía sospecharla, pero le gustó que se le hubiese ocurrido. Una vez en sus habitaciones, se sentó en bata y estuvo hablando con Bárbara mientras Hebe se dedicaba a los complicados procesos de desnudarla y peinarla para la noche.

—Cuando me hablaste al principio de la proposición de Arturo, querida —dijo—, apenas me di cuenta de lo que suponía. Estoy encantado. Serás la primera dama de Inglaterra. Nada más justo.

—¿No quieres acompañarme? —insistió Bárbara.

—Creo que serás más dichosa sin mí —dijo Hornblower, con absoluta sinceridad.

En cierto modo tenía la certeza de que le echaría a perder sus diversiones si se veía obligado a soportar una sucesión de bailes y *ballets* en Viena.

—¿Y tú? —preguntó Bárbara—. ¿Serás feliz en Smallbridge?

—Tan feliz como es posible serlo sin ti, querida —respondió Hornblower; y así lo pensaba.

Hasta aquel momento no habían vuelto a cambiar una palabra a propósito de los Graçay. Bárbara no tenía, por fortuna, la vulgar costumbre, que tanto le había desagradado en su primera mujer, de hablar de las personas a quienes acababan de dejar. Estaban acostados y ella tenía las manos en las de su marido cuando los

mencionó, súbitamente, sin preliminares y como al descuido.

—Tus amigos los Graçay son encantadores, ¿verdad? —dijo.

—¿No son tal como te los habría descrito? —preguntó a su vez Hornblower, muy aliviado por el hecho de que, al referir a Bárbara sus aventuras, no había tratado de soslayar aquel episodio, aun cuando no se lo hubiese contado todo... ni mucho menos. Luego, con cierta torpeza, añadió—: El conde es uno de los hombres más agradables y bondadosos que hay en el mundo...

—Ella es muy guapa —dijo Bárbara, siguiendo inflexible sus propias reflexiones—. Esos ojos, esa piel, esos cabellos. A menudo, las mujeres de pelo rojizo y ojos pardos tienen la tez fea.

—La suya es perfecta —convino Hornblower. Le parecía que lo más conveniente era mostrarse de acuerdo.

—¿Por qué no se habrá vuelto a casar? —Se preguntaba Bárbara—. Debió de casarse muy joven y lleva viuda bastantes años, ¿no?

—Desde Aspern —explicó él—. En 1809. Uno de los hijos cayó en Austerlitz, el otro en España, y su esposo, Marcel, en Aspern.

—Hace ya casi seis años —dijo Bárbara.

Hornblower intentó explicárselo. Marie no era de sangre azul; la fortuna que pudiera corresponderle volvería a los Graçay si se casaba de nuevo, y la vida retirada que hacían le procuraba pocas ocasiones de conocer posibles maridos.

—Ahora frecuentarán mucho la buena sociedad —comentó Bárbara, pensativa. Y unos momentos después, sin venir a cuento, añadió—: Tiene la boca demasiado ancha.

Aquella noche, con Bárbara a su lado, respirando tranquilamente, Hornblower pensó en lo que su mujer había dicho. No le gustaba imaginar a Marie casada de nuevo, lo cual era totalmente ridículo por su parte. Casi preferiría no volverla a ver nunca. Podía visitarla una vez, antes de regresar a Inglaterra, pero aquello sería todo. Pronto estaría de vuelta a Smallbridge, en su propia casa, con Richard, y con criados ingleses que le atendieran. La vida, en el futuro, podría ser insulsa y sin sobresaltos, pero sería dichosa. Bárbara no estaría en Viena para siempre. Con su mujer y su hijo llevaría una vida sana, ordenada y provechosa. Aquélla era una buena resolución para cerrar los ojos y disponerse a dormir.

CAPÍTULO XVII



Dos meses después, iba Hornblower sentado en una silla de posta que atravesaba Francia hacia Nevers y el castillo de Graçay. El Congreso de Viena seguía reunido o bailando (alguien había observado que el Congreso bailaba, pero no adelantaba) y Bárbara continuaba dando fiestas. El pequeño Richard pasaba ahora las mañanas en el aula, y en Smallbridge no había nada que hacer para un hombre activo, salvo sentirse solo. La tentación le había asaltado como un asesino. Seis semanas de cavilaciones por la casa terminaron por hartarle; seis semanas de un invierno inglés de lluvia y nubes, seis semanas de continuo acoso por parte del mayordomo, el ama de gobierno y el aya, seis semanas de esporádicas cabalgadas por las sendas y de aguantar la compañía de sus bucólicos vecinos. Como capitán había sido un hombre solitario, pero siempre muy ocupado, lo cual era distinto de estar solo y no tener nada que hacer. Incluso la asistencia a reuniones en París había sido preferible a aquello.

Un buen día se encontró hablando con Brown, rememorando viejos episodios, evocando tiempos pasados, y eso no podía continuar. Tenía que pensar en su propia dignidad; ningún hombre fuerte podía permitirse la debilidad de suspirar por actividad e interés. Y Brown había hablado con entusiasmo de Francia, del castillo de Graçay, de su fuga por el Loira al mar... Tal vez era culpa de Brown que los pensamientos de Hornblower se encaminaran cada vez más hacia Graçay. Como fugitivo había encontrado allí buena acogida, un hogar, amistad y cariño. Pensó en el conde (tal vez porque la conciencia le turbaba, pero lo cierto es que pensó en el conde antes que en Marie), en su cortesía, su amabilidad y su bondadoso carácter. Muerto Bush, tal vez no había hombre en el mundo por quien Hornblower sintiese más afecto que por el conde. El lazo espiritual que había percibido años antes continuaba existiendo. Bajo la superficie de sus pensamientos quizás hubiese una tumultuosa corriente oculta de recuerdos de Marie, pero no se daba cuenta. Todo lo que sabía es que, una mañana, la presión de su desasosiego se hizo insoportable. Manoseaba en el bolsillo la grata misiva del conde, recibida unos días antes, hablándole de su regreso con su nuera a Graçay y reiterando su invitación a que pasara con ellos una temporada. Luego llamó a Brown para que preparase ropa para ambos y enganchara caballos al coche.

Hacía dos noches habían dormido en el Signo de la Sirena, en Montargis, y la última noche lo hicieron en la casa de postas de Briare. Ahora marchaban por una carretera solitaria que dominaba el Loira, el cual corría como un océano gris a su derecha, ancho y desolado, con algún sauce perdido de vez en cuando que se agarraba al suelo, sumergido hasta media altura en el agua. La lluvia azotaba furiosamente la capota del carruaje, resonando, al chocar contra el tirante cuero, con un estrépito que

hacía difícil la conversación. Brown iba sentado a su lado; el infeliz postillón se había calado el sombrero hasta las orejas para juntarlo con el cuello de su esclavina e iba montado en el caballo de la izquierda, delante de ellos. Brown llevaba los brazos cruzados, como un criado modelo, presto a conversar cortésmente si Hornblower mostraba deseos de ello, y guardando un discreto silencio mientras no le hablaran. Se había ocupado muy bien de los pormenores del viaje. Aunque la verdad es que tampoco era difícil para un milord inglés viajar por Francia. Todo encargado de postas, por insolente que fuese, era todo deferencia en cuanto oía mencionar el título de Hornblower.

El flamante lord notó que Brown se enderezaba junto a él, y luego miraba fijamente hacia adelante, a través de la caudalosa lluvia.

—El Bec d'Allier —dijo Brown, sin esperar a que le hablaran.

Hornblower vio el lugar en el que el gris Allier afluía al Loira en ángulo agudo; toda aquella comarca estaba sujeta a moderadas inundaciones. Era algo singular contar con un timonel que hablaba francés con facilidad y buen acento, como Brown, que seguramente aprovechó (bien lo sabía Hornblower) los meses que pasó en el piso bajo de Graçay, cuando se escaparon juntos, ellos y Bush. Hornblower observó en Brown una creciente excitación, comparable a la suya propia, y aquello era difícil de explicar en el caso de Brown. No había motivo para que éste sintiese la misma nostalgia que él por Graçay.

—¿Recuerda cuando vinimos por aquí? —preguntó Hornblower.

—Ya lo creo, milord, que me acuerdo —dijo Brown.

Siguiendo el curso del Loira había realizado, su histórica fuga de Francia, un largo viaje, curiosamente feliz, a Nantes, a Inglaterra y a la fama. Graçay no podía estar ya a muchas millas; Brown iba inclinado con impaciencia en la silla de posta. Allí estaba, con sus torrecillas grises cilíndricas, apenas visibles a lo lejos sobre el fondo gris del cielo, a través de la lluvia. Una bandera que ondeaba en el mástil pintaba una diminuta mancha más oscura por encima del castillo. Allí estaba el conde y también Marie. El postillón puso los alicaídos caballos a un trote más vivo, y el castillo fue acercándose; ya llegaba el momento increíble. Todo el camino desde Smallbridge, a partir del momento en que Hornblower había decidido emprender el viaje, le pareció imposible que fuesen hacia Graçay. Hornblower se veía a sí mismo como un chiquillo que llora pidiendo la luna, pues su objetivo le inspiraba tal deseo que le parecía totalmente fuera de su alcance. Pero allí estaban, deteniéndose ante las puertas, que se abrían ya para dar entrada al vehículo en el patio, que tanto recordaba. Allí estaba el viejo mayordomo, Félix, corriendo bajo la lluvia para darles la bienvenida, y más allá, junto a las cocinas, se veía a un grupo de sirvientes, entre ellas la gorda Jeanne, la cocinera. Y al lado de la silla, en lo alto de los escalones de piedra, resguardándose de la lluvia por el tejado saliente, el conde y Marie. Era como volver al hogar.

Hornblower descendió del coche con torpeza. Se inclinó para besar la mano a

Marie; luego se abrazaron el conde y él, mejilla contra mejilla, espontáneamente. El conde le daba golpecitos en la espalda.

—Bienvenidos. Bienvenidos.

No había deleite en la tierra comparable con aquella sensación de que se le esperaba y de que su llegada causaba placer. Otra vez veía la sala, tan presente siempre en su memoria, con las antiguas sillas doradas estilo Luis XVI. La rugosa cara del conde estaba llena de contento, y Marie no dejaba de sonreír. Aquel hombre le había desgarrado el corazón una vez, y estaba dispuesta a sacrificárselo nuevamente (bien lo sabía), porque le amaba. Hornblower no veía más que su sonrisa, acogedora y... ¿maternal, quizás? Había una altiva tristeza en aquella sonrisa, tal vez como la de una madre viendo crecer a su hijo a sabiendas de que pronto ha de perderle. Hornblower experimentó aquella sensación de un modo fugaz; sus dotes de observación tropezaron al punto con una oleada de emociones personales. Deseaba estrechar a Marie, sentir su cuerpo opulento entre sus brazos, olvidar sus preocupaciones, sus dudas, sus desilusiones, en la embriaguez de aquel abrazo; lo mismo que cuatro años antes, egoístamente, había encontrado allí el olvido.

—Es una llegada más alegre que la otra, milord —dijo el conde.

La otra llegada de Hornblower había sido la de un fugitivo, con Bush malherido y hostigados por los gendarmes de Bonaparte.

—Sí, cierto —dijo Hornblower. Luego se dio cuenta del tono solemne empleado por el conde—. ¿He de ser «milord» para usted, señor? Me parece que...

Todos sonrieron.

—Le llamaré Horatio, pues, si me lo permite —dijo el conde—. Aprecio la grandeza del honor de tal intimidad.

Hornblower miró Marie.

—Horatio —intervino ella—. Horatio.

Ella le había llamado así con voz entrecortada, cuando estaban juntos y solos. Sólo oírla pronunciar así su nombre hacía circular una oleada de apasionada emoción por todo su cuerpo. Estaba rebotante de amor, la clase de amor de la que era capaz. No se daba cuenta aún de que hubiera maldad alguna en el hecho de venir así a atormentar de nuevo a Marie. Había sucumbido a su propia y salvaje ansiedad, y acaso podría decirse también en su defensa que su necia modestia le hacía incapaz de reconocer cuánto podía amarle una mujer. Entró Félix con vino; el conde alzó su copa.

—Por su feliz retorno, Horatio —dijo.

Aquellas sencillas palabras evocaron en la memoria de Hornblower un momentáneo cortejo, una especie de procesión de retornos, como la de los reyes en la imaginación de Macbeth. Una vida de marino era una cadena de partidas y retornos al hogar. Retornos a María, muerta y desaparecida; a Bárbara, y ahora a Marie. No estaba bien pensar en Bárbara estando con Marie; había pensado en Marie cuando

estaba con Bárbara.

—Supongo que Brown se habrá acomodado bien, ¿no, Félix? —preguntó.

Un buen patrón se preocupa siempre del bienestar de su sirviente, pero la pregunta estaba encaminada también a cambiar el rumbo de sus pensamientos.

—Sí, milord —contestó Félix—. Brown se encuentra como en su casa.

No había expresión en el semblante de Félix, ni tono en su voz. ¿Exceso de afectación? ¿Había alguna sutil alusión a Brown que pudiese interesar a Hornblower? Qué curioso. Sin embargo, Brown seguía siendo el criado modelo cuando Hornblower le encontró en su habitación, al retirarse para prepararse para la cena. Las maletas y el neceser estaban abiertos, y la casaca negra (última moda de Londres) extendida con la camisa y la corbata. Un alegre fuego ardía en el hogar del dormitorio.

—¿Está contento de hallarse aquí de nuevo, Brown?

—Muy contento, milord.

Evidentemente, Brown era un políglota consumado. Podía hablar con soltura el lenguaje de los criados, el de los marineros, el de los senderos rurales y las callejas londinenses, y el francés, además. Era algo que irritaba levemente oírle hablar sin confundirlos nunca, pensaba Hornblower, mientras se anudaba la corbata.

En el vestíbulo de arriba, Hornblower se encontró con Marie, que se disponía a bajar a cenar como él. Ambos se quedaron parados un momento, como si cada cual fuese la última persona en el mundo que el otro esperaba ver. Luego, Hornblower se inclinó y le ofreció el brazo, y Marie, con una reverencia, lo aceptó. Su mano al apoyarse en él temblaba, y aquel contacto difundió por todo el cuerpo de Hornblower una oleada de calor, como si pasaran por delante de un horno encendido.

—¡Cariño mío! ¡Mi amor! —murmuró Hornblower, a punto casi de perder la serenidad.

La mano de ella se estremeció, pero Marie continuó bajando las escaleras sin titubear.

La cena fue una ceremonia placentera, pues la obesa Jeanne, la cocinera, se había superado a sí misma, y el conde estaba del mejor humor, festivo y serio a ratos, ingenioso y bien informado. Hablaron de las políticas del gobierno de los Borbones, hicieron conjeturas sobre las decisiones tomadas por el Congreso de Viena, y dedicaron unos pasajeros pensamientos a Bonaparte, confinado en Elba.

—Antes de salir de París —observó el conde— se hablaba de que allí seguía siendo un vecino demasiado peligroso. Se proponía su traslado a un sitio más seguro, y a este propósito hablaban de vuestra isla de Santa Elena, en el sur del Atlántico.

—Tal vez sería mejor —convino Hornblower.

—Europa estará en ascuas mientras ese hombre pueda ser centro de intrigas —dijo Marie—. ¿Por qué ha de permitirle que nos perturbe a todos?

—El zar es un sentimental, y fue amigo suyo —explicó el conde, encogiéndose de hombros—. Y el emperador de Austria, después de todo, es su suegro.

—¿Acaso pueden satisfacer sus preferencias a costa de Francia, de la civilización? —preguntó Marie, amargamente.

Las mujeres siempre parecen más radicales en sus opiniones que los hombres.

—Yo no creo que Bonaparte constituya un peligro muy activo —dijo Hornblower, complaciente.

Mientras el conde se tomaba un café, después de la cena, sus ojos se fijaron con avidez en la mesita de juego.

—¿Ha perdido su antigua destreza en el *whist*, Horatio? —preguntó—. Somos tres nada más, pero creo que podríamos utilizar una simulación. En cierto modo, por herética que parezca esta opinión, creo que el *whist* con un jugador simulado es el más científico.

Nadie aludió a que Bush solía jugar con ellos, pero todos pensaban en él. Cortaron, barajaron y dieron cartas una y otra vez. Había algo de verdad en lo que el conde había dicho de que hay más ciencia en el *whist* jugado con un personaje mudo; en realidad, permitía calcular con más precisión las jugadas. El conde jugaba con todo su antiguo ingenio; Marie, al parecer, con su habitual destreza, y Hornblower trataba de desplegar su precisión científica de siempre. Pero había algo que no marchaba bien. El *whist* simulado producía cierta alteración, acaso por la necesidad de cambiar de asiento al pasar del turno de dar los naipes. No había manera de concentrarse en el juego, como solía hacer Hornblower. Pesaba sobre él la presencia de Marie, unas veces a su lado, otras enfrente, y cometió dos ligeras equivocaciones. Al terminar la segunda partida, Marie juntó las manos en el regazo.

—Creo que ya he jugado bastante por esta noche —dijo—. Estoy segura de que Horatio es tan experto en el juego de los cientos como en el *whist*; y así podéis distraeros los dos mientras me voy a acostar.

El conde se levantó con su habitual cortesía deferente, preguntándole si se encontraba bien, y cuando ella le aseguró que simplemente estaba cansada, la acompañó hasta la puerta lo mismo que hubiera hecho tratándose de una reina.

—Buenas noches, Horatio —dijo Marie.

—Buenas noches, *madame* —repuso Horatio, de pie junto a la mesa de juego.

Entre ellos se cruzó una mirada... una mirada que duró menos de una décima de segundo, pero lo bastante larga para decirse uno a otro todo lo que sentían.

—Creo que Marie tenía razón al suponer que era usted un maestro en el juego de los cientos, Horatio —dijo el conde, volviendo de la puerta—. Ella y yo hemos jugado mucho, a falta de *whist*. Pero estoy dando por descontado que desea jugar. ¡Qué falta de consideración! Por favor...

Hornblower se apresuró a tranquilizar al conde, diciendo que nada podía agradarle más.

—Magnífico —dijo el conde, barajando las cartas con sus finos y blancos dedos—. Soy un hombre de suerte.

Por lo menos lo fue en el juego aquella noche, arriesgándose atrevidamente, como

de costumbre, y viéndose recompensado por un acierto indecible en sus descartes. Sus sextas menores se sobreponían a las quintas mayores de Hornblower; un cuarteto de sotas le salvó cuando éste reunió tres ases, tres reyes y tres caballos, y por dos veces una carta blanca le libró del desastre frente al magnífico juego de Hornblower. Cuando su contrincante estaba fuerte, el conde tenía la fortuna de su parte; y si no era así las cartas le favorecían. Al terminar la tercera partida de cientos, Hornblower suspiró con desaliento.

—Me temo que esto no os resulte interesante —dijo el conde, contrito—. Es una descortesía tratar así a un huésped.

—Preferiría perder en esta casa —dijo Hornblower, con toda sinceridad— que ganar en cualquier otra.

El conde sonrió complacido.

—Es un cumplido excesivo —dijo—. Y, sin embargo, sólo puedo decir en respuesta que con usted en mi casa no me importa perder o ganar. Confío en tener la fortuna de que se quede aquí una larga temporada.

—Como la suerte de Europa —replicó Hornblower—, en este momento todo depende del Congreso de Viena.

—Sabe bien que esta casa es la suya —dijo el conde gravemente—. Marie y yo deseamos que la considere como propia.

—Es demasiado bueno, señor —dijo Hornblower—. ¿Puedo llamar para que me traigan luz?

—Permítame —repuso el conde, acercándose al cordón de la campanilla—. Espero que no esté demasiado cansado después de su viaje. Félix, milord se retira.

Subieron las escaleras de roble con sus paneles labrados; Félix, cojeando a causa de la gota, iba delante con la vela. En el gabinete de su pequeño alojamiento le esperaba Brown, medio dormido; le despidió al punto, diciéndole que pensaba desnudarse solo. Aquella puerta, apenas visible en el rincón, conducía al vestíbulo que daba paso a las habitaciones de Marie, en la torre. ¡Qué bien lo recordaba! Generaciones de Ladons, condes de Graçay, habían intrigado en el castillo; tal vez príncipes y reyes pasaron por aquella puerta para llegar hasta sus amadas.

Marie le estaba esperando, abrumada de anhelo, rebosante de amor, dulce y tierna. Caer en sus brazos era sumirse en la paz y la dicha, en una paz sin limitaciones, como la del mar a la luz del ocaso. El opulento seno en el que podía reposar su cabeza le dio la bienvenida; su fragancia le reconfortaba y le embriagaba a la vez. Ella le retenía, le amaba, lloraba de felicidad. No podía disponer más que de la mitad del corazón de su amado, ya lo sabía. Él era cruel, irreflexivo, egoísta; y, sin embargo, aquel cuerpo delgado y huesudo que estrechaban sus brazos lo significaba todo en el mundo para ella. Era monstruoso que volviese a reclamarla así. La había hecho sufrir antes, y ella sabía que su pasado dolor no sería nada en comparación con lo que habría de padecer en lo futuro. Pero así era él, y así le amaba. El tiempo corría muy deprisa, y sólo contaba con aquel breve momento, heraldado de toda una vida de

infelicidad. ¡Ah, aquello era tan perentorio! Le atrajo hacia sí locamente, llorando de pasión, llorando para que el tiempo se detuviese. Y parecía haberse detenido en aquel instante. El tiempo se había parado, mientras el mundo daba vueltas en torno a ella.

CAPÍTULO XVIII



—¿Puede escucharme, milord? —preguntó Brown.

Había dejado junto a la cama la bandeja del desayuno, y descorrió las cortinas de la ventana. Un sol de primavera brillaba por encima del lejano Loira. Brown esperó respetuoso a que Hornblower hubiese bebido su primera taza de café y vuelto poco a poco a la realidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Hornblower, mirando con los ojos entornados a Brown, arrimado a la pared.

La actitud de Brown no era la habitual en él. Parte de la deferencia del criado de un caballero había cedido el sitio a la rigidez disciplinada de los días pretéritos, en que un marinero que se estimase mantenía erguida la cabeza y los hombros retraídos, tanto si le estaban condenando a ser azotado como si le felicitaban por su bravura.

—¿Qué pasa? —preguntó de nuevo Hornblower, consumido por la curiosidad.

Tuvo un momento de atroz recelo al pensar que Brown fuese a cometer el disparate de referirse a sus relaciones con Marie, pero el recelo desapareció al darse cuenta de lo absurdo e imposible de tal ocurrencia. Sin embargo, Brown se comportaba de un modo raro; podría decirse que había timidez en su actitud.

—Bien, señor... milord —era la primera vez que Brown se equivocaba desde que Hornblower ostentaba este título—, no sé si esto es algo que pueda interesar a vuestra excelencia. No pretendo que le importe, señor... milord.

—Vamos, diga de una vez —dijo Hornblower, displicente—. Y llámeme señor, si le sirve de alivio.

—Pues, milord, el caso es que quiero casarme —contestó Brown tras una breve vacilación.

—¡Dios mío! —exclamó Hornblower. Tenía una vaga idea de que Brown había sido siempre el terror de las mujeres, y la posibilidad de que se casara no se le había ocurrido jamás. Se apresuró a decir que le parecía muy adecuado—. ¿Quién es la afortunada?

—Annette, milord. La hija de Jeanne y de Bertrand. Y el afortunado soy yo, milord.

—¿La hija de Jeanne? ¡Ah, sí, claro!. Esa bella, morena.

Hornblower se imaginaba a una vivaracha moza francesa casada con un robusto inglés como Brown, y, por su vida que no encontraba nada razonable que oponer. Brown sería un marido mejor que la mayoría... Con toda seguridad, la mujer que le pescara iba a ser muy feliz.

—Usted es un hombre sensato, Brown —dijo—. No necesita consultarme tales asuntos. Estoy seguro de que ha elegido bien, y le doy mi más sincera enhorabuena.

—Gracias, milord.

—Si Annette sabe cocinar tan bien como su madre —prosiguió Hornblower, meditabundo— será usted un afortunado mortal, sin duda alguna.

—Ésa era otra cuestión que deseaba consultarle, milord. Es una cocinera tan buena como la mejor, a pesar de ser tan joven. Así lo dice la misma Jeanne, y si ella lo dice...

—Podemos estar seguros —asintió Hornblower.

—Estaba pensando, milord —continuó Brown—, sin que esto sea presumir, que si he de continuar a su servicio podría pensar en contratar a Annette de cocinera.

—¡Dios del cielo! —exclamó Hornblower.

Mentalmente se imaginó la perspectiva de una vida entera saboreando platos guisados por alguien tan competente como Jeanne. Las comidas en Smallbridge no estaban mal, pero, en general, resultaban sencillas. Smallbridge y la cocina francesa ofrecían un contraste sumamente tentador. Seguro que aquel pueblecito sería más atractivo con Annette de cocinera. Pero ¿en qué estaba pensando? ¿Qué había pasado con sus dudas y sus tentaciones de no regresar nunca a Smallbridge? Algo de eso había cruzado por su imaginación, efectivamente, al pensar en Marie, y ahora se le ocurría acordarse de Smallbridge y de Annette al frente de su cocina. Ahuyentó aquellas fantasías bruscamente.

—Ya sabe que no puedo decidir por mi parte —dijo, haciendo tiempo—. *Milady* tendrá que dar su parecer, como es natural, Brown. ¿Tiene pensada alguna otra solución?

—Muchas, señor, mientras le parezcan bien. He pensado en abrir un pequeño hotel, con lo que tengo ahorrado del dinero de mis presas.

—¿Dónde?

—En Londres, tal vez, milord. O quizás en París. O en Roma. Lo he estado discutiendo con Félix, Bertrand y Annette.

—¡Santo Dios! —exclamó Hornblower asombrado. Nada semejante había cruzado nunca por su imaginación; y, sin embargo...—. No tengo la menor duda de que saldrá adelante, Brown.

—Gracias, milord.

—Dígame, me parece que ha sido un noviazgo relámpago. ¿No es así?

—No exactamente, milord. Cuando estuvimos aquí antes, Annette y yo... ya me comprende, milord.

—Ahora lo entiendo todo —dijo Hornblower.

Era fantástico que Brown, el hombre que largó la salvadora cuerda a la *Pluto*, que redujo al silencio al coronel Caillard de un solo puñetazo, estuviera hablando tranquilamente de la posibilidad de abrir un hotel en Roma. En realidad, no era más fantástico aquello que haber pensado él en serio en la perspectiva de convertirse en un *seigneur* francés, dando la espalda a Inglaterra. Eso había hecho, aquella misma noche sin ir más lejos. Su amor por Marie había aumentado en los últimos quince días, aun en plena satisfacción de sus apasionadas ansias, y Hornblower no era

ningún tonto que ignorase lo que semejante resolución podría significar.

—¿Cuándo se piensa casar, Brown? —preguntó—. Tan pronto como lo permitan las leyes de este país, milord.

—No tengo idea de lo que eso puede suponer —dijo Hornblower.

—Estoy haciendo gestiones, milord. ¿No necesita más de mí por ahora?

—No, me levantaré en seguida. No puedo estar ya en la cama después de oír una noticia tan interesante, Brown. Le haré un buen regalo de boda.

—Gracias, milord. Le traeré entonces agua caliente.

Marie le esperaba en su tocador, cuando salió arreglado. Le dio los buenos días con un beso, acarició con la mano las mejillas, recién afeitadas, y pasándole un brazo por encima de los hombros, le condujo a la ventana de su torrecilla para enseñarle los manzanos del jardín, que habían comenzado a florecer. Estaban en primavera, y daba gozo amar y ser amado en aquella tierra verde y amena. Hornblower apresó las manos blancas de Marie entre las suyas y besó sus dedos, en un arrebato de adoración reverente. A medida que pasaban los días admiraba más la dulzura de su carácter y la generosidad de su cariño. Para Hornblower, respeto y amor componían una mezcla embriagadora; se sentía capaz de arrodillarse ante ella, como si fuera una santa. Por su parte, Marie era consciente de la pasión que le arrastraba, como de todo cuanto a él respectaba.

—Horatio —dijo.

¿Por qué había de conmoverle tan terriblemente oírle pronunciar aquel ridículo nombre suyo sin aspirar la hache?

Se aferró a ella, y Marie le acogió y le confortó, como siempre hacía, sin pensar de momento en el futuro. Tenía la certeza de que le esperaban días trágicos. Pero ahora sólo le importaba el presente, y en el presente Hornblower la necesitaba.

Ambos salieron del paroxismo de su pasión sonrientes, como siempre.

—¿Te has enterado de los proyectos de Brown? —preguntó él.

—Se va a casar con Annette. Creo que hace muy bien.

—No parece que te haya sorprendido.

—Lo sabía antes que el mismo Brown —dijo Marie.

En su mejilla asomaba y desaparecía un hoyuelo, y un leve vislumbre de malicia chispeaba en sus ojos. Era perfecta y absolutamente apetecible.

—Harán una buena pareja —sentenció Hornblower.

—Ella tiene ya su baúl lleno de ropa blanca —dijo Marie—, y Bertrand le dará una dote.

Bajaron a comunicar al conde la noticia, y él la oyó muy complacido.

—Puedo celebrar yo mismo la ceremonia civil —dijo—. ¿Recuerda que soy alcalde aquí, Horatio? Un puesto que casi resulta una sinecura, gracias a la eficiencia de mi ayudante, pero puedo hacer uso de mis atribuciones siempre que se me antoje.

Afortunadamente, para ahorrar tiempo, Brown (según supieron al llamarle y preguntárselo) pudo demostrar que era huérfano y cabeza de familia, lo que suprimía

la necesidad del permiso de los padres requerido por la ley francesa. Y el rey Luis XVIII y la Cámara aún no habían promulgado su propósito de hacer obligatoria la ceremonia religiosa para legalizar el matrimonio. De todos modos habría función religiosa, y los novios recibirían la bendición de la Iglesia, con las reservas siempre inherentes a una unión de personas de distinto credo. Annette no cesaría nunca de intentar convertir a Brown, y los niños se educarían en la fe católica. Brown asintió cuando se lo explicaron; los escrúpulos religiosos, por lo visto, pesaban muy poco sobre sus hombros.

El pueblo de Smallbridge se había escandalizado ya con la introducción en su seno de la negrita de Bárbara; no pocas personas movían la cabeza con desagrado ante la costumbre pagana que tanto Hornblower como Bárbara tenían de bañarse a diario. Lo que pudieran decir en su día sobre la presencia de una papista y de una familia católica apenas se lo imaginaba Hornblower. Ya estaba otra vez pensando en Smallbridge. A decir verdad, era la suya una doble vida. Miró inquieto hacia el conde, de cuya hospitalidad estaba abusando. Era duro pensar en un amor culpable tratándose de Marie, incapaz de delinquir. Y en cuanto a él, ¿podría acusársele de algo que no estaba en sus facultades resistir? ¿Era él responsable de que la corriente le hubiese arrastrado en su torbellino a menos de una milla de donde ahora se encontraba? Su mirada se fijó en Marie, y nuevamente sintió una oleada de pasión tan intensa como siempre, hasta el punto de que se sobresaltó, nervioso, al darse cuenta de que el conde le estaba hablando, con su apacible voz habitual.

—Horatio —le preguntaba aquél—, ¿habrá baile en la boda?

Organizaron una gran fiesta, con algo de sorpresa por parte de Hornblower, que tenía ideas vagas y equivocadas acerca de la actitud de los señores franceses del antiguo régimen hacia sus subordinados. Los barriles de vino se instalaron en el patio trasero del castillo, y se formó una verdadera orquesta de violinistas y gaiteros de Auvernia, que tocaban unos instrumentos parecidos a las gaitas escocesas, con gran tormento para los oídos de Hornblower, refractarios a la música. El conde tenía por pareja a la gorda Jeanne, y el padre de la novia bailó con Marie. Hubo vino en abundancia, grandes cantidades de comida, bromas atrevidas y ampulosos discursos. La gente del país pareció mostrar una tolerancia asombrosa por aquel matrimonio de una muchacha de allí con un extranjero hereje; los labriegos de la comarca daban a Brown amistosos golpes en la espalda, y sus mujeres le besaban las curtidas mejillas entre exclamaciones de regocijo. Pero es que Brown gozaba de una popularidad universal, y parecía conocer los bailes por instinto.

Hornblower, incapaz de distinguir entre dos notas musicales, se veía obligado a escuchar atentamente el ritmo y, siguiendo de cerca los movimientos de los demás, trazar grotescamente las figuras de las danzas, dejándose llevar de una mujer de rojos carrillos a otra del mismo aspecto. En un momento dado se quedó sentado, henchido y ahíto, ante una mesa montada sobre caballetes; más tarde estuvo brincando como un loco sobre los guijarros del patio, entre dos rollizas muchachas, dándoles la mano

y riendo con toda su alma. Era algo extraordinario (aun en esos momentos le quedaba tiempo para el autoanálisis) que pudiera divertirse tanto. Marie le sonrió serena bajo las tranquilas cejas.

—Corre por ahí un extraño rumor —dijo el conde, incorporándose en su asiento, al parecer despreocupado y jovial como de costumbre—. No me gustaría estropear la fiesta hablando de ello ahora. Dicen que Bonaparte se ha escapado de la isla de Elba y ha desembarcado en Francia.

—Sí que es raro —convino Hornblower, indolente, en tanto penetraba poco a poco la importancia del rumor en su confuso cerebro—. ¿Qué pretenderá?

—Pretende ocupar de nuevo el trono de Francia —dijo el conde, serio.

—Hace menos de un año que el pueblo le abandonó.

—Es cierto. Tal vez Bonaparte nos resuelva el problema que planteábamos hace unas noches. No hay duda de que el rey le fusilará si consigue echarle mano, y con ello terminará toda posibilidad de maquinaciones y trastornos.

—Efectivamente.

—Pero hubiese querido (tal vez sea un disparate) oír hablar de la muerte de Bonaparte a la vez que su desembarco.

El conde parecía preocupado, y Hornblower se sintió un poco inquieto. Sabía que su anfitrión era un observador político muy sagaz.

—¿Qué es lo que teme, señor? —preguntó, recuperando gradualmente los sentidos.

—Temo que consiga algún éxito inesperado. Ya conoce la magia de su nombre, y el rey (el rey o sus consejeros) no ha actuado con la debida templanza desde su restauración.

La entrada de Marie, sonriente y feliz, interrumpió la conversación, que no se reanudó ya cuando volvieron a sentarse. Durante los dos días siguientes, Hornblower no pudo evitar ciertos leves presentimientos, aunque la única noticia que llegó hasta allí fue una simple confirmación del rumor del desembarco, sin más pormenores. Era una sombra que se cruzaba por encima de su dicha; pero ésta era tan intensa, tan potente, que hacía falta algo más que una leve sombra para atenuarla. Aquellos deliciosos días primaverales, los paseos bajo los árboles floridos del huerto y por las orillas del impetuoso Loira; sus cabalgadas (¿cómo le causaban placer ahora, cuando antes las detestaba tanto?), a través del bosque, e incluso sus excursiones hasta Nevers, para hacer allí alguna visita de cumplido que exigía su posición. Tales momentos eran de oro puro al lado de su adorada. El temor de las actividades de Bonaparte no podía empañarlos, ni el temor de lo que pudiese decir una carta que, inevitablemente, pronto llegaría de Viena. En rigor, Bárbara no se podía quejar. Había ido a Viena, y, durante su ausencia, Hornblower estaba visitando a sus buenos amigos. Pero Bárbara se enteraría. Probablemente no diría nada, pero se enteraría.

Y por grande que fuese la felicidad de Hornblower, no estaba libre de trabas, como la de Brown. Hornblower se dio cuenta de que envidiaba a Brown y la forma en

que podía hacer público su amor. Él y Marie se veían obligados a proceder furtivamente, con cierta cautela, y su conciencia le turbaba un poco al pensar en el conde. Pero aun así era feliz, más que nunca en toda su azarosa vida. Por una vez, el autoanálisis no le causaba congoja. No tenía dudas respecto a sí mismo ni en cuanto a Marie, y la novedad de aquel sosiego se sobrepuso por completo a todos sus temores y presentimientos sobre el porvenir. Podía vivir en paz hasta que surgiera algún problema, y si su felicidad necesitaba aliciente, era el de saber que los sinsabores eran cosa futura y podía prescindir de ellos por ahora. Lo único que la culpa y la incertidumbre podían hacer era arrojarle más locamente aún en los brazos de Marie, no para olvidar conscientemente, sino porque con ello se hacían más apremiantes sus ansias.

Esto era amor, sin mezclas ni reservas; éxtasis en la entrega, sin asombro en la posesión. Por fin conseguía gozar de él, al cabo de tantos años, de tantas tribulaciones. Cínicamente se podía pensar que aquello era sólo un ejemplo más del anhelo de Hornblower de algo que no podía tener; pero, si era así, por una vez no se daba cuenta de ello. Cierta verso no se iba de la mente de Hornblower en aquellos días: «Cuyo servicio es libertad perfecta». Estas palabras describían su servidumbre de amor a Marie.

El Loira continuaba en plena crecida; la catarata donde había estado a punto de ahogarse (y que fue causa de su primer encuentro con Marie) era una rápida pendiente de agua verde, bordeada de espuma. Hornblower podía oír su rumor mientras yacía en los brazos de su adorada en la torre. A veces paseaban cerca de allí, y Hornblower contemplaba el ímpetu del agua sin temblar ni emocionarse. Aquello había pasado. Su razón le decía que él era el mismo hombre que abordó la *Castilla*, el que afrontó la furia del Supremo, el que luchó a muerte en la bahía de Rosas, el que pisó cubiertas bañadas en sangre; y sin embargo, un extraño sentimiento le inducía a pensar que todo aquello se refería a otra persona. Ahora se veía como un hombre pacífico, ocioso, y la catarata no era algo que había estado a punto de matarle.

Le pareció perfectamente natural que el conde llegase con buenas noticias.

—El conde de Artois ha derrotado a Bonaparte en una batalla librada en el sur —dijo—. Bonaparte ha huido, y no tardará en caer prisionero. Esta noticia viene de París.

Sucedía lo que tenía que suceder. La guerra había terminado.

—Creo que podríamos encender una fogata esta noche —dijo el conde.

Y en efecto, por la noche hubo fogata, y se brindó por el rey.

Pero a la mañana siguiente, al colocar Brown la bandeja junto al lecho de Hornblower, le anunció que el conde deseaba hablar con él lo antes posible. Y no había acabado de decirlo cuando se presentó el mismo conde, en bata, ojeroso y con el pelo revuelto.

—Perdón por la intrusión —se disculpó el conde (ni siquiera en aquel momento podía olvidarse de los buenos modales)—, pero no se puede esperar. Hay malas

noticias. Ha ocurrido lo peor.

Hornblower tuvo que limitarse a mirarle en silencio, mientras el anciano reunía sus fuerzas para decir lo que sabía. Le costó un gran esfuerzo.

—Bonaparte está en París —dijo—. El rey ha huido, y Bonaparte es emperador de nuevo. Toda Francia ha caído en sus manos.

—Pero ¿y la batalla que había perdido?

—Un rumor, mentira, todo mentira. Bonaparte es otra vez emperador.

Exigió tiempo comprender todo lo que esto suponía. Significaba la guerra de nuevo, sin posible duda. Cualquiera que fuese el proceder de las otras grandes potencias, Inglaterra y Francia reanudarían su pugna irreconciliable. Veintidós años habían pasado desde su comienzo; y parecía probable que pasaran otros veintidós antes de poder arrojar a Bonaparte de su torno de nuevo. Otros veintidós años de desgracias y matanzas. La perspectiva era horrenda.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Hornblower, más por ganar tiempo que por deseo de saber.

El conde levantó sus manos delicadas en un ademán de desesperación.

—No se ha disparado un solo tiro —dijo—. El ejército se puso de su parte en masa. Ney, Labédoyère, Soult, todos han traicionado al rey. En dos semanas, Bonaparte ha recorrido desde el Mediterráneo hasta París. Casi lo mismo que si hubiera viajado en un coche de seis caballos.

—Pero el pueblo no le quiere —protestó Hornblower—. Todos lo sabemos.

—Los deseos del pueblo nada suponen ante el ejército —dijo el conde—. La noticia ha llegado con los primeros decretos del usurpador. Han llamado a las armas a las quintas de 1815 y 1816. Las tropas de la Casa Real han sido disueltas, y se reconstituye la Guardia imperial. Bonaparte se dispone a luchar de nuevo contra toda Europa.

Hornblower se vio vagamente una vez más en la cubierta de un navío, agobiado de responsabilidades, rodeado de peligros, aislado y sin amigos. Era una perspectiva espantosa.

Un golpecito en la puerta anunció la entrada de Marie, en bata, con los espléndidos cabellos sueltos sobre los hombros.

—¿Has oído la noticia, querida? —preguntó el conde, sin hacer el menor comentario acerca de su presencia o de su aspecto.

—Sí —contestó Marie—. Estamos en peligro.

—Así es —dijo el conde—. Todos nosotros.

Había sido tan espantosa la noticia que Hornblower no tuvo tiempo de analizar sus consecuencias con relación a su persona. Como oficial de la Marina británica, sería detenido y preso de inmediato. Además, Bonaparte había intentado años atrás juzgarle y fusilarle, acusándole de pirata; ahora lo llevaría a efecto... Los tiranos tienen buena memoria. ¿Y el conde? ¿Y Marie?

—Bonaparte sabe ya que me ayudasteis a escapar —dijo—. Y nunca os lo

perdonará.

—Me hará fusilar; si me capturan —convino el conde.

No hizo alusión a Marie, pero dirigió la vista hacia ella. Bonaparte la fusilaría también.

—Tenemos que irnos —dijo Hornblower—. El país tal vez no esté organizado aún bajo Bonaparte. Con unos caballos veloces podemos llegar a la costa...

Cogió las ropas de la cama para destaparse, pero se contuvo a tiempo, por deferencia a Marie.

—Estaré lista dentro de diez minutos —dijo Marie.

Cuando la puerta se cerró tras ella y el conde, Hornblower saltó del lecho y llamó a Brown. La transición del sibarita al hombre de acción requirió unos momentos, muy pocos. Al quitarse el camisón, evocó el mapa de Francia, y recorrió carreteras y puertos. Podían llegar a La Rochelle, por encima de las montañas, cabalgando a toda prisa durante dos días. Se subió los pantalones. El conde tenía gran prestigio. Nadie osaría detenerle, ni tampoco a sus acompañantes, sin órdenes directas de París. Con descaro y arrogancia podrían pasar. Había doscientos napoleones de oro en el compartimiento secreto de su maleta, y el conde tal vez tuviese más. Bastaba para sobornar a la gente. Tal vez encontrasen a algún pescador que los llevara a alta mar, o también podían apoderarse de una barca.

Era humillante tener que huir así, como conejos, ante la primera reaparición de Bonaparte; no resultaba muy propio de la dignidad de un par, de un comodoro, pero su primer deber era conservar su vida y su utilidad. En su interior ardía una sorda furia contra Bonaparte, el destructor de la paz, pero hasta el momento no llegaba al punto de dominarle. Más bien podía calificarse de enfado, y su hosca resignación ante el cambio de circunstancias iba cediendo el paso lentamente a las conjeturas sobre si no podría participar más activamente en el comienzo de la lucha, en lugar de huir para combatir más tarde. Se hallaba en Francia, en el corazón del país de su enemigo. Con seguridad allí podría asestar un golpe que hiciese efecto. Mientras se calzaba las botas de montar, habló con Brown.

—¿Y su esposa? —preguntó.

—Confiaba en que pudiese venir con nosotros, milord —dijo Brown, sencillamente.

Si la dejaba, no volvería a verla hasta el final de la guerra, al cabo de veinte años quizá; si se quedaba con ella, le encerrarían en una prisión.

—¿Sabe montar?

—Montará, milord.

—Dile que se prepare. Sólo podemos llevar alforjas. Podrá atender a *madame* la vizcondesa.

—Gracias, milord.

Doscientos napoleones de oro eran mucha carga, pero no había más remedio que llevarlos. Hornblower bajó las escaleras metiendo ruido con sus botas de montar;

Marie esperaba ya en el vestíbulo, con traje negro y un atrevido tricornio con una pluma. La miró con atención, y no observó en su aspecto nada llamativo. Era una dama distinguida vestida con sencillez, nada más.

—¿Llevaremos a algunos hombres con nosotros? —preguntó ella.

—Todos son viejos. Es preferible no hacerlo. El conde, nosotros dos, Brown y Annette. Necesitaremos cinco caballos.

—Eso es lo que esperaba —respondió Marie. Era una mujer valiente, llegado el caso.

—Podemos cruzar el puente en Nevers, y dirigirnos a Bourges y La Rochelle. En la Vendée es donde tendremos más posibilidades.

—Tal vez sería mejor ir a un pueblecito de pesca que a un puerto grande —comentó Marie.

—Probablemente. Pero lo decidiremos cuando nos acerquemos a la costa.

—Muy bien.

Ella reconocía la importancia de la unidad de mando, aunque estaba dispuesta a dar su opinión.

—¿Qué llevas de valor? —preguntó Hornblower—. Los diamantes están aquí, en mis alforjas. En aquel momento llegó el conde, con botas y espuelas. Llevaba un saquito de piel que retiñó al dejarlo en el suelo.

—Doscientos napoleones —dijo.

—Lo mismo que yo. Será bastante.

—No convendría que sonase —dijo Marie—. Lo envolveré en una tela.

Félix entró con las alforjas del conde, y avisó de que los caballos estaban listos. Brown y Annette les esperaban en el patio.

—Vámonos —dijo Hornblower.

La despedida fue muy triste. Las mujeres lloraban, Annette tenía el lindo rostro marchito de besos y lágrimas, y los hombres, adiestrados en la estoica escuela del servicio a los señores, guardaban silencio.

—Adiós, amigo mío —dijo el conde, tendiendo la mano a Félix.

Ambos eran de edad ya avanzada, y no confiaban en volver a verse.

Salieron del patio y siguieron la carretera a lo largo del río; por amarga ironía, era aquél un espléndido día de primavera, las flores de los frutales caían sobre ellos y el Loira brillaba gozosamente. Al doblar el primer recodo divisaron las agujas y torres de Nevers; pasado el siguiente, pudieron ver con claridad el ornado palacio de Gonzaga. Hornblower le dirigió una momentánea mirada, entornó los ojos y miró de nuevo. Marie iba a su lado, y el conde más allá, y los consultó con la vista.

—Es una bandera blanca —dijo Marie.

—También lo pensé así —confirmó Hornblower.

—Mis ojos ya no distinguen bandera alguna —se lamentó el conde con pena.

Hornblower se volvió en la silla hacia Brown, que los seguía, animando a Annette.

—Hay una bandera blanca en lo alto del palacio, milord.

—No me lo explico —dijo el conde—. Mis noticias de esta mañana venían de Nevers. Beauregard, el prefecto de allí, se ha declarado en seguida por Bonaparte.

Era muy raro. Aunque la bandera blanca se hubiese izado por inadvertencia, resultaba sospechoso.

—Pronto lo sabremos —dijo Hornblower, refrenando su natural instinto de poner su caballo al trote largo.

La bandera blanca seguía ondeando cuando se acercaron. En el postigo de consumos había una docena de soldados con bonitos uniformes grises y sus caballos canos atados detrás de ellos.

—Ésos son mosqueteros grises de la Casa Real —dijo Marie.

Hornblower reconoció los uniformes. Había visto aquellas tropas al servicio del rey en las Tullerías y en Versalles.

—Los mosqueteros grises no pueden hacernos daño —intervino el conde.

El sargento del piquete los miró con atención al ver que se acercaban, y salió a la carretera a preguntarles sus nombres.

—Luis Antonio Héctor Savinien de Ladon, conde de Graçay, y su séquito —dijo el conde.

—Puede pasar, *monsieur le comte* —dijo el sargento—. Su alteza real está en la Prefectura.

—¿Qué alteza real? —se preguntó el conde, extrañado.

En la Plaza Mayor había una multitud de mosqueteros grises a caballo. Algunas banderas blancas ondeaban aquí y allá, y al entrar el grupo en la plaza salió un hombre de la Prefectura y comenzó a fijar un cartel impreso. Adelantaron los caballos, y pudieron distinguir fácilmente la primera palabra: «¡Franceses!».

—Su alteza real es la duquesa de Angulema —dijo el conde.

La proclama invitaba a todos los franceses a luchar contra el tirano usurpador, a ser leales a la vieja Casa de Borbón. Según el cartel, el rey estaba aún en armas en torno a Lille, el sur se había levantado bajo el duque de Angulema, y toda Europa estaba llena de ejércitos en marcha para encadenar al ogro devorador de hombres y restaurar al Padre del Pueblo en el trono de sus antepasados.

En la Prefectura, la duquesa les recibió fervorosamente. Su hermoso rostro estaba ajado de fatiga, y aún llevaba un traje de amazona salpicado de barro. Había cabalgado toda la noche con su escuadrón de mosqueteros, y entrado en Nevers por otra carretera, después de la proclama a favor de Napoleón.

—Cambiaron de idea sin pensarlo mucho —dijo la duquesa.

Nevers no era ciudad de guarnición; sus cien disciplinados mosqueteros la convirtieron en dueña de la población sin la menor violencia.

—Iba a enviar a buscarle, *monsieur le comte* —siguió diciendo la duquesa—. No sabía que tuviera la extraordinaria fortuna de albergar a lord Hornblower. Le nombraré teniente general del rey en el Nivernais.

—¿Cree que pueda prosperar un levantamiento, alteza? —preguntó Hornblower.

—¿Un levantamiento? —dijo la duquesa, con una leve nota interrogativa.

Para Hornblower fue la señal del destino. La duquesa era la más inteligente y animosa de todos los Borbones; pero ni siquiera ella podía pensar que el movimiento que se preparaba a encabezar fuese un levantamiento. Bonaparte era el rebelde; ella trataba de sofocar la rebelión, aunque Bonaparte reinase en las Tullerías y el ejército le obedeciese. Pero aquello era la guerra; era la lucha a vida o muerte, y él no estaba dispuesto a discutir con aficionados.

—No malgastemos tiempo en definiciones, *madame* —dijo—. ¿Cree que hay en Francia fuerza bastante para expulsar a Bonaparte?

—Es el ser más odiado en este país.

—Pero eso no contesta la pregunta —insistió Hornblower.

—La Vendée luchará —dijo la duquesa—. Laroche-Jacquelin está allí, y le seguirán. Mi marido está levantando el Mediodía. El rey y su Casa resisten en Lille. Gascuña hará frente al usurpador... Recuerde que Burdeos le negó obediencia el año pasado.

La Vendée podía levantarse; tal vez lo hiciera. Pero Hornblower no se imaginaba al duque de Angulema despertando el espíritu de devoción en el sur, ni al gordo y gotoso rey en el norte. En cuanto a si Burdeos rehusaría obediencia al emperador, Hornblower se acordaba de Ruán y El Havre, de sus apáticos habitantes, de los reclutas refractarios cuyo único deseo era no luchar contra nadie. Durante un año habían disfrutado de las bendiciones de la paz y de un gobierno tolerante, y tal vez esto los indujese a luchar. Tal vez.

—Toda Francia sabe hoy que Bonaparte puede ser batido y destronado —dijo la duquesa, aguda—. Eso representa una gran diferencia.

—Un polvorín de descontento y desunión —insistió el conde—. Bastará quizás una chispa para hacerlo estallar.

Hornblower pensaba lo mismo cuando entró en El Havre, y también se le ocurrió la misma metáfora, que luego resultó equivocada.

—Bonaparte tiene un ejército —dijo—. Para derrotarle hace falta otro ejército. ¿Dónde vamos a encontrarlo? Los veteranos son leales a Bonaparte. ¿Lucharán los paisanos? Y si están dispuestos, ¿es posible armarlos y adiestrarlos a tiempo?

—Qué pesimista, milord —se quejó la duquesa.

—Bonaparte es el soldado más hábil, más activo, más impetuoso y sagaz que ha conocido el mundo —dijo Hornblower—. Para parar sus golpes necesito un escudo de acero, no un arco circense de papel.

Hornblower recorrió los semblantes con la mirada: la duquesa, el conde, Marie, el silencio cortesano, de pie tras la duquesa desde que comenzó la discusión. Estaban sombríos, pero no mostraban el menor signo de vacilación.

—Entonces, ¿sugiere que el señor conde, por ejemplo, se someta mansamente al usurpador y espere a que los ejércitos de Europa reconquisten Francia? —preguntó la

duquesa con un leve matiz de ironía.

Sabía dominarse mejor que la mayoría de los Borbones.

—El señor conde tendrá que salvarse huyendo, por la bondad con que me ayudó —dijo Hornblower, pero le constaba que aquello era dar por sentado algo dudoso.

Cualquier movimiento contra Bonaparte en el interior del país podía ser mejor que nada, por muy pronto que lo sofocaran y mucha sangre que costase. Tal vez triunfara, aunque no tenía esperanza alguna de ello. Pero, al menos, desmentiría la pretensión de Bonaparte de que representaba a toda Francia, le estorbaría en el inevitable choque de la frontera nordeste, obligándole a mantener tropas allí. Hornblower no podía aspirar a la victoria, pero calculaba que existía cierta probabilidad de iniciar una pequeña guerra de guerrillas, mantenida por unas cuantas partidas en bosques y montañas, que más tarde podría extenderse. Él estaba al servicio del rey Jorge; si podía suprimir siquiera a uno solo de los soldados de Bonaparte, aunque costara un centenar de vidas campesinas, su deber era hacerlo. Una duda instantánea cruzó por su mente; ¿pensaba en todo aquello sólo por motivos humanitarios, o se iba ablandando su capacidad de decisión? Había enviado a hombres a luchar contra toda esperanza, y él mismo se aventuró más de una vez; pero, ésta, a su entender, era una aventura imposible... y el conde se vería envuelto en ella.

—En suma —insistió la duquesa—, ¿me recomienda una total aquiescencia, milord?

Hornblower se sentía como un condenado en el cadalso, lanzando una última mirada al mundo iluminado por el sol antes de hundirse en el vacío. Las torvas e inevitables desdichas de la guerra le rodeaban.

—No —replicó—, recomiendo la resistencia.

Los fruncidos semblantes se animaron a su alrededor, y se dio cuenta de que le había tocado decidir entre la paz y la guerra. Si hubiera continuado arguyendo contra la rebelión, los habría persuadido igualmente. Esta idea aumentó su disgusto, aunque tratara de convencerse (con que era verdad) de que el destino le había colocado en una situación que no le permitía entrar en sutilezas. La suerte estaba echada, y se apresuró a continuar.

—Vuestra alteza —dijo— acaba de acusarme de ser pesimista. Lo soy. Ésta es una aventura desesperada, pero eso no quiere decir que no se deba intentar. Ahora bien, hemos de emprenderla sin pecar de frivolidad. No es procedente que busquemos la gloria ni éxitos espectaculares. Será una lucha oscura, larga y penosa. Consistirá en matar a soldados franceses acechando detrás de un árbol y escapar a todo correr; en arrastrarse de noche para acuchillar a un centinela, incendiar un puente, cortar el pescuezo a unos caballos de tiro... Ésas han de ser nuestras grandes victorias.

Hubiera querido decir: «nuestros Marengos y Jenas»; pero no era delicado mencionar triunfos de Bonaparte ante una reunión borbónica. Trató de recordar victorias de los Borbones.

—Ésas serán nuestros Steinkerks y Fontenoys —continuó. Describir la técnica de la lucha de guerrillas a personas que nada sabían del asunto no era cosa fácil—. El teniente general del rey en el Nivernais será un fugitivo acosado. Dormirá entre rocas, comerá carne cruda para que el fuego no le traicione. Sólo ateniéndose a medidas de este género puede aspirar a triunfar al fin.

—Estoy dispuesto a hacer esas cosas —dijo el conde— hasta mi último aliento.

La alternativa era el destierro hasta morir, pensó Hornblower.

—Nunca dudé de que podía contar con la lealtad de los Ladon —dijo la duquesa—. Su nombramiento estará dispuesto en seguida, señor conde. Ejercerá íntegramente los poderes reales en el Nivernais.

—¿Qué se propone hacer vuestra alteza en persona? —preguntó Hornblower.

—He de ir a Burdeos para levantar la Gascuña.

Probablemente era lo mejor; cuanto más se extendiera el movimiento, peor para Bonaparte. Marie podía acompañar también a la duquesa, y, si la empresa terminaba en un completo desastre, les quedaba el recurso de huir por el mar.

—¿Y usted, milord? —preguntó la duquesa.

Todas las miradas estaban fijas en él, pero aquella vez no reparó en tal cosa. Tenía que tomar una resolución enteramente personal. Era un distinguido marino; si pudiese llegar a Inglaterra, seguramente le darían el mando de una escuadra de buques de línea. Las grandes flotas surcarían los mares de nuevo, y él desempeñaría un papel importante en su gobierno; unos años de guerra le convertirían en almirante de toda una flota, el hombre de quien dependería la prosperidad de Inglaterra. Y, si se quedaba allí, lo más que podría esperar era llevar una vida de fiera acosada, a la cabeza de una banda de salteadores andrajosos; tal vez una cuerda pendiente de un árbol. Quizá su deber fuera guardar su vida y su talento para Inglaterra, pero Inglaterra contaba con una veintena de marinos de su talla, mientras que nadie conocía tanto como él a los franceses y a Francia, ni era tan conocido en el país. Ahora bien, todos estos argumentos se salían del tema. No quería ni podía iniciar un débil simulacro de rebelión y levar anclas, abandonando a sus amigos la pesada carga del fracaso.

—Me quedaré con el señor conde —dijo—, si vuestra alteza y él están de acuerdo. Creo que podré prestaros alguna ayuda.

—¡Claro que sí! —exclamó la duquesa.

Hornblower cruzó su mirada con la de Marie y una horrible duda le asaltó de repente.

—*Madame* —preguntó, dirigiéndose a ella—, supongo que acompañará a su alteza real, ¿verdad?

—No —dijo Marie—. Va a necesitar a todos los hombres disponibles, y yo soy tan útil como cualquiera. Conozco todos los vados y caminos de herradura de por aquí. Además, quiero seguir al lado del señor conde.

—Pero Marie... —exclamó éste.

Hornblower no protestó. Sabía que hubiera sido tanto como protestar por la caída de la rama de un olmo o un cambio de dirección del viento. Parecía reconocer la mano del destino (lo inevitable) en todo aquello. Y una mirada al rostro de Marie apagó toda insistencia por parte del conde.

—Muy bien —dijo la duquesa.

Paseó la mirada por la reunión. Era hora de que el levantamiento comenzara en serio. Hornblower dejó a un lado sus sentimientos personales. Había que librar una guerra; una guerra, con todos sus problemas de espacio, tiempo y psicología. Casi sin querer empezó a ir anudando los enmarañados hilos. Encima del escritorio, ante el cual se había sentado el prefecto para estudiar la ejecución de instrucciones del Gobierno de París, había un gran mapa a escala del Departamento. De las otras paredes colgaban mapas a mayor escala aún de las subprefecturas. Estuvo un rato repasándolos. Carreteras, ríos, bosques. Adiós a Inglaterra.

—Lo que más me interesa saber ahora —comenzó— es dónde están las tropas regulares más próximas.

Había empezado la campaña del Alto Loira.

CAPÍTULO XIX



La pista forestal que iban siguiendo se bifurcó en ángulo recto. Hacía un calor horrible, aun allí, bajo los pinos; amenazaba tormenta. Hornblower tenía los pies llenos de ampollas y avanzaba cojeando con dificultad, a pesar de que el suelo estaba alfombrado de blandas pinochas. No hacía viento que transmitiese rumor alguno de los árboles; el silencio era absoluto. Ni siquiera sonaban las herraduras de los caballos, tres acémilas con víveres y municiones, dos con heridos y otro montado por su excelencia el teniente general del rey en el Nivernais. Veinte hombres y dos mujeres iban arrastrando los pies por la senda con Hornblower; aquello era el grueso del ejército de su majestad cristianísima. Delante marchaba una vanguardia de cinco, con Brown al frente, y les seguía a bastante distancia una retaguardia de cinco hombres también.

En la confluencia de las veredas los esperaba un hombre, un enlace que Brown, como oficial prudente, había dejado a la zaga para que el grueso no dudara sobre la ruta que él seguía; al llegar el grupo, señaló algo que pendía a un lado de la senda, algo gris y blanco. Era el cuerpo muerto de un hombre con ropas de campesino y colgado por el cuello de la rama de un pino; lo blanco era un cartel impreso, prendido en su pecho. Decía:

¡Franceses del Nivernais! Con mi llegada a la cabeza de una gran fuerza, debe cesar toda insensata tentativa de resistir al Gobierno de nuestro augusto Emperador Napoleón. Me satisface que haya tenido tan pobre acogida el loco intento del conde de Graçay de oponerse al Emperador, restablecido en su trono por las súplicas y los sufragios de cuarenta millones de súbditos leales suyos. Sin embargo, algunos infortunados han sido inducidos con engaños a tomar las armas.

Sabed, pues, que por la clemencia de Su Majestad Imperial he sido autorizado a proclamar que todo francés, con las excepciones al pie consignadas, que entregue las armas y se rinda a cualquier fuerza armada bajo mi mando en el término de quince días, a partir de la fecha del presente bando, será objeto de amnistía y perdón, y quedará en libertad de volver a su granja, a su taller, al seno de su familia.

Todo aquel que siga en armas será sentenciado a muerte, e inmediatamente ejecutado.

Todo lugar que ofrezca cobijo a los rebeldes será reducido a cenizas, y fusilados sus principales habitantes.

Toda persona que preste ayuda a los rebeldes, sirviéndoles de guía o facilitándoles información, será fusilada.

Se exceptúan de la amnistía: el arriba citado conde de Graçay; su nuera, conocida por la vizcondesa de Graçay, y el inglés conocido por lord Hornblower, que ha de responder por toda una vida de desafueros y crímenes.

Firmado,
Emmanuel Clausen,
Conde, General de División

6 de junio de 1815

El conde contempló la ennegrecida cara del cadáver.

—¿Quién es? —preguntó.

—Paul-Marie, el del molino, señor —dijo el hombre que les había estado

esperando.

—¡Pobre Paul-Marie!

—Entonces es que han pasado por aquí —dijo Hornblower—. Vamos siguiéndolos.

Alguien alzó la mano hacia el cadáver, quizá para quitar el bando.

—¡Alto! —gritó Hornblower, justo a tiempo—. No deben saber que hemos venido por este camino.

—Y por la misma razón debemos dejar a ese pobre infeliz sin enterrar.

—Es necesario continuar —insistió Hornblower—. Cuando pasemos el vado podremos descansar.

Pasó revista a su lamentable y minúsculo ejército. Algunos hombres se habían echado al suelo tan pronto hicieron alto. Otros se apoyaban en sus fusiles, y algunos deletreaban en voz alta el texto del bando que colgaba del pecho del desgraciado Paul-Marie. No era el primer ejemplar que habían visto.

—Vamos, hijos míos —dijo el conde.

Tenía el rostro blanco de cansancio e iba encorvado en la silla; el mísero caballo que montaba no iba mejor, y avanzaba de mala gana, con la cabeza colgando, a fuerza de espuelas. Vacilantes, hambrientos, andrajosos, los demás caminaban detrás, y al pasar frente al cuerpo del difunto Paul-Marie alzaban la vista para mirarle. Hornblower advirtió que algunos remoloneaban y se quedaban rezagados. Llevaba pistolas al cinto. Los desertores, además de suponer una pérdida de fuerzas, facilitarían informes acerca de su propósito de vadear el río. Clausen había dado en el blanco con su ofrecimiento de amnistía, pues muchos de la banda (Hornblower repasaba mentalmente a cierto número de ellos) se estarían preguntando ya si valía la pena seguir combatiendo. Aquellos que sólo cuentan con una muerte segura luchan con más coraje en una batalla adversa que quienes confían en rendirse, y sus seguidores tal vez lamentasen la rapidez con la que posaban los quince días concedidos para entregarse. Era 18 de junio; domingo, 18 de junio de 1815. Tenía que mantener a sus hombres unidos tres días más, y así tendría la seguridad de que lucharían sin reservas para salvar la piel.

Sus pies llagados le atormentaban horriblemente, pues la breve pausa ante el cuerpo colgante de Paul-Marie los había reanimado, y tendría que recorrer alguna distancia más antes de que se entumecieran de nuevo. Tuvo que esforzarse en acelerar el paso para alcanzar a Marie, que iba en el centro del grupo, con un fusil terciado a la espalda y Annette a su lado. Marie se había cortado la espléndida mata de pelo (aserrándola con un cuchillo después de su primera noche como guerrillera), y ahora le colgaban algunos mechones irregularmente en torno a la cara, húmeda de sudor y de polvo. Pero tanto ella como Annette se hallaban en un estado físico mejor que Hornblower, pues no tenían ampollas en los pies y andaban aún con cierta firmeza, en comparación con los titubeos del exhausto marino. Además, la una tenía diez años menos que él, y la otra quince. Marie preguntó:

—¿Por qué no dejamos a Pierre atrás y tomas su caballo, Horatio?

—No —dijo Hornblower.

—De todos modos, morirá —arguyó Marie—. Se le gangrenará la herida.

—Los demás no verían bien que se le dejara morir abandonado en el bosque —dijo Hornblower—. Además, Clausen podría encontrarle antes de morir, y averiguar por él lo que nos proponemos hacer.

—Podemos matarle y enterrarle —propuso Marie.

Las mujeres, cuando van a la guerra, son más fogosas que los hombres, y tienden a llevar la lógica marcial a extremos más radicales. Aquélla era la tierna y gentil Marie, tan dulce y comprensiva, que había llorado de amor por él.

—No —insistió Hornblower—. Pronto capturaremos algunos caballos más.

—Si podemos —dijo Marie.

Era difícil mantener vivos los caballos en tales condiciones; se morían o inutilizaban, mientras los hombres seguían viviendo y en marcha. Sólo dos semanas habían pasado desde que Clausen, bajando por Briare, los había obligado a evacuar Nevers, y en los feroces acosos que siguieron, los caballos habían muerto por decenas. Clausen debía de ser un militar activo y enérgico; sus columnas los habían perseguido sin descanso; sólo a fuerza de marchas nocturnas, estratagemas y añagazas habían podido librar enconadas acciones de retaguardia; en una ocasión tendieron una emboscada a los húsares que les perseguían (Hornblower recordaba a los soldados, de vistosos uniformes, desplomándose de sus sillas al resplandor de la descarga hecha desde los flancos), y ahora continuaba huyendo, después de perder la mitad de sus fuerzas, marchando de día, como la noche anterior, para cruzar la retaguardia de una de las columnas de Clausen que iban cercándolos. Marie conocía un vado peligroso y poco conocido algo más abajo, y por allí pensaban pasar el Loira. De conseguirlo, podrían descansar un día en el bosque de Runes, antes de hacerse visibles en el valle del Allier y crear un poco de agitación allí también. Clausen no tardaría en seguirles los pasos, pero eso aún estaba lejos; lo que hicieran después dependería de las circunstancias.

Ciertamente, Clausen era enérgico y activo; debía de haber aprendido en España cómo luchar contra las guerrillas. Pero contaba además con fuerzas considerables. Hornblower tenía noticias del 14° ligero y del 40° de línea, y había otro regimiento con el que aún no habían tenido contacto, aparte de un escuadrón, por lo menos, del 10° de húsares. Nueve batallones, o más (seis o siete mil hombres), contra sus andrajosos treinta. Estaba cumpliendo su deber, pues aquellos siete mil hombres podrían haber tenido mejor empleo en la frontera belga, donde sin duda se desarrollaba alguna acción. Y si podía mantener la lucha, conseguiría desanimar a aquella gente, desgastarles las botas y consumir sus ánimos. ¡Sí que podría! Hornblower apretó los dientes y siguió renqueando; ya tenía los pies insensibles otra vez y no le dolían. Sólo le atormentaba ahora el terrible cansancio de las piernas.

De pronto percibió a lo lejos un sordo murmullo.

—¿Cañones? —preguntó, algo perplejo.

—Truenos —dijo Marie.

Habían hablado ya una vez en aquel tono sencillez, cuando paseaban descuidados y alegres, cogidos de la mano. Era difícil imaginarse que hubiesen conversado así durante sus paseos, en aquel breve intervalo de paz que precedió a la escapatoria de Bonaparte de la isla de Elba. Hornblower estaba ahora demasiado rendido para amar. El trueno retumbó de nuevo, y el calor se hizo sofocante. Por debajo de la ropa Hornblower sentía el cosquilleo del sudor. También tenía sed, pero ésta no era tan grande como su cansancio físico. En el bosque iba oscureciendo, no porque la noche se acercara, pues aún quedaban muchas horas del día, sino por la acumulación de nubes de tormenta allá arriba. Alguien se lamentó detrás de él, y Hornblower hizo un esfuerzo por volverse, sonriendo burlesco.

—¿Quién va mugiendo como una vaca? —preguntó—. ¿El viejo tío Fermiac? Tiene cinco años menos que yo y le llaman tío Fermiac, y ahora muge como una vaca. ¡Anímese, tío Fermiac! Tal vez encontremos un toro para usted al otro lado del Loira.

Aquello provocó un estallido de risas, en parte histerismo puro y en parte diversión al oír su francés, no perfecto del todo. Algunos incluso reían movidos por la incongruencia de que un gran lord inglés bromease con campesinos franceses. El trueno sonó con estrépito casi encima de sus cabezas, y oyeron caer las primeras gotas de lluvia en los árboles. Algunas se filtraron hasta sus caras sudorosas.

—Ya llueve —dijo alguien.

—He ido pisando agua estos dos últimos días —se quejó Hornblower—. Tendríais que verme las ampollas. Ni siquiera el buen Jesús tuvo que caminar encima de tanta agua.

Estas palabras levantaron otro coro de risotadas, y los hombres recorrieron otras cien yardas. El cielo se abría por encima del bosque, y la lluvia caía a torrentes. Hornblower retrocedió para asegurarse de que las cubiertas de cuero iban bien sujetas sobre las seras que cargaban las acémilas. Llevaba dos mil cartuchos de fusil que no debían estropearse, ya que serían más difíciles de reemplazar que los víveres o incluso los zapatos. Siguieron trabajosamente, en la semioscuridad, con las ropas cada vez más pesadas, empapadas por la lluvia. La tierra bajo sus pies se iba haciendo esponjosa y escurridiza, y la tormenta no llevaba trazas de terminar. Se sucedían los truenos y los relámpagos, iluminando las sombras bajo los árboles.

—¿Cuánto falta? —preguntó Hornblower a Marie.

—Unas dos leguas y media, quizás.

Tres horas más de marcha; sería ya casi de noche, o noche cerrada, cuando llegaran al vado.

—Esta lluvia hará más difícil el paso —dijo Marie, expresando una nueva ansiedad.

—¡Santo Dios! —exclamó Hornblower, sin poderse contener.

Había dieciocho columnas de medio batallón dispersas en su seguimiento, y él iba abriéndose camino entre ellas. Lo exponía casi todo para poder cruzar el río por aquel sitio ignorado, que al menos por algún tiempo les devolvería la tranquilidad. Si no podían pasar, correrían un peligro extremo. La comarca era rocosa en general, con una capa superficial entre las fuentes del gran río, y la lluvia haría subir el nivel de sus aguas sin tardar mucho. Giró sobre sus fatigadas piernas para intimar a los hombres a avivar el paso. Así lo tuvo que ir haciendo cada pocos minutos durante el resto de aquella horrible marcha, cuando la oscuridad los envolvió prematuramente y la lluvia arreció sin tregua sobre ellos, haciendo tropezar y caer a los caballos, mientras los heridos gemían, atormentados. El conde cabalgaba sin decir palabra, encorvado en la silla, chorreando agua. Estaba en los últimos grados del agotamiento, y Hornblower lo sabía.

Alguien dio la voz de alarma por delante de ellos, a través de la lluvia y las tinieblas. Era uno de los hombres de Brown. La vanguardia había llegado a la linde del bosque, y el río estaba a poca distancia ya, cruzando el valle rocoso. Todos se detuvieron bajo los últimos árboles, mientras algunos exploradores se adelantaban con cautela para cerciorarse de que no había patrullas en aquel solitario trecho de la orilla. Todas las precauciones eran pocas, aunque seguramente todos los centinelas sensatos habrían buscado cobijo, en una noche como aquélla.

—El río suena mucho —dijo Marie.

Se oía el rumor de la corriente, pese al ruido de la lluvia sobre el fango, y Hornblower no se atrevía a pensar en lo que aquello significaba.

El mensajero de Brown regresó; había explorado la orilla del río sin ver señales del enemigo, como era de suponer. La división de Clausen estaría bastante diseminada guardando los lugares más apropiados, y no podía atender a los menos sospechosos. Se levantaron y nuevamente el peso de su cuerpo sometió a duro suplicio los lastimados pies de Hornblower. Al principio apenas podía andar; tenía las piernas entumecidas y cansadas, y apenas obedecían a su voluntad. El conde puso izarse hasta la silla de su caballo, pero el pobre bruto parecía tan agotado como el mismo Hornblower. Era aquélla una partida lastimosa, que cojeando y dando traspiés avanzaba laboriosamente en la densa oscuridad. Hacía rato que no se oían truenos, pero la lluvia seguía cayendo incesante, y todo presagiaba que seguiría así toda la noche.

La turbulenta superficie del río brilló en la menguada luz, delante de ellos.

—El vado arranca junto a esos árboles —dijo Marie—. Es una restinga hundida que va diagonalmente aguas arriba desde aquí hasta el centro del río. Así es como se cruza la parte profunda.

—Vamos, pues —dijo Hornblower.

Cansado y dolorido, tenía la impresión de que le gustaría recorrer a gatas aquella última media milla.

Llegaron al borde del río; las furiosas aguas hervían a sus pies, entre las rocas.

—Ya está demasiado profundo —dijo Marie. Ella había expresado en voz alta lo que pensaban todos los demás. En su voz no era perceptible la menor expresión; sonaba opaca y muerta—. Intentaré pasarlo a caballo —continuó—. ¡Eh, ayuda a Pierre a desmontar!

—Déjeme probar a mí, *madame* —dijo Brown; pero Marie no le hizo el menor caso.

Montó a horcajadas en la silla, recogiendo las faldas para poder hacerlo. Luego azuzó al caballo hasta el agua. El animal se resistía, casi perdió pie entre invisibles rocas y avanzó con suma renuencia, a estímulos de los talones de Marie. El agua le llegaba ya a la panza antes de que alcanzara el extremo de la repisa de roca de la que había hablado Marie. Al menos, así lo pensaba Hornblower. Hubo luego otra batalla de voluntad entre Marie y el caballo, y nuevamente siguió hacia adelante. Tres brazadas más, y se encontró a flote, luchando desconcertado por encima del fondo irregular, perdiéndose casi de vista, y dando vueltas aguas abajo con rapidez vertiginosa antes de afirmarse de nuevo sobre sus patas. Marie, despedida de la silla, pudo aferrarse a la perilla del arzón, evitando a duras penas las herraduras del animal, que pugnaba por ganar la orilla, y al fin encontró fondo al salir de los bajos, resoplando de miedo. Marie luchaba trabajosamente por salir, estorbada por el peso de la ropa mojada. Nadie había hecho el menor comentario durante la prueba, ni siquiera en el momento de máximo peligro para Marie. Ahora todo el mundo estaba convencido de que el vado era impracticable.

—Tendremos que ir por el agua, al lado de milord —dijo una voz.

Podía ser una chanza; pero cuantos la oyeron sabían que no lo era.

Hornblower ahuyentó como pudo su aturdimiento. Tenía que pensar, planear y dirigir.

—No —dijo—. Soy el único que puede hacer eso. Y ninguno de nosotros quiere nadar. ¿No es así? Pues entonces, sigamos la orilla del río hasta que encontremos una lancha. Cambiaré diez milagros por una barca.

Todos acogieron la proposición con abatido silencio. Hornblower se preguntaba si irían la mitad de cansados que él mismo. Con gran trabajo se puso en pie, y, mediante un esfuerzo de voluntad, consiguió olvidar el dolor de sus ampollas.

—Vamos —dijo—. Aquí no podemos quedarnos.

Ningún jefe de guerrilla en su sano juicio acamparía de noche junto a un río infranqueable que podría servirles de ratonera, y si la lluvia continuaba, pasarían veinticuatro horas antes de que el vado fuese practicable de nuevo.

—Vamos —repitió—. Vamos, franceses.

Entonces se dio cuenta de que había fracasado. Unos pocos se movieron de mala gana; la mayoría esperaron a ver lo que hacían sus camaradas y luego, deliberadamente, se dejaron caer, unos de espaldas, otros de bruces con la cara apoyada en los brazos, mientras la lluvia seguía fustigándolos.

—Una hora de descanso —suplicó una voz.

Alguien (Hornblower sospechó que era el joven Jean, que aún no tenía diecisiete años) sollozaba sin rebozo, en voz alta. La gente había llegado al límite de sus fuerzas. Otro que estuviese dotado de una capacidad de inspiración superior tal vez les hubiera convencido de que siguieran, se dijo Hornblower, pero él no lo conseguiría. Si el vado hubiese estado practicable, habrían pasado al otro lado y recorrido dando tumbos una milla o dos, pero, ante aquel desencanto, ya no eran capaces del menor esfuerzo aquella noche. Y ellos sabían, lo mismo que él, que era inútil continuar. La rebelión había terminado, tanto si seguían andando hasta la muerte como si se rendían en aquel preciso instante. La tormenta, la crecida del río lo había frustrado todo. Los hombres se daban cuenta de la realidad, después de su experiencia de la lucha de guerrillas, y sabían que todo cuanto hicieran en adelante no pasaría de ser un gesto. Además, estaban enterados del bando de Clausen ofreciendo amnistía. Brown se encontraba a su lado, elocuente en su silencio, con una mano en la culata de la pistola que llevaba al cinto. Brown, él, Marie; el conde y Annette, eso era todo. Podía contar con uno o dos más como máximo, incluido el viejo Fermiac. Por el momento bastaría. Con eliminar a un par de los más obstinados desobedientes, los demás se pondrían en pie y seguirían andando, mal que les pesara. Pero no era fácil mantener juntos a unos hombres reacios, que marchaban en la oscuridad. Si querían, poco les iba a costar escabullirse, y alguno de ellos, más disgustado o desesperado que los demás, podía hundirle un cuchillo en la espalda mientras caminaban, o apoyarles la boca del fusil en las costillas y apretar el gatillo. Estaba preparado a afrontar el riesgo, y a matar incluso a un par de levantiscos, pero no acertaba a ver lo que se ganaría con ello. No le quedaba más recurso que el postrero de un jefe de guerrilla: dispersar a sus hombres en espera de mejores días. Era una píldora difícil de tragar, especialmente considerando el riesgo inminente que amenazaba a Marie y al conde; pero no se trataba de elegir la mejor entre dos alternativas posibles, sino de decidirse por la menos mala. ¡Ah, qué amargo era el fracaso!

—Muy bien —dijo—. Aquí es donde hemos de separarnos.

Algunos de los hombres se agitaron al oír aquellas palabras.

—¡Horatio! —exclamó Marie, y luego se contuvo de pronto.

Había aprendido las lecciones de la disciplina.

—No tenéis que temer por vuestras vidas —siguió diciendo Hornblower—. Ya habéis leído el bando de Clausen; podéis ir al encuentro de las tropas y entregaros, y luego regresar a vuestras casas. *Madame* y el conde seguirán conmigo, porque no hay otro remedio. Y seguiríamos también, aunque lo hubiera.

Los hombres se quedaron aturdidos y silenciosos al oírle. Nadie se movió, ni dijo una sola palabra en la oscuridad. Las dos semanas de fatigas, peligros y penalidades que acababan de pasar habían sido para muchos de ellos una eternidad, y era difícil admitir que una eternidad tuviese fin.

—Volveremos —continuó Hornblower—. Acordaos de nosotros cuando estéis de

vuelta en vuestros hogares. Pensad en nosotros. Volveremos a llamaros de nuevo a las armas. Entonces nos reuniremos otra vez, juntando nuestras fuerzas para derribar al tirano. Acordaos. Y ahora, un último saludo al rey. *¡Vive le roi!*

Lanzaron el vítor sin gran entusiasmo; pero Hornblower había logrado lo que se proponía: sembrar la semilla de una futura rebelión. Cuando la división de Clausen se retirara, sería posible poner el Nivernais en conmoción una vez más, si se contaba con un jefe, si él y el conde lograban hallar el modo de regresar a la provincia. Era una esperanza vaga, temeraria, pero no quedaba otra.

—¡En el nombre de Dios! —dijo Fermiac—. Yo también os acompaño.

—¡Y yo! —exclamó otra voz.

Tal vez con aquellos franceses fuera posible hacer un histérico llamamiento a los demás, y arrastrarlos en una oleada de emoción, induciéndolos a seguir adelante. Hornblower sintió la tentación, y tuvo que sopesar fríamente los pros y los contras. Aquel pasajero entusiasmo no podría resistir ante la sensación de cansancio de sus piernas. Algunos de los hombres no podían seguir, aunque se lo propusieran. No era solución; al amanecer del día siguiente no le quedarían más de seis hombres, y habrían perdido un tiempo precioso.

—Os lo agradezco —dijo Hornblower—. Lo recordaré cuando llegue la ocasión, Fermiac, pero debemos cabalgar, y será duro. Si vamos sólo cuatro con seis caballos, tendremos más posibilidades de salir adelante. Vuelva con su mujer, Fermiac, y procure no pegarle los sábados por la noche.

Aún se las compuso para reír en aquel momento tan crítico. Así pudo dar a la despedida un tono grato, el más conveniente, pensando en el futuro. Pero bien sabía que no quedaban perspectivas de futuro: lo sentía en sus entrañas, en los huesos, aun en el instante de dar órdenes para descargar las acémilas, o al insistirle a Brown para que dejase a Annette, salvando así su vida. Él iba a la muerte, y probablemente Brown también. Y Marie, su adorada Marie... mientras se sentía sacudido por oleadas de emoción, de remordimiento, de reproches, temores y pesadumbres, su amor hacia ella persistía, cada vez mayor, tanto que el nombre de ella estaba dentro de sí mismo como un acompañamiento constante, y su imagen se le aparecía a despecho de todo cuanto pudiera presentarse. *¡Marie querida, tan dulce, tan abnegada!*

Ella conducía de la rienda a uno de los caballos sin jinete, y Brown al otro. Los cuatro montaban los mejores de los seis. Los animales resbalaban y se hundían en la quebrada superficie de la orilla, hasta que llegaron a la senda que dominaba el río. Iban avanzando desalentados a través de las tinieblas. Hornblower apenas podía mantenerse en la silla, de puro cansado; se sentía mareado y enfermo, y tuvo que agarrarse a la perilla del fuste. Cerró los ojos por un momento, y al punto le pareció verse arrastrado por una inmensa pendiente lisa, como el bote al saltar por encima de la catarata del Loira cuatro años antes; casi se había caído de la silla cuando consiguió recobrase, y se enderezó, agarrado al arzón, como quien está a punto de

ahogarse. Pero en la base de la pendiente había visto a Marie aguardándole, con ojos rebosantes de amor.

Se esforzó por salir de su desvarío. Tenía que hacer planes, pensar en el modo de escapar. Evocó mentalmente el mapa de la comarca, y en él señaló lo que sabía acerca de la situación de las columnas volantes de Clausen. Formaban un cordón semicircular cuyo diámetro era el río, y en cuyo centro se encontraban ellos en aquel momento. Hasta entonces había podido consolarse del peligro con la esperanza de atravesar el río por el vado de Marie. Pisándoles los talones, según sus conjeturas, iba medio batallón del 14º ligero, a quien, al parecer, se había encomendado la persecución directa, mientras las otras columnas les cortaban el paso. Al anoecer, aquel medio batallón debió de quedar seis o siete millas más atrás, a menos que su comandante (como fácilmente podía suceder) hubiese forzado a sus hombres a caminar durante la noche. ¿Trataría de franquear el cordón, o de cruzar el río?

El caballo del conde, que iba delante, se desplomó con estrépito, y el suyo estuvo a punto de tirarle al suelo al hocar para no pisar al otro.

—¿Está herido, señor? —Oyó preguntar a Brown en la oscuridad; seguramente se había lanzado a tierra como una exhalación, a pesar del estorbo del caballo que llevaba por la rienda.

—No —contestó el conde con voz tranquila—. Pero temo que el caballo lo esté.

Se oyó un tintineo de frenos, mientras Brown y el conde lo reconocían a tientas.

—Sí, se ha dislocado un hombro, señor —dijo Brown a poco—. Ensillaré el otro caballo.

—¿Está seguro de no haberse lastimado, padre? —preguntó Marie, usando esa fórmula íntima de tratamiento, contra su costumbre.

—Completamente seguro, querida —contestó el conde, en el mismo tono que si se hallara en un salón.

—Si dejamos este caballo suelto, lo encontrarán al venir, milord —dijo Brown.

Se refería a sus perseguidores, naturalmente.

—Sí —dijo Hornblower.

—Lo apartaré del camino y lo mataré, milord.

—No podrá llevarlo muy lejos —dijo el conde.

—Unas cuantas yardas pueden bastar —dijo Brown—, si tiene la bondad de sujetar estos dos caballos, señor.

Esperaron sin desmontar mientras Brown lograba que la dolorida bestia se encaminase cojeando a su destino. A través del suave rumor de la lluvia oyeron el chasquido de la pistola al fallar; pasó un momento, mientras Brown cambiaba el fulminante, y al fin sonó el estampido del disparo.

—Gracias, señor —oyó decir Hornblower a Brown, seguramente al hacerse cargo del caballo que el conde había sujetado. Y luego añadió—: ¿Puedo llevar el caballo libre, *madame*?

Hornblower se decidió en aquel instante.

—Seguiremos la orilla un poco más —dijo—. Luego descansaremos hasta el amanecer, y probaremos a pasar.

CAPÍTULO XX



Todos durmieron un rato aquella noche, cosa de una hora a lo sumo, a ratos y entre sobresaltos. Llevaban las ropas empapadas, y aunque a oscuras encontraron un trozo de césped donde echarse, la roca estaba tan a flor de tierra que se dejaba sentir. Pero era tal su fatiga y su falta de sueño que perdieron la conciencia a intervalos, olvidándose del frío y de las doloridas articulaciones. Era lo más natural del mundo que Hornblower y Marie se tendieran abrazados, con el capote de él debajo y encima el de ella. Así, el frío se les hizo más tolerable. Probablemente hubiesen dormido de igual modo aun no existiendo entre ellos relación alguna, y, en cierto modo, como consecuencia de su estado físico, fue como si no existiera. El arrebató de amor y ternura que Hornblower experimentaba nada tenía de semejante con el contacto entre su maltratado cuerpo y el de Marie. Tenía demasiado frío y cansancio para que se despertara la pasión. Pero Marie yacía en la oscuridad con uno de sus brazos por encima de él; era más joven, estaba menos fatigada que él, y acaso amaba con más intensidad. Pasó una bendita media hora antes de que la lluvia cesase, antes de que apuntase el día, y durante ella Hornblower se durmió tranquilamente con la cabeza en el hombro de su amada, suyo por entero. Atrás quedaba la guerra, frente a ambos se alzaban la muerte, y nada podía interponerse entre ellos entonces. Tal vez fue aquella la media hora más feliz que Hornblower había proporcionado jamás a Marie.

El marino se despertó con los primeros rayos de la aurora. Una densa niebla se había alzado del río y de los campos saturados; a través de ella distinguió vagamente un objeto a pocas yardas, y le costó trabajo reconocer en él al conde, sentado y envuelto en su capote. Brown estaba tendido a su lado, roncando un poco; al parecer, también habían dormido juntos. Hornblower tardó unos segundos en recuperar sus sentidos; el estruendo del río cercano fue lo primero que reconoció. Se incorporó y Marie abrió los ojos a su lado. Luego se puso en pie, y al instante sintió como una punzada el tormento de sus pies llenos de ampollas y el dolor de sus articulaciones. Era difícil olvidarse del dolor, pues cada paso era un suplicio tan espantoso como el que pudieran imaginar los verdugos de la Edad Media; pero se abstuvo de quejarse.

Pronto reanudaron la marcha montados en los caballos, que no parecían estar en condiciones mejores que la noche anterior. Aquella vida era lo que mataba a los caballos. El día iba aclarando deprisa; Hornblower esperaba uno de esos días típicos de verano del centro de Francia, frescos y soleados a la vez. Podía esperar que la niebla desapareciese por completo en una hora o menos. Junto a ellos, el río rugía y cantaba; cuando disminuyó la niebla, pudieron ver su amplia superficie gris rayada de blanco. No lejos de su orilla derecha pasaba la carretera general a Briare y París; ellos iban por el camino vecinal que bordeaba el límite de las crecidas. Con el río allí

cerca, Hornblower pensó rápidamente lo que había que hacer para cruzar. Aquella ancha banda de agua ocultaba bajíos en gran parte de su anchura, como todos sabían. La masa principal de agua y la corriente más caudalosa se encontraba en un canal, a veces por este lado, otras por el opuesto, o incluso por el centro. Recordaba muy bien este fenómeno desde aquella ocasión en que habían huido río abajo en un botecillo. Si conseguían pasar el canalizo y halar los caballos, los bajíos no serían un gran obstáculo.

En el vado de Marie habían contado con una repisa de roca que cruzaba el canal a no mucha profundidad y permitía el paso si el río no iba crecido; como aquel recurso había fallado, era necesario buscar otras soluciones. Hasta un bote de remos como el que solía verse en muchas granjas ribereñas podía bastar. El vado hubiera sido preferible, porque sus perseguidores no tendrían el menor indicio para adivinar que habían cruzado por allí; pero cualquier cosa era mejor que nada. Al otro lado del río tal vez encontrasen caballos de refresco, que les ayudaran a desprejarse del acoso. El conde refunfuñó un poco, porque Hornblower empleó la palabra «robar»; pero no llegó a formular su protesta en palabras.

El sol se había filtrado ya a través de la niebla, y los confortaba casi a nivel de las lomas que dejaban a su izquierda; la superficie del río todavía desprendía algo de vapor. El día prometía ser caluroso. Entonces vieron lo que iban buscando, una pequeña granja y sus dependencias, al abrigo de la loma y por encima del borde de las aguas. Se destacaba atrevidamente sobre la niebla, con el sol por encima. El instinto bélico hizo que se desviarán al momento a una hondonada somera, resguardada por una hilera de sauces, y allí echaron pie a tierra para ocultarse.

—¿Debo adelantarme, milord? —preguntó Brown.

Tal vez era aquél su método de mantenerse sereno, hablar con toda la solemnidad de un buen criado.

—Sí, explore un poco —dijo Hornblower.

Hornblower torció hasta una pequeña eminencia, desde donde pudo observar a Brown arrastrándose con cautela hacia la granja. Si había tropas por allí cerca, seguro que estaban alojadas allí. Pero, por otra parte, a aquella hora de la mañana los soldados estarían rondando por los alrededores, y no se veía un solo uniforme. Apareció una mujer joven y luego un anciano, mientras Hornblower vigilaba. Y luego vio algo más, algo que le atenazó la garganta de expectación y esperanza. En las rocas de la orilla, junto al río, debajo de la granja, había un bote; la silueta era inconfundible. La joven se dirigía hacia la viña que había encima de la casa de labor cuando Brown, escondido en la zanja, llamó su atención. Hornblower vio que ambos conversaban, que Brown se ponía de pie y se acercaba al edificio. Un minuto después se dejó ver de nuevo y agitó un brazo, dando a entender que todo iba bien. Montaron y llevando de la brida Marie el caballo de Brown y Hornblower el de repuesto, bajaron trotando hasta la casa. Brown les aguardaba, con la pistola al cinto, y el anciano los contemplaba al echar pie a tierra. Ofrecían una visión realmente curiosa,

pensó Hornblower, sucios, enfangados y sin afeitar. Marie parecía una mendiga zarrapastrosa.

—Los ranas estuvieron aquí ayer, milord —dijo Brown—. Caballería, los mismos húsares a quienes dimos un disgusto la semana pasada, me parece. Pero se marcharon ayer por la mañana, a primera hora.

—Muy bien —dijo Hornblower—. Botemos la barca.

—¡La barca! —exclamó el viejo mirándoles fijamente—. ¡La barca!

—¿Por qué dice eso? —interrogó Hornblower, brusco, preguntándose con angustia qué nuevo golpe le preparaba el destino.

—¡Mire la barca! —dijo el anciano.

Se acercaron a ella. Alguien la había desfondado de cuatro vigorosos hachazos; las tablas habían saltado en cuatro sitios diferentes.

—¡Han sido los húsares! —gritó el viejo, recreándose en los detalles—. «Haced pedazos ese bote», dijo el oficial, y así lo hicieron.

Los soldados sabían tanto como el mismo Hornblower la importancia que tenía cortarles el paso por el río. Habían tomado todas las precauciones que se les ocurrieron para impedir que lo cruzara nadie sin autorización. Por eso hubiera sido de inestimable valor el vado de Marie, de haberlo podido utilizar el día anterior.

Era un golpe tremendo; Hornblower paseó la mirada por las rugientes aguas del río y por los campos y viñedos, templados por el sol mañanero. Marie y el conde esperaban su decisión.

—Podemos hacerla flotar —dijo Hornblower—. Los remos estarán todavía ahí. Dos barriles vacíos sujetos por debajo de los bancos... Por aquí habrá barriles, puesto que hacen vino. Podemos poner unos parches, tapar los agujeros, y, con los barriletes para que flote, cruzaremos el río perfectamente. Brown, usted y yo arreglaremos esto sin tardanza.

—Sí, señor —dijo Brown—. Habrá herramientas en aquel cobertizo.

Era necesario precaverse contra una sorpresa; la reparación del bote requería varias horas.

—¿Marie? —dijo Hornblower.

—Sí, Horatio.

—Ve hasta aquella viña y vigila la carretera. Mantente oculta, y lo mismo el caballo.

—Sí, Horatio.

Simplemente «Sí, Horatio», como advirtió Hornblower unos segundos más tarde. Cualquiera otra mujer habría dejado traslucir con su palabra o el tono que la última frase de sus instrucciones era ociosa para quien conociese su tarea. El caso es que ella montó y se alejó al trote, limitándose a obedecer. Hornblower cruzó una mirada con el conde. Quería decirle que descansara (tenía el semblante tan ceniciento como la barba que le cubría las mejillas), pero no le gustaba decírselo sin más. Había que mantener la moral alta, y aquél no sería el medio más indicado.

—Pronto necesitaremos su ayuda, señor —dijo—. ¿Podemos avisarle cuando le necesitemos?

—Desde luego —respondió el conde. Brown se presentó con unas duelas, martillos, clavos y unos trozos de cuerda.

—¡Magnífico! —exclamó Hornblower.

Emprendieron febrilmente la reparación del bote. Los palmejares y las cuadernas estaban rotos por dos sitios. Tapar los agujeros era relativamente fácil, pero las cuadernas rotas planteaban un problema mucho más arduo. Para cruzar aquella rápida corriente tendrían que remar con toda su alma, y el bote podría abarquillarse con el esfuerzo. El procedimiento más sencillo de afianzarlo era reforzar los tablones con dos o tres capas diagonales de forro nuevo.

—Cuando le demos la vuelta, veremos qué aspecto tiene —dijo Hornblower.

Repicaron los martillos al fijar los clavos y remacharlos. Hornblower pensó en los vigorosos tirones que habrían de dar a los remos para gobernar el bote a través de las turbulentas aguas. Tanto a lo largo como de través, el esfuerzo sobre el maderamen habría de ser muy grande. Trabajaban frenéticamente, mientras el viejo daba vueltas en torno suyo. Esperaba que los húsares volviesen de un momento a otro, decía; estaban patrullando constantemente por la orilla del río. Se lo decía con ese aire de gozar de las desgracias tan característico de los de su tipo.

Y no había terminado de repetir su advertencia cuando el ruido de unas herraduras les hizo levantar la cabeza; era Marie, que bajaba la cuesta lo más deprisa que le permitía su cabalgadura.

—¡Húsares! —dijo lacónica—. Vienen por la carretera, desde el sur. Son unos veinte.

No parecía posible que el destino fuese tan cruel. Una hora más y hubiesen podido tener el bote dispuesto para navegar.

—Bajarán aquí —explicó el viejo, con maligna satisfacción—. Siempre lo hacen. Una vez más, había que decidir cuanto antes.

—Tenemos que montar a caballo y ocultarnos —dijo Hornblower—. No nos queda otro remedio. Vamos.

—Pero ¿y el arreglo del bote, señor? Lo notarán en seguida —observó Brown.

—Estaban sólo a una milla —advirtió Marie—. Llegarán en cinco minutos.

—Vamos —dijo Hornblower—. Señor conde, por favor, monte a caballo.

—Dígale a los húsares, cuando vengan, que es usted quien ha hecho esos remiendos —dijo Brown al labrador, acercando su rostro curtido al rugoso del viejo.

—A caballo, Brown —le apremió Hornblower.

Volvieron a internarse en la hondonada donde habían estado ocultos anteriormente. Ataron los caballos a los sauces y regresaron a rastras por entre las rocas, para observar. Apenas se habían instalado cuando un murmullo de Marie les avisó de la llegada de los húsares. Era sólo una pequeña patrulla, media docena de soldados y un suboficial. Primero distinguieron los emplumados morriones por

encima de la cresta, y luego los dolmanes grises. Bajaron trotando por el camino de carro que bordeaba la viña hasta la granja. El viejo les esperaba a la entrada del patio, y los fugitivos no los perdieron de vista mientras frenaban sus monturas y le interrogaban. Hornblower contuvo el aliento al observar cómo alzaba el viejo la mirada hacia los jinetes, contestando a sus preguntas. Vio al suboficial inclinarse sobre la silla, coger al rústico por la pechera de su chaqueta y zarandearle. Estaba seguro de que le arrancarían la verdad. Las amenazas del bando de Clausen no eran cosa vana. Bastaría con recordárselas al viejo para que cantase... después de dudar lo justo para tranquilizar su conciencia. El suboficial le zarandeo de nuevo; un soldado, al parecer sin propósito deliberado, desvió su caballo hacia el río y el bote, y volvió inmediatamente a dar cuenta de las reparaciones. El viejo hablaba por fin; los caballos de los húsares no estaban quietos un momento, contagiados de excitación. A un ademán del suboficial, un soldado remontó a caballo la cuesta, sin duda para informar al resto del escuadrón. El viejo señalaba en aquel momento hacia su escondrijo; los húsares dieron vuelta a sus caballos y, desplegándose, comenzaron a trotar en dirección a ellos. Había llegado el fin.

Hornblower cambió unas miradas con sus compañeros. En los vertiginosos segundos que siguieron, las mentes trabajaban con rapidez. No tenía objeto tratar de huir; los caballos descansados de los húsares no tardarían en darles alcance. El conde había sacado sus pistolas y revisaba el cebo.

—Yo dejé mi fusil en el vado —dijo Marie, con voz ahogada.

Pero también ella tenía una pistola en la mano. Brown examinaba fríamente la situación táctica en torno suyo.

Iban a resistirse hasta el final. Los presentimientos de conclusión, de inevitabilidad, que habían rondado a Hornblower desde el mismo comienzo de la rebelión (desde la entrevista con la duquesa de Angulema) se abatieron sobre él con renovadas fuerzas. En efecto, aquello era el final. Morir entre las rocas hoy, o ante un pelotón mañana. Ninguno de los dos era un fin muy digno de él, pero tal vez el primero fuese preferible. Sin embargo, no le parecía justo ni adecuado tener que morir entonces. Por el momento no podía aceptar su destino con la aparente indiferencia de sus compañeros; sintió verdadero miedo. Luego se le pasó tan deprisa como vino y se encontró dispuesto a combatir, a jugar con todas las de perder hasta la última carta.

Un soldado trotaba hacia ellos, y ya se encontraba a pocas yardas de distancia. Brown apuntó su pistola e hizo fuego.

—¡No le he dado, demonios! —exclamó.

El húsar hizo dar a su caballo una vuelta en redondo, y al galope se puso fuera de tiro; el estampido sirvió de aviso al resto de la patrulla, que pronto se desvió a distancia segura y comenzó a desplegarse en semicírculo. La situación desesperada del grupo parapetado en la depresión rocosa era evidente para ellos, por lo visto. Todo intento de fuga por parte de los fugitivos sería su perdición, de modo que no

había necesidad de apresurarse. Los húsares, sentados en sus monturas, aguardaban.

No había pasado media hora cuando llegaron refuerzos, dos patrullas más al mando de un oficial, cuyo penacho, como el dolmán galoneado de oro, exhibía la tradicional elegancia de los regimientos de húsares; el corneta que iba a su lado tenía un aspecto casi igual de impecable. Hornblower observó cómo el sargento indicaba la situación táctica, y luego vio al oficial describir con la mano los movimientos que sus hombres habían de hacer. A primera vista había podido apreciar que lo quebrado del terreno no permitía operar a caballo; con disciplinada rapidez, los recién llegados echaron pie a tierra y se llevaron las monturas de tres en tres, mientras el resto de las dos patrullas, carabina en mano, se disponía a avanzar hacia el hoyo, en dos direcciones. Unos jinetes a pie así desplegados, con sus largas botas, sus espuelas, sus carabinas poco adecuadas y su falta de ejercicio, no hubieran inspirado normalmente a Hornblower sino desprecio, pero cincuenta hombres avanzando contra tres hombres y una mujer, armados sólo de pistolas, significaban la derrota y la muerte.

—Aprovechad las balas esta vez —les advirtió Hornblower.

Eran las primeras palabras que se pronunciaban entre ellos desde hacía largo rato.

Brown y el conde estaban tendidos en unas oquedades, entre las rocas; Marie se arrastraba hacia un lado para hacer frente a los que se acercaban por el flanco. A unas cien yardas, los soldados se hicieron más cautos y se deslizaron hacia adelante tratando de resguardarse detrás de matorrales y piedras, esperando sin duda los disparos de fusil que no acababan de oírse. Uno o dos de ellos dispararon sus carabinas, tan mal que Hornblower ni siquiera oyó silbar las balas. Podía imaginarse a los suboficiales riñendo a quienes desperdiciaban así las municiones. Los asaltantes se hallaban ya a tiro de sus propias pistolas de cañón rayado, regalo de Bárbara. Estaba echado, con el antebrazo apoyado en la roca que le servía de escudo, y apuntó lenta y cuidadosamente al blanco más fácil que se le ofrecía, un húsar que avanzaba hacia él, descubierto, cruzada la carabina. Oprimió el gatillo, y a través del humo vio al soldado girar sobre sí mismo, desplomarse y quedar sentado un momento después, cogiéndose con la mano el brazo herido. Presa de nueva furia combativa, disparó el otro proyectil, y el húsar cayó de espaldas, lacio e inmóvil. Hornblower se maldijo por desperdiciar un tiro y matar a un hombre herido que de todos modos había quedado fuera de combate. Un grito de rabia se elevó del círculo de los atacantes, mientras Hornblower volvía a cargar la pistola, conteniendo su fiebre y su prisa. Colocó las cargas en los cañones, envolvió las balas y las empujó hasta el fondo, y con sumo cuidado encajó las cápsulas en las chimeneas. La vista de su compañero caído había hecho aún más cautos a los soldados, a pesar de su belicoso alarido; ninguno de ellos se prestaba a ser la próxima víctima poco gloriosa. Había un sargento intimando a sus hombres a avanzar. Hornblower apuntó de nuevo, hizo fuego y el sargento cayó. Aquello era mejor. Se sentía una satisfacción salvaje matando cuando están a punto de matarle a uno. Las carabinas disparaban desde todo el cerco; Hornblower oyó silbar las balas sobre su cabeza.

En aquel momento, un agudo toque de trompeta llamó la atención de todos; sonó de nuevo y Hornblower miró en torno, mientras se extinguía el fuego de carabina. El oficial avanzaba a caballo hacia ellos, agitando con la mano un pañuelo blanco, mientras el trompeta cabalgaba a poca distancia tocando a parlamento, de acuerdo con la etiqueta militar.

—¿Le mato, señor? —preguntó Brown.

—No —dijo Hornblower. No estaría mal llevarse al oficial al infierno con ellos, pero eso daría a Bonaparte una oportunidad de mancillar su nombre y desacreditar el movimiento borbónico. Se puso de rodillas, parapetado en la piedra y gritó—: ¡No avancéis más!

El oficial frenó su caballo.

—¿Por qué no se rinden? —gritó, a su vez—. Nada ganarán prolongando la resistencia.

—¿Cuáles son sus condiciones?

El oficial contuvo a duras penas un gesto de desdén.

—Un juicio imparcial —dijo—. Pueden apelar a la clemencia del emperador.

La ironía de aquellas frases no hubiera podido ser mayor.

—¡Váyase al infierno! —gritó Hornblower—. ¡Y también el 10º de húsares! ¡Lárguese, o hago fuego!

Alzó la pistola y el oficial se apresuró a volver el caballo y se alejó al trote, sin la menor traza de dignidad. ¿Por qué, con la muerte esperando al cabo de tan breve espacio, encontraba satisfacción en humillar así a aquel oficial? No había hecho más que cumplir con su deber, tratando de preservar las vidas de sus hombres: ¿por qué, pues, aquella enconada animosidad personal? Aquella absurda reflexión cruzó la mente de Hornblower mientras se tendía otra vez boca abajo, acomodándose en posición de hacer fuego. Tuvo tiempo de sentir desprecio de sí mismo antes de que una bala, al pasar rozándole la cabeza, le indujera a concentrarse sólo en lo que tenía entre manos. Si los húsares se ponían en pie y cargaban, podrían perder media docena de vidas, pero todo habría acabado en un momento. La pistola de Marie sonó cerca de él, a su derecha, y miró hacia ella.

Y en ese mismo instante ocurrió; Hornblower percibió el impacto de la bala, vio que su ímpetu casi le hizo dar la vuelta sobre sí misma. Vio su rostro desconcertado, y luego observó que adoptaba una expresión de agonía, y, sin darse cuenta de sus actos, saltó hacia ella y se arrodilló a su lado. La bala le había dado en el muslo; levantó la breve falda de su traje de amazona. Una pernera de los bombachos estaba ya empapada en sangre, y, mientras se disponía a intervenir, vio por dos veces borbotear la sangre roja: la arteria femoral estaba rota. Un torniquete... presión... Hornblower recordó presuroso cuanto había aprendido en su vida acerca de curas de urgencia. Hundió los dedos en la ingle de ella sin resultado, pues los pliegues del calzón impedían su propósito de comprimir la arteria. Y cada segundo era precioso. Tanteó en sus bolsillos buscando el cortaplumas para rasgarle el bombacho, y al

mismo tiempo un tremendo golpe en el hombro le hizo caer al suelo junto a ella. No se había dado cuenta de la carga de los húsares, ni de los disparos inútilmente hechos por Brown y el conde para contenerla. Hasta que el culatazo le derribó, había permanecido ajeno a cuanto sucedía. A pesar de todo, se puso nuevamente de rodillas, con la única idea de cortar la hemorragia. Apenas percibió a su lado el grito de un sargento deteniendo al soldado que se disponía a repetir el golpe. No hizo caso. Abrió la navaja, pero el cuerpo de Marie yacía flácido y sin vida bajo sus manos. Contempló su cara tiznada; estaba blanca bajo la suciedad y la quemadura del sol, la boca le colgaba, entreabierta, y sus ojos miraban fijamente al cielo como sólo miran los muertos. Hornblower, de rodillas, la contempló estupefacto, con la abierta navaja todavía en la mano. Sus dedos la dejaron escapar, y entonces advirtió que otro rostro, a su lado, contemplaba también a Marie.

—Está muerta —dijo una voz en francés—. Una lástima.

El oficial se puso de nuevo en pie, mientras Hornblower continuaba arrodillado, sin apartar la vista del cadáver.

—Vamos, venga —ordenó una voz ruda, y una mano le sacudió violentamente por el hombro.

Se incorporó, aún turbado, y miró en torno suyo. Allí estaba el conde, de pie, entre dos húsares; Brown, sentado en el suelo, con la mano en la cabeza, se recuperaba poco a poco del golpe que le había derribado sin conocimiento, y por encima de él acechaba un soldado con la carabina montada.

—La vida de *madame* se hubiera salvado después del juicio —dijo el oficial, y su voz parecía venir de muchas millas de distancia.

La amargura de aquella observación contribuyó a disipar la niebla que envolvía la mente de Hornblower. Hizo un brusco movimiento y dos hombres saltaron sobre él y le cogieron por los brazos, causándole un dolor horrible en el hombro, donde la culata le había golpeado. Siguió una pausa momentánea.

—Me llevo a estos hombres al puesto de mando —dijo el oficial—. Sargento, llévese los cadáveres a la granja. Le enviaré órdenes más tarde.

Un sordo gemido se escapó de los labios del conde; fue como el grito de un niño lastimado. —Muy bien, señor— dijo el sargento.

—Subid los caballos —continuó el oficial—. ¿Está ese hombre en condiciones de montar? Sí.

Brown miraba mareado alrededor, con un carrillo hinchado y sangrante. Era todo como un sueño, con Marie allí tendida, la vista clavada en el cielo.

—Vamos —dijo alguien, y tiraron de Hornblower por los brazos, para sacarle de la hondonada. Le vacilaban las piernas, sus pies magullados se resistieron al movimiento, y hubiese caído de no ayudarle los otros, arrastrándole hacia delante.

—Ánimo, cobarde —dijo uno de sus guardianes.

Nadie, salvo él mismo, le había insultado jamás de aquel modo. Trató de desprenderse, pero le sujetaron con más fuerza, y el hombro le dolía

insoportablemente. Otro soldado le apoyó las manos en la espalda, y entre los tres le hicieron salir del hoyo de forma ignominiosa. Allí estaban los caballos, un centenar, revolviéndose inquietos, aún bajo la influencia de la reciente excitación. Le izaron a la silla de un caballo, y un soldado a cada lado agarró la mitad de las riendas. La sensación de desamparo de Hornblower se acentuó al verse en una silla, sin nada donde sujetarse, y estaba tan fatigado que con dificultad se mantenía derecho. Mientras el caballo se agitaba debajo de él, vio cómo obligaban a montar también a Brown y al conde, y la cabalgata empezó a subir hasta la carretera. Una vez allí emprendieron un trote rápido, que le hacía bambolearse en la silla, agarrado al arzón. Una vez estuvo a punto de perder el equilibrio, y el soldado más próximo le rodeó con el brazo y volvió a sentarle en posición vertical.

—Si se cae en una columna como ésta —dijo el soldado, con cierta amabilidad—, ése sería el fin de sus penas.

¡Sus penas! Marie quedaba atrás, muerta, y tal vez fuese su propia mano la que la había matado. Estaba muerta... muerta... muerta. Había sido un loco intentando iniciar aquella rebelión, y más loco aún, infinitamente más, consintiendo a Marie participar en ella. ¿Por qué lo había hecho? Y un hombre más hábil, de más recursos, habría podido comprimir aquella arteria chorreante. Hankey, el cirujano de la *Lydia*, dijo en cierta ocasión (como relamiéndose) que treinta segundos era lo máximo que se podía vivir con la femoral rota. No importaba. Había dejado morir a Marie entre sus manos. Había dispuesto de treinta segundos, y no supo aprovecharlos. Era un fracasado en todas partes, en la guerra, en el amor, con Bárbara... ¡Santo Dios! ¿Por qué pensaba ahora en Bárbara?

El dolor del hombro tal vez le salvó de la locura, pues el traqueteo del caballo le causaba tal agonía que ya no era posible desentenderse. Deslizó la mano que llevaba colgando entre los botones de la casaca, a modo de cabestrillo, y se sintió algo mejor: poco después, su alivio aumentó al dar el oficial, desde la cabeza de la columna, la voz de poner los caballos al paso. El agotamiento se apoderaba de él, además; aunque cruzaban su mente multitud de pensamientos, ya no eran definidos y lógicos, sino imágenes de pesadilla, horripilantes, pero borrosas. Había llegado a sumirse en un estupor delirante cuando una nueva orden puso la columna al trote y le obligó a despabilarse. Paso y trote, paso y trote; iban cubriendo el trayecto lo más deprisa que consentían los caballos, y se acercaba a su destino.

El castillo, guardado por medio batallón de Infantería, era el cuartel general de Clausen; los prisioneros y su escolta entraron en el patio y allí echaron pie a tierra. El conde estaba desconocido a causa de la barba espesa que le cubría la cara; Brown, por su parte, tenía un ojo morado, y el carrillo tumefacto de resultas del golpe. No hubo tiempo más que para cambiar una ojeada, ni una palabra siquiera, cuando un apuesto oficial a pie se les acercó.

—El general les espera —dijo.

—Vamos —ordenó el oficial de húsares.

Dos soldados cogieron a Hornblower por las axilas para obligarle a caminar, y una vez más sus piernas se negaron a servirle. Ya no quedaba en sus músculos una sola contracción voluntaria, y sus pies llenos de ampollas rehusaban el más mínimo contacto con el suelo. Trató de dar un paso y las rodillas se le doblaron. Los húsares le sostuvieron, e hizo un nuevo intento, tan inútil como el anterior; las piernas le flaqueaban como las de un caballo fatigado de remos, precisamente por igual motivo.

—¡Deprisa! —exclamó el oficial.

Los húsares le sostuvieron, y casi a rastras le hicieron subir por una breve escalinata de mármol, bajo un porche, a una estancia artesonada, donde se encontraba el general Clausen, sentado tras una mesa. Era un alsaciano corpulento, de ojos azules y saltones y mofletes colorados, con un bigote rojizo y erizado. Sus ojos se abrieron asombrados al ver a las tres piltrafas humanas que traían arrastrando a su presencia. Su mirada erró de uno a otro con no disimulada sorpresa; el arrogante edecán, que se había deslizado en una silla junto a él, provisto de papel y plumas, se esforzaba más por ocultar su asombro.

—¿Quiénes sois? —preguntó el general.

Pasado un momento, el conde habló primero.

—Luis Antonio Héctor Savinien de Ladon, conde de Graçay —dijo, alzando la barbilla.

Los redondos ojos azules se volvieron hacia Brown.

—¿Y vos?

—Me llamo Brown.

—Ah, el sirviente, uno de los cabecillas. ¿Y usted?

—Horatio, lord Hornblower.

Su voz sonó cascada; tenía la garganta como un pergamino.

—Lord Hornblower. El conde de Graçay —dijo el general, mirándolos alternativamente.

No hizo comentario alguno; bastaba con lo que decían sus ojos. Aquellos guiñapos eran nada menos que el jefe de la más rancia familia francesa y el más distinguido de los oficiales jóvenes de la Armada Británica.

—El consejo de guerra que ha de juzgaros se reunirá esta noche —continuó el general—. Os quedan unas horas para preparar vuestra defensa.

No añadió «si la hay».

A Hornblower se le ocurrió una idea. Hizo un esfuerzo por hablar.

—Este hombre, Brown, *monsieur*. Es un prisionero de guerra.

Las cejas arqueadas de Clausen, color de arena, se levantaron aún más.

—Es marinero de la Armada de su majestad británica. Cumplía su deber a mis órdenes, como jefe superior suyo. Por consiguiente, no tiene por qué comparecer ante un consejo de guerra. Es un combatiente legítimo.

—Luchó con rebeldes.

—Eso no afecta al caso, señor. Es miembro de las fuerzas armadas de la Corona

Británica, con el grado de... de...

Por más esfuerzos que hacía, no daba con la equivalencia francesa de timonel, y, a falta de cosa mejor, pronunció el vocablo inglés. Los ojos azules se contrajeron de repente.

—Esa es la misma defensa que alegará ante su consejo de guerra, supongo —dijo Clausen. No le servirá de nada.

—No he pensado en defenderme —replicó Hornblower, con tal acento de sinceridad que nadie podía dudarle—. Sólo me refiero a Brown. No puede acusarle de nada. Usted es soldado, y debe comprenderlo.

Su interés por lo que estaba diciendo le hizo olvidar el cansancio y el propio peligro inmediato. La sinceridad con que defendía la causa de Brown produjo su efecto en Clausen, que no podía dejar de sentirse afectado por tales alegatos en pro de un subordinado, expuestos por un hombre que estaba a punto de perder la vida. Los ojos azules se suavizaron con un vislumbre de admiración que Hornblower no pudo advertir, a pesar de su agudeza e interés. Para él era tan natural mirar por Brown que no se le ocurrió siquiera que fuese a la vez admirable.

—Tendré en cuenta lo que dice —afirmó Clausen. Y luego añadió, dirigiéndose a la escolta—: Llevaos a los prisioneros.

El gallardo edecán le bisbiseó algo al oído, y el general asintió con gravedad alsaciana.

—Tome las medidas que juzgue convenientes —dijo—. Le hago responsable.

El edecán se levantó de su asiento y los acompañó afuera del vestíbulo, mientras los soldados ayudaban a Hornblower a caminar. Una vez pasada la puerta, dio sus órdenes.

—Llevaos a este hombre —indicando a Brown— al cuerpo de guardia. A aquél —por el conde—, a la habitación de allá. Sargento, ocúpese de él. Teniente, será responsable personalmente de este individuo, Hornblower. Tome a dos hombres, y que ninguno de los tres lo pierda de vista un solo momento. Hay un calabozo en el sótano. Llévelo allí y quédese con él; yo daré una vuelta de vez en cuando. Éste es el sujeto que se escapó hace cuatro años de la Gendarmería Imperial, y que ya fue condenado a muerte en rebeldía. No tiene la menor esperanza, y es natural pensar que recurra a cualquier treta.

—Muy bien, señor —dijo el teniente.

Una escalera de piedra descendía al calabozo, reliquia de tiempos no demasiado distantes en que el señor de la casa solariega tenía derecho a alta, media y baja justicia. Ahora, el calabozo mostraba señales de un largo período de abandono, una vez abierta la puerta con gran ruido de cerrojos. No era húmedo; por el contrario, estaba cubierto de una espesa capa de polvo. A través de la alta ventana, de sólida reja, entraba un rayo de sol lo suficiente para iluminar la mazmorra. El oficial pasó revista a las paredes desnudas; dos cadenas de hierro, sujetas al suelo, constituían el único mobiliario.

—Traed unas sillas —dijo a uno de los hombres que le acompañaban; y, después de mirar a su fatigado prisionero, añadió—: Buscad también un colchón, y traedlo. O al menos un jergón de paja.

Hacía frío en el calabozo, y sin embargo Hornblower sentía que le corría el sudor por la frente. Su debilidad crecía por segundos, las piernas se le doblaban al quedarse quieto, y la cabeza le daba vueltas. En cuanto trajeron el colchón se desplomó vacilante sobre él, de través. En aquel momento se olvidó de todo, aun de su dolor por la muerte de Marie. No quedaba en su conciencia sitio para el remordimiento ni para la aprensión. Se quedó tendido de bruces, no inconsciente ni dormido por completo, sino absorto; la vibración de sus piernas, el zumbido de sus oídos, el dolor del hombro, la aflicción de su espíritu... todo se esfumó en aquel momento de derrumbe.

Cuando sonaron las barras de la puerta anunciando la entrada del edecán, Hornblower se había recobrado un tanto. Aún seguía boca abajo, pero ahora casi satisfecho de no tener que moverse ni pensar, cuando aquél se presentó.

—¿Ha hablado algo el prisionero? —Le oyó preguntar en voz baja—. Ni una palabra —dijo el teniente.

—Las simas de la desesperación —comentó el edecán, sentencioso.

La observación irritó a Hornblower, y le molestó más aún haber sido sorprendido en aquella actitud poco digna. Se volvió, se sentó en su yacija y miró con fijeza al edecán.

—¿No tiene nada que pedir? —preguntó este último—. ¿Tampoco desea escribir alguna carta?

No quería escribir carta alguna para que sus carceleros cayeran sobre ella como buitres sobre un cuerpo muerto. Pero tenía que mostrarse exigente, hacer algo para borrar aquella impresión de estar desesperado. Y entonces, supo lo que deseaba.

—Un baño —dijo. Y llevándose la mano a su cara cubierta de barba—: Afeitarme. Ropa limpia.

—¿Un baño? —repitió el edecán, un tanto sorprendido. Luego se pintó en su semblante una leve expresión de sospecha—. No puedo entregarle una navaja de afeitar. Tal vez trataría de sustraerse al pelotón de ejecución.

—Que me afeite uno de sus hombres —propuso Hornblower; y pensando en algo que resulte irritante, añadió—: Podéis atarme las manos mientras lo hace. Pero, ante todo, un cubo de agua caliente, jabón y una toalla. Y una camisa limpia, al menos.

El edecán transigió.

—Muy bien —dijo.

Una extraña exaltación atolondrada vino en auxilio de Hornblower. No le importaba quedarse en cueros vivos ante cuatro hombres curiosos, limpiar su cuerpo de porquería y restregarse con la toalla hasta quedar seco, sin preocuparse del dolor de su maltratado hombro. Aquella gente no se interesaba tanto por el legendario y singular inglés como por el hombre que estaba a punto de morir. Aquel ser que se

estaba enjabonando pasaría pronto las puertas delante de todos ellos, su blanco cuerpo sería desgarrado dentro de unas horas por balas de fusil. Por telepatía se daba cuenta de la morbosa curiosidad de sus guardianes, y, con orgullo y desdén, se sentía complacido. Se vistió, mientras los otros seguían atentos cada movimiento suyo. Entró un soldado con tazas de espuma de jabón y navajas de afeitar.

—El barbero del regimiento —dijo el edecán—. Él le afeitará.

Aquella vez no propuso que le ataran las manos; mientras estaba sentado y le pasaban la afilada navaja por el cuello, pensó en levantarse de pronto y apretar la hoja. Allí estaban la vena yugular, la arteria carótida; un profundo corte lateral y quedaría libre de tormento con la satisfacción, además, de haberse burlado por completo del altanero edecán. La tentación se hizo imperiosa por un momento; se imaginó cayendo de nuevo en la silla, con el cuello ensangrentado, ante la consternación de los oficiales. Fue tan clara la visión pasajera, que se regodeó en ella, complacido. Pero la suerte de un suicida no levantaría tanto rencor como un asesinato judicial. Tenía que dejar que le matara Bonaparte, era forzoso hacer un último sacrificio en aras del deber. Y Bárbara... no quería dejar a su mujer el recuerdo de un suicida.

El barbero le puso delante un espejo justo a tiempo para romper aquella nueva cadena de ideas; el rostro que contemplaba era el mismo de siempre, muy tostado por el sol. Tal vez se advertían algo más profundos los surcos en torno a su boca. Los ojos parecían más patéticos que nunca, como suplicantes. Le produjo contrariedad observar la frente algo más alta, el cráneo algo más visible. Hizo un signo de aprobación al barbero y se puso en pie cuando le quitó la toalla de debajo de la barbilla, esforzándose por mantenerse firme a pesar del dolor y de las ampollas de los pies. Paseó una imperiosa mirada a su alrededor, abatiendo las miradas curiosas. El edecán sacó su reloj, probablemente para disimular cierta turbación.

—Dentro de una hora se reunirá el consejo de guerra —dijo—. ¿Desea tomar algún alimento?

—Desde luego —contestó Hornblower.

Le trajeron una tortilla, pan, vino y queso. No le propusieron que nadie comiese con él; allí estaban sentados, sin quitarle ojo cada vez que se llevaba un bocado a los labios. Llevaba mucho tiempo sin comer, y ahora que se sentía limpio tenía un hambre de lobo. Que le mirasen; necesitaba comer y beber. El vino era delicioso y lo bebió con avidez.

—El emperador ganó dos grandes batallas la semana pasada —dijo el edecán de pronto, interrumpiendo las reflexiones de Hornblower.

Éste se quedó un instante inmóvil, mientras se limpiaba la boca con la servilleta, y fijó la vista en el que hablaba.

—Vuestro Wellington —prosiguió el edecán— ha encontrado al fin lo que le esperaba. Ney le batió por completo en un lugar al sur de Bruselas, llamado Les Quatre Bras, y, el mismo día, su majestad deshizo a Blucher y a sus prusianos en

Ligny, que es el antiguo campo de batalla de Fleurus, según el mapa. Han sido un par de batallas tan decisivas como las de Jena y Auerstadt.

Hornblower se dominó y terminó de limpiarse la boca con afectada impasibilidad. Decidió servirse otro vaso de vino; se daba cuenta de que el edecán, molesto por su aparente indiferencia al destino que le aguardaba, le decía aquello con el deseo de traspasar su coraza. Trató de hallar una réplica.

—¿Cómo se ha enterado de estas noticias? —preguntó, con aire de cortés atención.

—El boletín oficial llegó aquí hace tres días. El emperador se dirigía a toda marcha hacia Bruselas.

—Mi enhorabuena, señor. Espero por su bien que la noticia sea cierta. ¿Pero no corre un proverbio por su ejército a propósito de «mentir como un boletín»?

—Este boletín es del propio cuartel general del emperador —replicó el edecán, indignado.

—Entonces no puede haber duda, claro. Confiemos en que Ney haya informado bien de lo sucedido al emperador, pues al derrotar a Wellington ha alterado notablemente la historia. En España, Wellington batió a Ney varias veces, así como a Massena, a Soult, a Victor, a Junot y a todos los demás.

La expresión del edecán reveló cuánto le escocía aquella pulla.

—No se puede dudar de esta victoria —dijo; y añadió, malicioso—: En París se enterarán el mismo día de la entrada del emperador en Bruselas y del fin del bandidaje en el Nivernais.

—¡Oh! —dijo cortésmente Hornblower, enarcando las cejas—. ¿Tenéis bandidos en el Nivernais? Lo siento, señor, pero no he encontrado a ninguno en mis viajes por la comarca.

La mortificación del edecán se pintó en su rostro de modo más evidente que nunca. Hornblower bebió unos sorbos de vino y se sintió contento de sí mismo. Con el vino y su exaltación presente no temía la perspectiva de que le condenaran a muerte. El oficial se levantó y salió de la mazmorra, haciendo sonar las espuelas, mientras Hornblower echaba hacia atrás la silla y estiraba las piernas con estudiada afectación de bienestar, en la que no todo era simulado. Continuaron luego sentados en silencio, él y sus tres vigilantes, durante largo rato, hasta que el chasquido de las barras anunció que abrían nuevamente la puerta.

—El consejo le espera. Venga —dijo el edecán.

Ninguna sensación de bienestar podía borrar en Hornblower el suplicio de sus pies. Trató de andar con dignidad, pero no pudo hacer otra cosa que cojear grotescamente. Se acordó de que, el día anterior, las primeras cien yardas después de un alto le mortificaban enormemente, hasta que los pies se le entumecían de nuevo. Y hoy sólo tenía que andar menos de cien yardas para llegar al gran salón del castillo. Cuando Hornblower y su escolta llegaron al piso bajo encontraron al conde, que iba custodiado por dos húsares, y los grupos hicieron alto por un momento.

—Hijo, hijo mío —dijo el conde—, perdóname lo que te he hecho.

No le causaba la menor extrañeza oírse llamar hijo por el conde. Casi de un modo instintivo le dio la réplica equivalente.

—Nada tengo que perdonarle, padre —dijo—. Soy yo quien debe pedirle perdón.

¿Qué móvil imperioso le hizo hincar la rodilla e inclinar la frente? ¿Y por qué un viejo librepensador volteriano como el conde extendió sobre él la mano?

—Yo te bendigo, hijo mío. Que Dios te ampare —dijo, emocionado.

Siguieron adelante, y al volver la vista Hornblower, la enjuta figura de blancos cabellos desapareció dando vuelta a la esquina.

—Le fusilarán mañana al amanecer —explicó el edecán mientras abría la puerta de entrada al salón.

Clausen estaba sentado en su mesa, con tres oficiales a cada lado. En los extremos de la mesa había otros dos jóvenes oficiales sentados ante unos papeles. Hornblower se aproximó cojeando, intentando en vano moverse con dignidad; cuando llegó a la mesa, se levantó uno de los oficiales, el de un extremo.

—¿Su nombre? —preguntó.

—Horatio, lord Hornblower, caballero de la muy honorable Orden de Bath, comodoro de la Armada de su majestad británica.

Los consejeros cambiaron unas miradas; el oficial del otro extremo de la mesa, que, por lo visto, actuaba de secretario, escribía a toda prisa. El de la pregunta (evidentemente el fiscal), se volvió para dirigirse al consejo.

—El prisionero ha reconocido su identidad. Y entiendo que antes lo había hecho al general conde de Clausen y al capitán Fleury. Sus señas personales corresponden asimismo a la descripción que de él se ha publicado. Queda, pues, de manifiesto que su identidad está probada.

Clausen consultó con la vista a sus compañeros de tribunal, quienes asintieron con un gesto.

—Sólo resta, por consiguiente —continuó el fiscal—, someter al Tribunal el veredicto de un consejo de guerra celebrado el 10 de junio de 1811 por el cual se condenaba al mencionado Horatio Hornblower a muerte, en rebeldía por ausencia voluntaria, acusándole de piratería y violación de las leyes de guerra; dicha sentencia fue confirmada el 14 de junio del mismo año por su real e imperial majestad el emperador. Los jueces encontrarán ante ellos copias certificadas de la sentencia. Es mi deber solicitar que sea ejecutada.

Miró Clausen nuevamente a los otros seis jueces, quienes repitieron el gesto de asentimiento. Fijó la vista en la mesa, y tabaleó un momento en ella con los dedos antes de alzar los párpados. Hizo un esfuerzo por encontrar la mirada de Hornblower, y cuando al fin lo consiguió, la singular clarividencia de éste le hizo entender que las órdenes reiteradas de Bonaparte al general habían sido «apresarle y fusilarle donde se le hallara», o algo por el estilo. En los ojos azules de Clausen se leía una inequívoca excusa.

—Esta comisión militar ordena —dijo lentamente— que el mencionado Horatio Hornblower sea pasado por las armas mañana, inmediatamente después del rebelde Graçay.

—Los piratas han de ser colgados, excelencia —dijo el fiscal.

—Esta comisión ordena que se le fusile —repitió Clausen—. Llevaos al prisionero. El consejo ha terminado.

Se acabó. Hornblower sabía que todos los ojos estaban clavados en sus espaldas cuando dio la vuelta y cruzó el salón. Hubiera deseado poder andar a grandes zancadas, con la cabeza erguida y el pecho fuera, pero tenía que ir cojeando, deteniéndose y con los hombros caídos. No había tenido oportunidad de decir una sola palabra en defensa propia, y tal vez fuera lo mejor. Es posible que hubiese vacilado y tartamudeado torpemente, pues no tenía nada preparado. Por lo menos le fusilarían, no le colgarían; pero ¿sería menos doloroso el impacto de las balas en su pecho que la presión de una cuerda en torno a su cuello? Entró tambaleándose en el calabozo, que estaba ya en tinieblas. Tropezó con el jergón y se sentó encima. Aquélla era la derrota definitiva; no lo había considerado así hasta aquel momento. Bonaparte había ganado el último asalto del combate que había sostenido contra él durante veinte años. Con las balas no cabía discutir.

Trajeron tres velas que iluminaron cumplidamente la celda. Sí, era la derrota. Con amargo desprecio de sí mismo, Hornblower se recordó hacía poco enorgulleciéndose de sus necios triunfos verbales sobre el edecán. ¡Qué estúpido era! El conde iba a morir, y Marie... ¡Oh, Marie, Marie! Los ojos se le llenaron de lágrimas, y cambió bruscamente de posición en el jergón para que los guardianes no las vieran. Marie le había amado, y su propia locura era la causa de que ella hubiese muerto; su propia locura, y el genio superior de Bonaparte. ¡Dios, si pudiera vivir de nuevo los últimos tres meses! ¡Marie, Marie! Iba a hundir la cabeza entre las manos, pero se contuvo al pensar que tres pares de ojos estaban vigilándole. Era preciso que nadie pudiese decir que había muerto como un cobarde. Por el pequeño Richard, por Bárbara, tenía que mantenerse firme. Bárbara amaría y cuidaría a Richard, estaba seguro. ¿Qué pensaría de su difunto marido? Ella llegaría a saber, a sospechar por qué había venido a Francia, y recelaría su infidelidad, y se sentiría profundamente lastimada. Nadie podría reprocharle que no guardase fidelidad a su memoria. Se casaría de nuevo, todavía joven, bella, rica y bien relacionada; claro que lo haría.

¡Oh, Dios, cuánto aumentaba su dolor imaginarse a Bárbara en brazos de otro hombre, risueña y gozosa! Y, sin embargo, él había estado en los de Marie. ¡Ah, Marie!

Se clavaba las uñas en las palmas de las manos, de tanto apretar los puños. Miró a su alrededor y vio los seis ojos clavados en él. No debía mostrar flaqueza. Si no hubiese estallado aquella tormenta, desbordando el río, aún estaría en libertad, Marie con vida, y la rebelión en curso. Habían tenido que intervenir directamente el destino y el genio de Bonaparte para derrotarle. En cuanto a las batallas libradas en Bélgica...

tal vez los boletines hubiesen mentido a propósito de las victorias del corso; tal vez no fueran decisivas. Tal vez la división de Clausen, retenida inactiva en el Nivernais, las hubiese hecho decisivas de estar presente. Tal vez... Pero ¡qué loco era tratando de consolarse con tan vanas ilusiones! Iba a morir, iba a resolver el misterio sobre el cual se había permitido reflexionar algunas veces. A aquella hora, mañana... menos aún, dentro de unas horas, habría emprendido el camino que tantos otros habían recorrido antes que él.

Encendieron otras velas; de las viejas sólo quedaban los cabos. ¿Tan deprisa pasaba la noche? Pronto amanecería, muy pronto; el día rompe temprano en junio. Su mirada tropezó con la de uno de los guardianes, aun cuando el otro trató de evitarla. Hizo un esfuerzo por sonreír, y al punto se dio cuenta de que su sonrisa era desproporcionada y artificial. Rechinó la puerta por fuera. ¡No vendrían ya a por él! En efecto, sonaron las barras, se abrió la puerta y entró el edecán. Hornblower trató de levantarse, y comprobó con horror que las piernas se negaban a sostenerle. Hizo un nuevo esfuerzo por ponerse en pie, pero inútilmente. Tendría que permanecer sentado, y dejar que le arrastrasen fuera, como a un cobarde. Con trabajo levantó la barbilla y miró al edecán, tratando de evitar que su mirada fuese fija y vidriosa, como temía que pareciera.

—No hay ejecución —dijo el edecán.

Hornblower le miró; trató de hablar, pero de su boca abierta no salió el menor sonido. Y el edecán ponía visible empeño en sonreír... como si pretendiera congraciarse con él.

—Hay noticias de Bélgica —explicó—. El emperador ha sido derrotado en una gran batalla, junto a un lugar llamado Waterloo. Wellington y Blucher han pasado la frontera y avanzan hacia París. El emperador ha llegado ya, y el Senado le ha exigido que abdique otra vez.

Hornblower sentía que le palpitaba el corazón tan fuerte que aún no le era posible articular palabra.

—Su excelencia el general —continuó el edecán— ha decidido que en este caso las ejecuciones no se efectuarán esta mañana.

Al fin Hornblower pudo hablar.

—No insistiré en ello —dijo.

El edecán siguió diciendo algo sobre la restauración de su majestad cristianísima; pero Hornblower no le escuchaba. Sólo pensaba en Richard... y en Bárbara.



C. S. FORESTER (El Cairo, 1899 - Fullerton, California, 1966). Escritor inglés cuyo nombre completo era Cecil Scott Forester. Pese a esto, su verdadero nombre era otro, Cecil Louis Troughton Smith, y lo de Forester era todo un alias. Nació en El Cairo, Egipto donde su padre se encontraba destinado como funcionario del Gobierno británico, cursó estudios de Medicina que dejó inacabados.

Su primera novela *Payment Deferred* (1926), fue llevada al cine, al igual que varios de sus principales títulos posteriores, tales como *Orgullo y pasión* (1933) y *La Reina de África* (1935), clásico de la novela de aventuras contemporánea y estupendo temple narrativo que narra la peripecia de una vieja lancha a través de los rápidos de un río africano, cuando en Europa ha estallado una contienda remota cuya resonancia hermanará, extraña y conmovedoramente, los destinos de dos seres dispares en apariencia y secretamente fraternos y complementarios en lo esencial. Pero C. S. Forester es principalmente conocido por su saga protagonizada por el capitán Horatio Hornblower (1937-1957), un ciclo narrativo escrito a partir del epistolario que se conserva en el National Maritime Museum.

C. S. Forester, cuyas novelas emanaban brío, emotividad y tierna ironía, formó junto a Patrick O'Brian y Alexander Kent, el grupo de autores más reconocido de novela histórica marinera.

Notas

[1] Véanse, respectivamente, *Hornblower contra el «Natividad»*, *Hornblower en España*, y *El comodoro Hornblower (N. de la T.)*. <<

[2] Véase *El guardiamarina Hornblower* (N. de la T.). <<

[3] Personajes del poema «El progreso del peregrino», de John Bunyan (1678). (*N. de la T.*) <<

[4] Véase *El comodoro Hornblower*. (N. de la T.). <<

[5] Véase *Banderas al viento*. (N. de la T.). <<